

Memorias de un Historiador

José Antonio del Busto Duthurburu



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Memorias de un Historiador

Por José Antonio del Busto Duthurburu



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Contenido

Memorias de un historiador

Primera edición: diciembre de 2008

© Sucesión de José Antonio del Busto Duthurburu, 2008

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (511) 626-2650

Fax: (511) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño gráfico: Marianella León Castro

Todas las fotografías que aparecen en este libro pertenecen al archivo de la familia
Del Busto Duthurburu

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin el permiso expreso de los editores.*

ISBN: 978-9972-42-874-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2008-16282

Impreso en el Perú — Printed in Peru

Introducción	11
I. El amanecer de la vida	13
Barranco	13
Nacimiento y bautizo	15
Primeros recuerdos	20
II. El ancestro	25
Mis padres	25
Mis abuelos	27
El ambiente familiar	30
III. La infancia	35
La casa natal	35
El mar	36
La escolita	38
IV. Lima	41
La casa de la tía abuela	41
La visión hispanizante	43
El huaco chimú	45
V. La escolaridad	47
La primaria	47
La secundaria	51
Los Hermanos Maristas	55
VI. Torerías	59
La afición	59
La cuadrilla	60
El final de la cuadrilla	62

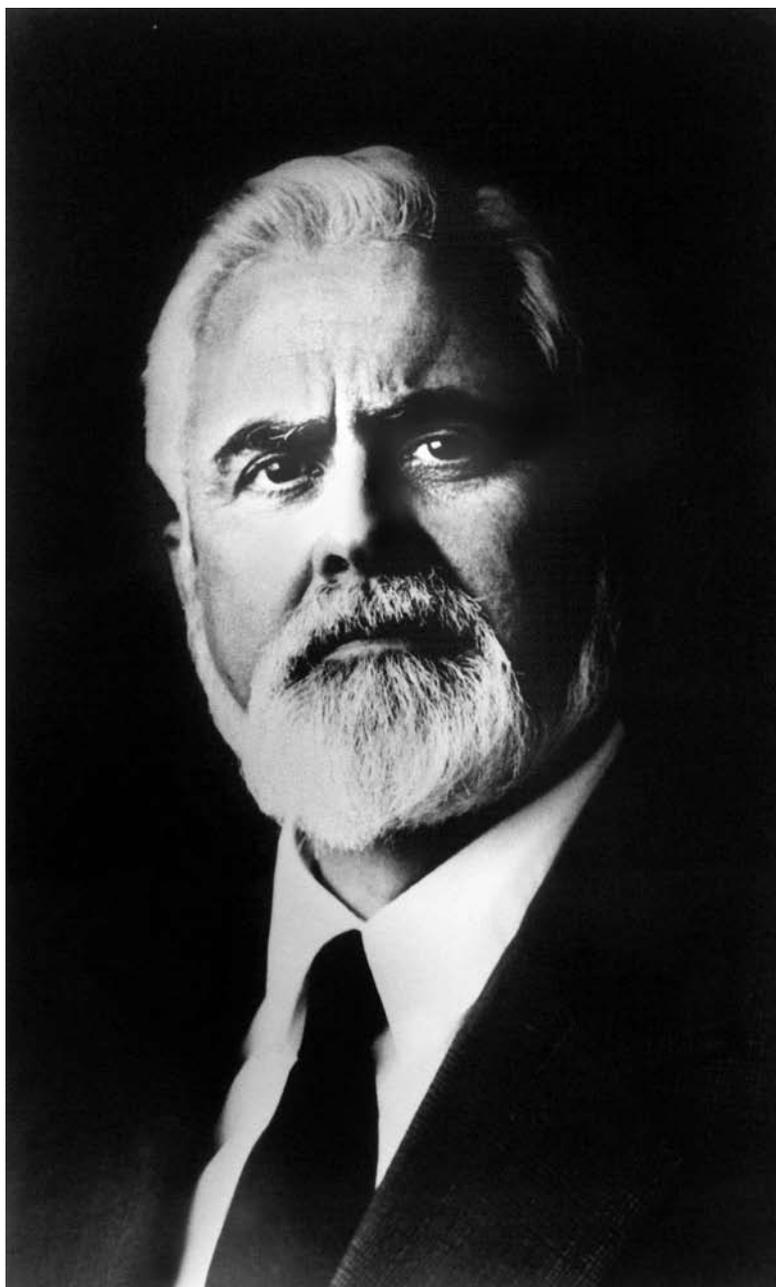
VII. El barrio de Domeyer	63
El terremoto	63
La calle arbolada	68
Las puestas de sol	70
VIII. La universidad	73
El examen de ingreso	73
Los cursos anuales	74
El Seminario de Historia	76
IX. España	81
Madrid	81
Sevilla y Andalucía	85
Adiós a la tauromaquia	97
X. Moros y cristianos	101
Castilla	101
Extremadura	106
Marruecos	111
XI. La vocación definida	119
El retorno al Perú	119
El Diccionario de Conquistadores	121
Mi nueva vida	125
XII. El historiador	127
La investigación	127
La redacción	130
La exposición oral	131
XIII. La docencia universitaria	133
El profesor	133
La clase	137
Los frutos bibliográficos	139
XIV. El matrimonio	141
Prolegómenos	141
Teresa	143
Las hijas	146
XV. El Instituto Nacional de Cultura	155
La pobreza de recursos	155
La riqueza cultural	156
La invitación al Japón	159

XVI. Las aficiones	167
La filatelia	167
La genealogía	168
La heráldica	171
XVII. Oceanía	173
Tahití y Samoa	173
Nueva Caledonia	181
Australia, Nueva Zelanda y Pascua	184
XVIII. El Amazonas	195
El río Napo	195
El Río Grande	197
El Río Negro	202
XIX. La Antártida	205
El viaje	205
El continente	206
El tornaviaje	210
XX. La Universidad Católica	213
Los cargos	213
Alma Mater	214
El mestizaje peruano	218
XXI. Membresías y galardones	221
Las corporaciones	221
El Premio Nacional de Cultura y otros	222
Dos encomiendas españolas	224
XXII. La religión	227
La formación religiosa	227
Creyente, practicante y pecador	230
El Dios de mi fe	232
XXIII. La jubilación	235
Lo que siente un jubilado	235
La tentación de la política	237
Profesor Emérito	239
XXIV. Rehén de los terroristas	241
El Día del Emperador	241
El cautiverio	245
La liberación	250

XXV. El Instituto Riva-Agüero	255
La casona virreinal	255
La formación académica	257
Director del Instituto	258
XXVI. Los Maestros	263
Los Maestros patriarcales	263
Los Maestros generacionales	265
Los Maestros personales	267
XXVII. Alumnos y exalumnos	269
Los alumnos	269
Los exalumnos	271
Las clases particulares	273
XXVIII. Viajes y visitas	275
Los viajes nacionales	275
Los viajes internacionales	278
La visita a Rapa Nui	284
XXIX El atardecer	289
La Cátedra de Historia del Perú	289
Las amistades	291
Cudillero	295
XXX. Los libros	299
Los libros personales	299
Los libros dirigidos	305
Los libros inéditos	307
XXXI. El Diccionario de Conquistadores	309
Las crónicas	309
Las probanzas de servicios	311
Litigios y testamentos	313
XXXII. Decepciones y recuerdos	315
Frustraciones y dolencias	315
Pachacamac	319
Mis memorias	320
XXXIII. El ocaso	323
La etapa postrera	323
La alegría de ser viejo	325
El final de la vida	328



A mis alumnos y exalumnos, compañeros de jornada.



Este libro es un homenaje a
José Antonio del Busto Duthurburu,
de los amigos y colegas de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
en la que se formó, y a la que generosamente
entregó lo mejor de sí.

Pando, diciembre de 2008



Presentación

El presente volumen ha logrado ver la luz gracias a la iniciativa de un grupo de colegas y amigos que deseábamos ver publicado uno de los últimos libros que escribiera José Antonio del Busto, nuestro querido e inolvidable Antuco, y que por su especial naturaleza viene a completar y a dar nuevos matices a su amplia y fundamental producción historiográfica. Constituye, pues, un homenaje que queríamos tributarle, pero también un regalo que de manera postrera él nos hace, pues a través de estas páginas podemos volver a encontrarnos con él, con sus palabras, con su inteligencia, con su sensibilidad y su saber.

Uno de los aspectos más singulares de estas memorias es el desafío que implicó para el autor su elaboración, pues se trata de un historiador en el difícil trance de historiar su propia vida. Para ello Antuco se basó en los apuntes que durante años tomó en diarios personales y empleó los mismos principios que rigieron sus otras publicaciones: orden en la exposición de las ideas, datos precisos, concisión y elegancia en la expresión y, desde luego, amenidad, ese valor que distinguía a los auténticos clásicos y que, dándole color y sabor a lo narrado, le imprimió un sello personal a su manera de acercarnos y explicarnos

MEMORIAS DE UN HISTORIADOR

los más diversos pasajes de nuestra historia. Hay, sin embargo, elementos nuevos y necesarios: la emoción y la fuerza de la experiencia vivida en carne propia, la sabiduría y el carácter reflexivo que otorgan la perspectiva de los años, y el sentimiento de nostalgia e incertidumbre que envuelven los momentos que anuncian la finitud de la vida.

Pueblan estas páginas los muchos intereses que Antuco cultivó con pasión y constancia a lo largo de su existencia: su profundo amor por el Perú y su deseo de verlo más unido, justo y planamente encaminado en su mestizaje esencial; su temprana y nítida vocación de historiador; su firme empeño en traducir sus investigaciones en libros que lo sobrevivieran; su lealtad y entrega absolutas a la Universidad Católica, su Alma Máter; los viajes que asumía siempre con el interés del investigador y el entusiasmo del joven; sus aficiones por lo exótico, lo añejo y aun lo riesgoso; el justo equilibrio de aptitudes y actitudes que para él demandaba la labor docente; el amor y el cuidado prodigados a su esposa y sus hijas; en fin, la fe religiosa que sentía renacer y fortalecerse en el encuentro con el prójimo. Y en cada una de esas narraciones y evocaciones hallamos no sólo el fresco de toda una época, elaborado por quien fue su testigo, protagonista y escrupuloso registrador, sino también el retrato integral de un hombre que, entre sus muchas virtudes, contaba con la de tener una personalidad sólida y trasparente, sin fisuras ni dobleces, y en la que la rectitud, el apego a la verdad y el ánimo constructivo y solidario eran ingredientes naturales.

Con sinceridad antes que con falsa modestia, Antuco principia su relato diciendo que éste es “el recuento de mi vida, una vida no valiosa pero acaso de utilidad”. Se equivoca grandemente en lo primero, pues su vida fue, sin duda, valiosa, importante en sí misma; pero es verdad que el móvil último su existencia —de sus libros, de su vinculación con el pasado, de sus muchos años dedicados a la enseñanza— era la utilidad, la posibilidad de servir a los demás. Y en esa vocación tuvo un acierto completo, pues no solo quienes tuvimos la suerte de conocerlo y de tratarlo sino el Perú entero nos hemos visto beneficiados con su enorme legado intelectual y moral.

Estamos, pues, ante el relato honesto y generoso —pródigo en pasajes de una calidez entrañable— del camino recorrido por uno de los historiadores más importantes que haya tenido nuestro país; pero, sobre todo, estamos ante un hermoso ejemplo de lo que significa llevar una vida digna y buena y asumir ese compromiso de una manera fecunda y permanente.

SALOMÓN LERNER FEBRES
Rector emérito



Introducción

Estas *Memorias* son el recuento de mi vida, una vida no valiosa pero acaso de alguna utilidad. Es una vida estimulada por ideales y frenada por decepciones. Estas memorias salen a la luz sin resabios de vanidad, sí con visos de esperanza.

Son las memorias de un historiador que durante medio siglo ejerció la docencia universitaria y cultivó la investigación. Las escribo, entre otras intenciones, no para que se repare en mis aciertos sino para que no se incurra en mis errores.

He tratado de ordenar mis experiencias y sacarlas de su condición de recuerdos. Me ha entretenido hacerlo, he gastado poco tiempo y ha llenado mi vejez con una ocupación inesperada.

Escribí estas memorias mayormente en el valle de Pachacamac, en días de lucha y reflexión. Por eso tienen sabor a fe y esperanza. Mi confianza en el futuro es grande.

Durante toda mi vida, a partir de los 21 años, llevé un diario personal, anotando en él lo principal que me ocurría.

Este es el motivo por el que mis memorias abundan en experiencias y fechas, episodios y pormenores. Mi cabeza de futuro historiador no quería que se perdiese nada de lo que sucedía y, pensando que algún día me podía ser útil, llevé el diario sin interrupción, en forma abreviada y fácil.

No me pesa. Hoy este diario que poco a poco fui haciendo sin querer, es la base de estas memorias que nunca pensé escribir. No era un diario sentimental, era un diario referencial. No estaba encaminado a construir sino a reconstruir y en ningún caso a destruir. Perdóneseme la confidencia, sea una explicación. Otra explicación. No todos los subcapítulos han salido de igual extensión. Algunos son más grandes. Por motivos de orden y de esquema no han podido ser de otra manera. También los hay que pecan de cortos. Es que no se trata de escribir por escribir. Hemos hecho lo debido, mas el fruto no ha sido igual. Aunque procedentes del mismo árbol, unas manzanas son mayores y otras más pequeñas... pero todas son manzanas y, creemos, se pueden comer.

Presento mis memorias a título personal, libre y voluntariamente, pero también a sugerencia de algunas personas mayores, amigos, colegas y exalumnos. Lo digo nuevamente, nunca pensé escribirlas, pero considerando que podían servir como testimonio de época, las comencé.

Hoy, que las he terminado, las leo y las releo con cierta satisfacción. Me veo retratado por mí mismo, pero falta saber el retrato que de mí tienen hecho los demás. En cualquier caso no he mentado, he querido decir la verdad.

El autor

SUYARINA HUASI, VALLE DE PACHACAMAC,
VERANO DEL 2006

I

El amanecer de la vida

Barranco

Barranco fue un lugar del curacazgo de Sulco (hoy Surco), donde los indios rendían culto al ídolo Sulcovilca, un negruzco aerolito incrustado junto al mar. Barranco, como pueblo, nació en la segunda mitad del siglo XVIII. Cuenta la tradición que su origen fue un Crucificado que se apareció de noche en el barranco a unos indios pescadores surcanos. Desde entonces se levantó allí una ermita que, con la aldea surgida a su alrededor, fue incendiada por el ejército chileno en enero de 1881.

Pasada la Guerra del Pacífico, Barranco renació de sus cenizas y medio siglo después era ya una ciudad. Mejor dicho, un pueblo disfrazado de ciudad, pues su vida en mucho siguió siendo pueblerina.

Lo cierto es que para 1930 Barranco tenía Municipalidad con torre de reloj e iglesia parroquial con campanarios; ferrocarril con cómoda Estación, y tranvía eléctrico a la capital inaugurado en 1906. Aislado de San Pedro de los Chorrillos y de San Miguel de Miraflores, Barranco brindó como lugares pintorescos el Parque Municipal con la fuente de azulejos, sus palmeras y la gran rotonda morisca; la Alameda, hoy avenida Osma (donde por 1893 corría un tranvía de caballos); la Bajada de los Baños, antañona y arbolada; el

Funicular a la playa, que funcionaba solo en verano; y el Puente de los Suspiros, relicario de recuerdos.

La población, por lo demás, tenía Comisaría de Celadores y Cuartel de Bomberos Voluntarios, Central de Correos y Telégrafos, Puesto de Primeros Auxilios, Mercado con carnicerías, oficinas de Agua Potable, de Luz Eléctrica y de Teléfonos, tres boticas, un Cinema Teatro y el rumboso Hotel Génova, con espejos de marco dorado, regentado por ligures.

Sin embargo, lo que daba más ambiente al lugar eran sus molinos de viento para extraer agua del subsuelo, los bailes de Carnaval, celebrados en el Parque, y el local de los Baños Municipales que, imitando a los balnearios europeos, corría sobre pilotes adentrándose en el mar.

Aun así, junto a tanto modernismo, Barranco seguía siendo una aldea. Por sus calles desfilaban vendedores en mulos —lecheros, panaderos— y vendedoras en asnos —verduleras, pescadoras—, voceando sus productos. También salía la pareja de la Guardia Civil, a caballo, a rondar las chacras del valle.

En la tarde, delante de sus casas, las viejas hablaban y tejían, vigilando de cuando en vez a sus nietas, que jugaban con el aro. En otras calles, los muchachos jugaban «palito chino» profiriendo palabrotas. Al crepúsculo, como ánimas en pena, las beatas enmantadas iban a la iglesia a rezar el rosario del ocaso. Ya en la noche, con sus hatos en la cabeza, salían las negras lavanderas a entregar la ropa limpia, mientras los negros vendían *zanguito*, haciendo lo mismo el zambo de la *revolución caliente*, quien se detenía en las esquinas pregonando su golosina y agitando un farol.

Había perros que ladraban, cuculíes que lloraban y gatos que dormían. Después brillaba la luna y tintineaban las estrellas, parpadeaban las lechuzas y volaban los murciélagos. Entonces, cerca de la medianoche, ocurría algo que ya no sucede en Barranco: se oían las olas del mar estallando en blanca espuma, para luego retroceder y arrastrar con su resaca las piedras de la playa. Esto, como todo lo demás, para siempre se ha perdido.

Nacimiento y bautizo

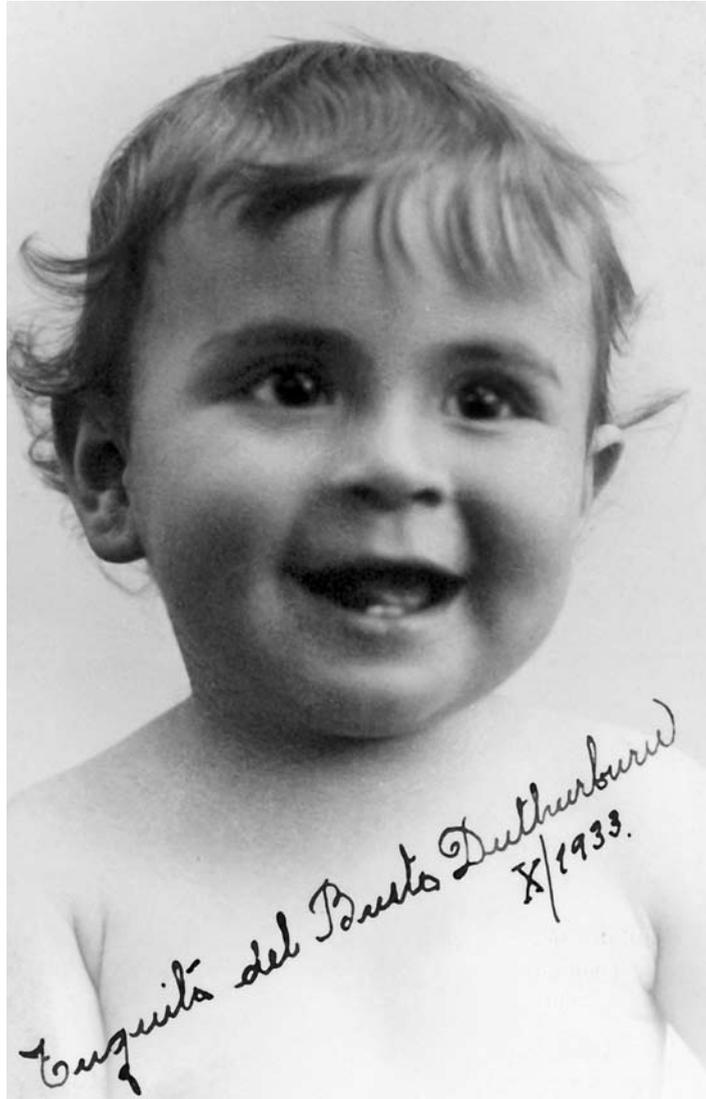
En este Barranco apacible y pueblerino nací. Soy hijo de José Antonio del Busto Risco, entonces empleado del Banco Alemán Transatlántico, y de María Angélica Duthurburu Villalta, limeños, casados en la iglesia parroquial de Miraflores el 31 de octubre de 1931. Mis abuelos paternos fueron José Antonio del Busto Bérninzon, antiguo Recaudador del diario decano El Comercio, y María Teresa del Risco Moreno; y mis abuelos maternos Enrique Duthurburu y de Peralta, Coronel de Infantería del Ejército Peruano, y Leonor Villalta Gallo, todos limeños, salvo la última, que era piurana de Ayabaca. En su conjunto ambas familias pertenecían a la clase media y ninguna se podía considerar adinerada.

Vine al mundo en la casa de mis abuelos paternos, situada en la avenida Bolognesi y signada con el número 296. Fue a las siete de la mañana del 21 de agosto de 1932, domingo lluvioso de invierno. La casa miraba al poniente y mi advenimiento fue en la cuarta habitación del ala del norte que, como en todo rancho barranquino, se ubicaba sobre un sótano de ventilación.

Nací sano, tras una gestación sin problemas y dentro de un tiempo normal. Me contaron que, como párvulo, era feo. No fue el decir de unos cuantos, fue opinión general. Poco a poco, sin embargo, me fueron descubriendo virtudes. Por ejemplo, solía dormir toda la noche y solo despertaba al amanecer. Fue la primera valoración de mis méritos personales.

Cumpliendo con lo mandado por la ley, mi padre me inscribió en el Municipio el 24 de agosto, a las cuatro de la tarde. Fueron testigos mi tío abuelo Cesáreo del Busto Bérninzon y César Alvarado del Risco, primo carnal de mi progenitor.

Por esos mismos días mis padres decidieron bautizarme. Fue el 25 de setiembre. Me vistieron el bateo —como era usual entonces— y en brazos de mi madrina y tía abuela Enriqueta Duthurburu y de Peralta, salí con un séquito de parientas con mantilla a sacramentarme. Me llevaron por la calle de Sánchez Carrión, orillamos el Parque Municipal, seguimos a la Bajada de Zepita y cruzamos el Puente de los



José Antonio de 1 año y 2 meses.



José Antonio de 3 años.

Con su madre,
a los 2 años.
A la derecha, de
2 años, en su casa
barranquina.



Suspiros. En el atrio de la parroquia de la Santísima Cruz esperaba mi padrino y abuelo paterno con los parientes varones, todos con terno, sombrero y bastón. En el viejo baptisterio, detrás de la torre del Evangelio, el cura Santiago Roca —con estola y sobrepelliz— me derramó el agua y puso en mi lengua la sal, imponiéndome el nombre agnaticio de José Antonio y añadiéndome el de Juan, por haber nacido en la festividad de Santa Juana María de Chantal.

A la salida hubo monedas en el aire, para solaz de los mataperros, y campanadas piadosas por ser la hora del *Angelus*. El regreso fue algo tarde, cruzándose el viejo puente mientras se ocultaba el sol. Caminando juntos hombres y mujeres, se llegó a la casa del abuelo. Allí —a lo que también me contaron— mi abuela sirvió bizcocho, mazapán y chocolate caliente; mi abuelo estaba contento con su primer nieto y se premió con una copa de pisco. Yo, a todo esto, dormía plácidamente.

El haber nacido en Barranco —cerca de Lima pero fuera de ella— no me hizo posteriormente sentir capitalino ni provinciano, sí fruto de una situación especial. Barranco poseía las pequeñas virtudes de una aldea y carecía de los defectos de la ciudad. Era un lugar sano, tranquilo y austero. Suficiente para ser feliz.

Primeros recuerdos

Como es obvio suponer, permítase la redundancia, no recuerdo mis primeros recuerdos. Se mimetizaron con los primeros olvidos. Sin embargo, la memoria me insinúa que tales remembranzas fueron rostros: los sonrientes de mis padres; los de mis abuelos paternos, en cuya casa estaba; y el rostro adusto de mi abuelo materno, a la sazón Coronel de Infantería y viudo de mi abuela Leonor. Aparte de estos rostros estaría el de mi tía abuela y madrina de bautismo. Ella llenó el vacío dejado por mi abuela difunta. Su figura diminuta, de cabello blanco y ropa negra, constituye, creo yo, otro recuerdo incipiente.

Acaso he ido demasiado rápido. Estoy hablando del despertar de mi conciencia, de sensaciones aisladas y flotantes en la nebulosa del tiempo. En la oscura cortina de fondo mis recuerdos tempranos brillan como débiles estrellas. Estrellas aparentemente aisladas pero con oculta relación entre sí. Son como luces unidas por las sombras.

Es posible que de este tiempo (peligroso límite de la realidad vivida con la realidad reconstruida) provenga mi identificación con los días invernales. El frío, la llovizna, el cielo gris. Esos días me gustaron mucho. Los días de sol conllevaban una alegría natural, pero los de invierno, en mi caso, un singular encanto. No lo sé explicar, pero es algo antiguo, profundo, persistente.

Mis recuerdos olfativos mi memoria no los guarda. Se perdieron en el inconsciente. Hablando mal y pronto, siempre fui muy torpe de narices.

Los auditivos, por su repetición constante, creo haberlos retenido. Se refieren a una canción de cuna, muy antigua en Lima:

*Al arrurrurito,
al arrurrurata,
que parió la gata
cinco borriquitos
y una garrapata.*

Los recuerdos gustativos me remiten a los frutos de una higuera prodigiosa que existía en la huerta de mi casa. Manos amables arrancaban sus higos, los pelaban y me los hacían comer. Otro recuerdo gustativo fue la mazamorra morada. Sin embargo, el desenlace en ambos casos no era muy feliz. Mi cara quedaba tan sucia que se imponía lavarla y restregarla, lo cual me ponía de pésimo humor.

Todo lo que he narrado debió ocurrir antes de yo cumplir los tres años, lo que sigue fue posterior. Por eso paso a hablar de mis tensiones y distensiones, sorpresas e ingratitudes.

Mi primera experiencia de miedo la debo al alarde de un forzudo, amigo de la familia, que tomándome en sus brazos me lanzó al aire varias veces y otras tantas me recibió. Temí caerme, me asusté y terminé llorando. Desde entonces, sospecho, proviene mi aversión a los vacíos.

Mi más antigua sensación de paz la asocio con las nubes. No sabía qué eran, de dónde venían ni a dónde iban. Simplemente las vi viajar lentamente y ello me ofreció una sensación tranquilizante.

Mi sobresalto inicial fue un temblor a eso de las ocho de la noche. Me sorprendí, no me asustó, por eso pude tener apreciaciones. Fue largo y ruidoso. Luego oí la voz de mi madre que decía: «Ya pasó... ha sido de mucho ruido». Es mi más remota experiencia sísmica.

¿Ingratitud infantil? No recuerdo a mis juguetes. Más tarde serían los mejores mis soldaditos de plomo: infantes, jinetes, artilleros...

Empecé a gustar de la noche. Mis noches fueron extraña mezcla de soledad y fantasía. Dos cosas percibía en mis desvelos nocturnos: el silbar del viento y el romper de las olas. Ambas me entretenían mucho. Era como oír en el silencio y ver en la oscuridad. Y la noche, desde entonces, me atrajo de un modo inexplicable.

En tales noches, siempre atento, creía que no dormía. Pero dormía, la prueba es que soñaba. Luego venía el amanecer. A través de la ventana teatina de mi dormitorio percibía el nacer de la aurora. Callaban los grillos, cantaban los gallos, ladraban los canes y no faltaba un rebuzno anunciador de la salida del sol. Luego empezaban los ruidos cotidianos. La campana de la iglesia, el lechero, el panadero, mi madre preparando el desayuno, mi padre que se iba a trabajar.

En ocasiones la paz rural se rompía por la presencia militar. Eran los soldados de Chorrillos, que partían de maniobras al son de clarines estridentes. Pasaban con sus mulos portando la artillería ligera, luego la artillería pesada sobre ruedas de carreta, y al final la caballada gruesa. Y mientras las ruedas avanzaban dando tumbos en el empedrado, los caballos lo hacían golpeando a este con sus herrajes. Cuando

se iban mulos y caballos todo el suelo quedaba cubierto con su excremento. Demás está preguntar cuál es, de este tiempo, mi primer recuerdo olfativo.

Para entonces, me han contado, yo era tosco en mis movimientos (nunca tuve habilidad manual), inapetente (y en consecuencia flaco), parlanchín y preguntón. Hacía preguntas raras. Alguien me dijo que un día inquirí si en la luna habían gatos.

Así cumplí los seis años. Casi no hacía distinción entre lo posible y lo imposible. Creía que podía preguntarlo todo y que todo tenía su explicación. Por eso mis vivencias estaban cargadas de curiosidad y mi curiosidad no escatimaba preguntas. Luego como que maduré y empecé a observar más atento. Entonces dejé de ser parlanchín —me apagué, según mi madre— y entré a una introversión extraña. Acaso me di cuenta de mi pequeñez humana: podía hacer muchas preguntas, mas no todas tenían respuesta. ❧



Los padres, José Antonio del Busto del Risco y María Angélica Duthurburu Villalta el día de su matrimonio, el 31 de octubre del 1931.

II

El ancestro

Mis padres

Mi padre era fuerte, mi madre era dulce. Así los veía yo. Ella me enseñó a obedecer, él me enseñó a mandar. Ambos pusieron especial esmero en que yo no resultara servil ni déspota.

Me dieron cuanto pudieron, advirtiéndome que no me podían dar más. Me hicieron ver los límites de la realidad y eso fue muy importante. También me enseñaron la diferencia entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, y —como eran creyentes y practicantes— me enseñaron a amar y temer a Dios.

A estas alturas, por ley natural, me identifiqué con la figura paterna. Fue entre los cinco y los seis años de edad. Mi padre era hombre y mi madre mujer, yo era como él, no como ella. Ambos me lo hicieron ver así. Y yo, consciente o inconscientemente, fui perfeccionándome varón. Rechacé los juegos femeninos y me adentré en los viriles. Había nacido hombre y debía vivir como tal. El mundo de mi identidad sexual quedó tempranamente resuelto.

Hoy lo entiendo perfectamente. Mi madre era el afecto, la comprensión, la piedad, la creatividad, la fantasía, pero mi padre era lo concreto, la acción, la norma, la autoridad. Mi madre era el consejo, mi padre el ejemplo. Él fijaba el objetivo, ella era el camino a esa meta.

Mi madre era bondadosa, mi padre severo, ambos fueron muy honestos. Eran equilibrados. Los recuerdo bastante bien. Ella era de color trigueño, cercano a la caoba fina, matiz que debía a sus antepasados indios; él parecía blanco puro, pero tenía remotamente antepasados negros. Mi madre era introvertida, mi padre hombre de humor; ella era callada, él sanamente burlón. De mi madre heredé el carácter reservado y el amor a la soledad, de mi padre cierto espíritu socarrón y la fluidez de palabra. Los dos tenían sentido del ridículo, rechazaban las exageraciones, no toleraban el mentir. Me castigaron físicamente, como se estilaba entonces, pero siempre con oportunidad correctora. No cedían a las súplicas. Lo que estaba mal, estaba mal; lo bueno, siempre estaba bien... pero podía ser mejor.

Me enseñaron la privacidad, el respeto a mis mayores, el amor a mi familia y de manera especial el amor a mi país. Me decían, por ejemplo, hay países más grandes, más ricos, más poblados, más modernos, pero tu país es el Perú. El mensaje no cayó en saco roto. Desde entonces, valgan verdades, mi país y yo somos inseparables.

Fueron más que medianamente cultos. Escribían sin faltas de ortografía. Leían poco, nunca libros muy gruesos, sin embargo, gustaban de las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma, obra en varios volúmenes. Mi padre era dado a los números, mi madre a las letras. Ninguno tuvo estudios universitarios, pero los desearon para mí. Sabían estimular. Más tarde me diría mi progenitor: «Al hombre no se le conoce por las veces que cae, sino por las veces que se levanta».

No sé si todos pensarán lo mismo de los suyos, pero para mí, los padres que tuve fueron inmejorables. ¿Sublimación? Es posible. Lo cierto es que eran personas sencillas, pero sabían educar. Habían vivido mucho y acumulado sentido común. Tenían sabiduría natural, esa sapiencia que suele alcanzar la madurez y la vida.

Ambos vivieron largos años, gozaron de buena salud. Murieron octogenarios en su casa de Miraflores, en la calle San Martín, número 626. Él murió de hemiplejía, duró así casi un año, ella de enfisema pulmonar, llegó a su fin en tres días. Mi padre finó una hora después del mediodía del 13 de noviembre de 1991, habiendo llegado —por sus méritos— a ser contador del Banco Central Hipotecario del Perú; mi ma-

dre lo precedió el 13 de agosto de 1988, a las 3:55 de la madrugada. Están sepultados en el cementerio El Ángel. Su tumba bipersonal, en el suelo, es hoy Jardín de San Bartolomé. Allí, bajo la hierba y entre flores, yacen los dos seres a los que más debo en el mundo. Dios los tenga en su gloria.

Mis abuelos

Vivíamos con mis abuelos paternos. El exiguo sueldo de mi padre no permitía aún la independencia total. La presencia de estos abuelos agnaticios, significó una huella que perdura.

Mi abuelo José era viejo, flaco, aquilino, canoso y algo calvo. Su familia llegó al Perú en el siglo XVIII y era hidalga de Cudillero, en Asturias; por el lado materno fue de ancestro genovés; el mestizaje peruano le había añadido algunas gotas de sangre africana a través de una rebisabuela negra de casta lucumé. Creció sin mayor instrucción. El estado de su familia luego de la Guerra del Pacífico lo forzó a trabajar tempranamente para sostener a sus hermanos menores. Entonces fue pagador de jornales en distintas haciendas de la costa, para lo cual tenía que emprender riesgosos viajes a caballo llevando consigo el dinero; resultó un experto en la conducción de caudales, nunca fue asaltado por los bandoleros. Tampoco era hombre que se dejaba asaltar, prefería morir matando. Esto hizo entre los quince y veintiséis años de edad, por lo que no pudo seguir en la universidad estudios de Derecho, para ser abogado como su difunto padre. Austero y trabajador, también fue terco y cascarrabias. Luego ingresó a trabajar de Recaudador al diario decano El Comercio, empleo que sirvió muchos lustros. Cuando yo lo conocí vestía terno con chaleco, camisa de cuello duro, corbata de oscuro color y sombrero de fieltro. Los domingos, para ir a misa, sacaba un bastón con puño de plata. Este bastón lo conservo, su puño es una cabeza de sierpe. Usualmente caminaba con las manos

tomadas atrás y en sus últimos años lucía encorvado. La gente lo respetaba como a vecino antiguo de Barranco, pero le temía por su mal genio. En materia de mal genio era terrible. Cuando estaba molesto parecía que se hundía el mundo. Pero luego del estallido, ocurrida la explosión, tornaba poco a poco a la quietud y volvía a ser el hombre bueno de siempre. Al atardecer se reunía con sus amigos, otros viejos jubilados como él, en una banca del Parque Municipal y allí hablaban de temas mil; caída la noche se trasladaban a la Botica El Inca, donde sentados en sillas discutían de política. Me quería a su manera. Conmigo era seco, tosco y gruñón, pero algunas veces me compraba caramelos o me sorprendía con un chocolate. También me daba consejos. Nunca perdía de vista que yo era su nieto mayor. Era limeño del barrio de Santa Ana y se había casado con mi abuela en la iglesia de Santiago del Cercado.

Mi abuela, limeña del barrio de San Lázaro, era gruesa, dicharachera y alegre. En materia de carácter era el polo opuesto a su marido, con el que se llevaba muy bien. Sabía gobernar su casa y no era de muchas amigas. Tejía y cosía para entretenerse pero, además, lo hacía con perfección. Se llamaba María Teresa del Risco Moreno, su familia paterna era de Trujillo y la materna de Arequipa. Acusaba facciones blanquimestizas. Me mimaba con disimulo, pero más me corregía. Me preparaba mazamorra morada o me la hacía preparar, también mazamorra de cochino. A mí me gustaba mucho el dulce de higos y por ello me ponía delante unos higos rechonchos y almibarados tachonados con grageas que recuerdo con gula y nostalgia. Siguiendo la costumbre limeña, la llamaba *mamama* y a mi abuelo *papapa*. A los dos quise mucho y respeté más. Él murió en Barranco, el 9 de febrero de 1950, ella en Miraflores el 15 de octubre de 1962, día de su cumpleaños; él falleció de cáncer gástrico, ella de diabetes. Tuvieron cinco hijos y dos hijas: José Antonio, Armando, Jorge, Raúl y Enrique, Teresa y Rosa.

Mi abuelo materno Enrique Duthurburu y de Peralta —limeño del barrio de San Marcelo— era flaco, de rictus marcado y de cuerpo muy vertical. Su familia paterna era vasco-francesa de Tardeets, en los Bajos Pirineos, y pasó al Perú en el siglo XIX; la materna, muy antigua en Arequipa, procedía de Navarra. Estaba

acostumbrado a mandar y ser obedecido. Era en todo muy militar. Comenzó de montonero pierolista en Lurín, estuvo en la toma de Lima en marzo de 1895 y desde entonces vistió el uniforme por invitación del propio Nicolás de Piérola. Ascendió hasta Coronel de Infantería y llegó a Prefecto de Ayacucho y de Piura. Era blanco, recio y sano. Decidía en silencio y actuaba con seguridad. No sufría a los infidentes ni a los cobardes. Tenía poca paciencia, era hombre de rigor. Murió en Lima, a causa de un derrame cerebral, el 7 de febrero de 1950. De su enlace con mi abuela Leonor, indomestiza de Ayabaca —realizado en la limeña parroquial de San Sebastián—, tuvo cuatro hijos y seis hijas (Pedro Enrique, Luis Felipe, Carlos Alberto y Hugo, Enriqueta, María Angélica, Virginia, Graciela, Leonor y Teresa); de su segundo matrimonio, con Victoria Cubas y Cubas, limeña —celebrado en la iglesia capitalina de María Auxiliadora— nacieron dos varones y una hembra (José, Luis y Rosa). Igual que mi abuelo José, del cual era antiguo amigo, fue muy aficionado a la lidia de toros bravos.

De ambos, pues, bebí la afición a la tauromaquia. Alguna vez, siendo muy niño, recuerdo haber presenciado entre mis dos abuelos, una corrida de toros en la vieja Plaza de Acho. Miraban, casi no hablaban, pero cuando opinaban eran acertadísimos. Recuerdo también que esa tarde, por primera vez en mi vida, vi poner banderillas de fuego.

De mi abuelo Enrique heredé la verticalidad corpórea, la disciplina y la poca paciencia; de mi abuelo José el caminar con las manos tomadas en la espalda, la austeridad y la terquedad ancestral.

Algo extraño ocurrió con ambos. Mi abuelo Enrique estaba sano y mi abuelo José desahuciado. Pero se invirtieron los papeles, el sano murió primero y el desahuciado después. Por eso vinimos de enterrar a uno y partimos a enterrar al otro. En un tiempo de tres días perdí a mis dos abuelos.

Fueron secos, empecinados y maldicientes. Temo que si llego a octogenario voy a ser como ellos. No sería de extrañar. Aparte de traer su sangre, son mis modelos seniles. Sin embargo, entiendo que sería más conveniente un diálogo más afectivo

y frecuente con mis hijas y nietos. Lo intentaré, pero no me comprometo categóricamente. Me conozco.

El ambiente familiar

Mi niñez fue apacible y rodeada de viejos. No lo lamento, aprendí mucho de ellos. Eran mis tíos abuelos paternos. Todos visitaban a mi abuelo, su hermano mayor, y tenían reuniones teñidas de sabor antiguo.

En tales reuniones hablaban de la Lima del 900 y de la evolución de Barranco, pero cuando se remontaban al siglo anterior —y esto era frecuente— brotaba el tema de la Guerra del Pacífico y eso los enervaba a todos, despertando su furor antichileno.

La causa era también que su padre, el abogado Manuel del Busto Calienes, durante la ocupación de Lima, fue preso y llevado a fusilar dos veces porque se negó a pagar el cupo de guerra impuesto a varios vecinos. Sus hijos recordaban la noche en que fue sacado de su casa —la madrugada del 4 de enero de 1883— y llevado al cuartel de Santa Catalina. Pero el viejo era terco, contumaz, por lo que se negó rotundamente a firmar la aceptación del cupo y en este trance amaneció. Para amedrentarlo fue sacado al patio del cuartel dos veces, simulando que lo iban a fusilar, pero esa mañana se puso más trejo todavía y gritó que prefería morir fusilado que dar un céntimo al invasor. No se llegó al fusilamiento porque antes del mediodía —sin él saberlo— pagó el cupo el Ilustre Colegio de Abogados, del que era activo miembro. Así, sin querer, salvó la vida cuando por propia voluntad había decidido perderla. Pero los chilenos hicieron caso omiso de su obstinación y escribieron en la lista que se publicó luego: «Manuel Busto Calienes: pagó». Cuando mi bisabuelo se enteró de esto sufrió un acceso de ira que —valga la exageración— le duró hasta su muerte. Por eso era que sus hijos se ponían de su lado y maldecían al país del sur,

culpando también a los chilenos de haber arruinado a la familia quemándole un rancho viejo en Chorrillos, amén de otros daños menores.

Este era el momento en que, a su vez, entraba mi abuela con el chocolate caliente y sacaba a relucir a su abuelo materno, el Coronel Agustín Moreno Vizcarra, el Vencedor de Pisagua, oficial peruano que hizo el primer disparo en la Guerra del Pacífico el 18 de abril de 1879, y que consiguió en esa fecha la primera victoria nacional defendiendo el puerto a su mando y rechazando el desembarco del enemigo. Esto último fue tan eficaz, que le ganó el mote de *Matachilenos*... Más tarde se halló en la batalla de San Francisco y fue Vencedor de Tarapacá, luchando asimismo en el Alto de la Alianza.

Mis tías abuelas paternas, por su parte, no participaban en estas tenidas, pero guardaban un escopetón con el que su padre había concurrido como combatiente civil adjunto al Combate del Callao, el 2 de mayo de 1866, y a la batalla de Miraflores, el 15 de enero de 1881. El arma en cuestión la tuve en mis manos varias veces —la guardaban mis tías Manuela y Rosa Elvira en su casa de Barranco— pero el terremoto de 1940 la sepultó bajo un muro y, que yo recuerde, allí se perdió la historiada escopeta, de lo que no hacían sino lamentarse mis ancianas tías.

En este ambiente de viejos maldicientes y viejas deplorantes crecí yo. De ellos sobre todo, escuché y aprendí muchas cosas. La Guerra del Pacífico la llegué a conocer gracias a sus conversaciones. Y mi cultura sobre el tema, antes de cumplir diez años era, dentro de lo que se puede pedir, bastante singular.

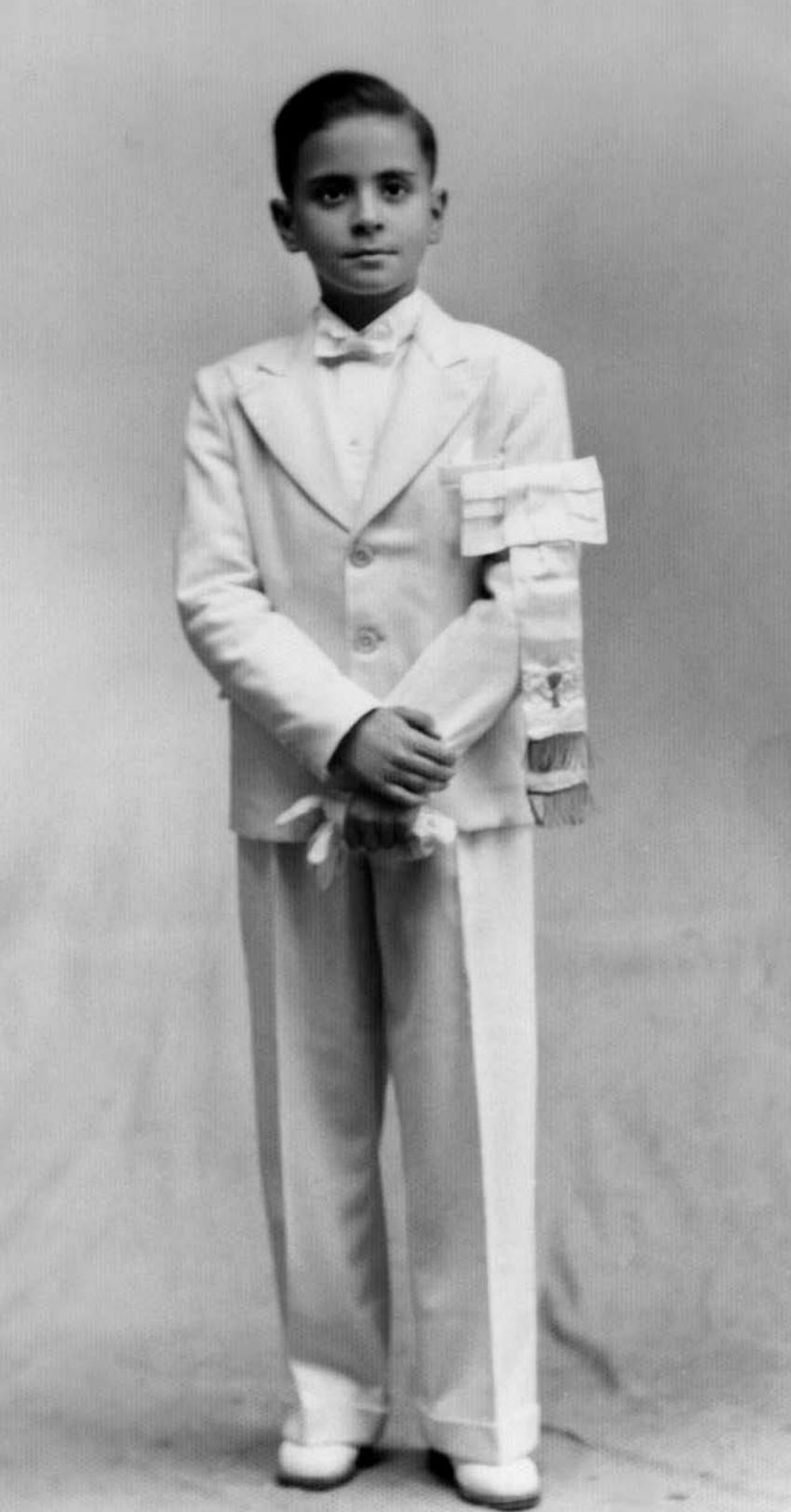
Uno a uno se fueron muriendo todos los viejos. Murieron en olor de terquedad. Y uno a uno también los llevé a enterrar al mausoleo de los Del Busto Bérnizon en el Cementerio General. Allí están todos, no falta casi ninguno, pero sus voces se han silenciado y ya no cuentan lo que yo escuché. Es una verdad muy grande que las heridas de los viejos solo cierran en la tumba.

Mi abuelo, mi abuela y mis tíos abuelos, lo confieso, dejaron honda huella en mí. El fervor patrio que acompañaría toda mi existencia, tuvo en ellos su punto de partida. ☞



A los cuatro años.
A la derecha, con su padre.





Primera Comunción,
20 de junio de 1941.
Colegio San Luis
de Barranco,
de los hermanos
maristas.

III

La infancia

La casa natal

Mi casa natal era grande. Era un rancho típicamente barranquino, construido entre los fines del siglo XIX y los comienzos del siguiente. Tenía un cuerpo central y dos alas, al fondo una huerta y los lugares asignados a las aves de corral. El cuerpo central, como toda la casa, se asentaba sobre un sótano de ventilación de un metro y medio de alto.

Pasado el jardín exterior, se subía a un atrio techado y embaldosado, por donde se ingresaba también a las dos alas. El cuerpo central comenzaba con el salón de las visitas, siguiendo el comedor con su farola o claraboya enrejada donde había unos ángeles pintados, no precisamente bellos. La sala era de color rosado y el comedor de color celeste. Terminaba esta parte central en el comedor de verano que caía sobre la huerta. Todos los pisos eran de madera, las paredes empapeladas con motivos florales, y los techos con vigas pintadas de blanco.

El ala izquierda era donde vivían mis abuelos. Constaba de varias habitaciones y un cuarto de baño con una tina de hierro cuya agua se calentaba con ron.

El ala derecha, donde nací, era la asignada a mis padres. Tenía igual trazo que su congénere. Al final estaba la escalera que llevaba a la azotea y al mirador. Este era una habitación

elevada en cuya parte superior, entre barandas de madera, se admiraban las caídas de sol. Fue una costumbre barranquina.

Separaban las dos alas largos pasadizos que flanqueaban el cuerpo central del edificio.

Junto a la escalera de la azotea mi abuelo, cuando llegó la costumbre, instaló la primera ducha. Era un cuartillo alto y estrecho. Se llegaba a él en bata, solo había agua fría, pero el chorro multiplicado era el deleite de los usuarios. La ducha significó la defunción de la tina o bañera. La que menciono se instaló por 1920. Antes no había duchas en Barranco.

La huerta era muy llena de árboles, destacando entre ellos la frondosa higuera de mis añoranzas. Punto aparte eran las aves de corral. Había gallinas y patas. Las primeras tenían sus nidos a la vista de todos, las segundas se perdían en el sótano de ventilación y luego reaparecían seguidas por quince o veinte patitos. Comíamos huevos de gallina y de pata, con ellos se hacían unas tortillas suculentas. Los gallos cantaban al amanecer y los patos graznaban todo el día. Eran señales para deslindar territorios. El terror de los gallineros y pateras eran las mucas o zarigüeyas que salían de noche de los cañaverales de Surco.

En primavera era frecuente el escándalo nocturno protagonizado por los gatos acechando a las gatas. El resultado era que tiempo después aparecían las gatas con cinco o siete gatitos. Cuando había en la casa una gata preñada, era común señalarla y decir: «Aquí hay gato encerrado».

El mar

Al mar lo conocí primero con los oídos y después con los ojos. Fue en las noches barranquinas, entonces tan silenciosas y quietas. Se escuchaba en ellas el romper de las olas y el ruido que hacían las piedras arrastradas por la resaca. Pero un día

pregunté qué era aquello y mi madre, desde la Cruz de los Pescadores, detrás de la parroquia vieja, me enseñó el mar.

Me impresionó, luego me acostumbré a verlo. Pero el día de su descubrimiento lo vi enorme, ilimitado. Llamaron mucho mi atención las olas y me expliqué el ruido que hacían, también aprecié la espuma. Mi madre me dijo que allí vivían los peces y que las barcas a vela —porque tenían vela triangular— eran de los pescadores. Asimismo reparé en la playa. Era de piedras, con manantiales y cañaverales. Cerca de mí había plantas con flores de color violeta. Eran las campanillas que, en tupidas alfombras, corrían sobre los acantilados.

Yo tendría tres años, pero me acuerdo de todo esto con vivencial claridad. Esa tarde regresé a mi casa y le conté a todos cómo era el mar. Pensaba que nunca lo habían visto. Mi padre, principalmente, me escuchó atento y me dijo que pronto me llevaría a la playa a conocer el mar de cerca.

El mar significó uno de mis recuerdos principales. Lo vi desde los acantilados y descubrí en él la reventazón de las olas, el banco de arena y las bandadas de pájaros marinos que al ocaso volvían a sus nidos oscureciendo el sol. Porque entonces las aves eran muchas y no había crepúsculo vespertino sin ellas. A las puestas de sol que entonces presencié debo el que, desde temprano, supe distinguir los colores. Me gustaría pronto el rojo y, dentro de él, su variedad de rojo fuego.

Mi gran sensación de triunfo fue vencer el miedo al mar. El mar lo había visto varias veces, pero nunca entrado en él. Fue en la playa de Barranco, al lado de mi padre. Entré pisando piedras y una ola me hizo tambalear, otra me derribó, pero mi padre me dijo: «Entra, yo te ayudo». Así lo hice y luego sentí como si volara en un espacio líquido. Carecía de piso. Las manos de mi padre tenían tomadas las mías y yo movía los pies con libertad. Las olas venían y yo subía con ellas, si traían espuma, sumía la cabeza sin respirar. Me sentí feliz, triunfador. Así aprendí a flotar. Más tarde, también mi padre, me enseñaría a nadar.

En una de estas incursiones a la playa —hoy me percató— conocí a Sulcovilca, el dios antiguo de los pescadores indios. Era una gran piedra cuadrada del tamaño

de una habitación. Tardíamente lo recuerdo y tardíamente también lo relaciono. Me acerqué al aerolito y, con la ayuda de mi padre, trepé a él. Gocé de un paisaje conocido, pero solo hallé sobre la roca esqueletos de pescado y alguna cesta rota. Eran las ofrendas supersticiosas de los pescadores a la vieja deidad. De nada de esto fui consciente entonces, mi padre tampoco, por eso ambos nos apartamos sin comentar nada. El aerolito estaba entre los Baños Municipales y el Malecón de los Ingleses, pero no recuerdo nada más. Poco después, cuando la construcción de la carretera, la gran roca fue dinamitada, voló en pedazos, y hoy sus fragmentos deben formar parte de los rompeolas aledaños.

La escolita

La escolita de primeras letras fue el primer paso de mi educación inicial. Funcionaba en la calle de Tarapacá y la dirigía la señora Angélica Cordero. Era casada, no tenía hijos y gustaba de los niños y niñas. Tenía una paciencia admirable.

Los alumnos seríamos veinte. Concurríamos todas las mañanas a las nueve y por las tardes a las tres. Los alumnos llevábamos una pequeña pizarra y un lápiz especial para escribir en ella, un cartón con las letras del alfabeto, un cuaderno, un lápiz común... y un bacín. Teníamos también una maletita. En su interior nos ponían en casa un pan con mantequilla y una fruta. Esta última podía ser un plátano o una manzana. Estaba prohibido llevar mango o naranja.

Nos enseñaban a deletrear y a dibujar las letras, a componer fáciles palabras y a diferenciar los números. Se añadían las cuatro oraciones (Padre Nuestro, Ave María, el Credo y la Salve) y se cantaba el «Tú reinarás».

El recreo era en el jardín y, de paso, visitábamos a un loro atado por una pata a la rama de un árbol, y a un canario enjaulado que cantaba a todo trinar.

De casa nos traían y a casa nos llevaban. Era una vida relativamente plácida, pero la enturbiaba la tarea escrita que nos daban para hacer en domicilio.

Recuerdo que a la hora del recreo, por la tarde, todos los días pasaba por el cielo una avioneta de color naranja. Después me enteré de que era de la compañía Faucett; otras veces, por la mañana, sobrevolaban aviones de cuatro alas. Los alumnos interrumpíamos los juegos y agitábamos los brazos saludando a los aeroplanos con la esperanza de que sus ocupantes nos vieran. Todavía eran pocas y causaban sensación las inexplicables *máquinas voladoras*.

No siempre aprendí cosas loables en la escolita. Lejos ya de hacer palotes y caligrafías, amplié mi vocabulario enriqueciéndolo con nuevas palabritas. Lo malo fue que un día aprendí de otro chico una palabrota... y la repetí en casa. Mi padre dejó de leer el diario y me miró, solo me miró —ni afirmativa ni negativamente—, pero mi madre se inmutó más y me dijo cortante: «Esa palabra no es de gente educada, no la vuelvas a repetir». Mi padre siguió leyendo el periódico y ella arreglando la ropa. Ese fue mi primer desliz prosódico y fonético, un caracho pronunciado con jota. Avergonzadillo salí de la habitación, pero en punta de pies regresé a espiar. Descubrí que mis padres comentaban y sonreían. Entonces concluí que mi falta no había sido tan grave. ❧

IV

Lima

La casa de la tía abuela

Por el futuro nacimiento de mi hermano nos mudamos temporalmente a Lima. Allí, en la casa de mi tía abuela Enriqueta Duthurburu tuvimos nuestro nuevo hogar. Fuimos por dos meses y nos quedamos año y medio. Fue una estadía decisiva para mí aún cuando durante ese tiempo no asistí a ninguna escuelita.

La casa era vieja, quedaba en un tercer piso, en la esquina formada por las calles Nazarenas y Velaochaga. Tenía pequeños balcones con macetas de geranios.

El barrio era criollo y alegre. Estábamos cerca del Mercado de la Aurora y de la calle Nápoles, notable por sus dulces limeños de inmejorable sabor.

Para octubre el barrio se animaba muchísimo, pues su procesión atraía cantidad de negros cargadores del anda y de negras zahumadoras de la imagen. El Señor de los Milagros era el Patrono de la capital.

Entonces —que yo recuerde— no había turronecillos de doña Pepa. Pero, en cambio, abundaban las vivanderas que vendían butifarras, anticuchos, mazamorra morada y chicha de maíz.

Los días que salía la procesión pasaba por delante de la casa en que vivíamos. Ese día se llenaba de parientes. Acudían mis abuelos, sus hijos, sin contar a una legión de viejas primas de



1938. José Antonio con su padre y su hermano Javier.

mi tía abuela. Las mujeres terminaban sentadas en los balcones, los hombres parados detrás. Eran más de cuarenta personas. No sé cómo podía soportar tanto peso la endeble y vieja casa. La procesión del Señor de los Milagros me sirvió para ver de cerca y por primera vez, a los peruanos de raza negra. Allí descubrí la negritud.

Durante estos primeros meses que viví en Lima ocurrió algo providencial. Sucedió que yo, siempre inapetente, lucía flaco, pálido, parecía desnutrido. Mi padre no se inmutaba y decía que él había sido así, pero mi madre se alarmaba y, por ser la enfermedad en boga, le temía a la tuberculosis pulmonar y se desvivía por alimentarme. Su preocupación se tornó angustia y recurrió a todas las estrategias lícitas e inteligentes para que yo aceptara la comida y no dejara nada en el plato. Este plato, cierto día, fue uno de arroz con frejoles. Y aquí empieza la anécdota.

En su afán de alimentarme y sabiendo que me entretenían los relatos verídicos, llegó a desempolvar su texto escolar de Historia del Perú —un libro de Rosay, ejemplar que aún conservo— y a través de sus grabados románticos, sugestivos, me mostró diversos episodios, deteniéndose, sin mayor intención, en uno que representaba la captura del Inca en Cajamarca. Con ello tuve ocasión de conocer a Atahualpa y a Pizarro. Como evidencié interés, se centró en el relato, pormenorizó los momentos y me explicó las posiciones de ambos caudillos. El tema me interesó más y abundé en preguntas. Mi madre me las respondió en lo que pudo. Pero explicada la captura del Inca, el plato de frejoles con arroz seguía incólume sobre la mesa. Entonces fue que, mirándome a los ojos, me dijo: «En esa época fue así, pero vamos a ver como sería ahora; los arroces, que son blancos, son los españoles, y los frejoles, que son de color oscuro, los indios; come una cucharada de frejoles y luego otra de arroz, la última cucharada que quede en el plato y tú comas, esa es la que decide el triunfo». Seducido por la proposición comencé a comer con entusiasmo. Así di cuenta de la mitad del plato, luego de la otra mitad, y de este modo terminé con la ración entera de arroz con frejoles. No recuerdo si ganaron los indios o los españoles, pero sí que a partir de entonces mi madre descubrió la fórmula para lograr que yo comiera.

Demás está decir que el famoso encuentro entre andinos y castellanos se repitió

varias veces con otros guisos y alimentos. Lo cierto es que aprendí a comer con regularidad, aficionándome especialmente a los frejoles con arroz. Tanto, que hoy es uno de mis platos favoritos.

Así nació mi dormida vocación de historiador. Reconozco el hecho como el antecedente prevocacional más remoto, directo y decisivo. Se debió al amor de mi madre, al momento preciso y al peruánísimo plato de arroz con frejoles.

La visión hispanizante

La Lima que yo alcancé fue la Lima que dibujó Jochamowitz. Mis padres sabían que me gustaba y no me escatimaron rincón. Vi mucho, todo me gustó. También me llevó a conocer antiguallas mi tía abuela y madrina, por lo que mis visitas con ella fueron preferentemente a los templos.

Conocí la Plaza de Armas con sus portales del tiempo virreinal y el trazo ajedrezado de la ciudad. Pizarro, en su monumento ecuestre, estaba en el atrio de la Catedral y dentro de la basílica reposaba la falsa momia que todos juraban era la del Fundador. Las calles lucían balcones de cajón, las fachadas mostraban ajimeces y algunos patios tenían azulejos. La casa del conquistador Jerónimo de Aliaga permanecía con sus descendientes y la del primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera, el Viejo, conservaba sus balcones cerrados en la calle de la Veracruz. El estilo barroco se apreciaba en las fachadas de La Merced y de San Agustín, y el estilo mudéjar en las yeserías de las bóvedas de mercedarios y franciscos; en las Nazarenas y Santa Teresa imperaba el rococó y en los altares máximos de los templos de frailes, así como en San Pedro, campeaba el neoclásico. Al barrio de San Lázaro se llegaba por el Puente de Piedra. Allí todavía estaba la vieja Plaza de Toros de Acho, obra del Virrey Manuel de Amat, la Alameda y el Paseo de Aguas, también vinculados a la Perricholi.

No es que yo entendiera todo lo que veía en esas visitas, pero sí fui educando el gusto por las antigüedades. Eran como viandas desconocidas que me atraían por su color, olor y sabor. Más tarde me aficionaría definitivamente a ellas, pero para entonces ya estaba familiarizado con su presencia. No me eran desconocidas. Así comencé a ver y también a comprender las antigüedades.

Mi dormida vocación de historiador comenzó a correr por otros cauces. Mi tía abuela y madrina, aprovechando sus rezos y devociones, me llevó a la Catedral y allí me hizo presenciar la Reseña. Era una ceremonia, a lo que hoy entiendo, que se remontaba a la época de los Reyes Católicos. Los canónigos, enlobados, tendidos en el suelo delante del altar mayor, eran batidos por una bandera negra con una cruz colorada, bandera que se encargaba de flamear otro canónigo de pie asimismo vestido de negro y con capucha. La extraña ceremonia, eco de antiquísima liturgia, hoy ha desaparecido. Me impresionó sobremanera.

En otra oportunidad mis padres me llevaron a la Plaza de Acho, porque iba a preceder a la corrida un despeje virreinal dieciochesco. Efectivamente, el Virrey Amat, representado por un personaje de peluca blanca rizada, dio la vuelta al ruedo varias veces en el interior de la carroza que fue de los Marqueses de Torre Tagle, mientras detrás suyo, a modo de séquito, cantidad de individuos con tricornos y coletas, faltriqueras y libreas, lo seguían montados a caballo. Fue un espectáculo único que al final de la corrida se prolongó con el regreso del Virrey en su carruaje llevando tras de sí la cabalgata. El recuerdo de todo esto me quedó grabado en la memoria, de modo que cuando llegué a la edad de hacer versos, muchos años después, compuse unos que empezaban:

*Y un gran tropel de caballos
con pintas pardas y negras,
que sobre herrajes de plata
chispas sacan de las piedras,
por el Puente se aproximan*

*con un carruaje imponente,
y unos lacayos que gritan:
¡Paso al Virrey y a su gente!*

Todo lo expuesto dejó en mí una visión arcaizante, virreinal, fruto de una Ciudad de los Reyes hija de Austrias y Borbones. Fue una impregnación hispanizante. Luego vendría el despertar indigenista a raíz de un ceramio chimú.

El huaco chimú

El huaco estaba allí, en una alacena esquinera, sin que nadie reparara en él. Era de barro cocido, de matiz anaranjado y de forma caprichosa. Iguales los había en el Museo. Me causó curiosidad, pregunté a la tía abuela qué era aquello y con rara precisión me respondió: un cantarito que los indios antiguos tenían para el culto de sus dioses y sus muertos. La respuesta era completa; liturgia y necropompa.

El ceramio ceremonial había sido hecho a horno abierto, por eso no era de color negro, pero de esto me enteré después. Entonces lo vi como dos recipientes botelliformes y globulares unidos por su parte inferior por un tubo comunicante y por su parte superior por un gollete puente calado con pequeños triángulos; sus dos vertederas verticales, unidas por el gollete, eran el caño y un pajarito. Posteriormente entendí que se trataba de un huaco silbador, esto es, que el ave era un silbato al que se oía cuando se soplaba por el caño.

El huaco me fascinó. Era más antiguo que Pizarro y Atahualpa. Más antiguo que Lima. Había sido hecho en la costa norte del Perú (allí se lo habían obsequiado a mi abuelo materno) y tenía una presencia originalísima. Además, y esto me parecía inverosímil, estaba conmigo en mi casa.

Prepotentemente lo hice mío. Nadie se opuso a la nueva posesión. El ceramio

ceremonial significó el comienzo de mi curiosidad por lo aborigen. Quise saber mucho sobre él. Desgraciadamente nadie me pudo informar más de lo que me había dicho la tía abuela. A lo sumo alguien me dijo, y era cierto, que era un huaco chimú.

A partir de entonces contemplé el ceramio con amor reverencial. Era una reliquia del tiempo viejo, un testigo del pasado, una joya singular. Lo importante fue que con el huaco chimú de doble cuerpo comenzó mi interés por el pasado indio de mi patria, por su arqueología y por su historia.

El huaco todavía lo conservo. Lo he llenado hasta la mitad con arena para darle peso y estabilidad ante temblores y terremotos. Tiene más de 500 años de antigüedad y sigue silente y locuaz. Silente por lo que calla, locuaz, por lo que dice. Sirvió para adentrarme en la corte de Chanchán y presentarme el Ande desde la costa. Mejor dicho, para darme una visión más exacta de la integridad del Perú. Fue el primer legado consciente de mi ancestro aborigen.

En este tiempo —el 24 de abril de 1938— nació mi hermano, el único que he tenido. Se le bautizó en la parroquia de Santa Ana con el nombre de Javier Martín Manuel. Su advenimiento significó una alegría para todos. No tuve celos con su presencia gracias a la inteligente labor de mis padres. Lo recibí con cariño y curiosidad. Si en algo me sentí destronado, pronto lo superé. Ahora éramos dos y teníamos que compartirlo todo.

En estas condiciones volvimos a Barranco donde mi padre, con esfuerzos mil, había comprado un terreno y edificado una pequeña casa en el barrio de La Condesa, en la calle Maynas. La familia parecía entrar a tiempos mejores. Cuando esto sucedió corría ya el año de 1939. La verdad es que no nos fue bien. Por causa de la Segunda Guerra Mundial se clausuró el Banco Alemán Transatlántico y mi padre quedó sin trabajo. Tuvimos entonces que volver a la casa de mis abuelos paternos. Allí viví el resto de mi infancia y la totalidad de mi adolescencia. Pronto mis abuelos se mudaron y quedamos como únicos ocupantes del vetusto rancho. Mi padre consiguió nuevo trabajo en el Banco Central Hipotecario del Perú y, recién entonces, comenzó una etapa de cierta holgura económica. ❧

V

La escolaridad

La primaria

Cuando cumplí los siete años me matricularon en el colegio San Luis, dirigido por los Hermanos Maristas de la Enseñanza. Fue un cambio radical. Los hermanos tenían vasta experiencia pedagógica y un logrado concepto de la hominización. Su lema secreto podía ser aprender, tomar posición y producir creando. A esto se sumaba un ideal de formación cristiana, realista y sin exageraciones.

Ingresaron conmigo este año de 1940 Carlos Alberto García San Martín, Ernesto Farragut Alfaro, Jorge Prieto Velarde, Javier Crespo Castrillón, Ticiano Muñoz Chocano, Hernán Arizola Tirado y Leonidas de la Cuadra de la Villa. Los tres últimos son ya fallecidos. Todos fueron excelentes compañeros y connotados amigos.

Nuestro primer profesor fue el hermano Dionisio (Claudio Cors Gil), burgalés de Quintanalara, quien nos enseñaba inglés con muñequitos, nos llevaba a la huerta a recoger manzanilla y nos hacía cantar el Mambrú. Todavía recuerdo la primera estrofa:

*Mambrú se fue a la guerra,
chibirín, chibirín, chin chin,
Mambrú se fue a la guerra*

*no sé cuándo vendrá,
¡Ab, ab, ab! ¡Ab, ab, ab!
No sé cuándo vendrá.*

Lejos estaba entonces de saber que el Mambrú de los españoles era el Duque de Malborough, paladín de los ingleses.

Este año, el 24 de mayo, a las once y media de la mañana, nos tomó de sorpresa el terremoto. Fue una experiencia tan nueva que, acabado el sismo, nadie sabía qué había sucedido. Las clases se suspendieron durante dos semanas. Cuando volvimos al salón, ante cada réplica o temblor, salíamos todos corriendo.

El segundo año lo llevamos con el hermano Sixto (Giuseppe Lippi Leparini), italiano, quien nos dictó con esmero Geografía. El 20 de junio de este año, en la capilla del colegio, hicimos la Primera Comuni3n. Nos preparó el hermano Luis (Louis Tiron Julien), Director del plantel, religioso nacido en Francia. El 12 de octubre, también en la capilla del colegio, nos administró el Sacramento de la Confirmación Monseñor Francisco Solano Munte, Obispo de Ayacucho.

En tercero tuvimos por profesor al hermano Arnaldo (Bruno Mari Balbi). Fue un auténtico maestro. Sus consejos fueron de oro. La primera escala de valores sólidamente adquirida, se la debemos a él. A estas alturas ya habíamos pasado por todas las enfermedades tempranas: sarampi3n, varicela, ictericia y paperas; yo, felizmente, escapé a la viruela, tos convulsiva y tifoidea.

El cuarto lo hicimos con el hermano Telmo (Basilio Santos Díez), castellano de Palencia. Sentía predilección por la Historia y se lucía narrando batallas. Al hermano Telmo le debemos el cultivo de la voluntad y la disciplina. Era var3n inflexible, severo, sus castigos fueron famosos. Callados y de pie, como hombres y no como niños, los teníamos que cumplir. A muchos nos gustó este rigorismo y empezamos a enorgullecernos de él.

En quinto nos volvió a enseñar el hermano Arnaldo. A estas alturas se me despertó un franco rechazo a las matemáticas. A los números no les encontré

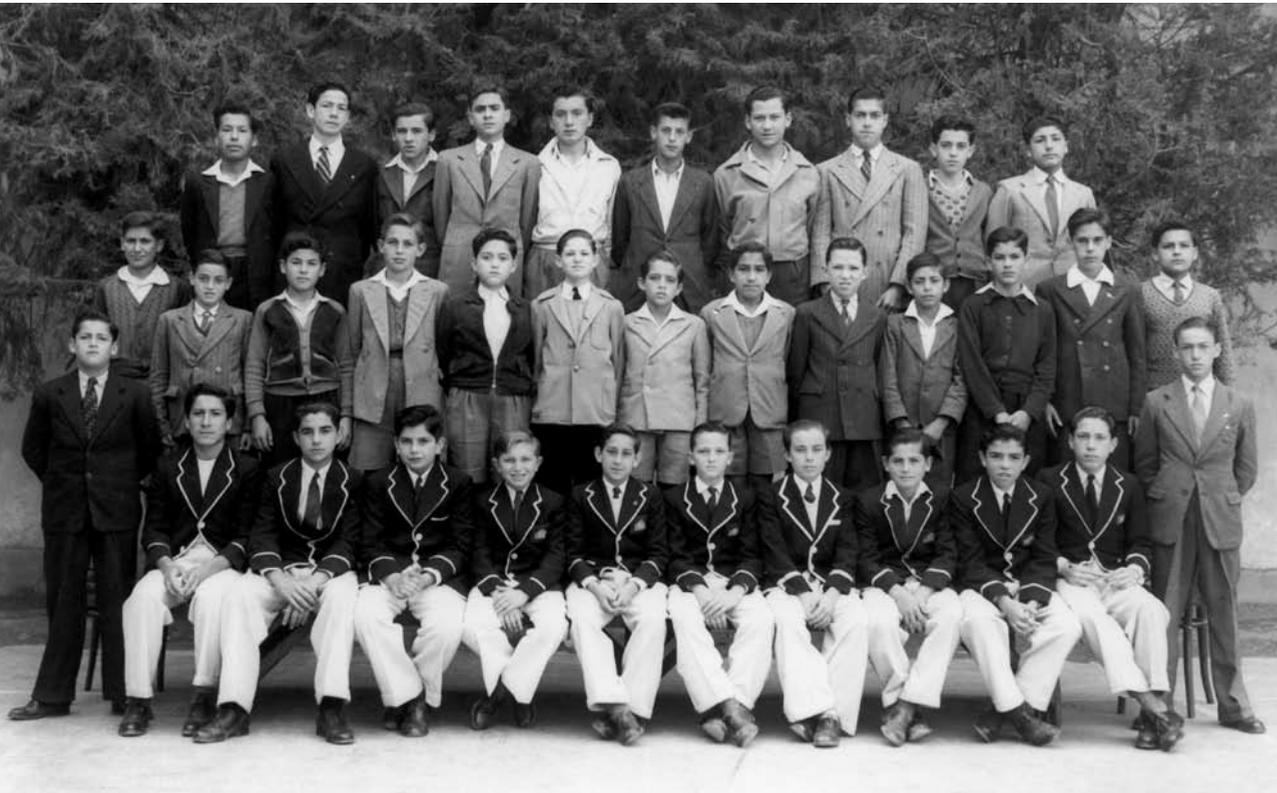
vida; los vi abstractos, vacíos, desérticos: carecían de mensaje, no me decían nada.

Primaria la terminé sin pena ni gloria, pero todo lo aprendido en el colegio me sirvió en forma principal. Si a ello sumamos lo que aprendí en mi casa con mis lecturas particulares, la ganancia resultaba superior.

Mis lecturas caseras fueron pequeños libros de biografías de grandes hombres u obras famosas abreviadas de la Colección Billiken y de la Colección Historia y Leyenda que publicaban en la Argentina las editoriales Atlántida y Molino, respectivamente. En la Colección Billiken leí la *Canción de Roldán* y el *Poema del Cid*, los *Viajes de Marco Polo* y *Las Cruzadas* así como mi primera versión del Quijote y de los *Comentarios Reales de los Incas*, las vidas de Napole3n, José de San Martín, Sim3n Bolívar y varias biografías más. En la Colección Historia y Leyenda los trabajos de Hércules, la historia de Alejandro Magno, la leyenda del rey Arturo, la gesta de los Reyes Cat3licos, las hazañas del Gran Capitán, el viaje de Hernando de Magallanes y los hechos de Hernán Cortés y Alonso de Ojeda.

La lectura fue mi gran descubrimiento. Un libro que me interesaba me hacía vivir gratísimos momentos. La lectura enriqueció mi léxico, le alcanzó los signos de puntuación, me enseñó a organizar los pensamientos. Leyendo y releendo llegué a extrañas vivencias. A partir de entonces, leer fue mi mayor entretenimiento. Pese a ser todavía niño, preferí leer a jugar. Cuando leía me abstraía, comparaba, tenía mis propias conclusiones. Una de ellas fue que no me atraía lo imaginativo, lo inverosímil, la ficción. No gustaba enterarme de lo que nunca había sucedido. Me volví selectivo. Lo verídico, para mí, era lo único que tenía valor.

Los libros los compraba con mis propinas, aunque en veces me ayudaban mis padres. Casi no eran de literatura, ninguno fue de ficción, tenían una franca preferencia por el género histórico. El primer libro que compré fue *La Conquista del Perú*, de William Prescott. Lo conservo con la fecha de su adquisici3n —en 1942— y me lo alcanzó la señora Ana Chiappe de Mariátegui (la viuda del Amauta José Carlos), quien a la saz3n dirigía en Barranco el local de la Librería Minerva. En lo



1946. Colegio San Luis. Primero de secundaria (última fila, cuarto de la izquierda).

sucesivo fue mi consejera bibliográfica. Me recomendaba obras o me conversaba sobre ellas. Era persona muy culta y de gran personalidad. Este libro de Prescott, que fue el primero de todos, me completó con sus pormenores lo que ya sabía por el libro de Rosay, en el que estudió mi madre. Y a partir de entonces con la lectura de uno y otro, quedé signado por la etapa de la Conquista. No me percataba todavía, pero esa etapa me fascinaba. Era el encuentro de dos mundos.

Llegué así a tener mi pequeña biblioteca. Mis padres lo notaron, les gustó y me regalaron una vitrina vieja a modo de estantería. Algo curioso ocurrió con la lectura de estos libros, que sumaban casi un centenar. Los leía pero no se lo contaba a nadie. Fue una reserva mental. Era como un secreto vergonzante. La lectura de esas obras era algo solo mío y para mí. ¿Respeto humano? ¿Egoísmo? ¿Amor a la soledad intelectual? Solo puedo asegurar que mi silencio no se debió a la modestia.

La secundaria

En 1946 iniciamos la instrucción secundaria. En Primero de Media fue por última vez nuestro profesor de clase el hermano Telmo, quien nos dictó el curso de Historia Universal. En este tiempo me interesé por el Antiguo Testamento, deteniéndome en el Génesis con inquietud que quería ser científica. Paralela a esta afición marchó mi aversión a las matemáticas. Este año ingresé de tambor a la banda de guerra. Este mismo año nos enseñó inglés el anciano hermano Alfonso, organista y filatélico. Le achacaban anécdotas mil, todas vinculadas a su gran corazón. Una de ellas se refería a Ernesto Podestá, quien lo había fastidiado todo el año con sus travesuras. Llegó el día del examen final y, como era de rigor, se presentó el jurado del Ministerio de Educación. Rindieron los alumnos la prueba escrita y después la prueba oral. En medio de esta última, por gentileza del jurado, se invitó al hermano Alfonso a hacer algunas preguntas y éste, a su turno, tratan-

do de ayudarlo con una pregunta fácil le dijo a Podestá: «¿Cómo se dice nariz en inglés?» Podestá no tuvo respuesta y optó por responder: «No sé». Entonces el buen viejo, que era más bueno que el pan, se apresuró a corregirlo y le dijo: «No, Podestá, ‘nose’ se escribe pero se pronuncia nous». El hecho nunca ocurrió pero se contaba como verídico.

En Segundo fue nuestro preceptor el hermano Clemente (Clemente Alonso Paisan), palentino, a quien por su robustez apodamos El Toro. Nos inculcó el cumplimiento del deber, aumentando así nuestras responsabilidades. Como lectura formativa y cultural tuve entre mis manos el *Quijote* en su versión auténtica. Me encantó y lo leí íntegro. Comencé a comprar la Colección Austral, enriqueciéndome con nuevas biografías y ampliando mi interés a las relaciones de viajes, como las de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Ulrico Smild o Carlos María de la Condamine. Vinculé definitivamente a la Historia con la Geografía y comencé a valorar la cronología. Hubo un hecho, a comienzos de año, que me impresionó mucho. Fue la Expedición Kon-Tiki de Thor Heyerdahl. Me pareció algo extraordinario, fuera de lo común. Lo cierto es que la expedición zarpó del Callao y yo quedé en tierra lleno de sana envidia: hubiera querido estar en la balsa. La nota traviesa fue que me inicié toreado en la feria de Santiago de Surco —el 30 de julio de 1947— actividad taurina que continué cultivando con el consiguiente descuido de mis estudios escolares. Este mismo año ascendí a redoblante en la banda de guerra.

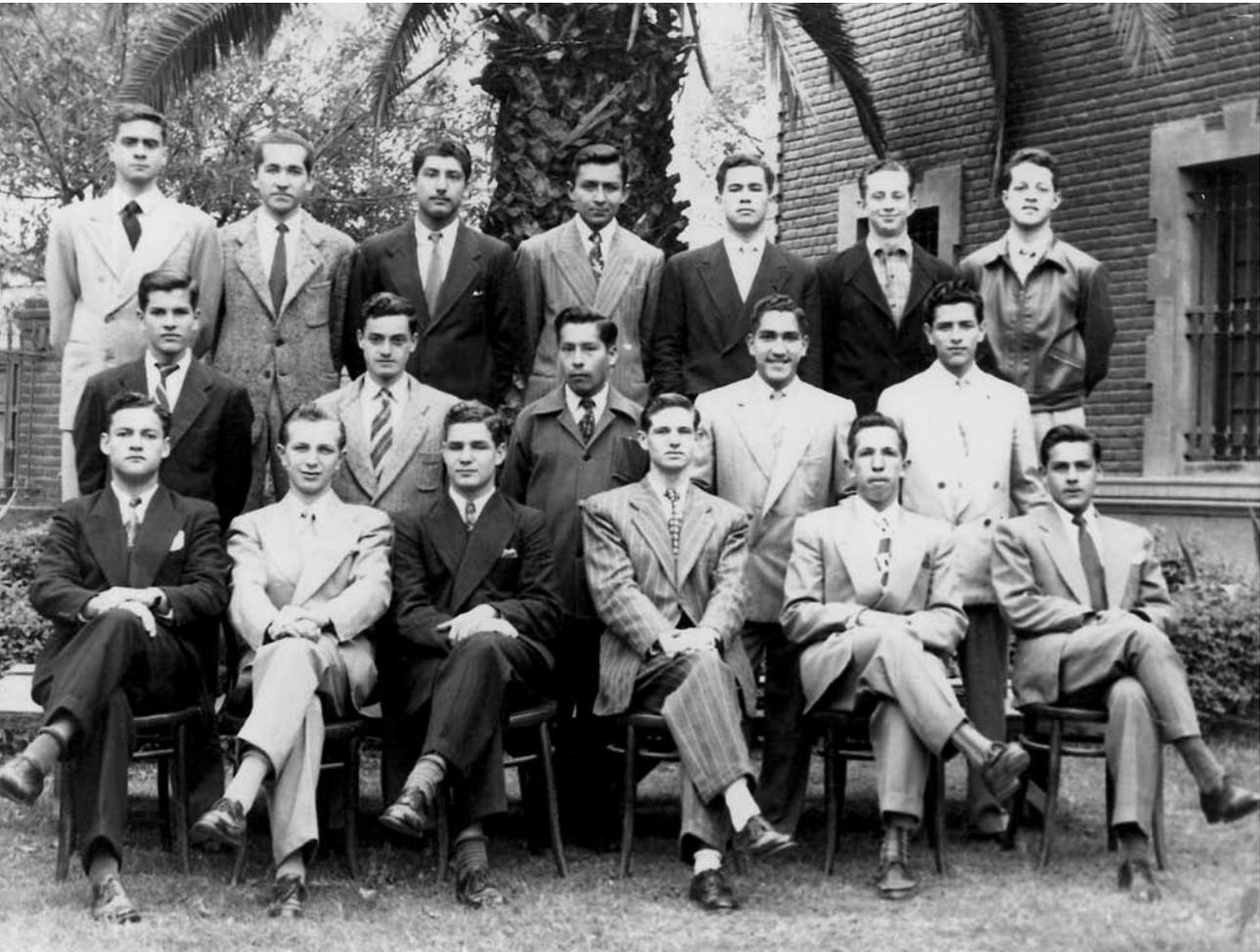
En Tercero y Cuarto nos tuvo a su cargo el hermano Pascual (Lauro Martín Arranz), también de Palencia, gran maestro e invalorable amigo. Con él me aficioné a la literatura española y leí a muchos autores del Siglo de oro y de la Generación del 98. Profundicé, sobre todo, a Cervantes, Lope, Calderón y Tirso. Mi inclinación por la historia quinientista peruana me llevó a leer los *Comentarios Reales de los Incas* en su versión original completa, la *Relación* de Pedro Pizarro, la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León, la *Guerra de las Salinas* y la *Guerra de Chupas* del mismo autor. También adquirí por este tiempo las *Guerras Civiles* de Pedro Gutiérrez de Santa Clara, la *Relación* del descubrimiento del Río Grande de las Amazonas de fray Gaspar de

Carvajal y la *Verdadera Relación* de Francisco López de Jerez. Todo esto me hacía ver que el XVI peruano era el siglo de mis inquietudes.

Mi gusto por lo realista me hizo desdeñar a Julio Verne y preferir a Emilio Salgari, pero sentí un ascenso de calidad con la novela histórica de Walter Scott. Su obra *Ivanhoe* me pareció extraordinaria, siguiéndole *Quintín Durward* y *El Talismán*. Este año continuaron mis correrías taurinas. También iniciamos las visitas nocturnas al cementerio de Surco para efectuar apuestas de sangre fría y valor, lo que nos valió ganar algún dinero a Ticiano Muñoz y a mí, que éramos los organizadores de tales incursiones. Finalmente, fui investido Brigadier de mi salón en el curso de Instrucción Pre Militar.

En Quinto Año nos recibió el hermano Víctor (Antonio Boldú Ricart), catalán de puño recio. Era de Penellas, en Lérida, y fue el que nos llevó a un régimen muy duro que resultó el necesario para nuestra salvación final pues entre aventuras taurinas y visitas nocturnas al cementerio surcano, nada hacíamos por el estudio. El hermano Víctor nos metió en vereda e hizo estudiar a todos sin excepción. A él le debemos lo bueno que siguió en la vida. Si después hemos sido algo en el mundo, fue gracias a él y a su genio férreo. Este año fui Brigadier General de todo el colegio, obtuve despacho de Sargento Segundo de Reserva del Ejército Peruano y gané la Medalla de Oro con el sol radiante, máximo galardón. El curso de Pre Militar me sirvió, aparte de su materia misma, para jerarquizar mi cabeza, entender que sin disciplina no hay orden, y que para saber mandar hay primero que saber obedecer. Algo más me dio la Instrucción Pre Militar. Fue su lema: «Antes que todo el Perú».

Maestros destacados fueron también entonces el hermano Eugenio (Domingo Barnils Masat), de Centelias, Barcelona, que nos dictó Lógica y Ética; y el hermano Pablo Roberto (Victorino Elorz Goycochea), de Cirauqui, Navarra, que nos enseñó Geometría, Química y Física. Otros maestros recordados por su docencia y ejemplo, fueron el hermano Hipólito (José Bernardets y Masés), catalán de Viella, en Lérida, insigne educador cuya obra le mereció un monumento de sus exalumnos; y el hermano Plácido Luis (Zoilo Arangüis Zárata), vasco de Alava, fundador del



1950. Con su promoción del colegio. Quinto de secundaria (primero de la izquierda de la fila superior).

Colegio San Luis y visitador de la Provincia Marista del Perú y Chile, quien fue hombre de rara virtud, acaso un santo. Entre otras cosas, como se descubrió en forma casual, no dormía en su lecho, sino sobre periódicos extendidos en el suelo.

Haciendo un balance de mi persona, diré que como alumno nunca fui el mejor, tampoco el peor. Mi lugar estaba al centro, proclive al lado negativo, pues mi carácter travieso y bromista así como las aventuras taurómacas me distanciaban de los estudiosos. Mis notas en Matemáticas, Química, Física e Inglés eran desastrosas, pero las de Historia, Geografía, Literatura y Filosofía tenían otro nivel. Eran mejores. Las Ciencias Naturales no pasaban de darme curiosidad, aunque llegaron a interesarme la Anatomía y la Zoología. Si mis derrotas fueron en el terreno de los números, de las ciencias y de los idiomas, y mis victorias en el campo de las Humanidades, mis mayores logros los obtuve en Historia del Perú, en Historia Universal y en Instrucción Pre Militar. En este último curso tuve tanto éxito que muchos empezaron a creer que yo era un cadete en ciernes para la Escuela Militar de Chorrillos. Con esta fama de militar larvado terminé el colegio el año 1950.

Los hermanos maristas

Los hermanos maristas de ese tiempo tenían algo de monjes. Lucían una adustez natural, quieta, callada. Jamás decían a nadie cómo se habían llamado en el mundo, qué edad tenían o algo sobre su familia; cuando mucho se sabía su nacionalidad y en rarísimos casos la región de su nacimiento.

Los acostumbraban a ser duros consigo mismos, recios de espíritu, ajenos a todo sentimentalismo. Vivían austeramente. Dormían a las nueve de la noche y se levantaban a las cuatro y media de la madrugada. Antes de lo uno y después de lo otro concurrían a la capilla. Desayunaban, almorzaban y cenaban en comunidad; solo en las grandes festividades había un vaso de vino. Laboraban mañana y tarde.

Al caer el sol concurrían otra vez a la capilla. Entonces rezaban y cantaban en latín. El hermano Alfonso —un viejo noble francés— tocaba el órgano y la música gregoriana subía a los cielos como brotada de una abadía. Esa música y esos cantos tenían un sabor monacal y medieval. Quietos, callados, de pie, parecían caballeros monjes de una orden militar preparándose para entrar en batalla.

Los hermanos vestían sotana negra y calzaban botines de igual color. Usaban cuello blanco (el alzacuello vino después), cordón negro a la cintura que caía con nudos al lado izquierdo, y llevaban sobre el pecho un crucifijo de ébano fileteado en bronce. Para salir a la calle se ponían sombrero negro de castor y capa corta del color de la sotana. Caminaban de a dos, hablaban poco, no gesticulaban.

Sin embargo, en la vida de patio perdían mucho de su rigidez y se mostraban locuaces, francos, alegres. En clase gustaban de decir la verdad y si no sabían algo, lo confesaban, pero prometían traerlo resuelto la siguiente vez. Estaban actualizados en todas las materias. Sabían enseñar. Eran competentes profesores y observantes religiosos. Para nosotros fueron, al mismo tiempo, maestros y amigos.

Los hermanos dejaron huella en nuestro carácter, por tener claros los ideales de la hominización. Nos enseñaron a no depender de nadie, nos señalaron el sentido viril de la vida y nos hicieron hombres de lucha. También nos enseñaron a hablar sin eufemismos.

Estos fueron los hermanos maristas de Barranco. La mayoría eran españoles —de Castilla los más, de Cataluña los menos—, pero también los había franceses e italianos y, por excepción, alemanes. No eran perfectos, pero lo parecían y merecían serlo. Esto no es sublimación. La crítica más severa, el fallo de sus exalumnos, afirmará que fueron excelentes maestros. ☞



Brigadier de su salón en el curso de Pre-Militar y Brigadier General del Colegio San Luis de Barranco por nombramiento en junio de 1950.



Febrero de 1952 Carnavales. Comparsa con los amigos (quinto desde la izquierda, de la fila superior).

VI

Torerías

La afición

Heredé una vieja y familiar tradición taurina desde mi primera infancia. Esto hizo que en la remodelada Plaza de Acho viera torear a Manuel Rodríguez, Manolete, el Califa de Córdoba, a Fermín Espinosa, Armillita, el Faraón de Tezcoco, y a Domingo Ortega, el Diamante de Borox —los tres la misma tarde, el 26 de octubre de 1946— así como a Antonio Mejías, Bienvenida, y Carlos Arruza. Después vería, ya en la Plaza de Chacra Ríos, la temporada inaugural y el famoso duelo entre Luis Miguel González, Dominguín, y Raúl Ochoa, Rovira. También asistí en Acho a la célebre corrida en la que el azteca Luis Procuna cortó orejas, rabo y pata. Respecto a rejoneo presencié los mejores alardes cabalísticos de Conchita Cintrón. En fin, mi cultura taurómaca no era cualquier cosa y, en teoría, sabía de toros y de toreros, amén de dominar el vocabulario taurino.

Mi afición estaba en este punto cuando conocí a Carlos Balarezo Yataco, también de mi edad y fanático por la tauromaquia. Fue en 1946. Hicimos excelentes migas y decidimos tentar ventura, para lo cual nos vinculamos a otros muchachos que concurrían a las corridas de toros en Santiago de Surco. Más de una noche nos sorprendió en el camal surcano observando el ganado y tratando de describir

a los toros. Otra noche alguno se lanzó a torear y, valgan verdades, no lo hizo mal. Se llamaba Marcial Malpartida.

Nos entusiasmos todos, con detrimento de los estudios secundarios, y dimos en fundar una cuadrilla de surcanos y barranquinos que pronto dio que decir. Entusiasmo nos sobra y valor también. Lo malo estuvo en que tentábamos el ganado en el camal de Surco y los animales, en su mayoría, eran toros matreros. Esto nos retardó el aprendizaje, pero nos llevó a un tenaz entrenamiento.

A partir de este momento, la tauromaquia me deslumbró. Fue mi pasión juvenil. La única época en que bebí los vientos por algo.

La cuadrilla

El lugar donde practicábamos era la chacra de la familia Balarezo Yataco. Allí Carlos, el hijo segundo, brindó un pequeño sector de la misma y en él fundamos un club taurino que nunca llegó a tener nombre. Limpiamos un trozo de terreno y fabricamos un toro artificial, esto es, un caballete con rueda y cornamenta de cuatro en su parte delantera superior. El artefacto tenía una movilidad extraordinaria: embestía subiendo bajando la cabeza, revolviendo o canasteando, persiguiendo o acosando y, no pocas veces, propinando golpes y varetazos que dejaban su señal varios días. Tenía en su morrillo un cojinete de cuero para clavar banderillas y algo adelante estaba situada la cruz, para recibir la estocada. La suerte de matar era real a más no poder, pues en la cruz se fijaba un tronco de plátano en dirección oblicua, de modo que según la fuerza del estoque se daba la media estocada o la estocada entera, así como el pinchazo frustrador si no se acertaba con el sitio. Como caballete de ensayo, es lo mejor que he conocido.

Con el caballete pulimos todas las suertes de capa y muleta, pasando, gracias a él, del toreo de salón al toreo de patio. Insistimos en los tres tercios y adquiri-

mos muchos conocimientos. Yo, en particular, gustaba de las suertes antiguas y así reviví galleos y gayolas, revolveras y largas serpentinas. También me pinté con banderillas al cuarteo.

Concurrimos a estas prácticas, que fueron en extremo útiles, Carlos Balarezo Yataco, Marcial Malpartida y Román Toledo, aspirantes a matadores y por ende cultores de la muleta. Aprendices de peones, en cambio, éramos Julio Macedo —*El Chato*—, Miguel Cevallos Bezada —*Tribilín*—, Carlos Morón Torres, Jorge Guizado Montjoy, Humberto Tamariz, Tito Reyes y Humberto Geldres. Yo, naturalmente, pertenecía a este último grupo, pues nunca quise ser matador. Hubo otro muchacho llamado Rodolfo Cano —*Peneca*—, el cual venía desde el barrio de Monserrate y era el único aspirante a picador. No hubo forma de conseguirle caballo, por lo que picaba encabalgado en un trozo de tapial y allí acudía a buscarlo el caballete. El grupo se autonominaba cuadrilla, era esforzado y valiente. Para integrarlo, decían, se requerían dos cosas: afición y agallas. El arte se daba por añadidura.

Nos reuníamos las tardes de vacaciones, los sábados de todo el año y la mañana de los domingos. Ensayábamos a rabiar y aprendíamos con éxito. No se perdonaba miedos ni cobardías.

No sé qué nos pasó, pero en aquellos fascinantes días soñábamos con ser toreros. No profesionales, pero toreros de verdad. Averiguábamos dónde y cuándo se darían las corridas pueblerinas (en realidad simples capeas) y acudíamos a ellas desde temprano con ánimo de participar. No debíamos hacerlo mal, pese a lo poquedad del ganado, porque siempre nos aplaudían. Lo cierto es que de vez en cuando salía un torillo de embestida y nos peleábamos por darle capotazos o señalarle banderillas. En ocasiones se me permitía hacer quites. También aprendí a colocar banderillas cortas al quiebro. Entonces era alto, flaco y ágil, el cuerpo me respondía.

Casi todo esto ocurrió en Santiago de Surco, cuyo estadio partido por una fila de camiones, fungía de redondel siendo un coso cuadrado. Estas corridas surcanas cada 30 de julio, con ocasión de Fiestas Patrias, resultaban verdaderos retos. Acudíamos con ánimo superior y espíritu de lucimiento.

Igualmente asistimos a capeas en Pachacamac, Lurín, Chilca, pagando en Mala mi cuota de sacrificio con un severo revolcón, del que salí contuso, y sufriendo un varetazo en Aucallama, cerca de Chancay. Los pequeños triunfos de la cuadrilla se repitieron en San Damián, Matucana, Huarochirí y San Lázaro de Escamarca.

El final de la cuadrilla

El final de la cuadrilla fue rápido y cruel. Se debió a que a varios de sus integrantes sus padres les exigían empezar a trabajar. Los toros, a estas alturas, daban satisfacciones y golpes pero no dinero. La dureza de la vida se empezaba a sentir al tiempo que seguían corriendo implacables el reloj y el calendario. Este último marcaba el año de 1950.

A la luz de la luna, en un potrero de Surco, se llevó a cabo la última sesión de la cuadrilla. Se decía que el municipio surcano, por falta de fondos, había suspendido la corrida de Fiestas Patrias; otros afirmaban que porque no se había podido conseguir el ganado.

Lo cierto es que la desmoralización cundió. Se aproximaban los exámenes finales, estábamos por concluir la secundaria, habíamos descuidado los estudios, los más necesitaban trabajar. Lo cierto fue que porque unos tenían que ingresar a la universidad y otros debían iniciarse en un oficio, no podían seguir toreando como hasta allí lo habían hecho. Esa noche, por decirlo así, nos cortamos simbólicamente la coleta... pero no renunciamos a torear.

Por los caminos de chacra regresamos a casa derrotados. Los perros, a nuestro paso, no hacían sino ladrar. Fue la noche de Santiago —aunque esto suene a García Lorca— y los cohetes de arranque estallaban en el cielo sin que sus luces de colores nos llegaran a iluminar. Surco estaba de fiesta, pero nosotros de luto. ☞

VII

El barrio de Domeyer

El terremoto

Barranco ha sufrido cuatro terremotos —en 1940, 1966, 1970 y 1974— pero el peor de todos, para él, fue el primero. Ocurrió el 24 de mayo, a las once y treinta y cinco de la mañana.

Desde temprano hubo un sol inusual y el cielo se mostró celeste. Sin embargo, antes del mediodía, cuando nadie presagiaba nada, se sintió un ruido desconocido, bramador, comenzó a temblar la tierra, saltaron las piedras, se agrietaron los muros, surgió una nube de polvo y la gente salió de sus casas, desesperada, sin tener idea alguna de lo que estaba sucediendo. Los perros, por su parte, no hacían sino ladrar.

Los chicos que salíamos del colegio corrimos asustados y enrumbamos a nuestras casas, pero el ruido no cesaba, tampoco cesaba la tierra de temblar, la calle se desempedraaba sola, el suelo se agrietaba, las cornisas empezaron a caer. Varias casas, después de crujir y sacudirse, se desplomaron estrepitosamente. La gente, abrazada en el centro de la calle, no sabía qué hacer. Los hombres trataban de poner algún orden, las mujeres lloraban, los niños tenían los ojos muy abiertos, nadie podía estar normalmente de pie.

Por fin se acalló el estruendo y se aquietó la tierra. La nube de polvo estaba más espesa que nunca. Cuando esto aconteció todo era caos y destrucción. Los muros estaban caídos o con

rajaduras, los techos escombrados o movidos, los muebles rotos y su contenido regado por el suelo. Incluso la comida que se cocinaba se había volcado con sus ollas y los perros —cesando de ladrar— pugnaban por devorarla caliente.

En algunas casas daban voces y todos corrían a socorrer a un herido o a extinguir un amago de incendio. El agua, a su vez, manaba de las cañerías rotas y anegaba las habitaciones.

Varias mujeres corrían por las calles y a gritos trataban de localizar a sus menores hijos que aún no volvían de la escuela; cuando éstos aparecían, había abrazos interminables y lágrimas de emoción.

En realidad, recién empezaba algo de calma, pero ya se medía la tragedia. Recuerdo que la gente preguntaba: ¿Qué ha sido esto? ¿Qué ha pasado? Era tal la inexperiencia al respecto que ni por asomo pensaban que aquello podía haber sido un terremoto. Tampoco sabían explicar qué había ocurrido. Solo una hora después vino la evidencia total: ¡Había sido terremoto!

A las dos de la tarde las familias estaban completas, pues sus jefes habían vuelto del trabajo y el problema era que no había qué comer ni qué beber. Faltaba la electricidad, también habían cortado el agua. Nadie tenía hambre, pero sed tenían todos. Los chinos, por prudencia cerraron sus pulperías y lo mismo hicieron los demás comerciantes.

En el entretanto se vio la necesidad de indagar por los parientes y, cerrando la casa con llave o dejando a alguien de guardia, el grupo familiar se alejaba del barrio para inquirir por sus seres queridos. Así salí con mis padres y mi pequeño hermano que tenía dos años de edad.

Barranco estaba deshecho. Aunque muchas casas habían resistido, todas tenían heridas que mostrar. Al pasar por la avenida San Martín advertimos la ruina de la iglesia de las franciscanas. La torre estaba muy maltratada, y a través del caído muro de la Epístola se descubría el altar mayor con el Santísimo expuesto entre cirios encendidos. Las monjas, con sus velos blancos, estaban postradas en el suelo adorando a la Divina Forma, impetrando al Señor de los Señores.

Los escombros ocupaban las veredas, se tenía que transitar por el centro de las calles. Los postes estaban inclinados, los cables rotos o caídos. De vez en cuando cruzaba un grupo de gente conduciendo un herido rumbo a la Asistencia Pública.

En la avenida Grau los tranvías, detenidos donde los tomó el sismo, estaban abandonados. Por el contrario, los ómnibus es venían de Lima cargados de pasajeros. Se improvisaron servicios de camiones y se notó un raro tráfico de bicicletas. Hombres y mujeres a pie y portando bultos salvados de sus casas, marchaban donde sus parientes. La ciudad parecía bombardeada y sus habitantes purgando los estragos de una guerra.

Era sobrecogedor llegar al Paseo Sáenz Peña. Los vecinos se habían posesionado de los jardines centrales y habían tendido carpas hechas con sábanas. Estaban dispuestos a pasar allí la noche. La verdad es que se temía otro gran sismo nocturno y la gente eludía el peligro de los muros y los techos. Los malecones no escapaban a este sino, añadiéndose en ellos los curiosos que asomados a los acantilados señalaban hacia abajo, indicando habitaciones detenidas a mitad del abismo o muebles frenados por los cañaverales. Había entonces muchas casas construidas de espaldas al océano y por ello sus habitaciones interiores rodaron a los precipicios.

A cada instante se daban pequeños temblores, que se encargaban de anunciar los ladridos de los perros. Las réplicas culminaron con un severo temblor a las cinco de la tarde. Hubo gente que creyó que se repetían el siniestro de la mañana.

Barranco rezaba. Hombres, mujeres y niños acudían a las iglesias. Del interior de la de San Francisco salía una cantinela salmodiada por las beatas, que incesante repetía:

*Detén tu mano,
Jesús perdón,
Salva al pueblo peruano
Sagrado Corazón.*

Pero las viejas que no podían entrar al templo —que estaba repleto y con la torre rajada en su parte alta— recitaban en la plazuela preces desconocidas, resucitadas para la ocasión:

*Aplaca, Señor, tu ira,
Tu justicia y tu rigor,
Por tu Santísima Madre,
Misericordia, Señor.*

Desde un comienzo corrió la voz de que amenazaba caerse el Puente de los Suspiros, por lo que nadie lo utilizaba y los que vivían en la Bajada de los Baños pasaban corriendo por debajo de él. También se dijo que se habían roto los cables del funicular y que éste había terminado en la playa, pero cuando fuimos a constatarlo ya regresaba la gente diciendo que lo que se afirmaba era falso.

La calle Alfonso Ugarte, esquina con La Mar, presentaba el peor de los aspectos. Allí quedaba entonces la Asistencia Pública y había un movimiento constante dentro y fuera de ella. Los heridos yacían en la vereda y centro de las calles, esperando su turno para ser atendidos, mientras otros cuerpos, con periódicos encima, evidenciaban cadáveres.

Al atardecer la ciudad estaba resignada pero también prevenida. Sin embargo, las pérdidas eran irreparables. Se arruinó malamente la iglesia parroquial y su capilleja de Nuestra Señora del Carmen. La vieja Municipalidad sufrió relativamente poco, pero el reloj de su torre quedó detenido en las 11.35. La Comisaría en la Bajada de los Baños estaba inutilizada definitivamente y el Mercado de la avenida Grau sufrió desplomes en la coronación de sus cuatro frentes. El colegio San José de Cluny perdió toda su cornisa, a lo largo de tres calles circundantes. Se cayeron muchos ranchos viejos en las calles de Ayacucho, Zepita, Abregú, Sucre, Pasaje Sucre, La Mar, Junín, Colina y Alfonso Ugarte; corrieron la misma suerte otras casonas de las avenidas Grau, Bolognesi y Pedro de Osma. En fin, no

hubo barrio que no sufriera los efectos del sismo, tampoco calle que no tuviera pérdidas arquitectónicas ni casa que saliera indemne. Muertos no hubo muchos, creo que no llegaron a cincuenta, pero los heridos sumaron cientos y los contusos alcanzaron el millar.

Serían las cinco y media cuando llegamos a la casa de mis abuelos paternos, de quienes sabíamos que estaban bien porque nos lo enviaron a decir a la una del día. Su viejo rancho —mi casa natal— había sufrido relativamente poco, mas no por ello estaba entero. Nos abrazamos todos y mi abuela nos dio pan y sirvió té. Era todo lo que podía ofrecernos.

A eso de las seis de la tarde los tíos y las tías viejas se juntaron en la casa de mi abuelo. Allí informaron minuciosamente a su hermano mayor y, entre otras cosas, le dijeron que la iglesia parroquial, la Ermita, estaba muy dañada, también que el mar se había retirado trescientos metros. Sintió mi abuelo curiosidad y empuñando su grueso bastón salió a percatarse de ello. Me fui tras él y lo alcancé, pasamos al Parque Municipal y en la calle de Zepita nos topamos con mucha gente conocida.

Las escalinatas que llevaban al Puente de los Suspiros lucían muy transitadas, pero pocos se atrevían a cruzar éste. Nosotros tampoco lo hicimos, por lo que fuimos a la Ermita por la Bajada. Llegados al templo entró mi abuelo a rezar y luego se dedicó a apreciar los daños del edificio. Después salimos de la iglesia y, por la calleja de los Sacristanes, nos dirigimos a la Cruz de los Pescadores. El mar estaba aún retirado y el banco de arena era una península de lodo con forma de hongo. Algunos muchachos se adentraban en lo que había sido mar para atrapar pulpos adheridos a las piedras. Pero el mar, aunque alejado, se podía ver tranquilo.

Llamaba la atención el sol, el extraño sol de ese día. Lucía redondo y grande, era como un disco de cobre. Sus últimos rayos me permitieron un balance final. La ciudad, vieja y golpeada, maltrecha, semidestruida, ofrecía un aspecto desconocido. Mi abuelo la vio así. Murmuró algo, nunca supe qué, luego cayó el sol. Yo no concedí mayor importancia al momento, pero con el correr de los años

pude entender que, con el gran sismo de ese día, el Barranco viejo y auténtico había terminado.

Esa noche no hubo luz eléctrica. La gente se acomodó en las carpas callejeras, hablando siempre de muertos y heridos. Se comió lo que se pudo y se durmieron los niños. Yo dormí en el centro de la calle Maynas, delante de mi casa, en el centro del empedrado, siendo mi improvisada cama una canasta grande que servía para ropa lavada y seca lista para planchar.

Dos hechos me despertaron en medio de la oscuridad nocturna. Los bomberos, que con sus cascos y linternas preguntaban en voz alta si había novedad o heridos que atender; y la campanilla de los monaguillos que con farolitos de aceite escoltaban al párroco que traía la comunión a los enfermos. Yo estaba tan cansado que, idos los bomberos de la guardia urbana y el cura con sus acólitos, me quedé profundamente dormido.

La calle arbolada

A raíz del terremoto es que yo llegué al barrio de Domeyer. No era el barrio de mi casa, pero sí el de mis abuelos, pues se habían mudado a la calle La Mar. Yéndolos a visitar, precisamente, fue que conocí a varios chicos e inicié con ellos una sólida amistad. Esta amistad perdura y hoy tiene más de sesenta años.

Ellos fueron Manuel Vignale Zegarra, Guillermo Soto Moreno, Humberto Galindo Chapman, Jorge Luna Cárdenas, José Luis Crespo Flecha, Alfredo Parra Morote y Luis García Antaleón. Más tarde se sumaron Tulio Chiappe Guerra, Carlos Montoya Paz, Mario Villa Accinelli y Fernando Calvo Huaquilla. Éramos once «mataperros» o «palomillas», nombres que daban en Barranco a los muchachos que, por su edad, no querían jugar en su casa y tenían que hacerlo en la calle.

Esta calle fue la segunda cuadra de Domeyer, cuadra llena de árboles y de recuerdos. La calle de Domeyer tenía tres cuerdas. En la primera estaba la nueva Comisaría de Policía y el comienzo de la Bajada de los Baños, y en la tercera la Estación del Funicular y el maleconcillo aledaño. La segunda cuadra fue la cuadra heroica que nos soportó diez años.

En ella jugábamos inocentemente a las bolas o canicas pero también teníamos violentos partidos de fútbol. Asimismo jugábamos «palito chino», diversión en la que resulté sobresaliente.

Con el fútbol hubo consecuencias mayores. Pelotazos desgobernados rompieron más de un cristal, se quejaron los vecinos y terminamos presos en la Comisaría. Sentados en la banca del jardín exterior, expuestos a la pública vergüenza, cumplíamos cinco o seis horas. Esto ocurrió varias veces.

Algunas tardes salimos del barrio y fuimos al Malecón Pazos a volar cometas. Aprovechábamos los vientos primaverales. Allí se divertía viéndonos remontarlas el poeta José María Eguren; menudo, sentado, vestido de oscuro y con su bastón chaplinesco, pasaba varios cuartos de hora mirando cómo elevábamos en el aire los pandorvos, pavas, barriles y estrellas. Una noche hicimos volar un barril muy crecido, le atamos un farolito chino en la cola y procedimos a su asunción. Fue algo novedoso, pintoresco, divertido.

El barrio de Domeyer era triste, silencioso y solitario en invierno, pero alegre, bullicioso y concurrido en verano. La calle era entonces paso obligado al Funicular y eso le infundía vida los días de sol. Era una calle transitada por bañistas. Pero durante todo el año, valgan verdades, la gente vecina se acostumbró a nuestras travesuras o *palomilladas*, a nuestras palabrotas o *lisuras* y a nuestras riñas o *trompeaderas*. El barrio, aunque urbano, tenía algo de rural y mucho de criollo. Alguien dijo alguna vez —fue el poeta Manuel Beingolea— que nuestra infancia barranquina tuvo el color del jacarandá, el frescor del pacay y el olor de la canela.

Las puestas de sol

Con el tiempo dejamos de jugar fútbol en la calle y nos acogimos a la «canchita», debajo del Puente de los Suspiros. Esto nos hizo fraternizar con los muchachos de los barrios de Zepita y Ayacucho, con los cuales establecimos una alianza tácita.

Otro acto valorado fue aprender a *gorrear* tranvía, esto es, viajar en el vehículo eléctrico varias cuadras eludiendo al cobrador. Algunos eran verdaderos expertos: viajaban en la plataforma o en el estribo no faltando los que tomaban o dejaban el tranvía *a la volada*, esto es, en plena marcha. Eran aventuras de riesgo, a veces de riesgo mayor.

En el Parque Municipal tuvimos nuestro bautizo de alcohol. Se llevó a cabo en la bodega de Juanito Casusol —que hasta ahora existe— el sábado de Carnaval de 1948. Fue nuestro primer desliz etílico.

Aprendimos a bailar en el citado Parque, en el Baile Infantil, el domingo de carnestolendas. Era baile de disfraces y todos íbamos con dominó. El mío era de color naranja fuego y azul turquí con un cascabel dorado al final de la capucha.

Nuestra consagración fue ingresar al establecimiento donde se jugaba billar. Primero fuimos y observamos, luego aprendimos y jugamos, finalmente jugamos y apostamos. Fue, repito, sentirnos mayores, mozos, adultos, mejor aún si jugábamos con un cigarrillo en los labios.

Sin embargo, aunque pecado de inocentes, lo más característico y constante de esta época fue presenciar las puestas de sol desde el maleconcillo de Domeyer, junto a la Estación del Funicular.

Todas las tardes del verano, alrededor de las seis, gozábamos del crepúsculo vespertino. Nos sentábamos o nos tendíamos en el barandal de madera y esperábamos el ocaso. Mientras el astro rey marchaba a su ocultamiento, nosotros hablábamos de muchas cosas, en especial de nuestras inquietudes y proyectos. Soñábamos en voz alta pero eran sueños realistas, nadie soñaba imposibles. El sol avanzaba hacia su fin y nuestra conversación arreciaba. El sol parecía crecer y lo teñía todo de color na-

ranja. Luego era que cobraba color de fuego. Parecía despedirse mostrando toda su grandeza y esplendor. Entonces era que callábamos y nos abocábamos a ver. El sol caía con todos sus honores, soberbio, magnífico, mientras las bandadas de pelícanos pasaban delante de él en nubes muy espesas. El cielo, a todo esto, se prodigaba en arreboles. Pero nosotros, enmudecidos, seguíamos allí, observando las últimas pinceladas breves, fugaces, intensas... verdes, azules, moradas.

Han transcurrido más de sesenta años y la amistad de los que sobreviven se mantiene incólume. Todos hemos estado en muchas partes exóticas del mundo y visto numerosos ocasos. Pero cuando nos reunimos —y esto ocurre cada mes— estamos de acuerdo en que las mejores puestas de sol fueron las vividas por nosotros en el Malecón de Domeyer. Fueron muchas y muy bellas, coloridas, luminosas, naturales y fantásticas. ☞



21 de agosto de 1953. Al cumplir 21 años, entonces inicio de la mayoría de edad, festejando en un chifa.

VIII

La universidad

El examen de ingreso

Porque durante los cinco años de secundaria yo no había sobresalido en los estudios y mis aficiones taurinas me seguían haciendo participar en capeas pueblerinas, poco antes de terminar la secundaria mi padre se encerró en el escritorio conmigo y me comunicó su intención de meterme de soldado a un cuartel. Yo, que tenía proyectos no precisamente en esa dirección, le dije que me diera cuatro meses de prueba, pues quería presentarme a la universidad. Me respondió que sería como yo pedía, pero que no tenía demasiadas esperanzas. Sin embargo, aceptó y así terminé la educación secundaria. Incluso en la repartición de premios no recibí ninguno, pero me correspondió leer el discurso de orden a nombre de la XXI Promoción, que era la mía.

Para mi nuevo proyecto me junté con mi condiscípulo Mario Suárez Quijano y en su casa de Chorrillos comenzamos nuestra preparación. Tres horas por la mañana y tres horas por la tarde fue, durante un bimestre, nuestro tiempo de estudio. No nos perdonamos nada. Nos exigimos todo lo que el formulario pedía. Finalmente pusimos nuestros certificados en orden y los presentamos a la Universidad Católica. Fue a la Facultad de Letras, en el local fundacional de la Plaza Francia, el 14 de febrero por la tarde. Se nos indicó la

fecha de los exámenes y nos retiramos a descansar. Estábamos extenuados, pero bastante seguros.

Los exámenes escritos fueron el 1 de marzo de 1951 y los orales el 14. Hubo también un examen médico y otro psicotécnico. Al comenzar abril, el día 3, nos dieron los resultados. Mario Suárez y yo habíamos ingresado. Seríamos abogados.

Ese mismo día los alumnos de años superiores nos «bautizaron» cortándonos a rape el cabello. Lo hicieron tan mal que mi verdadero corte de pelo fue en la peluquería que yo utilizaba en Barranco. Entré a mi casa contento. Mi padre me miraba con la cabeza rapada y no terminaba de creerlo; mi madre tampoco dijo nada, pero derramó algunas lágrimas al tiempo que me abrazaba. Ambos me felicitaron, volvieron a creer en mí. Por la tarde compré mi boina, esa noche dormí bastante bien.

Los cursos anuales

La primera clase fue el 9 de abril. Los exámenes parciales fueron trimestrales y el examen final se rindió antes de Navidad. Las cátedras se dictaban entre las ocho de la mañana y las ocho de la noche. Los catedráticos no eran profesores a tiempo completo sino profesionales liberales que dictaban en sus horas libres. Lo hacían bastante bien. Eran hombres de notoria solvencia intelectual.

Entre estos catedráticos estaban: Mario Alzamora Valdez, abogado (que dictaba Psicología), Felipe Estanislao Mac Gregor Rollino, sacerdote jesuita (Lógica), Guillermo Lohmann Villena, diplomático (Historia del Perú), Jorge Olaechea Iglesias, abogado (Historia Universal), Luis Jaime Cisneros Vizquerra, filólogo (Lengua Española) y Luis Alberto Barandiarán Arenas, médico cirujano (Biología). Había también profesores de Inglés y Francés, dictando la cátedra de Latín el italiano Renzo Lorenzini, que tenía la rara particularidad de ser sobrino de Collodi, el autor de *Pinocho*. Todos ellos fueron nuestros primeros maestros universitarios y, repito,

lo hicieron muy bien. Eran cultos, preparados, hombres que intelectualmente eran de primera línea.

La universidad nos hizo ver que se requería, por parte del alumno, voluntad. Si el alumno era carente de disciplina estaba imposibilitado de cumplir con sus obligaciones. Los alumnos disciplinados, aprobaban, los indisciplinados, no. El Primer Año de la Facultad de Letras, imprimía convicción: uno entendía si era capaz o incapaz.

La mitad de los estudiantes eran varones. Antes de comenzar una clase entraba el conserje Emilio Lister Monjes y voceaba: «Hombres a la derecha, mujeres a la izquierda». El pasillo central oficiaba de línea divisoria. Nadie osaba desobedecer. Nuestro salón de clases era la tercera parte del Aula Magna. Un par de grandes mamparas plegadizas lo separaban de las otras dos. Para los exámenes escritos se descorrían estas mamparas y, en las bancas con sus pupitres, se rendían las pruebas. Si en cada una de estas bancas cabían cinco estudiantes, en los exámenes escritos se reducían a dos.

Los profesores concurrían vestidos con terno y corbata, acaso también con chaleco; los alumnos, de preferencia, asimismo con saco y corbata. A los docentes se les llamaba «doctor», los docentes a los alumnos daban el trato de «señor» o «señorita».

Los salones eran viejos, oscuros, con olor a 1900. La luz, a su vez, eléctrica, débil, amarilla. El piso era de tablas, los techos también, altísimos. Si se abrían las ventanas entraba el ruido del patio, si se cerraban faltaba oxigenación. No había micrófonos. Teníamos que sentarnos en la primera fila para escuchar a algunos profesores que carecían de fuerte voz. Los alumnos tomaban apuntes en cuadernos, escribían con pluma-fuente, solo las alumnas usaban papel secante. El sentido crítico se desarrollaba poco a poco. El primer mes, lo que decía el profesor era axioma, era dogma; el segundo, todos dudaban; al final creían o no creían pero nadie osaba dudar. Era el momento en que surgían muchos petulantes. Los llamaban con un término que hoy se ha perdido: bellacos.

La última clase de la mañana era insufrible, el hambre era atroz; la postrera de la tarde igual, y solo ponían fin a ellas las campanas del reloj de la torre de la Recoleta, que sonaban puntuales a la una del día y a las nueve de la noche. Entonces era que salíamos disparados, tomando ómnibus es o tranvías para ir a nuestros domicilios.

El Primer Año de Letras tuvo sabor peculiar. Éramos 200 alumnos nuevos, nos veíamos por primera vez, tratábamos de conocernos con necesidad y premura. La política, por su parte se dejaba sentir. La política interna tampoco era ajena. En las primeras clases elegían un delegado del salón. Nunca quise ser delegado. Aprovechando mi ausencia, en una clase que no se dictó, me eligieron a las 8:30 de la mañana. Yo llegué a las 8:45 y, al darme con la sorpresa, a las 9 renuncié voluntariamente. Me habían elegido sin consultarme. Mi delegatura fue hartó efímera, duró quince minutos, y se tuvo que elegir a otro delegado.

El Seminario de Historia

Cursaba el primer año de Letras cuando resurgió mi marcada inclinación por la Historia del Perú. El doctor Guillermo Lohmann Villena me despertó esta inquietud con sus clases eruditas sobre la Conquista. Lo oía con mucho interés. Sabía que era una autoridad en los siglos XVI y XVII y gustaba de creerle el doble. Él no se percató de ello, pero yo, demasiado interesado en el tema, averigüé que en el Instituto Riva-Agüero funcionaba un Seminario de Historia y que lo dirigía el doctor José Agustín de la Puente y Candamo, otro historiador, esta vez especializado en la Independencia.

Hacia allí me dirigí y llegué al local del Instituto. Mi encuentro con el doctor de la Puente no pudo ser mejor y dos días después me matriculé en el Seminario de Historia.

El Seminario funcionaba los sábados por la tarde y los miércoles de siete a nueve de la noche. El doctor de la Puente, gratuitamente, nos daba charlas con el

solo propósito de lograr historiadores para el país y profesores para la Universidad Católica. Era un hombre dedicado a la docencia, con tenacidad a toda prueba y espíritu superior.

A las charlas iniciáticas siguieron las lecturas de los clásicos: Herodoto, Tucídides, Plutarco, Julio César y hasta pasajes notables de Tácito y Tito Livio. Respecto a lo peruano leímos al Inca Garcilaso, comentamos a Cieza de León y rondamos a Diego de Trujillo, a Francisco de Jerez y Agustín de Zárate. No fue todo pero, de lo que recuerdo, fue lo principal.

Ese año asistimos religiosamente a las prácticas. El doctor De la Puente nunca faltó. Sí aprovechó horas extras para enseñarnos a fichar. Aprendimos la ficha bibliográfica, la ficha de investigación, la ficha secundaria o remitente y los demás tipos de fichas: de revista, de diario, de documento. Él nos enseñó los rudimentos de la búsqueda científica y nos adentró en los *Libros de Cabildos de Lima*, con lo que adquirimos útil experiencia. Los alumnos del Seminario no llegábamos a veinte, pero todos trabajamos con ardor.

Al finalizar el año José Agustín de la Puente nos habló del mestizaje peruano. El tema no me encandiló, pero entendí que era importante. Fue un sábado. Recuerdo que a mitad de la charla el mestizaje se evidenció: se escuchó la quena de un indígena en el zaguán y luego comenzaron a tañer los bronces de San Agustín y La Merced. Eran las seis de la tarde. Sin querer esboqué una sonrisa, era demasiada coincidencia. El doctor De la Puente se intrigó y me preguntó el motivo de mi sonrisa. Y yo, mezquino como el que más, escatimé el comentario y disimulé mi estupor. Cosas de la edad. No respondí nada. Pero, inconscientemente, había descubierto un filón. En lo sucesivo el mestizaje peruano sería uno de los grandes hitos de mi vida intelectual.

En el Seminario de Historia pasé días muy felices. Mi trabajo me gustaba sobremanera, el tiempo recorrió sus cortinajes, como un teatro de la vida, y pude apreciar la totalidad del escenario. Descubrí muchas cosas nuevas, las traté de comprender y fue el mejor de los caminos.

Me preocupaba el Perú. ¿Qué era el Perú? ¿Qué antigüedad tenía? ¿Cuáles eran sus verdaderas dimensiones? ¿Era Patria? ¿Era Nación? ¿Era Estado? No tenía claro el panorama. Mi perspectiva histórica sufría de opacidad.

En 1952, en un grupo dirigido por el doctor De la Puente en el que iba también el doctor Luis Jaime Cisneros, tuve ocasión de conocer el Cusco. Fueron conmigo Raúl Zamalloa Armejo y Luis Loayza Elías, alumnos del Instituto. La Ciudad Imperial sobrepasó mis expectativas. Era de una riqueza histórica excepcional y de una calidad artística increíble. El Cusco fue para mí una ciudad mágica. Todos tendrán ciudades inolvidables pero, en mi caso, el Cusco fue único. Lo que percibí en el Cusco no lo he vuelto a sentir en otro lugar del mundo. No quiero decir más.

El Seminario de Historia era perdurable. Tenía principio pero no final. Por eso han pasado más de cincuenta años y sigo perteneciendo a él.

En el interior del Seminario, en la soledad de la casona, por primera vez en mi vida acaricié la idea de ser historiador. Viviría muy contento si alcanzaba a serlo. Pero de inmediato acudían a mi mente nubes negras que me hacían ver que aquello era imposible: La Historia no daba para comer. Había que ser rico para ser historiador y yo no era hombre de fortuna. Era la lucha, que no llegó a crisis, entre la vocación y la profesión. Me decidí a subir el primer peldaño de la escalera: sería abogado para vivir, pero también historiador para disfrutar de la vida. Hallé bastante alivio con esta conclusión. En otras palabras, vi posible lo imposible. Entonces fue que, vencido el primer peldaño de la escalera, inicié la subida del segundo.

Dentro del Seminario de Historia postulé a una beca a España. La ofrecía el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Me presenté y la obtuve a fines de 1953. Me decidí a partir. Mi ilusión era investigar en el Archivo General de Indias de Sevilla, escribir un libro y publicarlo en el Perú. Yo, para entonces, vivía ya obsesionado con la idea de un Diccionario de Conquistadores, pero me tropecé en mi propósito con gratuitos consejeros, que me hicieron ver que aún no era el momento, todavía yo no estaba lo suficientemente preparado. Me desanimaron. Unos con buena intención, otros con mala fe. Decidí entonces hacer una investigación corta, original,

y apunté a una obra menor: El Conde de Nieva, Virrey del Perú. Tenía un año para emprender el trabajo, desarrollarlo y concluirlo. Sería mi tesis doctoral. Me sentí fuerte. Hice mi esquema ideal y partí en busca del esquema real. La beca constaba de 4.000 pesetas mensuales durante un año, viviría en Sevilla en una residencia de investigadores y en mis ratos libres podría visitar esa España que tanto deseaba conocer. Mi meta inicial era España, pero mi máximo objetivo el Archivo General de Indias de Sevilla. ☞



España, Sevilla, 3 de febrero de 1954.
Frente a la estatua del Cid.

IX

España

Madrid

Zarpé del Callao el 30 de noviembre de 1953 a bordo del *Reina del Pacífico*, nave de la Real Compañía Inglesa de Vapores. Viajé en tercera clase.

El 4 de diciembre cruzamos el Canal de Panamá, el 5 atracamos en Cartagena de Indias (Colombia) el 7 estuve en Kingston (Jamaica), el 9 en La Habana (Cuba), el 13 en Hamilton (Bermudas) y el 20 en La Coruña, Galicia, España. El viaje había durado tres semanas, pero me sirvió para conocer diurna y nocturnamente las ciudades del itinerario, sus monumentos y sitios notables y, de modo especial a sus gentes. Obtuve una impresión muy lograda del Caribe y de sus habitantes negros. Fue un viaje aleccionador lleno de novedad y colorido, una experiencia valiosa que lamento no poderla comentar.

En la región galaica, permanecí poco tiempo. El suficiente para conocer La Coruña, Vigo y Santiago de Compostela. Este postrer lugar me resultó impactante por su hermoso templo de corte basilical, por la *vieira*, emblema de los peregrinos, y por el *botafumeiro*, que espantaba sus malos olores de caminantes mal aseados. Con su bordón y bolsa de frutas secas, los romeros abrieron el Camino de Santiago. Era un camino que podía empezar en Alemania, Italia o Francia, pero que

siempre terminaba en el Campo de la Estrella, la tumba del Apóstol en Santiago de Compostela.

Galicia era el país de los cruceros y de los hórreos, de los castros guerreros, de las iglesias talladas y de los monasterios derruidos. Fue el último destino de los celtas trashumantes, quienes le dejaron dos elementos culturales que perduran: la gaita —igual que en Bretaña, Irlanda, Escocia y Gales— y las brujas. En estas los gallegos dicen no creer: «¿Brujas? ¡Qué val!», añadiendo en voz baja: «pero existen».

En el ferrocarril del medio día partí para Madrid. Recuerdo que en la estación coruñense había un extraño letrado: «Se prohíbe blasfemar». Sin más episodios que un descarrilamiento en Ponferrada que nos obligó a pasar la noche entre la nieve, seguimos a la capital. El trayecto me sirvió para conocer más de cerca a los españoles. Viajé, en el mismo compartimiento, con un delincuente esposado que llevaban dos guardias civiles al presidio de Logroño, un canónigo de la catedral de Oviedo, un comerciante de naranjas de Valencia y una vendedora de huevos palentina. Fue mi primer contacto con el pueblo español. Me di por bien pagado.

Me alojé en el Colegio Mayor de Santa María de Guadalupe, la residencia de estudiantes extranjeros, en la calle Donoso Cortés. Desde el día siguiente salí a conocer la capital. Debo advertir que mi visión de Madrid, como la de las ciudades y regiones que siguen, pecan de arcaizantes. Mi predilección por lo antiguo me hace incurrir en ello. Hoy lo entiendo, es una deformación profesional. Sin embargo, cumplo con señalarla. Confesado el pecado, venga el perdón con creces. Madrid —el *Matrit* de los cronicones medievales— es hoy una ciudad grande. Cabeza de España desde 1562 gracias a Felipe II, como capital resultaba 27 años más joven que Lima. Conocida por los moros como *Magerit*, fue tomada por Alfonso VI en 1083 y desde entonces es urbe cristiana.

La ciudad es crecida y poblada. Es la primera ciudad de España y su escudo con el oso y el madroño adorna más de un rincón en calles y plazuelas.

Su centro es la Puerta del sol (la Antigua Puerta de Guadalajara), pero hoy no

se concibe un Madrid pleno sin el Paseo de la Castellana, la Gran Vía y la antañona Puerta de Alcalá.

Visité los tres sitios con verdadero interés. Quería conocer a fondo la vida madrileña y creía que debía comenzar por allí. Hacía frío, había placas de hielo en el suelo, se corría el riesgo de resbalar. Pero me entretuve mucho recorriendo la Gran Vía con sus establecimientos ricos en escaparates, grandes letreros anunciando próximas zarzuelas y todo un tráfico de gente al que yo no estaba acostumbrado. La Gran Vía tenía muchos atractivos, pero también sus detractores. Se debían a los numerosos ladrones o rateros que robaban al escape maletines y carteras mientras la gente gritaba: «¡A ese, a ese que es ladrón!» Los delincuentes eran hombres que vestían como el grueso del público. Usaban elegante gabardina o sobretodo impermeables, ligeros y de discreto color. Madrid era capital no necesariamente moderna, pero sí gran ciudad. Tenía muchos edificios altos levantados a fines del siglo XIX o principios del siglo XX. Eran no modernos pero sí bien conservados. Lujo de una urbe que ignoraba los terremotos.

Conocí, por cierto, monumentos más antiguos: El Ayuntamiento, con sus dos torres esquineras, la Casa de Cisneros, morada del Cardenal famoso; La Torre de los Lujanes, prisión de Francisco I de Francia, así como las Casas llamadas del Cordón y de Juan de Vargas. En materia de templos visité la iglesia de San Andrés con su capilla de San Isidro, el Patrono de la capital, y la de San Pedro el Viejo, con su torre mudéjar. Conocí la Capilla del Obispo, tumba de Gutierre Vargas de Carvajal, el Obispo de Plasencia que envió sus naves al Estrecho magallánico, una de las cuales terminó arribando al Perú.

Punto concurrido era la Plaza Mayor, antes llamada Plaza del Arrabal, con su estatua ecuestre de Felipe III, escultura no muy afortunada.

Aparte del Madrid de los Habsburgo estaba el Madrid de los Borbones. Era el Madrid castizo. Se podía empezar por la calle de la Montera y su posterior plaza del Callao, pero preferimos hacerlo a lo grande y nos detuvimos en el Palacio Real, el que reemplazó al quemado Alcázar, donde se perdieron los paños pintados con los

retratos de los Incas y las Coyas que enviara desde el Perú el Virrey Francisco de Toledo. Es del caso mencionar también el Puente de Toledo y el Puente de Segovia así como el Paseo de la Florida y la Ermita de San Antonio, última morada del pintor Francisco Goya y Mucientes, de quien son los murales que adornan el edificio.

Los llamados alrededores de Madrid, salvo el Jardín Botánico, son ya más modernos. Hablan del siglo XIX e inicios de 1900 y no se pueden desligar de la Cuesta de las Perdices y del Palacio del Pardo.

No es lícito despedirse de la capital española sin visitar la Plaza de la Cibeles y la Fuente de Neptuno, los Jardines del Retiro con su estanque y monumento a Alfonso XII, y la Fuente de la Alcachofa con su blasón del oso madroñero.

El Gran monumento al arte, empero, es el Museo del Prado. Allí están, a escala continental, las obras de los inmortales del pincel europeo y algunas de las esculturas famosas como la Dama de Elche, la más antigua figura realista de la mujer ibérica. Lejos del Museo del Prado hay otro monumento notable, esta vez en bronce moderno, que encarna el sentir de un pueblo y el regir de un idioma. Es el dedicado a Miguel de Cervantes Saavedra representado por sus máximas creaciones: Don Quijote, encabalgado, extasiado, lanza en mano, y Sancho Panza su escudero. Esta escultura, inferimos, es un monumento a España y al pueblo español.

En España, valga decirlo, sentí contrastes y acercamientos, divergencias y convergencias. Nunca me identifiqué plenamente con lo español, pero no puedo negar que lo español era lo más cercano a mi condición de peruano. Distinto hubiera sido si hubiera llegado a Francia, Italia, Alemania o Inglaterra. Allí habría sido un extranjero más, pero en España me sentía pariente de los españoles. Había usos y costumbres que me eran conocidos, giros del idioma, refranes, arcaísmos. Muchas ideas, por lo general, también eran comunes. No tenía que hacer mayor esfuerzo para entender a los españoles y hacerme, entender por ellos. Me resultaban cercanos, familiares... Aun así, éramos diferentes. Ellos eran ellos y yo era yo. Me nació entonces una valoración grande por todo lo que era americano y peruano. Incluso me volví susceptible. Se dejó sentir mi sangre india. Acepté que los españoles igno-

raran la historia de los Incas, la geografía andina y en mucho al Perú de hoy, pero no les toleré que pensarán que todo lo positivo del actual Perú se lo debíamos a la Conquista española. España aportó cosas buenas y cosas malas; las buenas las aceptamos y agradecemos, las malas, no. De este modo afloró en mí, por así decirlo, una rara intransigencia que tenía su génesis en mi proceso espiritual. Me estaba ocurriendo lo mismo que al Inca Garcilaso cuando arribó a la Península. Mi mestizaje había conocido la fragua. Yo no era un español en el Perú ni un indio en España; era, en cualquier parte del mundo, un peruano integral.

Como el tiempo corría y el trabajo me esperaba, decidí viajar lo antes posible a Sevilla la ciudad del Betis, río que los árabes llamaron Guadalquivir. Yo quería conocer Sevilla sobre la que tanto había escuchado. Los moros la habían llamado Isbiliah, pero era anterior a los romanos. No era una ciudad más de España sino a la que España le debía el nombre. El proceso parecía fácil aunque de seguro no lo fue: Hispalis, Hispania, España.

Sevilla y Andalucía

El 8 de enero de 1954 dejé Madrid, y esa noche a las nueve llegué a Sevilla, alojándome en la residencia de investigadores llamada Casa Seras, en la calle Manuel Siurot, barrio de Eritaña. Allí me recibieron mis compatriotas Pedro Rodríguez Crespo, Jorge Tovar Velarde y Miguel Maticorena Estrada. No estaba ya Carlos Deustua Pimentel, porque ese mismo día había marchado a Madrid de regreso al Perú. El jefe de la residencia era Vicente Rodríguez Casado, también director de la Escuela de Estudios Hispánicos Americanos de Sevilla, catedrático, historiador y hombre de gran simpatía.

Al Archivo General de Indias recién fui el 11 de enero. Quedé sorprendido por todo lo que albergaba en materia de documentos. Sus secciones eran muchas, pero



1954. Después de 80 años, cayó una nevada en Sevilla.

me interesaban principalmente las referidas a las Audiencias de Lima, Charcas y Quito, Patronato, Justicia, Contaduría, Escribanía de Cámara e Indiferente General. Pedí mi primer legajo y me dediqué a él toda la mañana, seguí por la tarde. No falté nunca mientras pude acudir en los días sucesivos. En las mañanas y en las tardes era el primero en entrar y el último en salir. Sentía el apremio del tiempo.

No puedo quejarme de nada. Gozaba con mi investigación. Fui llenando cuadernos y llegué a tener 18, todos gruesos. El Conde de Nieva fue perfilándose poco a poco y de no ser sino un personaje enigmático, se convirtió en un ente familiar.

En el Archivo trabajé con sol y con lluvia, e incluso con nieve, pues nevó el 2 de febrero, algo inusual en Sevilla. La ciudad se puso blanca y estuvo así dos o tres días hasta que la nieve se derritió.

Diariamente, al cerrar el Archivo por la tarde, yo salía a conocer Sevilla, sus barrios, sus templos, sus edificios varios. Era ciudad de trazo medieval, rica en callejas y plazuelas, con rincones bellos y gente alegre. Aprendí a entender el andaluz y gusté de escuchar *sevillanas*. Los domingos partía, solo o acompañado a visitar los pueblos aledaños: Camas, Coria, Alcalá del Río. Me agradó de modo especial San Isidoro del Campo y también Santiponce, donde admiré el ruinoso Coliseo romano. El 2 de marzo, en la Catedral, presencié el baile de los Seises, privilegio que tuvo también la Catedral de Lima. El 4 de abril, domingo, subí por primera vez a la Giralda y contemplé Sevilla desde lo alto: la ciudad antigua, el río Guadalquivir, el barrio de Triana. Reparé en la Plaza de Toros que me hizo recordar a la de Acho.

Los días que siguieron fueron los de Semana Santa. Su celebración en Sevilla me deslumbró, rebasó mis expectativas. Todavía hoy pienso que es una de las celebraciones más hermosas que he visto en mi vida. Es caso único.

Desde el domingo de Ramos hasta el Viernes Santo salen más de cincuenta Hermandades o Cofradías con 98 andas o «pasos» de la Pasión. Liturgia pública ostentosa y bella que presenta muchas veces verdaderas obras de arte de la imaginería sevillana. Son imágenes antiguas, centenaria, casi siempre de autor desconocido. Destacan entre ellas Jesús del Gran Poder, (Iglesia de San Lorenzo), Jesús de la Pa-

sión (Iglesia del Salvador) y el Cachorro (capilla del Patrocinio), la Macarena (iglesia de San Gil) y La Esperanza de Triana (iglesia de San Jacinto). Las procesiones suelen ser de día, de noche y de madrugada. Todos entran por la Campana, siguen por la calle de las Sierpes, rodean el Ayuntamiento y terminan en la Catedral. Luego cada Hermandad o Cofradía regresa con sus nazarenos a la iglesia que tiene por sede. Lo hacen lentamente, con sus cruces de guía, el sin pecado, estandartes y lábaros, fanales, bocinas mudas y varas de mando. En silencio, por la calle oscura, con túnicas y capirotos, cada cofradía tiene algo de fantasmal. Los cofrades llevar un cirio encendido, los penitentes —cargados con una cruz o con cadenas en las pies— muestran la capucha derribada; son, respectivamente, los cofrades de luz y de sangre, como los había en las procesiones de Lima virreinal. La Semana Santa de 1954 terminó el 17 de abril, Sábado de Gloria, pero su recuerdo es perdurable.

Mi vida en el Archivo continuó y yo seguí investigando al Conde Virrey. Los documentos fueron apareciendo numerosos, eran tantos que me empezaron a causar problemas. Me organicé mejor y todo volvió a su cauce.

Sobrevino entonces la Feria de Abril (que data de 1847 en el prado de San Sebastián) con sus «casetas» de colores, corceles enmoñados, «cañas» de vino, baile de sevillanas, mozas graciosas y música de organillo. Me gustó mucho, pero estuvo lejos de competir con la Semana Santa.

No por tantos días de fiesta dejé de concurrir al Archivo. La presencia en Sevilla de Guillermo Lohmann Villena, mi antiguo profesor, me tomó de sorpresa, también me estimuló bastante. Fue mi gran maestro en materia de investigación. Ya habrá ocasión de subrayarlo. Por ahora baste saber que aprendí mucho de él y que fue muy generoso conmigo.

A todo esto, en mis horas libres, seguía conociendo Sevilla. Era ciudad con embrujo, su vecindario simpático, las mujeres muy hermosas. Visité el Alcázar, palacio de los reyes moros, rondé la Torre del Oro y palpé la parte que subsistía de la muralla romana. Me detuve también ante la Torre de Don Fadrique, muy esbelta y medieval, las torres de los templos de San Marcos y de Santa Catalina,

la espadaña de San Juan de la Palma y naturalmente, el conjunto gótico de la Catedral, con sus cinco naves de piedra negra, las tumbas de Rey San Fernando y de Cristóbal Colón, el San Cristóbal gigante pintado por Mateo Pérez de Alessio antes de viajar a Lima, y el coro vasto, solemne, magnífico, donde cantaban sus preces los canónigos hispalenses.

Me agradó la imagen de la Macarena, pero más todavía La Esperanza de Triana de la iglesia de San Jacinto. En este templo dominico vi por vez primera en España una escultura del aún beato fray Martín de Porrás... Por el Patio de Banderas llegué al barrio de Santa Cruz: la calle Vida, el callejón del Agua y las plazas de las tres Cruces, de Doña Elvira y de la Cruz de la Cerrajería. No sabría decir si el barrio era mejor de día o de noche, pero de noche jugaban un papel singular sus faroles encendidos. Edificios serios lo eran, por su parte, el palacio de San Telmo, la Real Fábrica de Tabacos y el Ayuntamiento. Pero el lugar más concurrido venía a ser la calle Sierpes, donde estuvo la Cárcel de Corte que alojó a Cervantes y el establecimiento del francés Pierres Papin, el de los naipes. En la calle de las Sierpes, modernamente, atendía el café Los Corales y allí el historiador peruano Rafael Loredó Mendivil me presentó a Juan Belmonte García, *El Pasma de Triana*, y a Rafael Gómez Ortega, *El Gallo*. Los traté cinco minutos, pero los recuerdo con nitidez. Ambos estaban viejos. Belmonte era parco, agestado, mal contento, *El Gallo* gracioso, alegre, dicharachero.

Otro recuerdo más tenaz de esos días es el de las hermanas Amézquita, sexagenarias de cruda conversación. Eran dos, Pepita y Rosario, amables, campechanas y graciosas como suelen ser las sevillanas. En su casa alquilaba yo una habitación cuatro semanas del año, tiempo que, por vacaciones, se suspendía el servicio en la residencia de estudiantes. En la casa-pensión de las Amézquita, las cenas y sus sobremesas eran memorables. Solo se hablaba de la pasada guerra civil y era que ambas hermanas habían estado muy vinculadas al Estado Mayor franquista y por ello eran las encargadas de cocinar las tortillas para los prisioneros que iban a ser fusilados al amanecer. La llamaban «La tortilla del alba» y dos horas después de

servirla ocurría la descarga fatal. Curioso privilegio que les había dejado torvos recuerdos, pues ellas personalmente entregaban las tortillas a los condenados. En estas sobremesas conocí la historia del *Canalla*. Se trataba del novio de Rosario, soldado que iba a ser trasladado al frente de Teruel, punto donde mucho se batía el cobre. Rosario hizo lo inaudito y consiguió de sus amigos engalonados que lo destinaran a Cádiz, puerto tranquilo y sin mayor peligro. Fue un triunfo conseguir el cambio, pero al fin se logró. Lo malo fue que en Cádiz «El Canalla» conoció a una gaditana, se casó y tuvo en ella, con el tiempo, hasta ocho hijos. Rosario no se lo perdonó nunca y por eso, dolida y maldiciente, recordaba la deslealtad. Esta era en síntesis la historia del canalla. Me la contó Rosario tres veces, sin pedírsela ninguna. Me la narraba y lloraba como si la traición hubiera ocurrido el día anterior. Rosario seguía enamorada.

Los domingos me echaba la mochila a la espalda y me marchaba, solo y a pie, a conocer nuevos pueblos aledaños. Así llegué a Dos Hermanas, Alcalá de Guadaíra, Castilleja de la Cuesta, Gelves, La Algaba. Asimismo concurrí a paseos colectivos. Recuerdo uno de ellos. Fue a Niebla del Condado. Un domingo, como sucedía con alguna frecuencia, partimos en el auto del Director de la residencia. El vehículo era grande, negro, cuadrado, y su conductor, Pepe, no parecía andaluz por estar siempre callado. Llegamos a Niebla, el automóvil se detuvo en la plaza, se abrieron sus puertas, salieron sus ocupantes. Primero bajó Guillermo Lohmann, que era muy alto, luego Pedro Rodríguez, que era muy bajo, después Vicente Rodríguez Casado, que era muy gordo, y finalmente Javier González Echenique, que era muy flaco. El espectáculo impresionó a los lugareños y no faltó un gamberro que se lanzó a vocear: «¡El circo, el circo, llegó el circo!»

Los paseos solitarios me animaron a salir de Sevilla. Me decidí a viajar y a dejar momentáneamente la investigación histórica. Acaso nunca más volvería a España y tampoco debía desaprovechar la ocasión. Para empezar mi incursión me bastaba la antigua región Bética de los romanos. Entonces fue que reuní algún dinero, me eché la mochila a la espalda y partí a mi aventura andaluza.

Andalucía era hermosa. Su tierra roja, sus campos verdes, sus pueblos blancos, encalados, nacarinos. Se nombró un tiempo Vandalia, por los vándalos que la utilizaron de puente para pasar al África, luego se llamó Vandalucía y los árabes la nombraron Al-Andaluz. Los cristianos la ganaron poco a poco. El Rey San Fernando conquistó a Sevilla en 1248 y los Reyes Católicos rindieron Granada recién en 1492. Andalucía por su larga ocupación mora, es la región más agarena de España.

Saliendo de Sevilla conocí muchos pueblos aledaños. Tenían sus casas albas, los tejados rojos, las iglesias con cúpulas de azulejos y las calles ricas en balcones con claveles y geranios. Eran muy gráciles las rejas de hierro forjados de las ventanas, parecían garabatos hechos con arte y primor. Abundaban los caballos y las carretas tiradas por mulos. Tampoco eran raros los asnos venidos antaño de Mauritania. Los pueblos surgían entre extensos olivares. Todos tenían pulcra presentación.

El gran defecto ambiental era el calor del verano. Andalucía era dorada y ardiente. Cuando había sol era fortísimo, la gente casi no salía de su casa y si lo hacía volvía pronto a ella. Le temía al siroco, el viento del desierto sahariano que traía más calor abrasador. En esos días se tomaba gazpacho o sopa helada, se bebía horchata de trufas o se recurría al búcaro, botijo de barro que tenía la virtud de conservar fría el agua. Volviendo a Sevilla, el lugar más fresco era el interior de la Catedral y el más caluroso la Alameda de Hércules, las principales calles se entoldaban, caso de la calle Sierpes, y las mujeres sacaban sus vistosos abanicos plegables, agitándolos con gracia y coquetería. El calor era tan grande que, decían, podía freírse un huevo en las piedras de la acera.

Andalucía le robaba el protagonismo al resto de España. Era una mágica mezcla de música, baile, vino, ferias y toros. Sin embargo, por espectacular, se llevaba la palma la Semana Santa de Sevilla con sus *saetas* cantadas en la penumbra, el cargar de los costaleros y el vibrar de los clarines al compás de los tambores, amén de mujeres con traje negro, peineta de carey y mantilla calada.

Mas no todo era gravedad litúrgica y rigor procesional. Los andaluces se identificaban con el buen humor y, entre todos ellos, destacaban los gitanos. Por doquier

había gitanos, hombres que se autorretrataban con el cantar:

*Los gitamillos
tenemos todos
la cara alegre
y el cuerpo loco.*

Eran guitarristas, *cantaores*, *bailaores* y toreros. Sus mujeres lucían guapas, vivaces, bailaban con gracia y tocaban con frenesí panderetas y castañuelas. Gitanos y gitanas tenía algo de seminómadas, viajan en grupo y estaban en España desde 1417 o algo después. Tenían fama de hurtadores, también lo decía el cantar:

*Caminito de Antequera
preso llevan a un gitano
por encontrarse un borrico
antes de perderlo el amo.*

Hablaban una jerga que solo ellos entendían. A Sevilla, por ejemplo, llamaban Serva la varí. Cetrinos, del color de la madera oscura, los llamaban flamencos por burla, en contraste con los rubicundos compañeros de Carlos V que vinieron con él desde Flandes. Indoeuropeos de origen, habían olvidado a sus ancestros, pero se creían descendientes de los antiguos egipcios y se nominaban «hijos de Faraón».

Pasemos a hablar de los trenes, que fue donde más traté a los gitanos. Los ferrocarriles eran viejos, lentos, a carbón; los vagones con asientos de tabla, los pasajeros gente llana, pero, como buenos andaluces, muy alegres. En pleno viaje todos empezaban a palmear, alguien se paraba o iniciaba el baile, pues los andaluces pueden bailar solos, son individualistas. Los demás batían palmas y por sus turnos se relevaban en la danza. Luego la fiesta se interrumpía y un viejo cantaba flamenco, después dos mozas bailaban sevillanas o un mozo se arrancaba por

alegrías de Cádiz o fandangos de Huelva. Los trenes de Andalucía eran alegres, musicales, juguistas. Quien no viajó en esos trenes, se perdió de conocer una parte importante de España... y también a los gitanos viajeros.

A esta Andalucía, colorida y pintoresca me tocó visitarla toda. Comencé por Córdoba y terminé por Granada, pero en el entre tanto conocí Cádiz, Huelva, Málaga y Almería. No pude seguir a más sitios por falta de dinero y exigencias de la investigación. Aún así me di maña, repito, para conocer toda Andalucía pese a lo cual hablaré solo de Córdoba y de Granada, de la Mezquita famosa y de la Alhambra nazarí. Fue lo más representativo, lo que más me impresionó. Empecemos por la Mezquita.

Por la Puerta del Perdón, muro del norte, se accedía al Patio de los Naranjos, donde está la torre coronada de San Rafael, el Arcángel patrono de la ciudad. Se ingresa a la Mezquita —hoy Catedral de Córdoba— por la Puerta de las Palmas y, al instante, brota un bosque de columnas con arcos arabizados con muchos colores y esmaltes. Las columnas pasan de 350 y los arcos de 100. Nada más que por esto la Mezquita es una maravilla arquitectónica. Arcos y columnas rodean el actual coro catedralicio, el crucero y la Capilla Mayor, asimismo las Capillas de Villaviciosa, Real y de San Pablo. Más al sur está la arquería del Mihrab con su artística portada, abundando las yeserías y mosaicos, azulejos y adornos policromados. Hay sentenciosos versículos del Corán y todo está mirando a la Meca. La predica constante es que Alá es Alá y Mahoma su Profeta.

Son notables las cuatro fachadas del edificio, incluyendo la interior del Patio de los Naranjos. En la fachada del poniente destacan las Puertas de San Esteban, de San Miguel y el Postigo del Palacio. El visitante sigue perdido en el bosque de columnas. No hay en toda España otra construcción similar en grandeza y ambientación reverencial. Es obra alucinante. No se debe a un solo monarca sino que responde a las inquietudes, construcciones y ampliaciones de Abderramán I, Abderramán II, Alhaquen II y Almanzor. Han pasado cinco siglos desde que la Mezquita se convirtió en basílica cristiana pero no ha perdido su encanto semita y musulmán.

Me recuerda lejanamente al templo y convento de Santo Domingo del Cusco, donde una vez más el templo cristiano se sobrepone al pétreo Coricancha. No es lo mismo, ya lo sé, pero es que no se pueden evitar las analogías y recuerdos.

Haciendo un acápite final, hay en la Mezquita un lugar especialísimo para todos los peruanos: la Capilla de las Ánimas. Es capilla secundaria, oscura, sin la lámpara votiva que allí debía arder. En ella reposan los restos del Inca Garcilaso de la Vega, del que reza una lápida que fue ilustre en sangre, valiente en armas y perito en letras. A nosotros, no nos interesa tanta verdad, tampoco el que el escritor mestizo fuera descendiente de los emperadores Pachacútec y Carlomagno. Y es que para los peruanos el autor de los *Comentarios Reales* tiene otro interés superior: es el gran descubridor de nuestra esencia nacional. Con él nace, germina, irrumpe y aparece la idea de la Nación peruana.

La Alhambra de Granada es muy diferente. Carece de sacralidad. Es una mezcla de fortaleza, gran palacio y lugar de esparcimiento de los monarcas nazaritas. Data de 1238, año en que el rey Alhamar decidió dejar el Albaicín y hacer su morada en la colina alledaña. Más tarde los reyes Yusuf I y Mohamed V levantaron los principales edificios. Su conjunto es impresionante, inseparable de la ciudad, y explica el entusiasmo de Washington Irving el autor de *Los Cuentos de la Alhambra*.

La parte militar, que es la occidental, abarca la Alcazaba con sus torres de la Vela y del Homenaje, la Puerta de las Armas y los Jardines del Adarve; la mansión real, al centro, contiene los Patios de los Arrayanes, de los Leones, de la Reja y de Lindaraja más los cubos de Comares, del Peinador y de las Damas; al oriente quedan los Jardines del Partal, del Generalife y del Secano con las torres de los Picos, del Cadí, de las Infantas, del Agua, de los Siete Suelos y de las Cabezas.

Se ingresa por la Puerta de la Justicia, al suroeste, y se llega al palacio de los reyes granadinos por la Plaza de los Aljibes. Todo es arabizado, reluciente, impregnado de lujo oriental. El Palacio de Carlos V, la iglesia de Santa María y el convento de San Francisco son construcciones intrusas y tardías, nada tienen que hacer allí. La Alhambra es monumental, extensa, desbordante, sensual, hedonista. El Palacio Real

abarcaba el Mexuar, centro administrativo y justiciero, el Centro de Comares y el Palacio propiamente dicho, donde vivía el soberano y su harén. Hay proliferación de pórticos y ventanales, balconillos y ajimeces, de azulejos y yeserías. Son notables en los aposentos los techos estalactíticos de maderas policromadas. También son primorosos el Oratorio que mira a la Meca, y el estanque del Patio de los Arrayanes...

El visitante se ubica en el cubo gigante y descubre el río, la colina del Albaicín y la ebúrnea ciudad de Granada. Es el momento crepuscular, el cielo es multicolor. El conjunto resulta hermoso, armónico, se encienden las primeras lucecillas de la ciudad, se perfilan las sombras de sus habitantes. La Alhambra es un preciosismo musulmán que tiene a la urbe como cortina de fondo. El conjunto es bellissimo y, sea de día o de noche, el visitante recuerda y comprende la tragedia cantada por Alarcón de Icaza:

*Dale limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada.*

Cuando partí de Granada lo hice luego de visitar dos tumbas: la de los Reyes Católicos, los unificadores de España, y la del arequipeño Juan Manuel de Moscoso y Peralta, Obispo del Cusco y Arzobispo de Granada, de tanta vigencia en la rebelión de Túpac Amaru. Los Reyes Católicos tenían estatuas yacentes, el arzobispo una escultura orante. Ambos sepulcros, para mí, tenían que ver con el Perú. El mensaje era implícito. Los Reyes Católicos hicieron a los indios sus vasallos, el Arzobispo criollo pretendió que dejaran de serlo.

La Alhambra de Granada y la Mezquita de Córdoba me sirvieron para recapacitar. Cuán ajenos creemos estar de la cultura musulmana y, sin embargo, cuán cerca estamos de ella si nos guiamos por la Historia. Todos los españoles y descendientes de españoles debemos de tener un ápice de sangre árabe. En España los moros fueron más numerosos que los judíos. En consecuencia, a partir de 1492 y de la guerra

de las Alpujarras, los árabes se diluyeron en la vasta sociedad española con nombres y apellidos cristianos. No hay descendiente de español, creo yo, que pueda asegurar no tener sangre agarena. Ni siquiera los vascos, que presumen de raza pura, pues los propios López de Haro, Señores Soberanos de Vizcaya, tenían sangre mora a través de un antepasado llamado Alboalí. La influencia de la lengua árabe, por otra parte, es muy fuerte. Por eso es que los hispanohablantes, podemos pronunciar la jota y también decir «ojalá», que en árabe significa: Dios lo quiera.

Recuerdo con calidez el día que dejé Granada. En la estación del ferrocarril, por un altavoz, alguien cantaba *La Reja*, canción inseparable de la ciudad. Recuerdo la letra del canto y su relación con las caras lozanas de las mozas granadinas:

*Niña, asómate a la reja
que te tengo que decir,
que te tengo que decir
un recaído a la oreja.
Y el recaído consiste,
que no me gusta deber,
y el beso aquel que me diste
te lo vengo a devolver.*

Yo entonces era muchacho y me impresionaban mucho las caras bonitas.

Regresé a Sevilla y continué investigando en el Archivo de Indias. En lo sucesivo cumplí una estadía en la Universidad de Verano de Santa María de la Rábida. Recuerdo mucho este lugar. Mis clases las recibía en el monasterio famoso, en una sala del Claustro Mudéjar. Allí descubrí un pequeño lienzo manierista que retrataba a un indio emperador desconocido por los españoles, incluso por los franciscanos del convento. Hurgando la letra vieja pude descifrar su nombre: Era el Inca Túpac Yupanqui. Fue mi primer gran contacto con este misterioso personaje al que posteriormente le dedicaría varios años de investigación.

En la Universidad de la Rábida, no me fue mal. Terminé mis cursos y obtuve el Diploma de Honor, máximo galardón concedido a los alumnos de ese centro de estudios. Me lo otorgó el Rector el 21 de setiembre de 1954. Entonces fue que —aprovechando al fin de ciclo— tuve ocasión de conocer Palos de la Frontera y Moguer, Aracena y Valverde del Camino, Lepe, Ayamonte, Gibralfaró y Zalamea la Real. Quiero detenerme en Zalamea la Real, porque aquí pasé un momento muy feliz de mi vida.

Adiós a la tauromaquia

Llegamos a Zalamea Real y de inmediato procedimos a conocer la población, terminando en la plaza de toros de la Esparraguera. Allí, nos lo habían dicho, tenían preparada una encerrona con unos toretes para los que se animaran a lidiarlos. Ante esto el grupo universitario se dividió en dos: unos que querían probar suerte y otros que solo querían ver para divertirse. En el coso quedamos diez, el resto se acomodó en los tendidos. Se nos alcanzó capotes y de repente, sin aviso alguno, se abrió la puerta del toril y salió bufando el cornúpeta.

Recuerdo que era tarde de sol. El público lugareño estaba impaciente y los capeadores nerviosos. Pero el torete, que debía tener dos años y medio, no reparó en pormenores y atacando limpiamente comenzó a perseguir a todos los participantes. Hubo algo muy cercano al miedo y en los burladeres se arrimaron los perseguidos. El toro se paseó ufano y solo después de momentos de confusión salió alguien a enfrentarlo. Pero el animal no estaba para bromas y encanastando al osado, que era un andaluz de Sevilla, lo lanzó por los aires. Igual pasó con otro andaluz y un aragonés. Recogió el guante un navarro apellidado Ochoa —flaco, rubio, de facciones afiladas— quien fijó al toro con buen arte y le arrancó tres verónicas. Yo me piqué con los quites y saliendo con el

capote plegado, me paré en firme, lo abrí y esperé al toro, logrando dos verónicas y tres chicuelinas.

El público, en mucho gente del lugar, se entusiasmó con los lances y comenzó aplaudir al navarro y a mí. Al navarro llamaban *Rubito* y a mí —por ir con gorra, camisa, pantalón y botines marrones— me apodaron *Chocolate*. A partir de entonces hubo un duelo entre *Rubito* y *Chocolate*, irrumpiendo él con nuevas verónicas que remató en media revolera, por lo que yo, echándome el capote a la espalda, me lucí con gaoneras.

A todo esto el público aplaudía, ya no había risotadas, pero la gente exigía cada vez más. El navarro quiso superar mis gaoneras con otras de su factura, mas el toro lo derribó de un varetazo. Me sentí llamado a suplirlo y citando con el cuerpo, el capote atrás, pretendí vanidosamente lograr lo que mi rival no pudo, esto es, repetir las gaoneras. Pero el toro, que había aprendido demasiado se detuvo, luego escarbó el suelo con sus pezuñas, por último partió en buena carrera. Solo sé que me engancho con el cuerno derecho por la pierna izquierda y en innoble volantín me lanzó por los aires. La gente se puso de pie alarmada, mientras yo caía al suelo donde el toro me buscó, me encontró y zarandeo a su gusto. Yo no sentía los golpes, pero tenía la boca llena de tierra y con las manos me cubría la cara, en especial los ojos, tratando de fingir quietud. Al verme así, algunos hombres de la plaza acudieron en mi ayuda y distrajeron al animal, logrando sacarme de su terreno. Me puse entonces de pie, estaba furioso, casi llorando de rabia y recuperando el capote, maldiciendo al toro y la vaca que lo trajo al mundo, plasmé las tres mejores gaoneras de mi vida. Las gaoneras me consagraron y el público me declaró vencedor, al tiempo que gritaba entusiasmado: «¡Chocolate, Chocolate, Chocolate!»

Me detuve, como si despertara de un sueño, agradecí con la gorra en alto (que alguien me la acercó, pues en los revolcones la había perdido), y luego volví al bur-ladero. Recién entonces me di cuenta del aspecto que ofrecía. Estaba con la camisa abierta, pues había perdido los botones, y con un desgarrón que me corría por toda la espalda; el pantalón, a su vez, estaba hecho jirones en tres o cuatro partes. Si

algo cubría, nada abrigaba. Pero la gente seguía gritando: «¡Chocolate, Chocolate, Chocolate!» y tuve que volver al ruedo para agradecer. Quiero subrayar algo, perdó-neseme la vanidad: estaba feliz. No solo había toreado lucidamente. También había ganado a los españoles toreando en su propia tierra.

No sé si fue el Alcalde, en todo caso una persona mayor, la que se me acercó e hizo entrega del Pepe de Barro (parodia del Oscar del Oro), una escultura jocosa y me declaró vencedor. Yo estaba que no cabía en mi pellejo y, tomando el trofeo par-tí con mis amigos rabideños, todos muy alegres, rumbo a la feria que se celebraba allí mismo, en Zalamea.

Bebimos tanto vino a partir de ese momento, que no me acuerdo sino de detalles aislados; farolillos, música, brindis, castañuelas y bailoteo. En un gesto que conllevó nobleza, mi competidor navarro se acercó y me abrazó. Tenía rabia, lo sé, pero ganó su hombría de bien. Su nombre completo era Francisco Javier Ochoa de Olza.

Poco también es lo que recuerdo del siguiente amanecer. Manos amigas me habían llevado a la Universidad de la Rábida y acostado en mi dormitorio; por eso, cuando abrí los ojos tenía delante de mí a tres empleadas del servicio, y Manolita, una de ellas que fungía de costurera, exhibía mi pantalón en sus manos y exclamaba en cerradísimo andaluz: «Jesú, questá tan raío que no sirve ni pa hacé pañuelos». ☞

X

Moros y cristianos

Castilla



1954. Recorriendo pueblos en Andalucía.

Contento regresé a Sevilla y seguí investigando en el Archivo indiano. Investigar era mi pasión y mi obsesión. Pero el viajar por Andalucía me había engolosinado. Ahora quería conocer Castilla y Extremadura: otros paisajes, otras ciudades, otros pueblos y otras gentes.

Lo cierto fue que puse mis papeles en orden, calculé mi tiempo y teniendo mi trabajo bastante avanzado me lancé a conocer Castilla la Vieja.

Me impresionó en el camino el paisaje de la meseta. La lejana presencia de castillos justificaba el nombre de Castilla. Eran edificios cargados de historia, algunos desde los tiempos del Cid. Sus murallas y baluartes, sus torres, sus atalayas, confirmaban el paisaje castellano y castillístico. También estaban los pueblos con sus iglesias de piedra, campanarios y espadañas, sus portadas medievales góticas o románicas. Todavía campeaba la imagen del labrador con su yunta de bueyes, de los pastores con sus majadas de ovejas, de los cabreros con sus cabras y de los porqueros con sus puercos.

Tranquila, casi monótona, la meseta no parecía albergar tantas historias de guerra. Empero era posible evocar a las mesnadas cabalgando, a sus jinetes de brillantes armaduras y a sus pendones morados echados al viento. Adalides am-

biciosos y hasta obispos caudillescos no escapaban a este sino. El resto lo hacían los peones —rodeleros y ballesteros—, los arietes y las catapultas. Y a todos estos hombres de armas los imaginábamos listos para luchar, ante un horizonte de moros, sus enemigos perpetuos, mirando quietos al cielo y apellidando a Santiago.

Castilla era, además el centro del idioma, lengua señera, precisa, muy rica, en la que todo tenía nombre, explicación, etimología, semántica y fonética. Castilla, indudablemente, era el corazón de España, el brazo armado de Iberia, la fragua del habla emérita. La capital de Castilla la Vieja era Burgos.

Burgos —*Caput Castelae*— fue nombrada por lo moros Burquía, mas su definitivo fundador fue el Conde Diego Porcelos en 882. Castilla nació alrededor de Burgos. Fue Castilla primero una Alcaldía, después un Condado, finalmente un Reino. El Cid terminó de darle a Burgos la prestancia literaria cuando entró a la ciudad con sesenta pendones.

Su Catedral es la joya del gótico español. Se comenzó en 1221 y se consagró en 1260, pero desde 1230 servía como Catedral. Nació con planta de cruz latina, crucero saliente y tres naves que terminan en una girola. Su creador fue el obispo Mauricio y su protector el Rey San Fernando. Merecen especial recuerdo sus dos bellas torres caladas, el frontis, las portadas de la Coronería, del Sarmental y de la Pellejería, también el Cimborio o linterna del crucero, obra de arte única en su género. Es del caso recordar asimismo a la Puerta del Claustro y al Claustro mismo. Retrocediendo en el recorrido y avanzando en el tiempo apreciamos la Capilla del Condestable, pariente paterno del Virrey Conde de Nieva, el personaje de nuestra investigación.

Ya en la ciudad están las iglesias góticas de San Gil, de San Nicolás y de San Esteban, de marcado sabor arcaico y valor arquitectónico.

No llegué al monasterio de las Huelgas ni al de Santo Domingo de Silos, pero sí a la Cartuja de Miraflores, donde contemplé las estatuas yacentes de Juan II y de su esposa Isabel de Portugal, así como la orante del Infante don Alfonso, el hijo de ambos y hermano de Isabel la Católica.

Recuerdo a Burgos como ciudad medieval pétrea, grisácea, partida por el río Arlanzón y con una bella portada de ingreso: el Arco de Santa María. Allí está el Cid, en su caballo Babieca, quien sale al encuentro del visitante y le da la bienvenida. Es escultura de fuerza, que muestra al Campeador recio, impetuoso, dispuesto para la guerra. Hoy, que el tiempo ha pasado y yo aprendido algo más, puedo añadir que Francisco Pizarro, el Fundador de Lima, es descendiente probado del Cid Ruy Díaz de Vivar.

Dejemos Burgos —señorial, adusta, guerrera— y pasemos a Toledo, ciudad eclesial, encumbrada, señera.

Toledo es para los españoles lo que el Cusco para los peruanos: la Ciudad Imperial.

A la urbe se ingresa por el Puente de Alcántara y se sale por el Puente de San Martín. Por sus ojos de piedra pasa el Tajo, el río que dividió al reino en dos Chancillerías. Toledo ha sido pintado en claroscuro por el Greco. Es ciudad eminenciada. Como en toda urbe ibérica destaca la Catedral, en este caso, la Primada de España. Su única torre sobrepasa la ciudad. La basílica tiene nueve puertas nominadas, cinco naves y girola, mide 112 metros de largo, 56 de ancho y casi 45 de alto. Es toda de piedra, gótica, solemne y magnífica.

Ganada la ciudad por Alfonso VI en 1085, el monarca se invistió Emperador de moros y cristianos e hizo a Toledo su capital Imperial. A partir de entonces la ciudad fue famosa por sus espadas y, en general, por sus armas ofensivas y defensivas. También por los broquelados, damasquinados en metal y repujados en cuero.

En arquitectura predomina el gótico hispano flamenco que, vinculado al mudéjar, produjo el isabelino o gótico florido. Su ejemplo mayor es San Juan de los Reyes obra de Isabel la Católica.

Son notables en la ciudad sus Puertas de acceso: del Sol, Antigua de Bisagra, la Nueva y la del Cambrón.

Las viejas mezquitas y sinagogas han sufrido cambios pues hoy son iglesias cristianas. Sinagogas fueron Santa María la Blanca y la llamada del Tránsito, mezquita,

en cambio, fue la de Nuestra Señora de la Luz. Edificios posteriores que ya nacieron cristianos, son el Hospital de la Santa Cruz y el Hospital de Tavera. También tiene su mérito la Casa de la Santa Hermandad. Al otro lado del Tajo están los cigarrales o huertos cantados por Tirso de Molina.

Toledo fue la ciudad en que se pactó la conquista del Perú entre Francisco Pizarro y la Corona. Fue en junio de 1529. Gracias a la Capitulación de Toledo fue factible el Tercer Viaje descubridor.

Algo más tienen en común Toledo y el Cusco: la festividad del Corpus Christi. Es la fecha en la que el Corpus Domini sale de su recinto catedralicio y recorre la ciudad. La diferencia está en el medio empleado. Mientras en Toledo el Cuerpo de Cristo sale en su Custodia espléndida, en el Cusco lo hace en su fastuoso Carro de Plata.

Segovia era muy original con su Acueducto romano y su Alcázar castillesco. Se añaden los atrios románicos de San Martín, de San Esteban y de San Millán, el monasterio del Parral y la Catedral gótica de piedra; pintoresca también era la Ermita de la Fuencisla, donde existió una lámpara de plata donada por el segoviano Jerónimo de Aliaga, conquistador del Perú. Todavía está de pie la Torre de los Arias Dávila, la Casa de los Picos, la de los Marqueses de Moya y la también torreada de los Marqueses de Lozoya, antaño de los Aguilar.

Segovia de lejos tenía el encanto de su perfil y de cerca el embrujo de sus callejas. Entre el Eresma y el Clamores, en la cumbre de un peñón calizo, era un lugar poblado por la tribu de los veceos. Fortaleza en los tiempos de Viriato y cabeza de obispado visigodo, fue ciudad románica y ojival. La habitaron en la Edad Media cristianos judíos y moros. Fue la cuna de Pedrarias Dávila, *Furor Domine*, Gobernador de Castilla del Oro, personaje importante en los inicios de la conquista del Perú. Segovia, vista de lejos o de cerca es una historia, una leyenda y un mito.

Pasemos a Ávila de los Caballeros. No se puede hablar de Ávila si no empezamos por su muralla famosa. Data del siglo XI, mide 3.000 varas castellanas y la edificaron 2.000 moros cautivos. Es toda de piedra plomiza, posee nueve puertas y 88 torreones. Su conjunto es imponente. Luce colosal.

La Catedral abulense parece una fortaleza por sus almenas y caminos de ronda, galería cubierta y patio de armas. Fue construida en el siglo XII y su cimorro o ábside es almenado, aprestado para la defensa. Es edificio ambivalente: castrense y eclesial. Se inspira en el gótico francés y algo en el de Inglaterra, pero es muy castellano en su conjunto. Atesora infinidad de obras de arte —retablos, pinturas, esculturas— y posee además el sepulcro del Tostado, escritor mitrado del que cuentan era tan bajo de estatura que el Papa le mandó ponerse de pie creyéndolo arrodillado.

La ciudad tiene dos joyas más: la iglesia de San Vicente —con las tumbas de los santos Vicente, Sabina y Cristeta— y la Iglesia de Santo Tomás donde yace en suntuosa sepultura el incontinente don Juan, el hijo de los Reyes Católicos, el Príncipe que murió de amor.

Casas importantes son las de Velada, Valderrábano y Verdugo así como la Torre de Guzmán. Ávila es rica, no grande pero sí llena de rincones sugestivos como esa callejuela de la Vida y la Muerte vecina a la Catedral.

Centramos finalmente la atención en dos edificios relacionados con dos virreyes del Perú: la Casa de Blasco Núñez Vela, hoy Audiencia, en la Plaza de los Cepeda, junto a la Puerta de Santa Teresa; y la Casa de los Condes de Superunda, vinculada a José Antonio Manso de Velasco, el gobernante que reconstruyó Lima y el Callao, el único Virrey que en el Perú tiene un monumento.

Y queda aquí Ávila de los Caballeros, la ciudad europea que conserva la mejor muralla de toda la Cristiandad.

Nuestra gira por Castilla la Vieja y por Castilla la Nueva se amplió a ciudades como Valladolid, Salamanca, Logroño, Soria y Guadalajara. También estuvimos en León y en Astorga, pero no consideramos oportuno, describir tantos lugares por muy valiosos que fueran. Por eso, en esta página cambiamos de rumbo y enfilamos a Extremadura.

Extremadura

Pese a mis largos recorridos yo seguía viajando en trenes de tercera y en vehículos de cuarta. Así llegaba a los pueblos y los visitaba. Me codeaba con todo tipo de gente, en su mayoría del estrato popular. Era esa gente que a mitad del viaje sacaba un pan y lo partía en pedazos, el chorizo y lo cortaba en rodajas, o invitaba la tortilla de patatas, siempre fría, tentadora, apetitosa. También bebían vino en bota de cuero. Acabado el ritual alimenticio se fabricaban manualmente su cigarro con papel blanco y tabaco negro y lo fumaban con deleite. Algún andaluz cantaba solitario, los vascos y castellanos lo hacían en coro. Era gente franca, tosca, buena, propensa a la espontaneidad. Aunque secos y austeros, enemigos de efusividades, no me hacían sentir extranjero. Hablaban de lo suyo y preguntaban de lo mío. Tenían gran curiosidad por saber de la fauna americana. Alguna vez me preguntaron por la «bicha» más grande del mundo. Resultó ser la boa.

Y qué decir de los alojamientos. Eran verdaderas ventas quijotescas. No tenían cuarto de baño, solo letrinas y silos. En otros albergues, estoy hablando de los muy pobres, había mesa común y terminada la cena se debía ir al pozo a sacar agua para lavarse al siguiente día. Los dormitorios eran individuales o para, varias personas. Los durmientes roncaban mucho de noche, otros se levantaban antes de salir el sol, especialmente los porqueros que se iban para atender a la piara. Y estas ventas no eran necesariamente rurales, podían estar en las afueras de cualquier ciudad. Eran incómodas pero baratas; yo quería viajar pero me escaseaba el dinero. Me acostumbré a todo. Lo digo con sinceridad: no me disgustaba viajar así.

Algo similar me ocurrió con la comida y con la ropa. Mi dieta en las ciudades era recia, barata y monótona; pan grueso, queso artesanal, jamón serrano y aceitunas. Si hacía frío tomaba té, si calor agua de botijo. No pisaba los restaurantes. Mi mundo en materia de atuendo se ceñía a la capacidad de mi mochila. Cuando la ropa estaba sucia y vieja, la arrojaba; la nueva merecía lavarse. En invierno usaba bufanda, en in-

vierno y en verano gorra de visera. Viajando, comiendo y vistiendo como he dicho llegué a Extremadura. Mi primera visita fue a Cáceres; también estuve en Badajoz y en Mérida, pero más me detuve en Trujillo por motivos que luego se verá.

Cáceres es la ciudad de las torres. Los romanos la llamaron Colonia Norba Caesarina, los árabes Cazires y los cristianos que la ganaron con Alfonso IX en 1229, Cáceres. Sus torres, como anotamos, son altas y bellas. De la época romana es la Torre de Bujaco, anexa a la muralla vieja; del tiempo de los moros la Torre de Cornudilla y la Torre Demochada; y de su época cristiana la Torre de los Plata, la Torre de los Espaderos y la Torre de las Cigüeñas. También son muy de ver varias mansiones señoriales: la Casa del Obispo, la Casa de los Golfines, la Casa de Obando, la Casa de los Carvajales, la Casa de los Perero, la Casa de los Becerra, la Casa de Abrantes y la Casa de las Veletas. Mención especial merecen la Casa de los Solís, con su astro rey radiante y su pétreo balcón con saeteras; y la Casa del capitán Francisco de Godoy, conquistador del Perú que volvió cargado de oro y construyó la casona con su balcón esquinero.

De las iglesias recordamos la de San Mateo, que nació mezquita, la gótica de Santa María, y la también ojival de Santiago. Rincones sugerentes son la calle del Adarve, el Arco de la Estrella y el Arco del Cristo. Cáceres es urbe roquera, recia y castrense, bastante bien conservada y hermosa por añadidura.

Badajoz surge junto al Guadiana y a la sombra de la Torre de Espantaperros. Fue cabeza de un reino moro creado en 1022 gracias a la dinastía de los Aftasíes y a su Primer rey Sabur. Conserva algo de sus murallas agarenas y fue ganada dos veces por cristianos: una con Alfonso IX y la última con Fernando III el Santo. Su catedral, advocada a San Juan, es notable por su sillería coral. Es bellísimo su retablo gótico de Santa Bárbara. También conserva tapices tablas pintadas de arcaico sabor. La ciudad es muy militar. Dígalo su Puerta de las Palmas, que lleva o sale al puente del mismo nombre, y los baluartes de Santiago, San José, San Vicente, San Pedro, Santa María y San Roque. Sus alrededores son vastos, agrícolas y ganaderos: viñas, melones y alcornoques, ovejas merinas, vacas retintas y cerdos muy negros.

Mérida respira aires más viejos, se remonta a los romanos. Gastados, pero han perdurado en el tiempo, el Arco de Trajano, el puente sobre Guadiana, la columnata del Templo de Diana, el Templete de Marte, el Anfiteatro circense y el Teatro famoso con su cavea o gradería, orchestra para los coros, y la scena de los actores. Ya fuera de la ciudad sirve de epílogo el Acueducto, rara comunión de piedra y ladrillo. Mérida se fundó el año 25 antes de Cristo. La erigieron los soldados de las legiones V y X con el nombre de Emérita Augusta, de ahí que los nacidos en la ciudad se llamen emeritanos. Es la urbe de España que más frutos guarda de Roma.

No conocimos las villas de Alcántara y Coria, tampoco el Monasterio de Yuste, pero sí visitamos Trujillo la heredad de La Zarza y el monasterio de Guadalupe (aunque en realidad esto fue un tiempo después).

A Trujillo de Extremadura hemos descrito muchas veces: fue la patria de los Pizarro. Es ciudad pequeña, medieval, hecha toda de piedra y teñida de historia y leyenda. Se puede dividir físicamente en arrabales o barrios adyacentes a la villa centrada en la Plaza Mayor y la ciudadela propiamente dicha con su Alcázar agareno. Trujillo, hoy para nosotros escapa a toda descripción, pero tiene una relación muy grande con la conquista del Perú. Visitar Trujillo es resucitar personajes, hechos y fechas. Fue la cuna de Francisco, Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, de Martín Pizarro, asimismo captor de Atahualpa, del capitán Diego Pizarro de Carvajal, muerto en el Ande por los indios, y cuna ancestral del cronista Pedro Pizarro, que aunque toledano, era oriundo de Trujillo y «de los buenos Pizarros de Extremadura».

En Trujillo nació Francisco Pizarro en 1478 y con él nació también la leyenda porcina. Identificamos la casa natal en la calle de Tintoreros, en el arrabal de San Miguel. Igualmente la morada de su abuelo paterno Hernando Alonso Pizarro, la cual estaba cerca de la iglesia de Santa María la Mayor, sepulcro de Diego Hernández Pizarro, el pariente mayor de todos los Pizarro trujillanos, su genearca y tata-radeudo. En Trujillo, lo creemos, Francisco Pizarro guardó los cerdos de su padre y de Trujillo, es muy factible, escapó a Sevilla cuando tales puercos se murieron. A Trujillo volvió Francisco Pizarro en 1529, partiendo de allí con sus hermanos pa-

rientes y amigos a la conquista perulera. El monumento ecuestre, junto a la iglesia de San Martín, perpetúa al personaje y a su gesta.

Pizarro, empero, no está solo. Porque Francisco Pizarro, con su deudo Hernán Cortés conforman el binomio famoso, lo mejor de los conquistadores de Indias. Cortés fue culto y renacentista, Pizarro inculto y medieval, pero al aquilatarse las virtudes —valor, lealtad, perseverancia, honestidad, amor a la tierra ganada y defensa de la misma— el Conquistador del Perú resulta superior al conquistador de México. Sobre esto habría bastante que decir, será en otra ocasión, Dios mediante.

En Trujillo hay dos sitios, finalmente que recuerdan el mestizaje peruano. Uno está en la iglesia de San Francisco y es la tumba de Hernando Pizarro y de su esposa y sobrina Francisca Pizarro Yupanqui; el otro, en el Palacio de la Conquista, muestra los cuatro rostros inconfundibles unidos por la sangre hispano-andina: Hernando Pizarro, Francisca Pizarro Yupanqui, Francisco Pizarro e Inés Huaylas Ñusta. Ambos lugares, la tumba bipersonal y las efigies de los cuatro bustos, bastan para señalar el mestizaje que aludimos.

La Zarza, hoy Conquista, es un lugarejo rural cerca de Trujillo, en el camino al monasterio guadalupano. Fue primero propiedad de los Vargas y luego de Gonzalo Pizarro, *El Largo* o *El Tuerto*. En este lugar —con casa fuerte, torre exenta y capilla— tuvo sus dares y tomares el último de los nombrados con una molinera llamada María Alonso, nombre muy común en Extremadura. Resultado de estos devaneos fueron dos bastardos, también célebres en la Conquista del Perú: Juan y Gonzalo, vale decir, Juan Pizarro, muerto en el cerco del Cusco en 1536, y Gonzalo Pizarro, *El Gran Gonzalo*, ajusticiado luego de la batalla de Jaquijahuana. Ambos nacieron en la Zarza, donde moraba su madre, mas no por eso dejan de ser trujillanos.

Finalmente, está el monasterio de Guadalupe, situado en el camino de Trujillo a Talavera de la Reina. El monasterio es lugar notorio en la historia de España y ha sido visitado por Colón, el Gran Capitán, Miguel de Cervantes y Juan de Austria, entre otros. El templo es grandioso, su sacristía igual, el convento hermosísimo, sobre todo su Claustro Mudéjar, centrado por el templete de ojivas, y el Claustro Gó-

tico que exhibe piedras caladas. El recuerdo que nos brinda no es primordial, pero evocamos que aquí salió no solo la devoción a la Virgen de Guadalupe mexicana, sino también a la Virgen de Guadalupe del Perú, imagen que llevó el conquistador Francisco Pérez de Lezcano y que dio origen a un fervor, a un pueblo costeño y a un templo norperuano con resabios góticos.

Nos alejamos del país extremeño. Nos despedimos con tres críticas monumentales. Hablamos de acciones y de omisiones. Los pecados son errores que se deben enmendar: el monumento a Hernando de Soto en Barcarrota, quien en realidad nació en Jerez de Badajoz; y el de Pedro de Valdivia en Villanueva de la Serena, quien vino al mundo en Castuera. Ambos son pecados de acción pero también existe el pecado de omisión: falta un monumento a Francisco de Orellana, el descubridor del Río Grande de las Amazonas.

Mis viajes por España me mostraron una realidad extraña. Algo que yo desconocía y que tampoco lo había sospechado: la secuela de su guerra civil. Había contentos y descontentos, sin embargo, todos estaban de acuerdo en que se requería paz y orden. Un orden que matara el caos y distrajera el sufrimiento. Porque sufrimiento había, hasta donde pude ver, el dolor perduraba. Los lisiados pedían limosna y enseñaban sus cicatrices, en los tranvías había asientos para los mutilados de guerra, muchas mujeres seguían vestidas de luto por sus padres, maridos e hijos. España, desde otra óptica, estaba atrasada, pobre. En todas partes reinaba la austeridad, por no decir la miseria. La bonanza todavía no se daba, se estaba haciendo esperar. Se hablaba poco de política, siempre en voz baja. Los desfiles militares eran frecuentes, pero el armamento misérrimo, obsoleto. La gente andaba con la ropa parchada y los zapatos rotos, los más pobres calzaban alpargatas viejas. Muchos usaban boina, fabricaban sus propios cigarrillos. En el campo comían pan con aceite de oliva, en las ciudades casi no había restaurantes. Los hoteles eran pocos, se contaban con los dedos de la mano. En los trenes, cuando se pasaba por determinados sitios, se recordaban las batallas, los fusilamientos, las fosas comunes. Nadie osaba protestar. Solo los falangistas desfilaban victoriosos y los niños —los Flechillas— se preparaban para

ingresar a la Falange. Días grises esos de la post guerra española. Ganaron unos y perdieron otros, más todos cometieron atrocidades. No hubo buenos ni mejores. Las guerras internacionales son crueles, pero más crueles son las nacionales. La guerra civil es la guerra entre hermanos, por eso es guerra más despiadada y sangrienta. La guerra en sí es una maldición, pero la guerra civil es una maldición doble.

Marruecos

Después de conocer Castilla y Extremadura tierra de cristianos, me aventuré a visitar Marruecos, tierra de moros. El viaje a Marruecos, significó mi especial contacto con el mundo musulmán.

Hice el viaje en compañía de Pedro Rodríguez Crespo, mi compatriota y condiscípulo, y nos fue bastante bien. Fue un cambio cultural notable. Viajamos desde Sevilla, pernoctamos en Algeciras y zarpamos al siguiente día en el *Virgen de África*, pasamos junto al peñón de Gibraltar y desembarcamos en Ceuta. Estábamos en otro continente.

Ceuta —donde llegamos el 6 de julio de 1954— era una ciudad moderna, tenía grandes edificios y una doble vista al mar. Era hermoso el monumento a los Caídos en la Guerra de Marruecos (1859-1860). Ceuta poseía largas avenidas, se veía progreso. Como era de esperar, por todas partes había moros y moras, ellos con fez o turbante, ellas con velo en el rostro; los niños llevaban la cabeza rapada, evitando así la presencia de parásitos. Alguna vez entramos a unos servicios higiénicos públicos. Advertimos que los urinarios eran muy bajos. Entonces descubrimos que los moros miccionaban en cuclillas.

En un ómnibus destartado pasamos a Tetuán. Su nombre español era Tetuán de las Victorias. Hay allí varios cuarteles y muchas oficinas de la Legión Española, tropa rígida y estricta solo comparable a la Legión Extranjera de los franceses. Es

digno de verse en Tetuán el Palacio Real, residencia del Jalifa, pero lo verdaderamente típico era el barrio moro, extenso y lleno de actividad: calles estrechas, retorcidas y cubiertas de enramadas, escalinatas, arquerías, puertas bajas y pocas ventanas. Abundaban las tiendas de una sola habitación con el vendedor sentado en cojines o echado sobre el mostrador en espera de clientes. En otros locales estaban los sastres, sentados también sobre cojines y trabajando incansables, y los zapateros y chapineros, confeccionando babuchas o elaborando sandalias. Las mujeres no vendían, solo compraban. Llevaban cubierta la cara con el velo pero se podían ver sus facciones tatuadas. Las campesinas llevaban sombreros de paja y alrededor de sus caderas una rueda de madera, bajo sus vestidos, que les pendía de los hombros y les daba apariencia de carpas.

Interesante era el oficiar de los barberos, cortando el cabello o haciendo las barbas, mientras por la calle deambulaban los aguateros con odres llenos de agua que, para darla de beber a sus clientes, los hacían arrodillar. Había herrerías y fraguas, establecimientos donde solo se expendían comidas, vendedores de pescado frito, también de fruta seca. Novedad fue para nosotros un local donde se alquilaban pipas al uso árabe para fumar. Era un sistema complicado pero tenía muchos adictos.

Los moros vestían *shilabas*, atuendo amplio que, por medio de la transpiración, propiciaba la refrigeración del desierto. Las mujeres urbanas, siempre con velo facial, vestían albornoz y evitaban mostrar el cabello.

A modo de cafeterías había establecimientos donde servían infusiones aromáticas, por lo que el olor a hierba buena era general. En algunos de estos sitios había música y bayaderas. En las puertas exteriores de ellos estaban los mendigos en espera de limosna: ciegos recitadores o cojos desaliñados. Animales se veían poco. De vez en cuando pasaban asnos enjalmados con un cargamento de ollas de barro cocido.

En este barrio moro, lleno de pintoresquismo y color, nos sorprendió la noche. Se encendieron candelillas y lámparas de aceite. En el cielo había una media luna

impresionante. Bajo su luz blanquecina, al no haber tanto calor, salían los moros ricos a pasear seguidos por sus cuatro esposas permitidas por la ley coránica.

Esa noche mi amigo y yo cenamos por tres pesetas. Comimos pescado frito, escogiéndolo de una ruma de metro y medio de alto colocada en el centro de un patio. A modo de postre se nos dio dátiles secos, peras verdes y ciruelas ácidas. En tal ambiente eran frecuentes los gritos y la confusión, asimismo las riñas. Tuvimos que irnos de donde cenábamos porque se encendió una grande y los comensales comenzaron a lanzarse los banquillos por la cabeza. Nos marchamos para evitar complicaciones, pero hubiéramos querido presenciar el final.

Nos despertamos el miércoles 7 de julio dispuestos a tramitar el salvoconducto para poder visitar Tánger. Nos señalaron un cuartel para obtener el documento. Preguntamos al centinela, un soldado marroquí que nada nos entendió pero nos indicó que ingresáramos. Una vez adentro, en una oficina con mobiliario indispensable, nos recibió un capitán, un sargento y un cabo, españoles los tres. El recibimiento fue frío, duro, crispado.

—¿Quiénes sois vosotros?—. Dimos nuestros nombres.

—¿Nacionalidad?— Peruanos.

—¿Procedencia?— Sevilla.

—¿Cuándo llegaron a Ceuta?— Ayer.

El capitán entonces, prorrumpiendo en improperios, nos increpó:

—¡Y cómo habiendo llegado el día 6 recién se presentan hoy, que ya es 7!

Respondimos que habíamos estado paseando y conociendo Tetuán y esto terminó de exasperarlo. Estalló el capitán y el sargento hubo de calmarlo, porque estaba rojo de ira. Aun así continuó el interrogatorio.

—¿Edad?— Tantos años.

—¿Peso?— Tantos kilos.

—¿Talla?— Un metro y...

Entonces fue que todos se miraron entre sí, porque mi amigo era extremadamente bajo y no podían entender los tres uniformados cómo había sido aceptado

por la oficina de reclutamiento en Sevilla. El capitán, entonces en el colmo de la ira, espetó furioso:

—¿Qué escogéis; infantería, caballería o artillería?

Recién entonces nos dimos cuenta del error. No estábamos tramitando el salvoconducto a Tánger sino inscribiéndonos en la Legión Española.

Aclarado el caso, que hizo a todos mucha gracia, nos acompañaron amables hasta la puerta del cuartel, encaminándonos, ahora sí correctamente, al edificio del salvoconducto.

Visitamos Tánger el 8 y el 9 de julio. Era una gran ciudad moderna bajo tres banderas: la española, la francesa y la marroquí. Pero, pese a todo lo moderno, el barrio moro era lo que más me interesaba.

Lo visitamos calmadamente. Tenía pequeñas tiendas donde expendían víveres, telas, herramientas y unos abanicos en forma de banderuelas rígidas. Había muchos fumaderos con pipas de agua y en alguna plazuela apartada estaban unas mujeres negras, gordas, sentadas sobre rumas de pan: los panes se calentaban o mantenían calientes por medio de este curioso sistema térmico.

Vimos locales donde al son de música suave actuaban bailarinas de pantalones bombachos; en algún momento también bailaban hombres solos, retorciendo los brazos y haciendo esguinces con el cuerpo. Creí descubrir el origen del baile varonil andaluz.

En la calle muchos moros andaban cogidos de la mano, otros lo hacían enganchando los meñiques. Todos gesticulaban al hablar, ninguno parlaba en voz baja. Recordamos que los árabes habían dado pie a la palabra alharaca y también a la voz algarabía.

En Tánger vimos el palacio gubernamental, asimismo conocimos el cementerio israelita. En todo el país hay tres fiestas semanales: los mahometanos guardan el viernes, los hebreos el sábado y los cristianos el domingo. En los días restantes todos se abocan a trabajar. Las calles llevan los nombres en español, francés, y árabe. Abundaban los cambistas, los vendedores de abanicos y plumeros, de tallas de madera de tribus africanas, y otras rarezas por el estilo.

Trabajaban muy bien el cuero, que lucía dorado y policromado. También hacían alfombrillas o tapices de oración.

Esa noche nos acostamos rendidos por el cansancio. Habíamos caminado todo el día. Pero en la madrugada del 9, a eso de las tres, nos despertó música y gritería. Nos asomamos a la ventana alta y vimos una multitud procesional. Precedía a todos un hombre llevando atadas con cordeles muchas cabras, luego venían los músicos, finalmente un palanquín con tules y cortinas transparentes y dentro de él una muchacha sentada. Era una novia que, precedida por la dote caprina, era conducida por parientes y amigos a la casa del esposo. Pasada la ruidosa procesión la calle tornó a su habitual silencio.

El sábado 10 visitamos Shaguen, un pueblo de la serranía. Su barrio moro surgió bullente y sugestivo. Lo encontramos pintoresco. Estaba en la falda de un cerro, poseía casas rústicas de color celeste y blanco, calles empedradas y acequias que corrían por su centro. Nos detuvimos a ver una escuela, casi al aire libre, con el profesor y sus alumnos. Todos estaban sentados en el suelo, aprendían de memoria y en voz alta versículos del Corán. Con frecuencia el dómine se entretenía repartiendo, con una vara, golpes entre los olvidadizos.

En la plaza estaba una mezquita grande y muchos fieles acudían a rezar. Dejaban las babuchas y sandalias en el atrio, entraban y oraban postrándose en el suelo o sentados se movían hacia adelante y atrás. Mucho mérito tenían los soldados de la guardia jalifal, pues para orar debían quitarse las botas negras que les llegaban a los muslos, desabrochando veinte hebillas por cada bota. En otros momentos salía al minarete el almuedano y recitaba a voces los versículos coránicos. Evidentemente era una fe distinta a la cristiana. Entre los mahometanos su credo parece una mezcla de dogma, oración, rito y costumbre.

De repente apareció un viejo santón y nos pidió dinero de limosna. Como fingimos no entenderlo llamó a un intérprete, pero como también nos hicimos los lerdos, la emprendió a bastonazos con el faraute culpándolo por su inoperancia.

En Shaguen comimos los brochantes marroquíes. Eran pequeños trozos de res

atravesados en varillas y puestos al fuego. Olían a carne asada, se les comía caliente, humeantes, y se les echaba una salsa que hacía recordar el ají. Nunca supimos su nombre árabe, pero podían ser el origen de los anticuchos nuestros.

La cara de los moros era de variado color. Los había de tez blanca, sonrosada, y de ojos verdes: eran los bereberes; y de rostros oscuros por traer sangre senegalesa o nigeriana. En promedio eran hombres de color trigueño y ojos marrones, todos más bajos que altos, más flacos que gruesos, más barbados que lampiños. Usaban turbante o fez, los más jóvenes un gorriño sin ala ni adornos. Las mujeres campesinas, además de la gran rueda circundante, usaban sombrero de paja, pantalones bombachos y babuchas de color, gustando de anillos, pulsera y brazaletes. Ellos y ellas sobre todo ellas, mostraban algún pudor respecto al cabello. También daban la espalda cuando los turistas los requerían para tomar fotografías. Para sorpresa nuestra no había camellos ni dromedarios, tampoco caballos, a lo sumo asnos enjalmados y escasos mulos.

En Shaguen hubo algo que nos impresionó. Un muchacho de unos catorce años se aproximó «galopando» sobre sus cuatro extremidades, con babuchas. Nos alcanzó y levantando su curvado y crecido cuello, siguió galopando junto a nosotros. Para mejor pedir la limosna se puso la babucha de la mano derecha en la boca, aferrándola con los dientes, mientras extendía su diestra liberada, impetrando caridad. Esta vez, sin titubear, le dimos varias pesetas. Se trataba de un enfermo de dolencia milenaria. Esa enfermedad había dado origen a la leyenda de los artabatitas.

Seguimos por el barrio moro entre tiendas de artículos de cuero, objetos de metal, cántaros de barro, almohadones y cojines, incluso de armas blancas. Hacía muchísimo calor. En la gran fuente de la plaza bebimos agua fresca. Era tan fresca que parecía provenir de una nevera. Luego de seguir vagando por calles y plazas decidimos regresar. Volvimos a Tetuán caído ya el sol.

El domingo 11 de julio, por la mañana, salimos para Ceuta y esa misma tarde en el *Virgen de África*, nos embarcamos para Algeciras. Lo que sigue es letra de otro

cantar, pero el bagaje que llevábamos era rico y en mucho nuevo. A mí, particularmente, el mundo árabe me abrió los ojos para comprender muchas cosas del Perú. Me ayudó a conocer uno de los orígenes de la sociedad virreinal: los moriscos. Hoy se sabe, pasaron en cantidad apreciable. Lo hicieron como esclavos pero también como hombres libres, con nombres cristianos y apellidos andaluces. A ellos se debió entre otros aportes, el mudejarismo de los siglos XVI y XVII, los muxarabíes o balcones de cajón, los ajimeces, los artesonados y viguerías, las cúpulas de lacería, los azulejos y yeserías, los estrados de salón, las alfombras y tapices, los sahumerios y pebeteros, los dulces almendrados y las tejas, los hojaldres, los mazapanes. Acaso también los anticuchos y, en mucho, el cebiche por su limón ceutí. ❧

XI

La vocación definida

El retorno al Perú

El 8 de febrero de 1955 abandoné Sevilla. Partí en ferrocarril a Madrid y estuve en la capital española varios días. Fui mucho a la Biblioteca Nacional para completar datos y llenar vacíos de mi trabajo. El 14 partí a Barcelona, vía Zaragoza, y en el camino se fue perdiendo el idioma español por predominio del catalán. En lo sucesivo me aboqué a conocer Barcelona.

Barcelona es la segunda ciudad de España y, según los catalanes, la primera. La tradición dice que la fundó Amílcar Barca, la historia añade que Ataulfo la hizo su sede y que Ludovico Pío la rescató de los musulmanes.

Mis gustos arcaizantes me encaminaron al Barrio Gótico. Comencé por la Catedral, debida a Ramón Berenguer I y a su esposa Almodís de la Marca, Condes de Barcelona. La Catedral es muy alta y hermosa, destacando en su exterior las Puertas de la Piedad, de San Ivo y de Santa Lucía, la última de estilo románico. Dentro del templo están los sepulcros de Santa Olaya, la Patrona de la ciudad, y de San Raimundo de Peñafort. Predominan los arcos de ojiva pero también los hay de medio punto. El protector guerrero de Barcelona es el mítico San Jorge, siempre jinete en corcel brioso y alanceando un dragón diabolizado.

Otras construcciones ojivales eran el Ayuntamiento, la Diputación y las Atarazanas; las iglesias de La Merced y de

Nuestra Señora de los Reyes; y los claustros monacales de San Pablo del Campo y de Pedralbes.

Saliendo del arte ojivo encontré el dieciochesco Palacio de la Virreina, construido por el Virrey del Perú Manuel de Amat y Junyent para su joven esposa catalana. Es edificio afrancesado, con elementos rococó e influencias neoclásicas. Posee tres pisos, perdonando el entresuelo, y lo corona una balaustrada rica en perillones y maceteros. La fachada es de granito, geometrizable, pero pese a su intención de ser severa tiene algo de graciosa.

De la ciudad moderna guardo el recuerdo de la Plaza Cataluña —vasta, elegante, enorme— y de las Ramblas —anchas, alegres, floridas—, pero prevalece el del inconcluso templo de la Sagrada Familia, obra del célebre Antonio Gaudí. Sus torres me recordaron mazorcas de maíz.

El tornaviaje no se hizo esperar y Barcelona se perdió en el horizonte. Zarpado en el *Marco Polo* el 21 de febrero, el 22 pasamos entre Ibiza y Formentera, el 23 vencimos el estrecho de Gibraltar y el 24 entramos en el Atlántico. Tocamos en Santa Cruz de Tenerife, archipiélago de Canarias, y el 5 de marzo anclamos en La Guaira, el 6 fondeamos en Curazao, el 7 en Cartagena de Indias y el 9 cruzamos el Canal de Panamá. El 10 estuvimos en Buenaventura y el 12 en la isla de la Puná, el 13 vimos Talara de noche y el 14, también de noche, aportamos al Callao. Los viajeros chalacos, jóvenes en su mayoría, cantaron aquello de: «Callao, oh querida tierra mía...» para terminar estallando en los tres clásicos chimpunes: «¡Chim pún: Callao... Chim pún: Callao... Chim pún: Callao...!» Recuerdo que cerré mis ojos, los abrí luego, y me encontré en mi tierra. Estaba otra vez en el Perú.

Esa noche, todavía en el puerto, abracé a mis progenitores que habían acudido a recibirme. Mi padre, como siempre, fue parco, solo me dijo: «Hijo, bienvenido», al tiempo que me estrechaba en sus brazos; mi madre fue más parca todavía, no me dijo nada, pero lloró en mi hombro como las madres suelen hacerlo cuando recuperan al hijo ausente. Mi tierra, mis padres, también varios amigos, confieso que me sentí feliz.

Esa misma noche, mientras viajábamos a casa, confesé a mis padres que estaba decidido a dejar mis estudios de Derecho. No les gustó la noticia, pero me comprendieron. Les dije que de ser abogado sería mal abogado y por ende pobre y descontento. Mi padre solo me dijo: «Tú sabrás lo que haces, es tu vida». Mi madre, una vez más no dijo nada, pero me miró comprensiva. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

El Diccionario de Conquistadores

Viajé a España con una idea fija y regresé a mi país con la misma obsesión en la cabeza: el *Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú*.

Quería recoger en esta obra a todos los buscadores, descubridores, conquistadores y pacificadores peruleros. Ya referí como en 1953 consulté su posibilidad a determinadas personas y —unas interesadamente, otras desinteresadamente— me contestaron que no era posible, que era una investigación muy grande, que demandaba mucho tiempo, que yo no estaba preparado para efectuarla. Entonces fue que viajé a España con el propósito de investigar al Virrey Conde de Nieva.

La verdad es que vuelto a Lima seguía con mi idea: había visto posible el *Diccionario*. El trabajo me estaba esperando en el Archivo de Indias. Por eso fue que gestioné con la Universidad Católica mi segundo viaje a España. Me ayudaron a lograrlo el Rector Fidel Tubino Mongilardi, el padre José Dammert Bellido y el doctor José Agustín de la Puente.

El *Diccionario* no era un proyecto pasajero, ligero ni improvisado. Nació en mí cuando conocí y utilicé el *Diccionario Histórico Biográfico del Perú* del General Manuel de Mendiburu. Me pareció una obra excepcional, utilísima, dadivosa en verdades que de otro modo se hubieran perdido. Confieso que quise hacer una obra similar, pero solo de los conquistadores peruleros. Mis fuentes serían los documentos, las crónicas y algunos autores modernos. Constaría de varios tomos, no podía calcular



2 de noviembre de 1955. De izquierda a derecha: Arturo Vidal, Pedro Rodríguez, Raúl Zamalloa, Armando Zubizarreta, José Antonio del Busto, Enrique Carrión y Alberto Varillas.



27 de diciembre de 1957. Festejando en un chifa el grado de Doctor en Historia y Geografía. De izquierda a derecha: Camilo Carrillo, Carlos Deustua, Enrique Carrión, Luis Jaime Cisneros, José Antonio del Busto, Pedro Rodríguez, Carlos Blas y Onorio Ferrero.

cuántos. Mi intención estaba clara. Sabía lo que quería. La obra era posible, necesaria, útil. Mendiburu fue mi inspirador.

El *Diccionario* recogería las vidas de los descubridores, conquistadores y pacificadores; no tendrían cabida en él los que no fueran tales. Estaban excluidos los clérigos y frailes, los comerciantes y marinos, aunque hubieran intervenido en hechos de armas. De este modo la selección resultaba más exacta: solo soldados, fuera cual fuese su calidad, actuación o importancia. ¿Por qué hice esta selección? No lo sé. Pero desde un comienzo fue así, ni hubo titubeos ni concesiones. La única excepción, en el caso de los clérigos, sería el Presidente Pedro de la Gasca, por haber sido Capitán General y concurrido a la batalla de Jaquijahuana.

En el Archivo indiano, en la Sección Patronato, desde el 12 de mayo de 1958 investigué exhaustivamente los legajos, sus números y ramos. De este modo, en largos y duros meses (12 de mayo de 1958 a 18 de mayo de 1959) logré hacerme conocedor de las informaciones o probanzas de servicios pertinentes, completando sus noticias con las Secciones audienciales de Lima y Charcas, Panamá y Quito, y en las Secciones de Justicia, Escribanía, de Cámara, Contaduría e Indiferente General. Hecho esto, ya podía hablar de cualquier conquistador, por ínfima que hubiera sido su hoja de servicios.

Investigué solo, sin la ayuda o colaboración de nadie. Llegué así a llenar veinte voluminosos cuadernos. La lucha no era tanto contra los documentos ni su letra difícil, sino sobre todo contra el tiempo. Investigué mañana y tarde, de nueve a una y de tres a seis. Esperaba en la puerta que abrieran el Archivo y solo me marchaba cuando era hora de cerrar. A casi nadie dije que estaba investigando el *Diccionario*. Solo unos pocos estaban en el secreto, entre ellos el doctor Guillermo Lohmann Villena, que trabajaba en la Embajada del Perú en Madrid y se daba mensuales escapadas para investigar en Sevilla.

Premunido de mi preciosa carga retorné al Perú. Partí de Sevilla el 19 de mayo de 1959 y zarpé de Barcelona a fines de ese mes. En el Perú ya tenía destino: me esperaba el cargo de Conservador del Archivo del Instituto Riva-Agüero (1959-1960).

Mi nueva vida

Mi nueva vida fue la del historiador. Investigaba, redactaba y dictaba. Siempre investigué, pese a que no era lo único que hacía; siempre redacté, sobre todo en las noches de insomnio, y siempre dicté clases. Esto último, subrayo, fue lo que más tiempo demandó. Me gustaba dictar clase, pero hubiera preferido que estas fueran menos y en lugares más concentrados.

Dedicado al siglo XVI peruano, me especialicé en la Conquista. No fue fácil dedicarme a la Conquista. Encontré mucha incompreensión, ignorancia y prejuicios. La Conquista, hasta entonces, había acaparado tendenciosas interpretaciones. Su historia estaba politizada. Se la identificaba con el hispanismo, la raza blanca, la riqueza mal ganada, la explotación y el gamonalismo, la política de derecha, la corrupción y el desorden. El Incanato, por el contrario, era el paraíso miltoniano, la Dichosa Edad Dorada, la panacea universal. Todos habían leído los *Comentarios Reales* de Garcilaso y aplaudían utopías como las de Tomás Moro y Tomás de Campanella. La política izquierdista pretendía capitalizar el asunto y casi decía que los Incas habían sido perfectos, su gobierno un modelo, sus guerras justificadas y su actuar equitativo. De todo esto surgió un Indigenismo ciego y desinformado, corriente tan errónea como el Hispanismo soberbio y falaz. Indudablemente existía un caos. Hispanistas e Indigenistas no tenían la razón plena. Propugnaban una historia doble o mutilada, antagónica y nociva. Por otro lado la educación escolar era muy pobre, la enseñanza universitaria estaba ideologizada, y los profesores de ambos sectores mal preparados, improvisados, divididos. La historia, apreciada de este modo, resultaba sensiblera, falsa y sin objetivo propio. Era una historia bifronte. Ningún bando admitía críticas.

En este panorama de error e incompreensión, de ceguera y fanatismo, de fervores y anatemas, me decidí por la Conquista. Quería hacer una historia objetiva, ceñida a la realidad, que asumiera y entendiera el XVI peruano con frialdad científica. La responsabilidad de lo que le ocurría al Perú era de nosotros los peruanos,

no de los Incas ni de los Reyes de España. Yo quería escribir una historia accesible a todos los peruanos. No éramos los vencedores ni los vencidos, éramos los descendientes de los vencidos y de los vencedores. Deberíamos aceptarnos sin culpar a nadie. Aquí no había tirios ni troyanos. Pero existía una situación anómala: el Perú estaba enfermo. La medicina no era el indigenismo ni el hispanismo. El secreto estribaba en asumir lo ocurrido. La solución era leer, investigar, comprender y escribir. Despolitizar el pasado y hacer una interpretación peruana: una historia unitaria y sin conflicto.

La tarea no fue fácil. Para los indigenistas era yo un hispanista y para los hispanistas un indigenista. Me importó poco; me eché el alma a la espalda y empecé a caminar. ☞

XII

El historiador

La investigación

Investigar fue mi pasión intelectual. Me daba conocimiento, seguridad, satisfacción, motivo para seguir avanzando. Porque investigar no era otra cosa que ir de lo conocido a lo desconocido con la ayuda de un método científico. Eso era todo... o casi todo.

La investigación debía ser posible y útil, tener título y esquema, saber dónde empezaba y dónde debería terminar. Eran también requisitos imprescindibles la unidad y la continuidad, el proceso lógico sencillo y las conclusiones sensatas. Premunida de todo esto la investigación era valiosa.

Investigué desde temprano. Paleógrafo autodidacta a los trece o catorce años, la investigación histórica se me dio con facilidad. Entonces escolar de secundaria, no sabía que investigaba, pero investigaba. Sentía fruición por lo indagado, lo sistematizaba, hacía gala de sentido común. Luego me deleitaba con lo hecho, pero siempre lo hecho era susceptible de mejora.

Así entré a la universidad. Cuando puse el pie en ella sabía leer documentos antiguos, establecer una escala de valores, perseguir objetivamente a la verdad. Sin embargo, aún estaba muy inmaduro. Tenía mucho que aprender.

Fue en la Facultad de Letras, con las monografías, y sobre todo en el Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero,

donde perfeccioné mi búsqueda científica. Entendí la seriedad y responsabilidad de la investigación y comencé a tener verdadera crítica histórica. No era cuestión solo de inquirir. Había una escuela de aprendizaje para hacerlo de acuerdo a la verdad, el orden y el sentido común. El final valioso lo alcanzaban las conclusiones. Estas deberían ser coherentes, honestas, pertinentes. Estaban prohibidas las conclusiones tendenciosas o fanáticas.

Los requisitos para una buena investigación eran varios: soledad exterior, soledad interior, tiempo disponible, lectura necesaria, leer para pensar, releer para profundizar, imparcialidad, espíritu crítico, elevación moral, reflexión continua, valorar los pensamientos propios, buscar la originalidad, cultivar la intuición y tener una visión general del trabajo.

Los defectos, a su vez, no eran pocos: la ignorancia de la cuestión, el método equivocado, la ausencia de esquema previo, la escasez bibliográfica, la falta de jerarquía en las fuentes, el avanzar con prejuicios, la falta de interrelación, pecar de genérico en un tópico específico y utilizar el «yo» pudiendo usar el «nosotros». Se añadían el estilo pobre, la ausencia de notas al pie de página y el apremio debido al tiempo.

La investigación, finalmente, podía tener dos caminos: el inductivo, ir de lo particular a lo general, y el deductivo, ir de lo general a lo particular. No se debían utilizar ambos métodos simultáneamente.

A estas alturas me agradó mucho la frase de Julio César Tello referida a los investigadores. Decía el sabio: «La investigación es función, casi siempre, de las inteligencias comunes, pero bien equilibradas, y de los caracteres enérgicos que, en cualquier momento, pueden adaptarse y vencer los obstáculos, las resistencias y prejuicios del medio en que actúan». La frase, en sí, me sigue pareciendo un acierto.

La investigación es el segundo objetivo de la universidad. El primero es enseñar, el segundo investigar. Pienso que debe exigirse a cada profesor publicar un libro cada cinco años. No como coautor y menos integrando un equipo. Esto podrá ser aparte. Se le pide que sea el autor único de la obra. También debe escribir un

artículo cada año para una revista científica. Respecto a los estudiantes, sus becas en el extranjero deben estar condicionadas a la elaboración de una tesis factible de convertirse en libro. No es honesto que los profesores dicten y los alumnos viajen sin que lleguen a escribir un libro. Los libros deben ganar méritos a los profesores. No debe premiarse por igual a un profesor que publica libros que al que no publica ninguno. El saber intelectual debe medirse y perpetuarse en los libros. Se trata de calidad, no de cantidad. Y no se olvide que todo libro debe superar el centenar de páginas; menos páginas es un folleto o un artículo.

A propósito de mis investigaciones debo hacer una aclaración. No gusté de los autores modernos, preferí los antiguos. Fue el caso de los cronistas. Nunca les creí a fardo cerrado, pero me encendía interpretarlos. Descubrir cuánto de verdad había en lo que vieron, oyeron o creyeron entender. Su importancia era muy grande. Sin cronistas no había Imperio de los Incas ni época de la Conquista. El Tahuantinsuyo era sin ellos como Tiahuanaco o Huari: Imperios sin historia. La Conquista, a su vez, sería un hecho realizado pero no explicado ni cabalmente conocido. La crítica histórica tenía su propio lugar. Por eso, cuando se puso de moda desechar a los cronistas, me dediqué a ellos. Leyéndolos, investigándolos, interpretándolos, descubrí otra realidad. Era un mundo riquísimo. Me hice versado en cronística. Entonces fue que se me acercaron algunos alumnos, incluso de la Universidad de San Marcos, y me pidieron les hablara de las crónicas y de los cronistas. No los saciaba el consultar solo visitas focalizadas o comparar producciones económicas. El Tahuantinsuyo era bastante más. Las visitas eran cuantitativas, las crónicas cualitativas, las visitas eran regionales, las crónicas, generales. Aún así, cada cronista merecía una interpretación. No había un cronista con valor absoluto, tampoco había dos crónicas de igual contenido. Los cronistas, al escribir, habían tenido motivaciones distintas. Y eso, precisamente, era lo que los hacía más valiosos e interesantes, una fuente de verdad histórica. Pero cualquiera no podía comprender a los cronistas. No era cuestión de leerlos, el acierto era saber leerlos, conocerlos, entenderlos, interpretarlos. Y para todo esto se requería dominar el lenguaje español del siglo XVI.

La redacción

También tuve que aprender a redactar. Redactar es escribir conforme a la gramática y gramática es el arte de hablar y escribir correctamente un idioma cualquiera.

No era todo saber leer y escribir. La escritura debería tener unidad, correlación, claridad, precisión, énfasis, amenidad y estilo propio.

Era recomendable escribir frases cortas, utilizar con frecuencia el punto seguido y los otros signos de puntuación. El ideal era emplear la menor cantidad de palabras con la mayor cantidad de conceptos. Era necesario prescindir de todo estilo informal, forzado o muy ligero, evitar el tono coloquial o familiar, metafórico o subjetivo. Otras recomendaciones eran: no usar palabras dudosas, equívocas o ambivalentes; evitar los aumentativos, diminutivos despectivos y superlativos. Lo farragoso era enemigo de la claridad. La buena redacción debía ser una invitación a proseguir la lectura, a terminarla. Nunca se debería escribir para halagar. La adulación estaba prohibida. También la satanización y el aplauso inmerecido. La clave era la ecuanimidad.

Con estas pautas comencé a redactar más cumplidamente. Quería tener las cualidades de todos los buenos escritores, pero sin seguir servilmente a ninguno. El estilo debería ser propio, mío. La independencia era hermana de la originalidad. La originalidad, a su vez, debería ser humilde.

Estos fueron los consejos que me dieron cuando comencé a escribir o las experiencias que pude recoger a lo largo del camino.

Por todo ello, cuando escribo pienso que estoy hablando, dictando clase o dando una charla ante un público interesado en el tema. Quiero ser útil, saber comunicar, dar lo que tengo y que alguien se beneficie con ello. Nunca escribo por escribir, como tampoco hablo por hablar. Es mejor callar y quedar satisfecho, que escribir y sentirse arrepentido. Lo hablado se lo puede llevar el viento, pero lo escrito se perenniza en el papel. Los muros caen, pero los papeles quedan.

Creo que la clave para aprender a redactar es, en primer lugar, leer. Eso multiplica el léxico, enriquece el vocabulario, pero también familiariza con el lenguaje

escrito y su puntuación. En principio (y este es un mal consejo) se debe escribir como se habla, pero después (y este es un buen consejo) superar el lenguaje familiar o coloquial y buscar el lenguaje cuidado, universitario, académico. La práctica de escribir algo, diariamente, es imprescindible al hombre joven. Aprender a redactar más tarde es algo que el hombre maduro o viejo ya no puede hacer.

La exposición oral

Llamarla oratoria es mucho, llamarla plática es poco. Nos referimos a la exposición oral empleada en el salón de clase o en la sala de conferencias.

Pronto me percaté que para ser docente debía hablar y ser entendido. Tenía que ser buen comunicador. Mis necesidades me llevaron entonces a pronunciar lo mejor posible, a vocalizar en forma clara y constante, a cultivar la prosodia sin exageración. Además, había un ritmo, el ritmo que requería el alumno y el oyente para tomar apuntes.

Valiosa resultaba para todo esto la puntuación. La frecuencia de los puntos seguidos y la rotundidad del punto final jugaban papel muy importante. Nunca el tono debía ser monocorde, por el contrario, era recomendable dominar las inflexiones de voz.

El docente, en ocasiones, podía alcanzar una palabra nueva, pero no abusar de ella. El vocabulario debería ser más escogido que el habla común. Las frases debían ser alturas, no demasiado fáciles ni dificultosas. La pedagogía era el arte de hacer fácil lo difícil. La mímica no estaba mal, siempre y cuando fuera mesurada, en caso contrario se incurría en el ridículo. Se imponía el coraje oratorio. Decir las cosas como se tenían que decir. Serenamente, con seguridad, nunca dejar flotando la duda. No contaba el número de oyentes. Podían ser muchos o pocos. Lo importante era mantenerlos atentos, interesados, con curiosidad.

Era básico el esquema. Se ajustaba a la preparación previa. Equivalía a lo que se tenía que decir y no más. En la exposición oral no había sitio para improvisaciones, se debían evitar las desviaciones. Era importantísimo saber terminar la charla. Hacerlo en el momento debido y con la frase adecuada. Luego, era de buen gusto, escuchar y responder preguntas.

Hablar es fácil, comunicar resulta más difícil, convencer es lo óptimo. El expositor que teme a su público, fracasa. Se trata de saber, dar y convencer. El expositor, para conseguirlo, debe ser claro, objetivo y breve.

El expositor joven es osado, el adulto valiente y el viejo seguro. Puede estar equivocado, pero es seguro. Decepcionante es la indecisión. Es mejor decir dudo, que querer dorar la píldora para quedar bien con todos. Repulsivo es el expositor acomodaticio, el que se somete a la moda, el que es adulador. No hablo del que miente, porque ese es un farsante abominable.

El expositor, más aun si es historiador, transige solo con la verdad. Su vida es la búsqueda de la certeza. El pasado no se puede manosear. Hay que tomarlo con respeto, con unción. No se puede ser ligero al exponer ni al escribir, tampoco generalizador, improvisador, efectista o vendedor de sensacionalismos. Puede cometerse errores, es lícito, pero no se puede prostituir la verdad, es ilícito. Puede invocarse la duda pero tampoco dar rienda suelta a la imaginación. Existe la hipótesis científica, nunca se debe dar como un axioma. El expositor honesto, ante un caso hipotético, puede añadir: esto es posible, esto es probable, esto me parece, esto creo yo.

Censurable es también el expositor tendencioso. No dice abiertamente lo que piensa pero quiere influir en los demás. Todos tenemos alguna ideología, pero no vivimos inyectándola. No puedo obligar a los demás a que crean o piensen como yo. Por eso el oyente debe ser crítico, no subcrítico. ☞

XIII

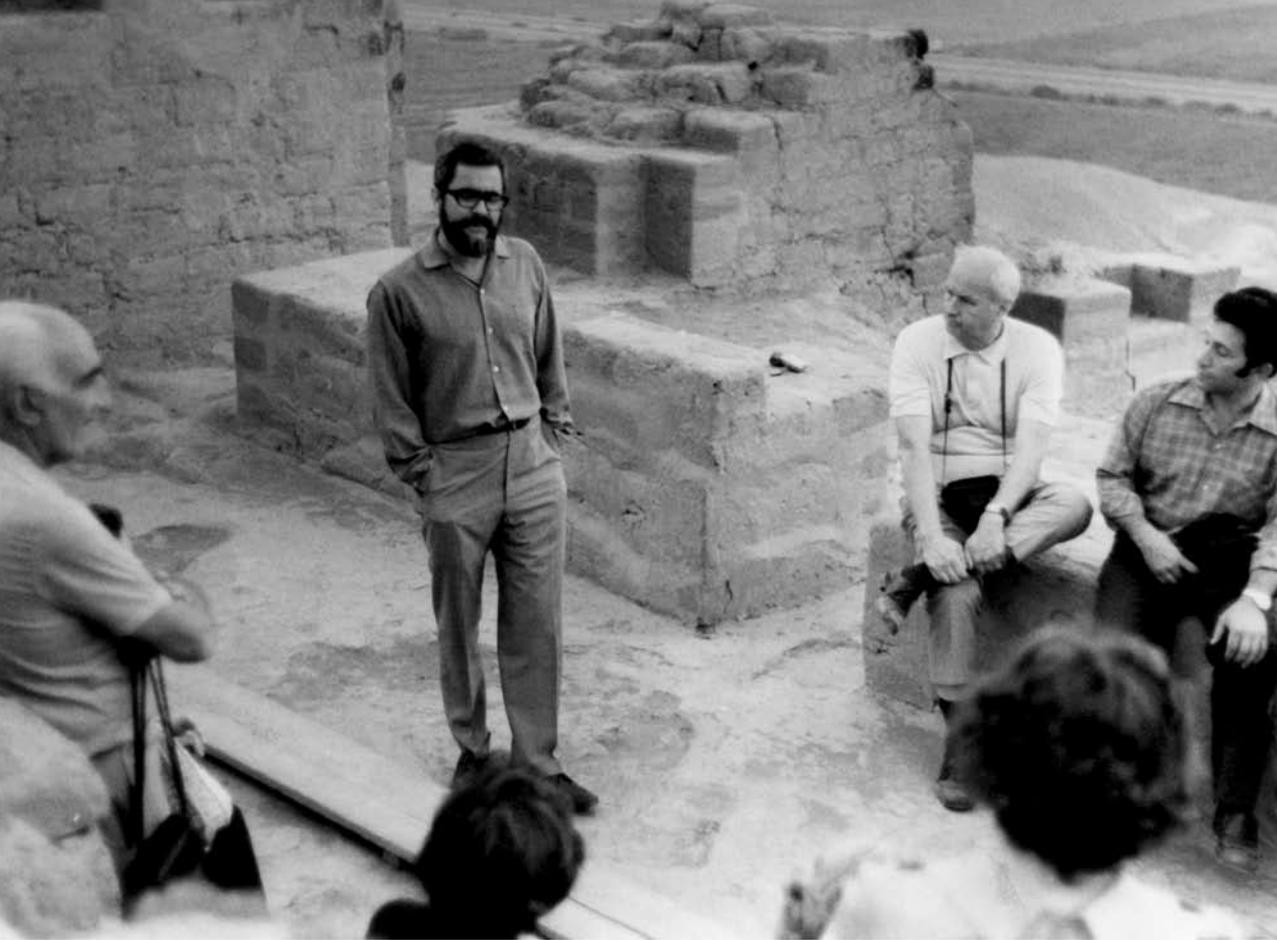
La docencia universitaria

El profesor

Algunos me han llamado y siguen llamando Maestro. Generoso error. Nunca lo he sido. Para ser Maestro se requiere tener discípulos y yo no dejo ninguno. Solo soy profesor. Eso sí, he tenido más de cinco mil alumnos y están por todo el Perú. También los he encontrado en lugares inesperados: Nueva Zelanda, Japón, Cabo Verde.

Comencé como profesor de educación secundaria con los jesuitas de Lima, en el Colegio de la Inmaculada, el año 1953. Me llevó allí el padre Felipe E. Mac Gregor, mi catedrático de Lógica. Comencé enseñando a 200 alumnos, entre Primero y Segundo de Media, repartidos en cinco secciones. Me fue bien.

Continué como profesor de educación técnica en el Politécnico José Pardo de la capital (1956) y luego en el Centro Industrial Canadá, en Bellavista, Callao (1956 y 1957). Siguió corriendo el tiempo y, gracias a mi experiencia universitaria dicté en la Escuela Militar de Chorrillos (1963-1968), en la Escuela de Aviación de Las Palmas (1969-1970) y en la Escuela Naval de La Punta (1995), así como en la Escuela de Marina Mercante Miguel Grau del Callao (1971 y 1972). Dicté asimismo en el Seminario de Santo Toribio (1957) y en las Escuelas Normales de La Cantuta, en Chosica y de San Pedro, en Monterrico (1962 y 1963). Todo este tiempo, repito,



Con alumnos argentinos.



1972. En la Escuela Naval.

enseñé en la docencia universitaria de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Me inicié como Instructor del doctor Luis Jaime Cisneros Vizquerra —futuro Director de la Academia Peruana de la Lengua— en el curso del Preseminario, en 1955, y desde 1956 como Auxiliar del doctor Raúl Porrás Barrenechea en la Cátedra de Historia del Perú I, en la que le sucedí, la misma que todavía conservo. En otros momentos enseñé en la Universidad Femenina (1962-1965), en la Universidad de Lima (1973-1991) y en la Universidad de Piura (1975-2004).

Como cultor de la Historia, desde un comienzo logré la autenticidad. No me envanece decirlo. La Educación Secundaria me alcanzó la simplicidad, la Educación Técnica la claridad, y la Educación Superior la idea de enseñar únicamente lo que podía ser útil. Los Institutos Armados me inculcaron la parquedad y la necesidad del esquema, y los Institutos Pedagógicos el deseo de formar cuadros docentes. Siempre pensé que los profesores deberían ser serenos, didácticos, amenos y formativos pero, por encima de todo, veraces. Estaban prohibidos de mentir, improvisar, callar dolosamente o hacer proselitismo. El país los necesitaba honestos.

Me cuidé de ir aseado y correctamente vestido. No elegante pero sí con terno y corbata. Nota oscura en mi vestuario fue la corbata negra. La usé siempre. Nadie me ha conocido con corbata de otro color. Negra, común, lisa, sin brillo, sin relieves ni dibujos, la llevo hace más de seis décadas. Obedece a un extraño motivo. Como a nadie le interesa ni hay preguntas al respecto, nos seguiremos de largo sin darnos por aludidos.

Como profesor fui más querido que odiado, pero más temido que amado. Nunca fui popular. Conocido, sí, reconocido, también, pero ídolo jamás. Mi amor a la soledad me hacía un tanto ajeno a la consecución de amigos, de seguidores y de admiradores. Además, tenía fama de rigorista. Me buscaban y encontraban los que me necesitaban. A todos los servía y trataba bien. Me lo agradecían mucho los humildes y los provincianos aún desadaptados a la capital. También los limeños, por ser yo criollo como ellos, pero en segundo lugar. Aun así, seguía siendo rigorista y eso me alejaba de la popularidad. No era, por

cierto, el profesor amable, paciente, receptor de todos los problemas juveniles. A muchos alumnos les decía: lucha, contraataca, aprende a defenderte, porque nadie va a luchar por ti. No me gustaba mimar. Aconsejar sí, mimar, no. Mi postura era clara. No deseaba alumnos pasivos ni quejumbrosos. Quería sacar hombres de combate.

Comenzaba mi primera clase a las 8:15 de la mañana y la terminaba a las 9. Durante todo este tiempo no ingresaba nadie al salón. En su interior estaba prohibido comer, beber, fumar o hablar. Decían que era un Kaiser, pero la disciplina era la base del orden en mi aula. Si algún alumno salía, ya no podía regresar. Si alguien regresaba era para traerme una orden del Decano. Los alumnos me entendieron. No tuve problemas de disciplina con ellos. Así fue desde mi primer hasta mi último dictado de clase. Nunca me abandonó la noción de autoridad: el profesor era yo.



Marzo de 2000. Letras de la PUCP.

La clase

Una clase mía duraba 45 minutos. Los tres primeros eran para resumir la anterior, los tres últimos para anunciar y preparar la siguiente. Los 39 minutos restantes constituían el grueso de la exposición. No es que fuera exactamente así, pero este era el plan de una clase, aproximadamente.

Cada clase la preparaba con anticipación. Si ya la había dictado, la repasaba. Debía estar siempre actualizada, esto es, con los conocimientos últimos.

La clase tenía un esquema. Su desarrollo lo debería de guardar. En muy pocos casos la clase era interrumpida con preguntas; éstas se podían hacer al final, pero la ocasión, la oportunidad, era la que primaba. Si se podían contestar se hacía allí mismo. De no ser posible se prometía traer la solución en la siguiente clase.

La clase se dictaba para todos los alumnos, pero también pensando en los muy críticos, los recelosos y en los incrédulos. Había alumnos que pensaban exactamente

lo contrario a lo que opinaba el profesor. Importaba poco. Lo mejor era ofrecer las dos versiones antagónicas y al final decir: esto pienso.

La clase debía ser coherente desde el principio hasta el fin. La unidad de su contenido era como la columna dorsal a un vertebrado. Cada clase debería tener cuatro características: directa u objetiva, concisa o medular, amena o grata y lúcida o ceñida a la claridad. Se tenía que evitar todo lo negativo y, particularmente, cuidar el mensaje. Atrás quedaban las inseguridades, muletillas y repeticiones, mímicas exageradas y actuaciones estelares. El profesor debía darse todo, pero no dar nada de más. El lenguaje académico no debía incurrir en subjetivismos.

En las clases el profesor se ratifica o rectifica. El alumno debe de enterarse y confiar. Sabe que el profesor, piense lo que piense, está diciéndolo de buena fe, honestamente. No debe haber mensaje subliminal.

La clase de Historia estaba ligada al Perú pero no a la política peruana. Hacer política en clase era, en mi opinión, despreciable. El alumno terminaba subvalorando lo escuchado, se convertía en hiper crítico y terminaba desdeñando al profesor. Tuve la suerte de no pertenecer a ningún partido político y ello abonó la credibilidad hacia mí, pero aunque hubiera estado inscrito en uno de ellos no habría hecho política en clase. Estoy seguro de esto.

Después de medio siglo de docencia universitaria puedo sacar mi propia conclusión. Gracias a la preparación de las clases y a las preguntas de mis alumnos, aprendí mucho. Mejor aún, muchísimo. Por eso de cada curso que dicté produje, por lo general, un libro. Y es que reunía tanto y tan buen material para dictar mis clases, que al final me apenaba terminara sepultado en mi archivo profesional. Por eso siempre digo que mis libros, en mucho, los he debido a mis alumnos.

Ya que hemos hablado de las clases, quiero recordar aquí a mis Profesores Auxiliares. Fueron pocos, no han pasado de tres: Jorge Rosales Aguirre, Joseph Dager Alva y Eduardo Torres Arancivia.

Jorge Rosales, Doctor en Historia, fue catedrático en la Universidad de Lima y es Catedrático Principal en la Universidad de Piura. Colaboró en la Biblioteca Hom-

bres del Perú, donde escribió una biografía de José Gabriel Túpac Amaru. Posteriormente compartimos la Cátedra de Historia del Perú en la Universidad de Piura, donde yo era Profesor Visitante, y fue mi brazo derecho en la dirección de la *Historia de Piura*, libro que hicieron nuestros exalumnos. Es Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia y del Instituto de Estudios Histórico Marítimos. Amigo leal y honesto, lo recuerdo con aprecio. En la Universidad Católica fue, varios años, mi Auxiliar en la Cátedra de Preseminario.

Joseph Dager Alva, Licenciado en Historia, fue Auxiliar en la Cátedra de Historia del Perú I en la Universidad Católica, donde me reemplazó en mis viajes y enfermedades. Más adelante fue Secretario Académico en el Instituto Riva-Agüero cuando fui Director de esa Escuela de Altos Estudios, recibiendo de él una ayuda excepcional. Es autor —con Carlos Pardo Figueroa— del libro *El Virrey Amat y su tiempo*.

Eduardo Torres Arancivia, finalmente, es el más joven de todos. También es Licenciado en Historia y en varias ocasiones fue mi Auxiliar en la Cátedra de Historia del Perú en épocas que tuve que ausentarme del país. Lector e investigador acucioso, es autor del libro *Corte de Virreyes: el entorno del poder en el Perú del siglo XVII*.

Estos tres Profesores Auxiliares fueron alumnos míos en la Universidad Católica y me alegra conservar su amistad. Aprovecho estas líneas para agradecerles sus oportunos y eficaces servicios, también su lealtad.

Los frutos bibliográficos

Aceptado como historiador especializado en el siglo XVI peruano, aparte de la Pontificia Universidad Católica fui profesor de Historia del Perú I en la Universidad Femenina del Sagrado Corazón, en la Universidad de Lima y como Profesor Visitante en la Universidad de Piura. Siempre le saqué provecho a mis clases, las convertía en libros. En la Universidad de Lima investigué y publiqué *La tierra y la*

sangre de Francisco Pizarro y para la Universidad de Piura los *Fundadores de ciudades en el Perú (Siglo XVI)*.

Sin embargo, el grueso de mis libros pertenece a la Universidad Católica. Allí, para la Cátedra de Preseminario o Propedéutica, escribí *La tesis universitaria* (que alcanzó seis ediciones); para la Cátedra de Historia Virreinal publiqué posteriormente Los Virreyes del Perú; para la Cátedra de Historia de los descubrimientos geográficos la *Historia de los descubrimientos geográficos (Siglos V-XV)*; y para la de Descubrimiento y Conquista, los libros *La Conquista del Perú* (cinco ediciones) y la *Pacificación del Perú* (cuatro ediciones), *La huerte perulera* y *Los Trece de la Fama*. Finalmente mi Cátedra de Historia del Perú I resultó la más fructífera. En ella investigué y publiqué el *Perú Pre Incaico* (ocho ediciones), el *Perú Incaico* (ocho ediciones), *Los Hijos del Sol*, *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador* (cuatro ediciones), *José Gabriel Túpac Amaru antes de su rebelión* y la *Breve historia de los negros del Perú*.

Porque ocasionalmente tuve que dictar la Cátedra de Historia del Arte Peruano, investigué dos libros que, aunque concluidos, todavía están inéditos: *Apuntes sobre el arte en el Perú virreinal* y *Reseña cronológica del arte virreinal peruano*.

Los restantes libros no nacieron de cátedras universitarias, sino que fueron escritos a pedido de instituciones y casas editoriales.

Todos estos libros los investigué con mucho placer. Cada uno significó un hito en mi vida intelectual. En la elaboración de todos conté siempre con la ayuda de mi esposa quien, silente y paciente, permitía que yo siguiera dedicado a la investigación o veladamente apartaba de mi escritorio a mis menores hijas para que no me incomodaran o distrajeran. Mucho le agradezco su comportamiento y su comprensión. Precisamente de ella, mi esposa, es de quién a continuación me ocupo. ☞

XIV

El matrimonio

Prolegómenos

Siempre pensé en casarme, nunca en morir soltero. El ejemplo de mi casa —mis padres, matrimonio feliz— pesaba mucho en mí. En realidad, casarme no era difícil, acertar con mi cónyuge, sí.

Lo cierto es que me había propuesto no enamorarme tempranamente. Prefería las aventuras fugaces, incluso libertinas. Fue la etapa traviesa de mi vida. Quería realizarme como historiador y ello me llevó, consciente y voluntariamente, por ese camino aislacionista. Deseaba viajar a España, investigar mi *Diccionario*, ser Catedrático titular en la Universidad Católica. Evité enamorarme y lo logré.

No me faltaban amistades femeninas, pero una cosa es compartir aprecio y otra administrar amor. Tampoco, valgan verdades, era yo una tentación para las mujeres. Mi porvenir económico era sombrío. Incluso yo pensaba que mi tumba dijera un día: «Como buen historiador, jamás hizo fortuna, pero, en cambio, vivió y murió feliz». Fácil es de suponer que cualquier mujer no se avenía a este epitafio.

En efecto, no daba yo señales de alcanzar éxito económico. Más aun, me importaba poco el dinero, solo lo necesario. Me acostumbé a vivir sobriamente, sin frivolidades ni dispendios. También a gastar poco y, en más de un caso, a no

gastar. Mi amigo Carlos Deustua Pimentel se reía mucho de mí diciendo que yo tenía el rigor del soldado, la austeridad del fraile y la paciencia del historiador. Y al decir esto acentuaba la peculiaridad frailuna. En el fondo me halagaba la broma, viniendo de él no me hacía sentir mal.

A los 25 años ya tenía dos viajes a España, mi *Diccionario* investigado y mi plaza de Catedrático titular. Así cumplí los 27 y entonces sucedió lo que ya podía ocurrir.



Marzo de 1960. Día en el que se publicó la lista de ingresantes. Con el doctor Onorio Ferrero y las ingresantes a la PUCP: Nella Piaggio, Malena de Monzarz, Antonieta Krüger, Lida Piaggio y Teresa Guérin.

Teresa

Teresa es el gran hito afectivo de mi vida.

La vi por primera vez en febrero de 1960. Fue en el viejo patio de la Universidad Católica, en la Plaza Francia, cuando los exámenes de ingreso. La vi y me gustó. Ella no se percató de que la miraba. La aprecié alta, delgada, de tez sonrosada y cabello castaño oscuro. Se intuía que había practicado deportes. Tiene los ojos ligeramente verdes. Su mirada es suave, acaso dulce, de todos modos serena sin dejar de ser enérgica. Es la mirada que la acompaña toda su vida y la que me sigue gustando. Era guapa, muchos decían que bonita. Yo callaba mañosamente como si no tuviera opinión.

A los exámenes escritos siguió el examen oral. La mesa estaba presidida por el doctor Mario Alzamora Valdez e integrada por el padre Gerardo Alarco Larrabure, la doctora Isabel Reyes Carrillo, el doctor Jorge Olaechea Iglesias y yo. Se voceó su nombre, ingresó a la sala, tomó asiento y extrajo de una bolsa, a tientas, una balota. Contestó a todas las preguntas, aprobó por unanimidad.

Allí me enteré de pormenores a través de su expediente. Era peruana nacida en el extranjero, hija de padre peruano y madre chilena. Nació el 13 de setiembre de 1943 en Santiago de Chile. Su padre era de vieja familia limeña; se llamaba Teófilo Alberto Guérin Villarreal. Su madre, de origen alemán, se nombraba Clara von Bischoffshausen Matthei y su familia, a su vez, era antigua en Osorno. Él era cató-

lico, ella luterana, su matrimonio fue católico y se realizó en la iglesia santiaguina de San Ramón el 17 de setiembre de 1941. Teresa Guérin von Bischoffshausen se había bautizado en la parroquial capitalina de la Asunción el 2 de mayo de 1944 y llegado al Perú cuando tenía dos años de edad. Cursó toda su instrucción escolar en el Colegio de Santa Úrsula, de las monjas ursulinas, en San Isidro, y se presentaba a la universidad a seguir la especialidad de Letras y Educación.

En lo sucesivo fue mi alumna en los cursos de Historia del Perú I y de Preseminario. Mi acercamiento a ella fue discreto y disimulado. Pese a todo, algunas personas —sus amigas— empezaron a maliciar mi interés. El 8 de octubre, en un baile en casa de Armida Brescia Brescia, le expresé mi deseo de que fuera mi enamorada; me contestó afirmativamente el 3 de noviembre. Los cánones de la época exigían este interregno. La noticia corrió pronto entre los estudiantes. La promoción de Teresa, a partir de entonces, me recibió como si yo fuera integrante de la misma.

Nos casamos el 4 de marzo de 1963, a las nueve de la mañana, en la iglesia de San Felipe de Orrantia. Uno de los testigos sacramentales fue el doctor Víctor Andrés Belaunde, mi antiguo jefe en el Instituto Riva-Agüero. Nos casamos un lunes y solo asistieron nuestros padres y parientes próximos, algunos amigos y pocos colegas. Ese mismo día mi suegro ofreció un almuerzo en el Country Club. El viaje de bodas fue a Arequipa, Puno y Cusco.

Teresa es inteligente y culta. Le gusta lo desconocido, la atraen los enigmas cósmicos y la preocupa el futuro de la humanidad. También tiene inquietud social. Terminó exitosamente su carrera universitaria y obtuvo el grado de Licenciada en Educación con especialidad en Lengua y Literatura, el 25 de setiembre de 1980. Fue primero profesora de Secundaria y luego catedrática en la Universidad de Lima y Universidad del Sagrado Corazón, dictando en las Facultades de Estudios Generales. Durante cinco años consecutivos fue Directora del Colegio de Santa Úrsula, su plantel educacional (1980-1986). Posteriormente fundó en Miraflores el Centro de Educación Inicial Kinderland (1986), de notorio prestigio hasta hoy. Es



20 de mayo de 1961, bailando en una fiesta de la universidad.

Psicoterapeuta en la especialidad de Flores de Bach y Terapeuta en Programación Neuro Lingüística, con grado de Master. Actualmente está dedicada a la agricultura orgánica y dirige un pequeño fundo en el valle de Pachacamac —Suyarina Huasi— donde es feliz aplicando sus principios agropecuarios y estudiando sus productos seleccionados.

Teresa siempre tuvo noción clara del ahorro e inversión, lo que nos permitió a nosotros como familia —por mis ingresos y los suyos— vivir con cierta holgura; y a mí, en especial, me dejó el tiempo necesario para dedicarme totalmente a mi vocación.

Haciendo un recuento final, mi matrimonio fue un acierto. No significó la felicidad absoluta, porque eso no es humano, pero sí un acierto vivencial. Tanto, que si tuviera que volver a casarme, lo haría nuevamente con Teresa. Llevamos más de cuarenta años juntos y continuamos convencidos por el camino de la vida. Sin caer en lirismos ni cursilerías fuimos felices hasta donde lo hemos podido ser. Ella es genérica, yo específico, pero unidos por principios invariables nos hemos realizado plenamente.

Para mí Teresa es la musa de mis libros, el agua de mi sed, el remanso existencial. Hoy el amor persiste transformado en cariño y la paz en gratitud. La comprensión nos sigue uniendo, la escala de valores no ha variado: todo se hizo y hace por el bien de los dos y de la prole. Unidos en las buenas y en las malas, en holguras y estrecheces, en salud y enfermedad, seguimos juntos hasta que la muerte nos separe. Todo hace pensar que yo moriré primero. Pero si por esos avatares sorpresivos muriese ella antes, en su tumba no solo enterraré su cuerpo, sino también mi corazón.

Las hijas

De nuestro matrimonio nacieron cuatro hijas: Rosa María, Luisa Teresa, Ana Gabriela y Laura Sofía.



27 de febrero de 1963, matrimonio civil en la Municipalidad de Miraflores.



4 de marzo de 1963, matrimonio religioso en la Iglesia de San Felipe Apóstol.

Rosa María vio la luz el 12 de diciembre de 1963 en la clínica Hogar de la Madre, en Miraflores, donde también nacerían todas sus hermanas. Se bautizó en la iglesia Matriz de Miraflores el 9 de enero del año siguiente y le derramó el agua el sacerdote vicentino Javier del Olmo. Se le puso el nombre por Santa Rosa de Lima. Estudió en el Colegio de Santa Úrsula de San Isidro y en la ESEP Middendorf, donde se recibió de Educadora a través del Arte. Posteriormente ingresó a la Pontificia Universidad Católica y allí se graduó de Psicóloga Clínica. Casó en la iglesia parroquial de San José de Miraflores el 24 de setiembre de 1999 con Eric Fetzer Morelli, hijo del doctor Enrique Fetzer Pino, natural de Arequipa, y de Amelia Morelli Castillo, natural de Barranco. Tienen una hija: Erika Fetzer del Busto, nacida en Miraflores y bautizada en la citada parroquial de San José el 24 de noviembre del mismo año.

Luisa Teresa nació el 27 de febrero de 1966. Se bautizó en la iglesia Matriz de Miraflores el 24 de marzo del mismo año por mano del mencionado sacerdote vicentino y estudió en el Colegio de Santa Úrsula y en el Colegio Johann Heinrich Pestalozzi, de Miraflores. Actualmente es profesora de lengua alemana y también trabaja en el jardín de la infancia Kinderland. Se llamó Luisa por Luisa de la Torre, la Beata de Humay, tía nuestra por el lado de mi madre, línea de los Vásquez de Uceda, apellido De la Torre. Casó en Barranco, en la parroquia de la Santísima Cruz, el 29 de febrero de 1991, con Emilio Serra Luna, hijo de Cesare Serra Triberti, genovés, y de Bertha Luna Cárdenas, cusqueña. Los casó monseñor Salvador Piñeiro, futuro Obispo Auxiliar de Lima y Obispo Castrense del Perú. Del referido enlace procedieron dos hijos mellizos: Domenico y Stefano Serra del Busto, peruanos nacidos en el extranjero por razón del trabajo de sus padres. Nacieron en Santiago de Chile y se bautizaron en Miraflores, Lima, en el mismo templo y fecha que su prima Erika.

Ana Gabriela nació el 9 de diciembre de 1970. Se llamó así por la Beata Sor Ana de los Ángeles Monteagudo. Su bautizo se llevó a cabo en la parroquial de Nuestra Señora del Carmen, barrio de San Antonio, en Miraflores, oficiando de ministro el carmelitano fray Miguel La Fay. Fue el 20 del mentado mes de diciembre. Estudió

en el Colegio de Santa Úrsula y es Psicóloga Clínica por la Pontificia Universidad Católica. Actualmente es Directora del Centro de Educación Inicial Kinderland y Profesora en la Universidad Católica. Casó en la parroquia del Santísimo Salvador de Pachacamac, valle de Lurín, el 25 de junio del 2005, con Leandro Herrera Agudelo, natural de Bogotá, Colombia, hijo de Arispo Herrera Peña, bogotano, y de María Julia Agudelo González, nacida en La Dorada, Caldas. Los casó el clérigo Ernesto Rojas Ingunza. De este matrimonio nació en San Isidro Florianita Lucía Herrera del Busto, que se bautizó el 22 de abril del 2006 en la iglesia parroquial de la Santísima Cruz de Barranco.

Laura Sofía, finalmente, nació el 28 de febrero de 1977 y fue bautizada en la parroquial de Nuestra Señora del Carmen el 24 de julio de ese año como Laura Sofía Martina Enriqueta, el tercer nombre por San Martín de Porras, cerrando así la nómina peruana del Santoral Romano. Concurrió a los Colegios de Santa Úrsula y Waldorf, siguiendo estudios superiores en la Universidad Católica, donde se graduó de actriz. Es Licenciada en Educación por la Universidad Educare de Santiago de Chile y Asistente del curso de Música en la citada Universidad Católica del Perú. Es la única soltera.

Mis cuatro hijas son docentes como Teresa y yo, y dos de ellas docentes universitarias. Sanas, inteligentes, de arregladas costumbres, todas son muy trabajadoras. Nunca nos dieron un disgusto grande, sí múltiples satisfacciones.

Puedo añadir que, aunque con matices diferentes, a mis cuatro hijas las amo mucho y a todas por igual. No tengo hija predilecta, ellas lo saben. A todas las quise y quiero como para que ninguna se sienta postpuesta o preferida. Fue algo que me propuse cuando nacieron y, además, lo conseguí. ☺



Con Rosa María de 6 meses y Teresa.



1982. Con Laura en San Antonio.



Teresa, Luisa, Rosa María y José Antonio antes del viaje a la Polinesia.



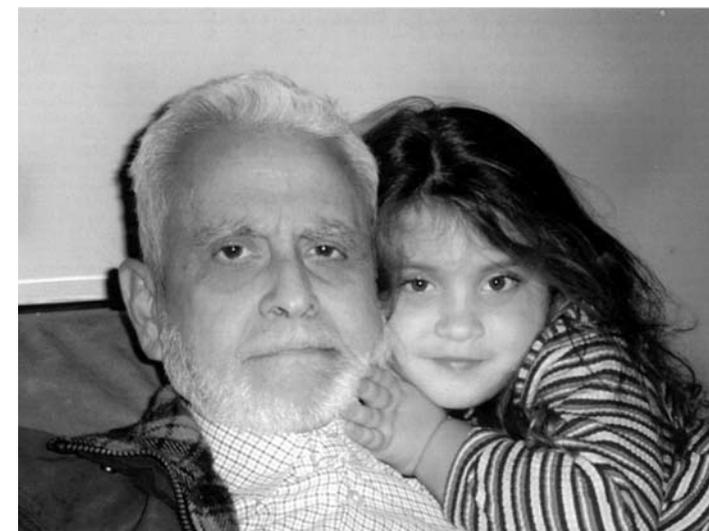
Con Laura y sus compañeros de colegio en Pachacamac.



Laura, Anabela, Rosa María, Teresa, José Antonio y Luisa.



2001. Con sus nietos mellizos Stefano y Domenico Serra del Busto.



Con su nieta Erika, hija de Rosa María.

XV

El Instituto Nacional de Cultura

La pobreza de recursos

Porque mis investigaciones me habían hecho publicar algunos libros y tenía fama de cumplido profesor universitario, el Presidente Fernando Belaunde Terry me mandó llamar. Asistí al Palacio de Gobierno un día de febrero de 1983 por la mañana, y el Mandatario me recibió en su despacho. Fue muy amable conmigo. Yo lo conocía desde años atrás y había conversado con él —antes de ser nuevamente Presidente— de modo que me hizo algún recuerdo de las pasadas entrevistas y luego inició una plática muy directa. Me dijo, sin recurrir a preámbulos: «Doctor del Busto, hay un cargo que está vacante y sería mi deseo que lo aceptara. Creo que lo sabría desempeñar. Tiene usted la aceptación de muchos y la oposición de nadie. Se trata de la Dirección del Instituto Nacional de Cultura».

A decir verdad, algo sabía del asunto, pues no había faltado alguien que me había informado del propósito presidencial, pero ahora, expresado por el propio Señor Presidente, el asunto cobraba otro matiz. Le respondí: «Considero un honor, pero sepa usted que nunca he incursionado en política, ésta sería la primera vez; yo no pertenezco a ningún partido, tengo un modo de pensar bastante independiente, y si acepto sería como cumplir con mi servicio militar. Lo haría por mi país».

El Presidente, sin inmutarse, me respondió encogiéndose de hombros: No queremos más, no lo llamamos por ser político o para que se haga político; usted siempre ha sido apolítico, independiente, y lo seguirá siendo. Su compromiso sería con el Perú. Solo le pido colaborar con mi gobierno.

Le contesté que, aclarado el panorama, era un honor haber sido llamado y que no tenía ninguna objeción: aceptaba. El Presidente se puso de pie al tiempo que me decía: «Mucho le agradezco su decisión. El Ministro de Educación será el próximo en hablarle; cuente usted con todo mi apoyo para desarrollar su gestión. Eso sí, una cosa le digo: no hay dinero. Usted recibirá el escueto presupuesto del Instituto Nacional de Cultura y no podrá hacer un solo gasto más. Se trata de mantener a la institución en el nivel en el que ahora se encuentra, le ruego que —dentro del ritmo económico que le he propuesto— no haga usted gastos extraordinarios».

Yo que conocía las limitaciones económicas del Instituto, le prometí que así lo haría. Todo seguiría igual y, de ser posible, mejor. Mi labor no sería inversionista, si organizadora, estimuladora y moralizadora. Al Presidente le gustaron mis respuestas, me volvió a estrechar la mano y creí descubrirle un gesto de agradecimiento. Luego fue que nos acercamos charlando a la puerta del despacho y, despidiéndome del Mandatario, abandoné el Palacio de Gobierno.

La riqueza cultural

En contraste con la pobreza de recursos, el Instituto Nacional de Cultura tenía bajo su responsabilidad una gran riqueza cultural: yacimientos arqueológicos, ruinas preincaicas e incaicas, palacios y templos virreinales, edificaciones republicanas de mérito arquitectónico. La Dirección del Instituto no se daba plenamente abasto para atender todo ello, pero se hizo lo que se pudo y todo salió bien.

Como Director conté con la ayuda de tres asesores excelentes: el arquitecto Juan Luis Birimisa Aza, en lo cultural, la doctora Lucía Ayasta, en lo legal, y el doctor Ricardo Zela, en lo económico. Ellos tres fueron el frente poderoso con el que conté para atacar y defender. Dispuse que toda Resolución Directoral que firmaba fuera con previo estudio y visto bueno de ellos. De este modo compartimos la responsabilidad y evitamos errores. Fue una gran medida.

El patrimonio cultural resultaba inmenso. Se trataba de registrarlos, conservarlos, restaurarlos y exhibirlos. Los museos cumplían en mucho con esta cuádruple misión, pero también había entonces que atender a la Biblioteca Nacional, la Escuela de Bellas Artes, la Escuela Nacional de Música, la Escuela de Ballet, el Coro Nacional y la Orquesta Sinfónica. No todo salió de color de rosa, hubo conflictos con el personal, pero di la cara a tiempo y todo se solucionó. Los problemas que subsistieron fueron mínimos. Casi puedo decir que se arreglaron solos.

Como era de esperar, no se pudo hacer mucho por la falta de dinero. Pero todo lo programado se ejecutó. El barco permaneció a flote, no hubo peligro de naufragar. Se cumplieron todos los programas con puntualidad y se enfrentaron los asuntos urgentes. Mas no se pudo hacer nada nuevo. Atrás quedaron mis sueños del Museo Imperial del Cusco, el Museo Mochica-Chimú de Trujillo y el Museo de la Amazonía en Iquitos.

Por causa del cargo mi vida cambió bastante. Ahora tenía muchos compromisos a los que no estaba acostumbrado: inauguraciones, recepciones en las embajadas, discursos improvisados, asistencia a funciones de teatro, actuaciones de Ballet, conciertos de música, recitales de poesía, exposiciones de pintura y escultura, veladas artísticas y folklóricas, reuniones de todo sabor.

Mi gestión abarcó casi dos años, 1983 y 1984. No tuve un problema mayor. Me ayudó mucho el personal pero debo de reconocer que parte de él era inoperante: le faltaba mística, había improvisación, mucha gente mal preparada. Por su lado, la política era más lo que molestaba que lo que le servía al país. Pronto entendieron todos que yo no estaba dispuesto a entretenerme con problemas secundarios y atacé por

lo sano diciendo a cada uno de los quejosos: «¿Usted sabe o no sabe su puesto?» «¿Le gusta su trabajo?» «¿Ha comprobado la utilidad de su labor?» No siempre estaban aptos para contestar rápidamente.

Un descubrimiento mío a estas alturas fue la artesanía peruana. Anteriormente no había reparado mucho en ella, pero desde mi cargo la comencé a valorar. Me pareció óptima. El emblema de estas artesanías pudo serlo el Torito de Pucará, oriundo de Santiago de Pupuja, en Puno. Pero también estaban las iglesuelas de Quinua, los cachimbos de Huamanga, los caballos de Parinacochas, los cántaros de Chulucanas, los espejos de Cajamarca, y, en rubro aparte, la imaginería cusqueña. Las esculturas populares del Cusco eran de factura superior. Los Crucificados de Edilberto Mérida, los Nacimientos de Hilario Mendívil, los muñecos de Maximiliana Palomino, se llevaban la palma. En materia de retablos ayacuchanos, rurales y coloridos, estaban los de Joaquín López Antay. En otros casos eran artesanos anónimos, pero el sello de su identidad seguía siendo imborrable. Igual sucedía con la platería, con la textilera, con la pintura y la escultura, con las máscaras demoníacas y con los mates pirograbados. La artesanía peruana no imita, crea. Por eso resulta, además de bella, original. Sin temor a retractarme, me atrevo a decir que es la más hermosa del continente. Y lo aseguro, porque lo he podido constatar.

Como Director del Instituto tenía mucho trabajo. No quise por ello viajar al extranjero, a exposiciones internacionales a las que estaba oficialmente invitado. Siempre envié a representantes. En el Perú viaje solo al Cusco y a Trujillo, porque había que arreglar situaciones y solucionar problemas. Durante todo este tiempo serví con tres Ministros de Educación: el ingeniero José Benavides Muñoz, el doctor Valentín Paniagua Corazao y el doctor Patricio Ricketts Rey de Castro. Renuncié por no estar de acuerdo con ciertas responsabilidades que, creían, debía aceptar. Lo hice en los mejores términos y siguiendo los formalismos de ley. Agradecí mi cargo al Presidente de la República y me despedí muy amistosamente del Ministro de Educación, el cual me hizo entonces su Asesor. Me es grato añadir que salí de la Dirección del Instituto Nacional de Cultura sin arrastrar ningún proceso judicial.

No lo tuve durante mi gestión ni fuera de ella.

Esta fue la única vez que tuve un cargo político o casi político. No he vuelto a tener otro, pero sí debo recordar que el mismo Presidente Belaunde, en su primer mandato, me nombró asesor en dos oportunidades: Asesor Histórico del Banco Central de Reserva del Perú para la nueva emisión de moneda; y Asesor Histórico y Colaborador del *Atlas Histórico, Geográfico y de Paisajes Peruanos*. Ambas asesorías las cumplí en 1968.

El cargo de Director del Instituto Nacional de Cultura me alcanzó algunas conclusiones. Culturalmente el Perú tenía un horizonte de excepción. México y Perú, para no decir Perú y México, eran históricamente dos grandes centros culturales a escala continental. México en América del Norte y el Perú en América del Sur. Ambos habían sido Imperios históricos: México con el Imperio Azteca y el Perú con el Imperio Quechua (sin contar nosotros Tiahuanaco y Huari, Imperios arqueológicos). Nos seguía Guatemala con sus grandezas mayas que supo compartir con América Central. Pero luego no hubo mucho más, salvo los chibchas. El resto de los cobrizos americanos eran cazadores nómades, horticultores seminómadas o sedentarios incipientes. En momentos post-colombinos México y el Perú fueron los Virreinos máximos del Nuevo Mundo, pero las otras regiones no pasaron de Virreinos secundarios, Capitanías Generales, Comandancias, Corregimientos e Intendencias. México y Perú, además, poseían una riqueza cultural crecida y un arte propio. En muchos aspectos los tiempos modernos o republicanos fueron adversos o poco propicios, pero no en lo creacional, en el espíritu nuevo, en la historia vieja y en la herencia cultural.

La invitación al Japón

Terminada mi gestión como Director del Instituto Nacional de Cultura fui invitado por la Japan Foundation a visitar el Japón. Me preguntaron qué quería conocer, les respondí que templos, castillos, museos y universidades.

Embarcado en Lima en un avión de Aerolíneas Argentinas llegué a Los Angeles y en otro de la Japan Air Line pasé al Japón. Arribé a Tokyo, al aeropuerto de Narita, el lunes 28 de octubre de 1985. Me recibió la intérprete y guía Akiko Esawa, persona muy correcta y conocedora de su oficio. Me alojé en el hotel Kayo Kaikan y esa misma tarde, obedeciendo a mi curiosidad, salí a caminar.

Al día siguiente visité muy temprano el templo shintoísta de Yasukuni Jinja, santuario de los militaristas japoneses, y luego fui a la Japan Foundation donde presenté mis saludos a Motohiro Shitchida, Director Ejecutivo, a quien agradecí la invitación. La institución, como me lo había anunciado en Lima, me hizo entrega de 410.000 yenes para mis gastos mientras permaneciera en el archipiélago nipón. Por la tarde llovió fuerte, pero ello no impidió que fuera al santuario de Meiji y a los jardines que lo precedían, recorriendo luego tiendas de artesanías en las que disfruté mucho.

En algún momento, yendo en automóvil, pasamos delante del Palacio Imperial. Antes que yo preguntara nada la guía me dijo: «Allí vive el Emperador, se llama Hirohito, es un anciano, es un sabio». Creía cortés interesarme por el misterioso personaje y pregunté algo más sobre él. La guía no se inmutó y en actitud confidencial tornó a decirme: «El Emperador vive allí, se llama Hirohito, es un anciano, es un sabio». Comprendí que era un tema tabú, prohibido a los extranjeros, me callé comprensivamente. Esa noche repasé mis apuntes y me documenté algo más. El Emperador había sido un hombre-dios y en parte lo seguía siendo. Descendía de la diosa Amaterasu y tenía prerrogativas divinas. Me enteré de muchas cosas más. Con la presencia cercana del Emperador, comprendí mejor a los Incas históricos, Hijos del Sol. El Emperador del Japón tenía mucho en común con los últimos Hanan Cusco.

El miércoles 30 de octubre, siempre temprano, regresé al santuario Yasukuni Jinja y lo recorrí con mas calma, deteniéndome ante el gigantesco tori y paseando los jardines por caminos de cascajo. Esa tarde fui al Museo Nacional: tenía especial interés en apreciar la cerámica Jomon por su posible relación con el Perú. Me resultó novedosa la división de la historia japonesa: el Período Jomon (3.000 a.C.), el

Periodo Yayoi (300 a.C.), el Periodo Yamato (300 d.C.), el Periodo Asuka (593), el Periodo Nara (710), el Periodo Heian (794), el Periodo Kamakura (1192), el Periodo Muromachi (1338), el Periodo Azuchi-Momoyama (1573), el Periodo Edo (1603) y el Periodo Moderno(1868). Confieso que la división no era fácil de aprender.

Al anoecer fui al santuario budista de Asakusa y ya de noche al teatro Kanze Nohgakudo. Este último me resultó aburrido porque, como todo se desarrollaba en idioma japonés, no entendí nada. Asakusa, en cambio, estuvo más a mi alcance. Era de ambientación popular, un barrio convertido en feria. Allí se vendía de todo en medio de gran bullicio: telas multicolores, herramientas de metal, utensilios de bambú, recipientes de losa, muñecas de madera, espadas de samurai, abanicos de seda, kimonos de todo precio, flores y adornos florales, comidas y bebidas, pequeños vasos con té. A este ambiente profano se sumaba el ambiente religioso. Lo ofrecía el grave santuario búdico, al final del recorrido, con sus estatuas crecidas, candelillas mortecinas, campanillas y cascabeles, actuando como cortina de fondo las preces roncas y monocordes de ocultos rezadores que, imaginé, eran bonzos. La gente entraba y salía en atropellante multitud. Iba a pedir y agradecer. Era gente alegre, activa, entusiasta. En la calle, no en el santuario, un monje predicador ataviado de amarillo gualda, era escuchado por muchos; también conocí una «monja» —gorda, cari-redonda, con la cabeza rapada— que me hablaba con mucho énfasis, nunca supe de qué... Asakusa era exótica, alborotada, llena de calor y vida. Por sobrevenir el crepúsculo comenzaban a encenderse los faroles de papel. Los comerciantes jóvenes estaban enronquecidos, los comerciantes viejos, callados, parsimoniosos, se contentaban con mostrar su mercadería. Una nube de incienso lo envolvía todo, insistentes licoreros me ofrecían pequeños vasos de sake, la bebida espirituosa proveniente del arroz... Asakusa era bella, activa, cautivante. Fue la realidad más bullente que conocí en el Japón.

El jueves 31 fui en ferrocarril a Osaka. El viaje me mostró una faceta peculiar de los pasajeros, faceta a la que no estaba acostumbrado. Viajaban sin zapatos, cumplían con sus ejercicios físicos y tomaban té con fruición, comían en unas cajuelas

de cartón o compraban paquetes de galletas, vendiéndoles todo lo que consumían dos jovencitas que empujaban un carrito por el pasillo y anunciaban su presencia con una voz bajita y gangosa, aguda y muy nasal.

En Osaka me recibió Mitsuko Nara, también intérprete y guía, que sabía su oficio muy bien. Visité el Museo de Etnología y su notable biblioteca, almorcé con el historiador Hiroyasu Tomoeda y conversé con la mexicanista Etsuko Kuroda. El museo era rico en objetos y en la reconstrucción de ambientes. Me detuve a ver de cerca el mundo de los ainos, los primitivos habitantes del Japón, hombres blancos, con pliegue mongólico, grandes bigotes, y que rendían culto al oso. Desplazados por las invasiones posteriores, terminaron confinados en la isla de Hokaido. Los ainos fueron otros a los que se trocó su reinar en vasallaje.

El viernes primero de noviembre estuve en Kyoto. Conocí el Templo de Kiyomizu, advocado a Buda, con una terraza construida sobre 139 columnas de palo. Era obra notable en su género. El edificio, color chocolate y todo de madera, contrastaba con el fondo verde de la montaña. Estuve después en el Museo y fui recibido por su Director Shumpei Ueyama. Luego marché al templo Dorado de Kinkakuji, antaño mansión de shogunes. Hoy se llama el Pabellón de Oro, es deslumbrante, y está frente a un quieto estanque lleno de peces. Distinto era el Templo de Ryoan Ji o Santuario del Dragón de la Tranquilidad con su Jardín de las Quince Rocas. Era un jardín sin plantas hecho en base a piedrezuelas blancas, menudas, peinadas con rastrillo, mientras las rocas eran negras con algo de musgo en su base. Otro jardín similar contemplé en Ginkaku Ji, el Templo de la Plata. Salimos por el Camino de la Filosofía, orillando el Canal de la Vida y la Casa de la Ceremonia del Té nominada Kano Shoju. Ingresé luego al Heian Jingu, templo shintoísta con paredes blancas, columnas rojas y tejados verdes. Era impresionante su tori o gran pórtico ceremonial. Terminé mis visitas en el Templo del Este, con su crecida estatua de Buda entre la Diosa de la Misericordia y la Diosa de la Sabiduría. Al crepúsculo me dirigí al barrio de Panto Cho, a su calle Hana Micoji, a presenciar la llegada de las maiko, nombre que allí les dan a las geishas, a su lugar de trabajo. Llevan el rostro

blanqueado con polvo de arroz, tienen cabellera negra, voluminosa, cuidadísima, y kimono bastante elegante. Caminan con parsimonia debido a sus zapatos grandes y elevados. La gente iba a verlas pasar, ellas no miraban a nadie, caminaban como si estuvieran solas en el mundo.

El sábado 2 de noviembre recorrí Nara, otra antigua capital como lo había sido Kyoto, visitando el Templo de Toda Iji. Su ambiente era verdaderamente sacro: candelillas, golpes de gong, nubes de incienso, añadiéndose el ruido de las monedas de limosna que caen en la gran alcancía de madera y las tres clásicas palmadas de los enfervorizados creyentes. En la tarde conocí Hormu Ji, el templo de madera más antiguo del mundo, advocado a Buda, y el reconstruido castillo de Koriyamajo. Curioso es el mundo religioso de los japoneses. Pueden practicar dos y tres credos al mismo tiempo, incluso rendir culto al dios desconocido. Regresé a Osaka, donde estaba alojado en el piso 15 del Hotel Plaza. Desde mi habitación tenía una visión impresionante de la ciudad, más de noche que de día. Dicen que Osaka tiene tres millones de habitantes.

Hay en el Japón una costumbre que le permite seguir siendo antiguo: su arquitectura renovable. Cada cierto tiempo —estoy hablando de siglos— los edificios se destruyen y se vuelven a construir. Los reconstruyen fielmente, de manera que no hay objeción posterior. Es una costumbre muy vieja en un país donde son frecuentes los sismos. Esto explica también la ligereza de los materiales empleados en las casas comunes: madera y papel, bambú y tejas de arcilla. Por eso los terremotos causan relativamente pocas víctimas y los incendios no dejan huella perdurable.

El domingo fui a Koyasán, la Ciudad Sagrada del Budismo Shingon. En el monasterio de Sojokuin me recibió el bonzo mayor, quien estaba advertido que iría, y me agasajó con té y dulces. Me puso en contacto con el bonzo Ninonishi, Catedrático de Historia Búdica de la Universidad de Koyasán. Éste —ataviado con ropas blancas, túnica negra y zapatos especiales— me llevó a cantidad de templos y templetos, jardines primorosos y patios de ripio. Terminamos en la escuela de bonzos, donde los jóvenes en medio de algarabía y buen humor se divertían con el desorden.

Impresión distinta causaba un monje ya viejo que, sentado en el suelo, inmóvil y callado, miraba al vacío sin reparar en nada de lo que ocurría a su alrededor. Meditaba profundamente, estaba fuera de este mundo, casi a punto de levitar. Pasé junto a él y no se inmutó. Nunca supo que yo existía y menos que allí estaba. Esa noche, vuelto a Osaka, tuve el gusto de cenar con Hidefujii Someda e Hisao Morimoto, que habían sido mis colegas en la Universidad Católica de Lima.

El lunes 4 de noviembre fui primero al castillo de Osaka y por la tarde al castillo de Himeji. El primero mostraba unas piedras colosales en la base de su edificación, deben ser las piedras más grandes en una antigua construcción japonesa; el segundo era una joya de la arquitectura militar. Era todo albo, interiormente de madera, pero tan bien hecho que no se le encontraba objeción. Le decían la Garza Blanca y, para la guerra antigua, resultaba inexpugnable. Mucho me gustó el castillo de Himeji.

Esa noche dormí en Hiroshima, alojado en el piso noveno del Grand Hotel. Al siguiente día estuve en el Museo de la Bomba Atómica, recibíendome su Director Moriaki Kawamura, Presidente de la Fundación de Paz y Cultura de Hiroshima. La ciudad recuerda su trágico pasado, conserva las huellas del bombardeo terrible. Allí están el río, el puente, el Centro de Fomento Industrial sobre el que explotó la bomba genocida y el Monumento a los Caídos en el que se lee: «Perdónennos, no volveremos a repetir el error».

El miércoles 6 estaba ya en Nagasaki, a donde llegué la noche anterior. Subí a la Colina de los 26 Mártires. Nos recibió el jesuita Diego Pacheco, hoy Diego Yuuki, quien nos enseñó el Museo —con sus fases de Predicación, Martirio y Catacumbas—, asimismo la Capilla, y nos llevó finalmente a la iglesia de Oura, donde por 300 años tuvieron su culto secreto los católicos japoneses hasta la segunda mitad del siglo XIX. Es un caso único. Terminamos recorriendo la antigua islilla que antaño albergó a portugueses y holandeses. Hoy ya no es isla, está anexada a tierra firme. Esa tarde fui a Inasayami, mirador sobre un monte, desde el cual se aprecia a toda la ciudad de Nagasaki. Por la noche, desde Nagasaki, regresé en avión a Tokyo.

El jueves 7 dicté dos conferencias: una en la Universidad de Sofía, sobre el Imperio de los Incas, y otra por la tarde en la Embajada del Perú, sobre Francisco Pizarro.

Durante estos días, en el poco tiempo que estuve en el Japón, creí descubrir un segundo tabú. Era sobre el origen continental de los japoneses. Eludían admitir que sus ancestros habían venido de la China y de Corea. Era como si nosotros los peruanos negáramos que nuestros antepasados cobrizos hubieran llegado a través del Ecuador o que los bolivianos creyeran que sus remotos abuelos llegaron a Bolivia sin pasar por el Perú. El mérito indiscutible de los japoneses era haberse realizado —racial y culturalmente— en su archipiélago, pero tampoco estaban allí por generación espontánea. Sin embargo, para los universitarios nipones el problema no era tan sencillo. Preferían no enfrentarlo.

El viernes 8 estuve en el Museo Nacional de Historia, en Sakura, y por la noche cené con Motohiro Shitchida, Director Ejecutivo de la Japan Foundation, el jesuita colombiano Gustavo Andrade, que me había invitado a la Universidad de Sofía, y el Profesor Shozo Masuda, en realidad, el principal gestor de mi viaje al Japón, con quien me había conocido en Lima. La cena fue en el Hotel New Otani, en el barrio de Akasaka.

El sábado 9 de noviembre fue mi último día completo en el País del Sol Naciente. Dicté una conferencia en la Universidad Nacional de Tokyo a los alumnos de Historia que sabían español por seguir Americanística. Esa mañana, al empezar la conferencia, me ocurrió algo anecdótico, hablando de los Incas. Parado ante la pizarra hice un círculo con la tiza y les dije a los alumnos: «El mundo es redondo». Ellos se miraron desconcertados. Venir desde tan lejos para decir esa perogrullada no tenía razón de ser. A continuación corté el círculo con una raya horizontal y afirmé: «Está dividido por la línea ecuatorial». Los muchachos no pudieron contenerse y rompieron a reír. Pero todos volvieron al más absoluto silencio cuando les dije: «De todos los Imperios que han existido en el mundo, el Imperio de los Incas es el único surgido al sur de la línea equinoccial». Entonces comprendieron mi

dibujo y su mensaje. La conferencia terminó exitosa por todo lo que se les alcanzó a lo largo de ella.

Así terminó mi visita al Japón, el país de los kimonos y de las espadas samurai, de las casas con paredes de papel y de dorados crisantemos, de templos shintoístas con torii color de sangre y de santuarios búdicos de altas torres exentas, del kake-mono extensible y del bonsai reprimido, del otoño escarlata de los momiji y de la primavera rosada con sus cerezos en flor. País antiguo y moderno, que no por ser moderno ha renunciado a lo antiguo. País que siempre atestigua: no hay mañana sin ayer.

El domingo 10 de noviembre regresé al Perú. El recuerdo que guardo del Japón es indeleble. Agradezco a la Japan Foundation y a todos los que tuvieron que ver con mi visita, en especial a mis dos intérpretes y guías que me mostraron la realidad de su país contestando a mis preguntas. Es un país que conserva lo mejor de su pasado, que vive un magnífico presente y que se aboca a un grandioso porvenir. Sigue siendo el País del Sol Naciente.

Después de mi visita al Japón, veo distinto a mis alumnos de origen japonés. Los veo con mis «ojos de pescado» y los reconozco por sus ojos oblicuos. Incluso sé diferenciar a los nisei de los sansei pese a que unos y otros son nikkei, esto es, hijos, nietos, bisnietos de nipones. Y lo hermoso de esto es que todos nos sentimos muy peruanos. ☞

XVI

Las aficiones

La filatelia

La filatelia es la afición a coleccionar sellos postales. En otras palabras, el placer de juntar estampillas. Fui filatélico de los diez a los dieciséis años. Como tal pasé momentos muy agradables y sobre todo, instructivos, pues por la filatelia llegué a la Geografía.

Mi padre había trabajado en el Banco Alemán Transatlántico y allí recibido correspondencia de todas partes del mundo. Comenzó a guardar algunas estampillas, las que les gustaron, sin abrigar ninguna intención especial. Luego me las obsequió, invitándome a guardarlas, aumentarlas, ordenarlas y llenar con ellas un cuaderno grueso que también me regalo. Así fue como me inicié de filatélico.

Al principio los sellos fueron solo de Alemania, luego de otros países europeos y finalmente del mundo entero. Los postreros fueron los sellos del Perú. Me parecía poco mérito alcanzarlos. Los sentía cercanos, fáciles, comunes.

Pronto empecé a contar algunos miles de estampillas. Estimuló mi afición un profesor de mi colegio, el hermano Marista Aguste Alphonse Chazalon Breysse, nacido en Montpezal, Ardiche, Francia, y muerto en su país natal noventa años después. Este era un exímio filatélico. Tenía estampillas rarísimas y de los lugares más extraños. Me aficioné con ahínco a

los sellos y los comencé a incrementar. Hacía intercambios con otros compañeros o los adquiría del citado Hermano Alfonso: yo le daba estampillas del Perú y él me las entregaba de Francia y sus colonias.

Mi atención comenzó a interesarse. Conforme obtenía una estampilla, buscaba su país de origen en el mapamundi. Me preocupé de ubicar así a todos los países de los cinco continentes, centrándose mi curiosidad en la India, en la China, en las Naciones Árabes y, de modo especial, en las colonias europeas de Asia, África y Oceanía.

Las estampillas me mostraron remotas realidades: tipos humanos, usos y costumbres, atuendos y viviendas, la flora y la fauna, escudos y banderas, monumentos de la antigüedad, personajes históricos... Cobré así una idea muy exacta del globo terráqueo y de sus cinco continentes. Digo cinco y no seis por que aún no había reparado en la Antártida. Este desconocimiento se debía a que la Antártida no tenía estampillas.

Lo cierto fue que mirando estampillas y haciendo ubicaciones en el mapamundi, aprendí Geografía.

Todo terminó en 1948. Al Hermano Alfonso por ser demasiado viejo le correspondió regresar a Francia. Él partió a su definitivo retiro y yo me quedé sin preceptor filatélico. Allí, prácticamente, declinó mi afición. Esta murió, en forma incruenta pero murió. Una última reflexión. Sin embargo, la filatelia —afición formativa, enriquecedora, apasionante— fue el origen de que yo terminara siendo Doctor en Historia y Geografía.

La genealogía

La genealogía fue afición más científica, estable y duradera. Con ella, prácticamente, ingresé al estudio de la Historia.

Cuando viví en Lima en casa de mi tía abuela, descubrí en un viejo baúl de cuero negro, parte del archivo de la familia Peralta, que era la materna de mi abuelo Enrique; la otra parte del archivo estaba en casa de mis tíos Duthurburu-Villalta.

Cuando abrí los legajos no entendí nada, pues no sabía paleografía, pero aprecié que se trataba de escrituras viejas y las comencé hurgar. Posteriormente cobré conocimientos de su contenido. Eran documentos de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, manuscritos interesantes que se desdoblaban en reales cédulas, provisiones virreinales y audienciales, informaciones de servicios, cartas, litigios y testamentos. Los documentos me gustaron, tenían sabor a tiempo antiguo.

Andando el tiempo fui llevando tales papeles a mi casa de Barranco. Aprendí a tratarlos adecuadamente y curioseando, sin método ninguno, los llegué a leer. Primero los documentos decimonónicos y al último los quinientistas. Sin otra guía que mi curiosidad, solitariamente, aprendí paleografía. Lo cierto es que a los trece o catorce años leía cualquier documento del citado archivo.

Comencé a tomar apuntes y a reconstruir un añejo árbol genealógico. Lo conseguí, de modo que fui ubicando personajes en el tiempo y en el espacio, es decir, en la Historia y en la Geografía. En otras palabras, diferencié los siglos y utilicé los mapas.

Con la documentación que tenía delante traté de organizarme. Llené un cuaderno con los datos obtenidos, luego un segundo y un tercero. Cuando tuve todo reunido sistematicé el trabajo por generaciones, hilvanando pequeñas biografías. La investigación me estimulaba. Me gustaba la idea de verla concluida. Ahora quería saber el nacimiento, el matrimonio y el fallecimiento de cada personaje, el número de hijos, la ascendencia del cónyuge. Mi investigación crecía, parecía no tener fin.

Cuando ingresé a la universidad la investigación estaba, a lo que entendí, terminada. Había investigado el resto del archivo en casa de mis tíos y consideré a mi búsqueda concluida. Dos años después presenté el trabajo como tesis para optar el grado de Bachiller en Humanidades. Lo titulé *La casa de Peralta en el Perú (rama primogénita)* y me gradué el 10 de noviembre de 1953 con los honores del caso. Fui el primer bachiller de mi promoción en la Facultad de Letras. Más tarde publiqué el trabajo corregido y aumentado, en la *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas* pues, al conocerlo inédito, fui llamado por el Director y fundador de

la institución, el diplomático belga Ferdinand de Trazegnies, quien me pidió publicarlo por ser la única historia completa de una familia criolla y peruana desde su aparición hasta su extinción (1553-1950). El dictamen, previo y favorable, fue del genealogista chileno Miguel Mujica de la Fuente.

La Genealogía, repito, fue mi puerta de ingreso a la Historia. Me sirvió para la diferenciación de los siglos, la evolución de las ideas, el correr de una sangre en el tiempo.

Por su parte el Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas me acogió con generosidad. Me incorporé como Miembro de Número en 1962, me confió la jefatura de la Revista en 1965 y me eligió Director de la corporación para el periodo 1980-1983.

Conocí en todo este tiempo a muchas personas eruditas, valiosas y equilibradas. No era la Genealogía lugar para vanidades ni orgullos sino que era una ciencia auxiliar de la Historia. Una ciencia aleccionadora y muy humana. El buen genealogista goza descubriendo que descende de un rey europeo, de un yanacona andino o de un esclavo africano. Este es el genealogista auténtico. El que lo hace por vanidad es un mal genealogista, un investigador acientífico, frívolo y equivocado.

Algo quiero añadir a mis conclusiones genealógicas, algo que no he confesado antes. Es el cumplimiento de una insistente afirmación bíblica que me correspondió verificar. Conocí las muchas frases que proclamaban a Jesús descendiente de David, pero los comentaristas se inclinaban a reconocer su cumplimiento por la ascendencia de José, no de María. Siendo José solo el padre putativo de Jesús, quise saber si se cumplía la afirmación genéticamente por el lado de María. La investigación fue larga, lenta, minuciosa, pero su final resultó positivo: Jesús —como se sabía— descendía legalmente del Rey David a través de José, pero también biológicamente descendía del Rey Salmista por la línea de María. Para los que quieran constatar esta genealogía los remito a Selomit —la esposa de Resá e hija de Zorobabel— que fue descendiente de David y ascendiente de la Virgen María. Utilizando mis propios medios, constaté por vía doble la antigua profecía.

La heráldica

La Heráldica se me dio por añadidura. Era la ciencia de los heraldos, vale decir, la disciplina de los escudos. Desde temprano me acerqué a ella. Se remontaba al siglo X, tenía un milenio de antigüedad, seguía siendo inagotable. Poseía singulares leyes, reglas, usos y costumbres, y servía para componer o descifrar los blasones. En España surgió en el siglo XI, al Perú llegó en el XVI.

Tendría diez años cuando la Heráldica me comenzó a interesar. Fue a raíz de esa tradición de Ricardo Palma titulada *Un litigio original* o *El pleito de las carrozas*. En la Biblioteca Nacional empecé a documentarme y pronto pude distinguir un escudo español de un escudo francés, portugués, inglés, suizo, italiano, alemán o polaco. Aprendí con éxito los campos y particiones, también los esmaltes divididos en colores y metales; los metales eran el oro y la plata; los colores el gules, el azur, el sinople y el sable, seguidos ocasionalmente por el púrpura. Dominé las cuatro leyes del blasón, distinguí las figuras, piezas honorables y seantes, perdiéndome complacido en las figuras humanas, animales y vegetales, los astros y meteoros, figuras artificiales y figuras quiméricas. Abundé en brisuras y coronas, yelmos y cascos, bureletes y cimaras, lambrequines, tenantes y soportes, mantos y manteletes, banderas y cordones, encomiendas y collares, pabellones y divisas, también en voces de guerra. En fin, casi llegué a ser un experto sin salir de aficionado.

Aprendí solo. Soy autodidacta, pero discúlpenme si digo que aprendí bastante bien. A lo largo de mi vida me hicieron varias consultas. Como era de esperar, a unas contesté positivamente, a otras no pude responder.

Como fruto de mis experiencias heráldicas solo llegué a componer dos escudos institucionales: uno fue el del Ayuntamiento de Chorrillos, con cuatro campos y un escusón, que nos lo pidiera el Alcalde Pablo Gutiérrez Wesly; el otro, el del Instituto de Estudios Histórico Marítimo, a solicitud del contralmirante Federico Salmón de la Jara, fundador de la Corporación. Es toda mi contribución a la heráldica peruana, pero aún subsisten los dos blasones y parecen destinados a perdurar. Uno, el de la

Ciudad Heroica, dice escuetamente: «San Pedro de los Chorrillos»; el otro, el de la corporación académica y naval, proclama: «Mar Peruano, Historia Nuestra».

Permítanme una atingencia y una sugerencia. Es sobre el escudo de Miraflores, lugar donde soy vecino hace medio siglo. Para empezar, Miraflores no tiene escudo. El que hace las veces de tal es solo un logotipo que escapa a las leyes heráldicas. La atingencia es la ya expuesta y la sugerencia un blasón heráldico cuya composición sería; cuartelado en cruz: 1) de gules, con un templo indio piramidal, escalonado y trunco, de oro; 2) de azur, con el Arcángel San Miguel armado; 3) de azur con un pergamino, una pluma y un tintero; 4) de gules con dos fusiles cruzados con las bayonetas caladas; la bordura sería de oro con letras de sangre que digan: «Ciudad Heroica», y luego «San Miguel de Miraflores». El primer cuartel evoca a la Huaca Pucllana, el segundo al Patrono de la Ciudad, el tercero a las *Tradiciones Peruanas* y el cuarto a la batalla de Miraflores. Eso es todo. No habría más que añadir.

No precisamente a la Heráldica pero sí a la especialidad llamada lapidaria, me vi alguna vez precisado a escribir un epitafio importante: el de Francisco Pizarro. Con ocasión del hallazgo de sus restos por el arqueólogo Hugo Ludeña y luego de la identificación pertinente (en la que tomé parte brevemente estudiando el cráneo y las huellas del daño causado por la alcarraza de barro), el Cabildo Metropolitano limeño presidido por el Cardenal Juan Landázuri Ricketts me pidió (por ser el autor del libro *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*) la confección del epitafio. Lo escribí esa misma noche y lo entregué la mañana siguiente al canónigo Ricardo Wiese Thorndicke, mi gran amigo. Les gustó a los capitulares su contenido. Lo hallaron claro, corto, arcaizante, y ordenaron se cincelara en el sarcófago. El epitafio dice así: «Aquí yace el Marqués Gobernador Don Francisco Pizarro, Conquistador del Perú y Fundador de Lima. Nació en Trujillo de Extremadura, España, en 1478, y murió en Lima el 26 de junio de 1541. El Cabildo Metropolitano trasladó aquí sus restos el 18 de enero de 1985, al cumplirse el 450 aniversario de la fundación de la ciudad. Dios lo tenga en su Gloria. Amén». ☞

XVII

Oceanía

Tabiti y Samoa

Mi viaje a Oceanía fue con ocasión del Crucero de Verano de la Armada Peruana y duró del 2 de enero al 21 de marzo de 1967, días del zarpe y arribo respectivamente del B.A.P. *Independencia*. Iban en este transporte todos los cadetes de la Escuela Naval de La Punta, doce de la Escuela Militar de Chorrillos y doce de la Escuela de Aviación de Las Palmas.

Fui invitado, como historiador de la Historia Marítima junto con el doctor Hermann Buse de la Guerra, para dictar clases a los cadetes, conferencias a los oficiales y charlas a la plana menor.

Tenía además, que investigar y redactar las expediciones de Álvaro de Mendaña que salidas del Callao terminaron descubriendo las Islas Salomón (1567) y las Marquesas (1595), también la de Pedro Fernández de Quirós, descubridor de las Nuevas Hébridas (1606). Como inquietud particular llevaba en mi cabeza el misterioso viaje de Túpac Yupanqui a las Islas de Ahuachumbi y Ninachumbi por 1465. Él podía ser el verdadero descubridor histórico de Oceanía.

Zarpamos del Callao la mañana del 2 de enero de 1967. Era el Primer Comandante del buque el Capitán de Navío Jorge Parodi Galliani y el Segundo Comandante el Capitán de Fragata Luis Urrunaga la Rosa. Ambos excelentes marinos.

En los siguientes días el buque cruzó la Corriente de Humboldt y enrumbó al oeste. Las mañanas fueron frescas y las tardes calurosas, los ocasos coloridos y las noches hartamente oscuras. Todos los días teníamos algo que aprender. Una tarde, por ejemplo, apareció una gran isla frente al buque, donde el mapa señalaba no existir ninguna. Los marineros nos dijeron que era una ilusión óptica y resultó ser verdad. Poco después la isla comenzó a desgarrarse por su centro y al final desapareció permitiendo el paso de la nave. A este fenómeno los antiguos llamaban celaje y no era otra cosa que una falsa percepción. Así como en tierra los espejismos nos hacen ver agua, de igual modo en el agua nos hacen ver tierra. Ocurrió esto que narro dos horas antes del crepúsculo.

El cielo cambió. De noche seguía muy negro pero también tachonado de estrellas. Eran noches para aprender astronomía. El espectáculo se tornaba fascinante con la ayuda de los prismáticos. Otra noche el mar exhibió una legión de peces luminiscentes. En el día que siguió se vieron crecidas medusas coloradas e incontables peces voladores.

En la mesa, en repetidas ocasiones, se hablaba de Oceanía. Estaba repartida en tres partes: Polinesia, Melanesia y Micronesia, añadiéndose Australia que quedaba al austro, entendiéndose al sur. Australia dicho sea de paso había sido descubierta desde el Perú por el navegante Luis Vaes de Torres, que dio su nombre al Estrecho de Torres, límite meridional de la Nueva Guinea.

Así transcurrieron once días de apreciar solamente mar. Pero luego se vieron volar algunas aves y el 13 de enero, a las 7:30 de la mañana, avistamos la primera isla: Reao, en el archipiélago de las Tuamotú. Con los prismáticos indagamos poco. Estaba sembrada de cocoteros, la circundaba una playa de arena blanca, se veían algunas cabañas, no había humos ni piraguas. Alguien completó el cuadro. Dijo que el gobierno francés confinaba allí a los leprosos. Sin embargo, la ínsula no era tan ajena a nosotros. De ella, y de sus congéneres tuamotuanas, por 1860, se llevaron muchos «canacas» esclavos al Perú. De este modo Oceanía y los polinesios colaboraron también a nuestro mestizaje.

Entre islas volcánicas de arenas negras e islas coralinas de arenas blancas, prosiguió la navegación. Por fin, el 16 de enero, al amanecer, apareció Tahití. Al acercarnos vimos que la parte baja de la isla era verde, seguía una faja terrosa y en la parte alta los picos eran negríssimos. Era una isla volcánica.

A las diez de la mañana ingresamos al puerto de Papeete entre salvas de artillería, saludo de los marineros franceses que el buque contestó de igual manera. Acudimos a un muelle donde había marinería formada. Pero luego de los saludos de rigor hubo un baile —el famoso Tamuré— protagonizado por ocho nativas isleñas, seis nativos y seis músicos con tambores de palo. Ellas vestían faldellines de fibras amarillas y se adornaban con flores rojas. Todos los cadetes corrieron a la borda de babor, también la gente que no estaba en puestos de maniobra, para presenciar el espectáculo. Entonces el buque escoró notoriamente varios grados, ocasionando la alarma del Oficial de Máquinas que desconocía el motivo. Las tahitianas, mientras tanto, no cesaban de danzar y los tambores parecían estallar con el frenesí de su percusión. Las muchachas redoblaron sus movimientos y el baile se sensualizó. Luego subieron ellas a bordo, siempre danzando, con 450 guirnaldas de flores rojas y blancas, y dándole dos besos en la mejilla a cada cadete les ponían en el cuello el collar florido.

Cuando acabó el recibimiento y los bailes de bienvenida se cumplieron, bajamos a tierra. Papeete, la capital de la isla, resultó acogedora y pintoresca. Las mujeres se envolvían en un *sarong* que les cubría del pecho a las rodillas, *sarong* que solía ser de color blanco con dibujos azules, rojos, verdes, anaranjados o morados. Los hombres llevaban pantaloncillo corto y camisa multicolor. Sus casas eran de madera con techos pajizos a dos aguas, teniendo algunas en su fachada postes totémicos bellamente tallados. En la plaza estaba el monumento a Luís Antonio de Bougainville (1729-1811), navegante francés que aportó a la isla y escribió un libro famoso: *Viaje alrededor del mundo*.

El centro de la ciudad tenía regulares edificios de cemento. Destacaba la Catedral, con una torre y diversos centros de gobierno y administración. Los bares eran

atendidos por ataviadas isleñas. Se veían pocos autos, muchas motonetas y bicicletas. El sol a toda hora, se mostraba abrasador.

Por la tarde de ese 16 de enero, luego de un almuerzo a bordo con marinos de guerra franceses, visitamos el Museo Gauguín, con las pinturas de Paul Gauguín (1848-1903), el pintor parisino que inmortalizó a la isla y a su gente en cuadros famosos. Este pintor era nieto de Flora Tristán y, por tanto, tenía que ver con el Perú. Este día casi pierdo la vida, porque estando esperando a la gente que saliera del Museo se desprendió de una alta palmera un coco lleno de agua y cayó a 30 centímetros de mí. Todos dijeron que yo había nacido de nuevo, pues el coco era grande y pesado.

En la playa vi por primera vez una piragua de balancín. Me pareció ingeniosísima.

De regreso a Papeete apreciamos la ciudad de noche. En el puerto había muchos bares repletos de marineros de todas las naciones. Las prostitutas caminaban por las calles con su *sarong* muy ceñido y un gran gorro de caracoles nacarados. De todas las tabernas salían voces, repitiendo sin cesar la palabra «manuya», que equivale a «salud», a la hora de brindar. En la calle había muchos chiquillos traviesos que corrían detrás de los marineros peruanos y, en un descuido, les birlaban las gorras blancas. Esta costumbre ya existía en Polinesia en el siglo XVIII.

Los establecimientos tenían cortinas de fibras y conchas, mostrando un interior oscuro o con pocas lucecillas, donde de rato en rato despertaban los tambores de palo y gráciles isleñas bailaban Tamuré. Se ofrecía de cortesía un vaso de licor de coco y un collar de flores hechas con conchuelas. Estas flores de los collares eran auténticas obras de arte, parecían flores de verdad.

El segundo día en Tahití nos terminó de mostrar la isla: sus playas exóticas, sus bancos de espuma, sus barreras de coral. También nos mostró de cerca sus laderas de exuberante verdor y los picachos negros de sus montañas volcánicas. Junto a las cabañas de los nativos abundaba el ñame, el taro, los cocos y los plátanos. De aquí, precisamente, se llevaron al Perú los «plátanos de la isla» en tiempo del Virrey

Amat, vale decir, proceden de Tahití. Por la tarde visitamos Mataiea, centro recreacional de los soldados franceses. También conocimos a los talladores de ídolos y bastones ceremoniales de madera. Trabajaban como escultores solitarios inspirados en su tradición cultural.

Por la noche nos invitó Beng Danielson, uno de los tripulantes de la balsa Kon Tiki que llevara Thor Heyerdahl desde el Perú a Polinesia. Su casa quedaba frente al mar y una de sus invitadas fue la Reina Memé, llamada así no por ser la soberana de la isla sino por ser nieta de Pomare V, el último monarca de la misma. Era una mujer mayor, había sido muy guapa y tenía bríos de juventud. Con Beng Danielson pudimos conversar largamente, en especial de su viaje famoso, pero pronto se derivó la plática a Mangareva, informándome del tipo de balsa que subsistió en aquella isla cuando partió de ella el rey Tupa. Fue algo muy interesante y para mí, de mucho valor.

Esa noche, en la mansión de Danielson, hubo música, cantos corales y danzas de la isla. Recuerdo el baile pudoroso y lento que ejecutaron las mujeres casadas, sentadas en el suelo sobre sus tobillos, jugando con los brazos y haciendo volar telas de colores; pero también el voluptuoso Tamuré, bailado por las mujeres solteras al son frenético de los tambores de palo. Se bebió kava y se alcanzó un ambiente especial. Finalmente se retiró la reina, que había concurrido vestida con un *sarong* verde nilo estampado con dibujos negros y en la cabeza un gorro de caracoles blancos. Salió con sus sobrinas, ataviadas en mucho igual a ella. El conjunto formado por la reina y sus numerosas sobrinas fue espectacular. Se le despidió con antorchas. Memé estaba considerada la soberana de la ínsula, pero era un reconocimiento social, no oficial. Aun así, las autoridades francesas se cuidaban mucho de rendirle pleitesías pues, aunque sexagenaria era mujer de prestigio y muy influyente entre los de su raza.

El tercer y último día en Tahití lo dedicamos a las compras. Por la tarde concluidas estas, decidimos varios darnos un baño de mar. Entusiastas fuimos a una playa de arena negra. Los lugareños nos dijeron que nos podíamos bañar dentro de la barrera de coral, que allí no había tiburones y si los había no ofrecían peligro pues estaban perdidos y atontados por el hambre. La opinión general fue no bañarnos.

La isla, en estos tres días, nos mostró muy de cerca a la raza polinésica. Los hombres atléticos, de ancha espalda y recias extremidades, despiertos, inteligentes, pero poco trabajadores. En la madurez se tornan ventrudos, hinchados de piernas y brazos, se aprecian gruesos. Las mujeres cuando jóvenes son atractivas y aun bellas; lucen cuerpos gráciles, rostros alegres, mirada vivaz. Socialmente son recatadas, confidentes en la amistad, y desinhibidas en la intimidad. De adultas sufren deformidad en las pantorrillas. Las viejas son trabajadoras, dominantes sin dejar de ser sensuales. Hombres y mujeres viven con naturalidad. Desconocen la premura. Se podría decir que no hay neuróticos. Lo importante es vivir, lo demás es superfluo. Las complicaciones no tienen aceptación. Esto no significa que carezcan de problemas.

El clima era caliente, abrasador, pero la isla respondía con el frescor de sus verdes y el viajar de sus vientos. Los crepúsculos eran hermosos. Entonces el mar, tocado por los arboles, pasaba del verde turquesa al azul celeste para alcanzar finalmente el morado. Por la noche, en las playas lejanas, se dejaban ver candeladas. No entendimos si se debían a bailes, a ritos ancestrales o a hogueras para atraer a los peces. Solo sabíamos que había canciones de fondo y que los fuegos se apagaban muy tarde.

La última noche hubo un baile en el buque. Lo ofreció el Comandante Parodi para retribuir atenciones. El buque lució empavesado, iluminado, muy limpio. Concurrió lo más graneado de la isla, en especial mujeres de todas las razas: francesas rubias, polinesias bronceadas, chinas esbeltas. Los atuendos fueron de lujo, acordes con cada cultura. El Comandante Parodi con uniforme de gala recibía a sus invitados en la cubierta, su edecán, el Teniente Delgado, descendía parte de la escala y ofrecía su brazo para ayudar a subir a las damas. Estas, repetimos, fueron numerosas. Resultó impresionante la cantidad de bellezas nativas. La reina Memé subió con su corte de parientas jóvenes, todas con *sarong* de encendidos colores; ella insistió en su atuendo de verde nilo con dibujos negros y el tocado de caracoles blancos. Destacaba entre todas por su porte mayestático. Era, sin lugar a dudas, la gran señora de la isla.

La orquesta, emplazada en el castillo de proa, empezó a tocar y con ello se inició el baile. Los oficiales bailaron en babor, los cadetes a estribor. En el intermedio se sirvió comida peruana. Gustó a todos. Hubo whisky, champagne y cerveza. Agradó mucho el ají de gallina y la papa a la huancaína, el arroz con pato y la ocopa pero nadie se acercó, ni siquiera por curiosidad, a la carapulcra.

Esa noche bailé varias piezas con Tutú, sobrina de Memé y bisnieta de Pomare V. Era alegre, amable, divertida. Llevaba un *sarong* rojo sangre y un tocado de caracoles nacarados. Al momento del refresco la invité a pasar al bar y le alcancé un vaso de Inca Kola. No le agradó, la encontró bebida muy dulce. Luego le ofrecí anticuchos, los comió con gusto, pero al preguntar y enterarse por mí que eran de corazón de toro, dejó la cañuela con disimulo y prefirió el ají de gallina. Cuento esto a modo de anécdota cultural, pero también con un algo de vanidad, pues esa noche ha sido la única vez en mi vida que he bailado con una princesa de sangre real.

El jueves 19 de enero a las ocho de la mañana, luego de cantarse los Himnos del Perú y Francia y de rendirse los honores pertinentes, partimos de Tahití. Un conjunto de músicos isleños vestidos de colorado, cantó piezas nativas. Las muchachas polinesias danzaron, luego subieron al buque y besando a los cadetes, los obsequiaron con collares de conchas y caracoles, despidiéndose con afecto. Luego el barco se fue apartando de la isla y ésta se fue empequeñeciendo. A las diez y treinta de la mañana, Tahití se había perdido de vista.

El 23 de enero, a las 8 de la mañana, avistamos Tutuila, en el archipiélago de Samoa, atracando en su capital Pago Pago dos horas después. Tutuila era también isla volcánica, pero menos imponente que Tahití. Dicen que Pago Pago está en el cráter inundado de un volcán. Debe ser cierto porque para llegar al puerto penetramos un largo estrecho que terminaba en una gran laguna, muy verde y vistosa. No hubo recibimiento oficial y por eso el buque tampoco efectuó salvas de artillería.

Pronto bajamos a tierra. Pago Pago era población sin gracia. Estaba bajo bandera de los Estados Unidos, potencia que señoreaba la isla. La población nativa era numerosa. Ellos usaban camisa de colores y un *lava-lava* o faldón hasta los tobillos;

ellas *sarong* hasta los pies, todos caminaban descalzos. Los varones, muy adictos a tatuajes, tendían con los años a la obesidad, las mujeres, a las pantorrillas deformadas. El tipo racial polinesio se conservaba, pero se notaba mezcla con el melanesio.

La ciudad no mostraba nada notable. Sus edificios, sin pretensiones, databan de la Segunda Guerra Mundial. Eran de hierro y cemento. Graciosas, en cambio, eran las cabañas nativas, en cuyo interior se vendían artesanías, especialmente bellos collares de semillas rojinegras y de caracoles nacarados.

Al siguiente día volvimos a recorrer la población, que no tiene más de dos calles longitudinales. Había tiendas que vendían telas, postes totémicos e ídolos de palo, también modelos reducidos de piraguas de balancín.

Esa tarde todos salimos de compras. Visitamos muchas tiendas, todas grandes, modernas, concurridas. Eran demasiados establecimientos comerciales para un lugar tan pequeño. En una de estas tiendas especializada en ropa, entraron varios oficiales a la sección femenina, porque alguno quiso llevarle a su mujer un juego de ropa interior. Lo acompañaron sus amigos indecisos todavía, pues no sabían qué llevar a sus esposas. Se acercaron al mostrador, acudió la joven empleada —polinesia, 25 años, de buen ver— y fue muy amable. Sacó varios modelos en cajas, pero ninguno convenció al comprador ni a sus amigos, todos posibles compradores. Dijeron que las prendas que buscaban no eran así, que las querían con motivaciones isleñas, tropicales, floridas. Ante sus fracasos la joven empleada como que perdió la paciencia y llamando a todos a un ángulo de la tienda, se detuvo, esperó que la rodearan los oficiales y entonces, levantándose la falda hasta los costillares, preguntó casi molesta: «¿Así?». Lo hizo con tal espontaneidad que parecía estaba mostrando una blusa que llevaba puesta. El grupo, aunque la pregunta había sido solo para uno, rugió al unísono: «¡Sí!» y de este modo, por unanimidad y aclamación, la muchacha vendió tres docenas de bragas. La sorpresa surtió efecto.

Los isleños aprendieron algunas palabras en español, pero las pronunciaban deficientemente. Al ver a un peruano lo llamaban «señoro», festejaron mucho la palabra «portalón» haciéndonos repetirla varias veces, pero no supieron pro-

nunciar «colorado». A su vez, las muchachas rompían a reír cuando las llamaban «señoritas».

Por la noche hubo recepción a bordo. Asistió el Gobernador con su esposa, que era nativa, autoridades norteamericanas y los jefes samoanos de Tutuila. Estos últimos concurrieron con saco de casimir, camisa de seda y corbata pajarita, pero de la cintura para abajo vestían lava-lava y calzaban sandalias de fibra. Las mujeres concurrieron con su *sarong* típico, elegante y colorido; gustaban mucho del color turquesa.

Había muchos homosexuales isleños. En una tienda importante atendía uno de monstruosa obesidad. Nos explicaron —no sé si será cierto— que los homosexuales en Samoa eran para sus familias como un regalo del cielo, porque atraían a la buena suerte. Por eso era que a éste que señalamos lo tenían de cajero y le alcanzaban de comer cuando pedía, sobre todo golosinas. Nunca he visto un individuo más obeso.

Nueva Caledonia

Zarpamos de Pago Pago el jueves 26 de enero de 1967. Lo hicimos muy de mañana, al tiempo que unos nativos agitaban un cartel en español que decía: «Bienvenidos», en vez de «Adiós». Nunca supimos si era burla o equivocación.

El viernes 27 muy temprano llegó un mensaje para mí. Lo firmaba el doctor Aurelio Miro Quesada, Presidente de la Academia Nacional de la Historia, quien me comunicaba que el día 25 se había aprobado por unanimidad, mi ingreso a dicha corporación. Me sentí muy contento.

El siguiente día ocurrió algo especial, pues por cruzar el meridiano divisor, pasamos del sábado 28 al domingo 29 de enero. El cambio se hizo a las 3.30 de la tarde. A partir de ese extraño día de 48 horas tuvimos una navegación sin novedad.

Pasamos entre las Islas Fidji y el archipiélago de las Tonga cruzando así una de las grandes fosas abismales de mundo oceánico y avanzando entre Suva y Nukualofa. Desgraciadamente no llegamos a avistar las Nuevas Hébridas, descubiertas desde el Perú por Pedro Fernández de Quirós en 1606.

El miércoles 1 de febrero apareció Nueva Caledonia con su capital Noumea. Estábamos en Melanesia. Entramos al puerto a las diez de la mañana. El *Independencia* disparó 21 cañonazos de saludo a la plaza y 13 al Almirante francés del Pacífico.

En Noumea conocí a los melanodermos melanesios o negros de Oceanía. Eran de color chocolate, no llegaban a la negrura africana. Se mostraban dolicocefalos, de frente huidiza y bóveda alta. Sus facciones eran toscas: arco superciliar marcado, ojos hundidos, nariz ancha y cabello rizótrico. Su cabellera radial lucía muy abultada. Algunos individuos eran altos. Los más tenían estatura mediana. Su fuerza radicaba en sus extremidades, hombros y espaldas. Las mujeres, para nuestro gusto, no eran bellas, se mostraron rudas, esquivas, hurañas.

A los melanesios se les veía menos civilizados que los polinesios. Se llevaban bien con los franceses, pero eran inexpresivos, burdos. Con los peruanos mostraron poco interés, salvo en el caso de los marineros negros. A éstos los llevaron a sus casas, los agasajaron con comida y con bebida. Querían saber cómo eran, que pensaban, cómo vivían. Ellos, oceanianos, los nuestros de origen africano, lo cierto es que unos y otros se sintieron unidos por un arcaico parentesco. Estos fueron los hombres tiznados que, según la crónica de Sarmiento de Gamboa, llevó el príncipe Túpac Yupanqui al Perú desde las Marquesas, Mangareva o Pascua.

Noumea tenía alma de ciudad. No era aldea grande como Pago Pago ni puerto alegre como Papeete, pero sí urbe de mediana importancia. Poseía edificios modernos, numerosos bancos y gran movimiento comercial. Las tiendas mostraban escaparates bien puestos. Existían librerías, licorerías y joyerías. Eran notables los bazares regentados por los chinos y las perfumerías de los indonesios. Los restaurantes no eran pocos y los bares muchos más, sirven vino a los franceses y cerveza a los extranjeros. Todo era caro pero bueno. El movimiento se acentuaba

con el tráfico vehicular: buses, camiones, autos, motocicletas y bicicletas. Los galos compartían las aceras con los melanesios que ahora los veíamos vestidos de mineros, albañiles o estibadores. De vez en cuando pasaba un hindú de gran turbante o un javanés con su gorro peculiar. Noumea era menos pintoresca que Papeete, pero en ninguno de los dos lugares se hablaba de independencia política.

El puerto era de tráfico mayor. Los barcos anclaban y zarpaban rápidamente. Quedaban los yates deportivos y las barcas de pesca. En los muelles había cargueros melanesios pigmoides que con los bultos sobre su cabeza y formando filas de 30 ó 40 individuos, iban a los almacenes portuarios. Otros melanodermos, crecidos, descansaban tumbados sobre los fardos que se les había encargado custodiar. Había mucho sol y gran calor.

Por la noche Paul Ricolfi, llamado el Rey del Níquel, quien había trabajado en Chimbote, ofreció un cóctel a los oficiales peruanos. Concurrieron muchos franceses con sus esposas e hijas. Hubo lujo millonario.

El sábado 4, después del medio día, se zarpó de Noumea. Antes de que partiera el buque acudieron al muelle cantidad de prostitutas con regalos y recuerdos para los marineros. También acudió mucha gente con sus automóviles a ver partir al *Independencia*. Igualmente los melanesios, como si fueran monos, se encaramaron en las grandes rumas de madera para presenciar el espectáculo. Nuestro buque hizo sonar la sirena y, ante el ruido inesperado, la multitud se asustó. Empezamos a separarnos del muelle. La banda de guerra francesa y la nuestra intercambiaron marchas marciales. El buque se fue alejando. Las gentes sin dejar el muelle, nos hacían adiós. Al frente de todos, agitando un gran pañuelo en su mano, Paul Ricolfi se despidió de los marinos yentes. Parecía tener gratos recuerdos del Perú. Como cortina de fondo, la gran fundición de níquel a través de sus chimeneas, arrojaba humos rojos, negros y blancos. Fue lo último que vimos de la amable ciudad de Noumea.

Australia, Nueva Zelanda y Pascua

Australia se dejó ver la mañana del 8 de febrero. Aproamos directamente al gran puerto de Sidney. Todo hacía ver que estábamos en un país moderno y con mucho movimiento internacional. Había barcos con las más variadas banderas. Las instalaciones portuarias acusaban tamaño mayor. La bahía, verde y muy hermosa, accidentada y llena de yates, tenía en sus orillas y colinas incontables casitas de tejado rojo. También se divisaban hacia el centro de la urbe, edificios altos de cemento y en un extremo, el puente de hierro famoso. Atracamos en el muelle de Woolloomooloo, todo limpio y bien cuidado.

Por la tarde salimos a conocer la ciudad. Visitamos la Galería de Arte y la Biblioteca, el Parlamento y otros edificios importantes. Sidney parecía enorme. El tránsito vehicular era por la izquierda. No había mendigos ni gente ociosa, por lo menos no se veían, en cambio era impresionante la hora de salida de las oficinas, la ciudad se inundaba de secretarías y de empleados.

Por la noche, pese a estar cansados, Hermann Buse y yo fuimos caminando hasta el extraño edificio de la Opera y llegamos al celebre puente de hierro. Desde allí el *Independencia* se veía profusamente iluminado y destacaba entre todos los buques de la bahía.

El amanecer del día 9 fue bullicioso y alborotado, pues se presentaron unas prostitutas a reclamar contra cuatro marineros que les habían pagado con soles y les habían hecho creer que eran dólares peruanos.

Por la tarde ocurrió lo opuesto. Vino al muelle una camioneta de El Ángel Volador, institución anglicana, para invitarnos a recorrer Sidney y sus alrededores, gratuitamente, con la única mira de que no bebiéramos alcohol ni fuéramos a prostíbulos. Aunque no habíamos pensado en nada de eso, nos acogimos a tan generoso gesto y el clérigo anglicano Colin Craven Sands nos paseó por todos los sitios que pedimos.

Por la noche no salí. Me entretuve mirando a los comerciantes griegos y judíos que querían vender sus mercaderías a los oficiales.

El 10, que fue viernes, se empleó en reconocer nuevamente la ciudad y hacer compras en sus establecimientos. Conocimos la Catedral católica de Santa María y la anglicana de San Andrés. Visitamos parques, jardines, colinas tapizadas de césped y admiramos las grandes carreteras a distinto nivel, alardes de ingeniería vial. Pero siempre terminábamos contemplando la bahía sembrada de yates, surcada por lanchas a motor o salpicada de ágiles embarcaciones dedicadas a la pesca deportiva.

Por la tarde estando en el centro de la urbe, de pura casualidad vi a un grupo de aborígenes australianos que estaba de visita en la ciudad. Los vi correr por la calle, una calle principal, avanzando al filo de la acera. Eran ocho o diez individuos, uno detrás del otro, separados por dos metros de distancia. Oscuros, semidesnudos, con el cabello enmarañado, corrían ágiles más que presurosos, portando breves bultos y acaso armas. Marchaban sin reparar en los habitantes de la ciudad. Se les veía sorprendidos por la civilización. Todos eran hombres, salvo tres mujeres con sus hijos en brazos y ojos casi feroces. Eran jóvenes, no feas, primitivas, con una extraña luz en la mirada. De los hombres uno mostraba barba blanca, los demás negra, más corta. Tenían los ojos hundidos, con reflejos, y arco superciliar marcado... Me impactaron. No pude evitar pensar en la tesis de Arturo Mendes Correia: australianos habían cruzado el territorio antártico y llegado a América.

El sábado 11 fuimos al Ku King Gai Chase Koala Sanctuary. Queríamos ver de cerca a la rara fauna australiana: cacatúas, emúes, dingos, koalas y canguros de exótica presentación. Entre estos últimos había tal variedad —enanos gigantes, arbóreos— que resultaba inimaginable. También había equidnas y ornitorrincos, mamíferos ovíparos, con todo lo complejo que ellos representan. Después fuimos al zoológico y vimos la fauna universal. Allí aprecié a dos animales que no había visto nunca: el orangután bermejo de Borneo, de mirada casi humana, y el dragón de la isla de Komodo, habitante de las Célebes. Lo que los viajeros de la antigüedad habían dicho sobre ellos, se explicaba con creces.

Volviendo a la ciudad, tres cosas me llamaron la atención en ella.

La primera fue la prohibición de beber alcohol a partir de las cinco de la tarde. Para paliar la medida los borrachos acudían a las tabernas a las cuatro se hacían servir seis o siete tragos en diversos recipientes, los pagaban, los llevaban a su mesa y allí los contemplaban con cariño y avidez. Pero estando el reloj de la taberna por dar las cinco campanadas, se ponían contentos y tomando uno por uno los tragos los bebían con rapidez y fruición. Hecho esto se ponían de pie y salían del establecimiento seguros de alcanzar una borrachera mayor en cuanto pisaran la calle.

La segunda cosa que me sorprendió en Sidney fue la frecuencia con la que los hombres abofeteaban a las mujeres. En un país donde escaseaban éstas, era inexplicable lo mal que las trataban ellos. Lo vi no solo en los bares sino en la calle, entre la gente que hacía su fila para esperar el autobús. La mujer golpeada caía al suelo pero nadie de la fila se inmutaba. Todos seguían leyendo su revista o su periódico. Entonces ella se levantaba y volvía sumisa donde su agresor. Ver esto cuatro veces en tres días, no habla de casualidades.

Lo tercero fue la abundancia de los tatuajes. Los habíamos visto mucho en Polinesia, sobre todo en Samoa, pero siempre entre los nativos. Sin embargo, en Australia se daba entre los hombres blancos. Eran los individuos que habían servido en la armada australiana durante la Segunda Guerra Mundial. Estos tatuajes recordaban nombres como Singapur, Brunei, Hong Kong, y eran hechos con colores muy variados. Si los tatuajes polinesios eran predominantemente de color azul o negro, los australianos añadían el rojo, el verde, el amarillo, el naranja y el azul celeste. La playa era el lugar ideal para lucirlos. Los tenían en los brazos, torsos y dorsos.

En Sidney, como anteriormente en Papeete y en Noumea, desfilaron los cadetes navales y los de las delegaciones del ejército y de la aviación. El desfile fue un éxito. Se hizo ante los monumentos a los australianos caídos en las dos Guerras Mundiales y fueron muy aplaudidos. Gustó sobremanera la marcha *Los peruanos pasan*, por encerrar sus notas connotaciones andinas. Los moradores de Sidney la sintieron exótica y muchos siguieron a los cadetes peruanos en todo su recorrido, embelesados con lo que llamaban «marcha india».

El domingo 12 de febrero, por la mañana, partimos de Woolloomooloo. Salimos al mar acompañados por cantidad de veleros deportivos. Horas después nos internamos en el océano Índico al vencer el Estrecho de Bass.

El día 14, abrigados porque hacía frío, ingresamos a la bahía de Melbourne, remontamos el río y acoderamos en el muelle número 7, a unas diez calles de la ciudad. Melbourne también era importante, aunque menos que Sidney. Empezamos a caminar por Burke Street y volvimos por Collins Street, las dos grandes avenidas. Había muchas oficinas, restaurantes y tiendas. Aun así, los edificios tenían algo de viejos por ser de comienzo de siglo. Hay árboles pero no jardines, hay pobreza pero no mendigos. El frío acentúa la indigencia, las mujeres usan ropas viejas, parchadas o rotas. Por mi parte tampoco podía hablar de opulencias. Me quedaban en el bolsillo un dólar australiano y 20 dólares americanos para gastar en Wellington. Esto hizo que el tiempo lo empleara mayormente en caminar, entrando a todos los sitios en que no cobraban un centavo.

En Melbourne se veían muchos templos evangélicos, pero mayor era el número de tabernas. Los borrachos eras muchísimos. Contaban que aquí era popular el dicho: duerme con mi mujer o mi hija... pero no bebas mi cerveza.

Zarpamos de Melbourne el sábado 18 de febrero. Toda la mañana la empleamos en salir, entrando al Índico a eso del medio día y enrumbando al Estrecho de Bass. Sentimos que regresábamos, que volvíamos al Perú. Así comenzó el tornaviaje. Este día nos empezaron a seguir los albatros.

El viernes 24 de febrero anclamos en Wellington, en la isla septentrional de Nueva Zelanda. Penetramos la bahía entre salvas de cañón, surgiendo Wellington como una ciudad no grande pero sí hermosa. Esa mañana recorrimos lo mejor de ella. Cuando volví a al buque, varios de los oficiales se alistaban porque habían recibido una invitación del Club de Damas Solteras de Wellington. Esa noche cené y salí a cubierta para ver desde la borda los perfiles iluminados de la ciudad. Todavía estaba allí, junto al portalón, cuando vi regresar a mis amigos los oficiales. Las señoritas de Wellington los habían agasajado al máximo con té, kakes y galletas hechas

con sus propias manos... pero todas habían tenido más de medio siglo de nacidas si es que no eran ya sexagenarias. No habían engañado a nadie con su invitación, pero tampoco habían dicho toda la verdad en ella.

El sábado por la mañana partimos de excursión al valle de Hutt, almorzamos en Waikanae y seguimos a Rangiatea. La visita a este último punto generó en nosotros una gran curiosidad sobre el mundo maorí. Los maorís o maories, eran polinesios que, procedentes de Samoa, arribaron a Nueva Zelanda por 1150. Caníbales, guerreros, navegantes de piragua con mascarón y falcas, sus descendientes vivían sobre todo junto al lago Taupo. No eran altos pero sí robustos. Sus facciones eran duras, su cabello lisótrico y su inteligencia vivaz. Los jefes tatuaban profusamente su rostro. Los guerreros retaban a sus enemigos sacando la lengua. Su arma predilecta fue la porra y la maza espatular. Sus construcciones de grandes postes tótemicos, eran de madera tallada adornada o incrustada. Con ello desarrollaron un arte único, inconfundible. Las mujeres, sin ser feas, nunca tuvieron fama de hermosas. Sus bellezas gruesas acusaban mezcla melanésica. Hoy los maorís no pasan de 165.000 y buen número de ellos mora en la gran reserva del lago Taupo.

El domingo fuimos al monasterio redentorista de San Gerardo, desde cuya biblioteca se tenía la mejor vista de Wellington. Por la tarde visitamos el Monumento a los Caídos y al Museo de Historia Natural. Aquí encontré disecado al moa, ave corredora gigante que tenía dos veces mi estatura. Y nunca voló por tener las alas atrofiadas. Se extinguió en el siglo XIX, luego de inspirar el Ave Roc a los viajeros árabes, aunque esta última volaba y la ubicaban en Madagascar. La antítesis del moa era el kiwi, pájaro sin alas que perdura hasta hoy, de pequeña figura y que pone un huevo de dimensión excepcional si se le compara con el tamaño del pájaro.

Por la mañana, olvidaba de contarle, fue el desfile de los cadetes. Gustó tanto la marcha *Los peruanos pasan* que a la caída del sol se allegó mucha gente al muelle y pidió que la banda la ejecutase. Escuchada una vez, pidieron dos veces más que la volviesen a ejecutar y aun así la gente se fue insatisfecha.

Por la noche fue la fiesta de a bordo. Todos los asistentes fueron blancos, ataviados al más puro estilo occidental y con la última moda londinense.

La mañana del lunes Hermann Buse y yo fuimos al National Art Gallery and Dominion Museum. Allí pasamos todo el día tomando apuntes para la Historia Marítima Nos detuvimos en las secciones asignadas a las islas Salomón y a las islas Marquesas descubiertas por Álvaro de Mendaña. La cosecha fue magnífica.

El 28 de febrero estaba señalado para zarpar. Esa mañana, minutos antes de partir, nos sorprendió un hecho singular. Venían como treinta mujeres maoríes por el muelle formando alegre grupo, y al frente de ellas un marinero del buque. El hombre venía cargado de paquetes y regalos. Las mujeres, todas muchachas, le guardaban reverencia y gratitud, lo llenaban de atenciones. Pero llegado el momento de la despedida salió una vieja del grupo, la que hasta entonces había pasado inadvertida, y abrazándose al marinero no lo quería soltar. Las muchachas aplaudían y la vieja lloraba. Poco tardamos en concluir que era con la vieja con la que el marinero había-vivido el romance.

Zarpamos a las diez de la mañana, mientras la banda en la cubierta de popa interpretaba *Los peruanos pasan*. En el muelle, como siempre, muchas jovencitas con pañuelos lloraban y despedían a los marinos. Ese martes 28 de febrero se vivió 48 horas por cruzarse por la tarde el meridiano 180. Los cadetes seguían entregados a sus prácticas y estudios; los oficiales, luego de sus guardias, jugaban a los naipes en la cámara. Los albatros, que nos seguían desde Melbourne, aprovechaban las corrientes de aire causadas por el buque y comían los desperdicios arrojados al mar.

El miércoles hubo «mar boba» y el viernes, maliciándose algo nos abandonaron los albatros.

El sábado 4 de marzo el mar se puso inquieto y el cielo se oscureció. Hubo viento, balance, platos rotos, las sillas se movieron solas, las lumbreras se cubrieron de agua, la cubierta fue alcanzada por las olas y su espuma salpicó el puente. En el comedor la sopa se sirvió en dos tiempos, los vasos se llenaron solo hasta la mitad y los panes corrieron sobre la mesa. Los cubiertos, por su parte, cayeron varias

veces al suelo. El movimiento del buque se acentuó. Se prohibió salir a cubierta y se tendieron cabos de seguridad. Arreció la lluvia, la cubierta de proa brillaba de puro mojada.

El domingo el mal tiempo se trocó en tormenta. La proa se hundía en el mar, las olas barrían la cubierta. El desayuno se tomó de pie, con los pies separados y los brazos abiertos haciéndose equilibrios inusuales. El resto de la mañana el buque se siguió moviendo y las olas estrellándose contra su casco. El cielo se oscureció, aparecieron nubes negras. Las cosas sueltas cambiaban de ubicación, las que estaban en lo bajo se desplazaban, las que estaban en alto se caían, las colgadas pendolaban.

Todo el día se pasó así, pero por la tarde, sobrevino un balance fortísimo y salieron despedidos de sus sillas los oficiales que estaban en la cámara, estrellándose contra la radiola (que se inutilizó a partir de entonces) y rodando por el suelo. El buque escoró peligrosamente, recuperándose con fuerza y arrojando a la gente contra los mamparos. Terminamos caídos, rodando, golpeados. En algún momento disminuyó el vaivén y aproveché para ir a mi camarote para asegurar mis bultos, topándome con Hermann Buse que iba a lo mismo. Pero sobrevinieron más balances y nos tuvimos que quedar en un pasadizo con otros tripulantes. Separamos los pies, extendimos los brazos y así, como arañas en sus telas, permanecimos dos minutos hasta que amainó el movimiento y pudimos caminar. Cuando por fin llegamos al camarote, éste era un caos. Mis bultos seguían asegurados, pero los de mi amigo rodaban por el suelo. Sus botellas de vino australiano se habían quebrado y sus frascos de perfume francés destinados a su esposa e hija también estaban rotos, A todo esto los bandazos arreciaban y aferrados a las literas tratábamos de evitar los golpes. El temporal estaba en su apogeo. Nunca habíamos vivido una situación igual.

Volví a la cámara y pasé por el comedor. Allí los mayordomos recogían los platos rotos y acordelaban las sillas entre sí haciéndolas rodear las mesas empernadas. En la cámara el carpintero se empeñaba en quitar las patas a la radiola para asegurarla

en una esquina. Los médicos fueron llamados para curar a los cadetes accidentados, mayormente contusos. Como continuaron los bandazos me fui a mi litera, necesitaba descansar. La noche fue larga. Dormí poco, dormí mal.

El lunes mejoró la situación, el martes amainaron los bandazos, pero el miércoles, cuando a las seis de la tarde pasamos frente a la isla de Rapa, el mar seguía movido. Recién el jueves volvimos a la normalidad. A eso del medio día pasamos frente a Pitcairn, la de *El motín de Bounty*, isla donde todavía vivían los descendientes mestizos de los marineros amotinados en 1770.

En lo sucesivo se regularizó la vida de a bordo. Se restablecieron las clases, conferencias y charlas que se habían suspendido por el temporal. Empezó todo con la conferencia de Hermann Buse sobre la isla de Pascua. Hasta entonces Buse, conforme nos aproximábamos a un lugar, se esmeraba en hacernos su presentación. Sabía mucho, tenía un saber enciclopédico y lo que nos llegó a decir entonces fue mas o menos lo siguiente.

Pascua, a la que los ingleses llamaban Easter Island y sus habitantes Rapa Nui, era la isla más solitaria del mundo. Tenía veinte volcanes apagados y los principales eran el Rano Kao, el Rano Aroi y el Rano Raraku. La isla había sufrido una primera invasión, los Orejas Largas, los cuales habían construido el templo de Vinapú y esculpido los famosos monolitos llamados *moai*. Pero luego vinieron dos oleadas de navegantes polinesios, los Orejas Cortas, procedentes de las Marquesas y de las Tuamotú. Encontraron a los Orejas Largas. Primero vivieron en paz, luego lucharon contra ellos Y finalmente los aniquilaron, perdonando solo a uno del que quedaba una rala descendencia. La isla había sido posteriormente visitada por varios navegantes europeos: el inglés Eduard Davis (1687), el holandés Jacobo Roggewen (1722), el español Francisco González de Haedo (1770), el inglés James Cook (1774), y el francés Juan Francisco de La Perouse (1786). Por 1860 unos barcos que izaron la bandera peruana, apresaron con engaños a bastantes isleños y los llevaron al Perú, para suplir a los esclavos negros libertos y trabajar en la extracción del guano; la mayoría de los pascuenses enfermó y murió en el Perú, pero unos

pocos fueron devueltos a su isla llevando como presente la viruela... En la actualidad la isla pertenecía a Chile desde 1888, poseía un leprosorio y se había llevado ganado para aprovechar los pastos.

Algún cadete preguntó por la flora insular y Buse le respondió que era muy pobre, subrayando que al camote los nativos llamaban *kumara*, como en el Ande septentrional; otro le preguntó por la fauna y le contestó que misérrima, todos animales muy pequeños, el más grande había sido un roedor extinguido, el *kioe* o *kuoe*, similar a un cuy, con cuyo nombre quechua había un caprichoso parecido.

El martes 14 de marzo, a las seis de la mañana apareció Rapa Nui, la isla de Pascua. El mar era añil, el cielo azul y el sol naranja fuego. La ínsula se presentó como una mole morada con precipicios junto al océano, llanuras en su parte media y en lo alto cráteres recortados. Era un peñón solitario en la inmensidad del Pacífico.

Surgimos en la bahía de Hanga Roa. Pese a estar anclado el buque se movió bastante. Vista de cerca, la isla se mostraba cubierta de pastizales pajizos y salpicados de rocas negras. Al frente, ante nosotros, estaba Hanga Roa, la capital isleña, conjunto de casas pobremente construidas, dispersas, sin configurar calles ni plazas. Estas casuchas eran de colores —amarillas, verdes, azules— con techos de dos aguas de calamina roja. La iglesia, en cambio, tenía el campanario de color blanco. Las playas eran abruptas. Las olas rompían contra rocas negras y estallaban en nubes de espuma.

En una lancha de la armada chilena viajamos a tierra. La tripulaban dos marineros pascuenses, el del gobernalle muy conversador. Hablaba el español de los chilenos, pero con el acento subyacente de su lengua polinésica. Mi amigo Buse, más por tantearlo que por instruirse, le preguntó que había de interés en la isla y el marinero le respondió sin titubeos: los monos ¡Cómo! exclamó Buse, ¿Acaso hay monos en la isla? El marinero lo miró extrañado, casi compasivo, y le contestó: Claro que sí, son famosos ¿Y cómo son? Insistió Buse extrañadísimo. El marinero elevó los ojos y respondió: de tres, cuatro y hasta siete metros de alto. Buse se quedó perplejo, estupefacto. Después de haber afirmado el día anterior que el animal más grande era un roedor insignificante ahora el panorama era otro. Recién se enteraba que había si-

mios en la isla y, además simios enormes. Pero cuando ya los imaginaba como gorilas u orangutanes, el marinero pascuense recapacitó, reaccionó con sorpresa y sencillez: jah, —dijo—, es que ustedes los llaman monolitos! La carcajada fue general.

En Hanga Roa nos recibió el Gobernador de la ínsula, marino de la escuadra chilena, Alcalde o ex-Alcalde Pedro Atán, último descendiente de los Orejas Largas, el capuchino bávaro Sebastián Englert, Vicario de la isla y gran estudioso de su pasado, y algunas personas más. Se mostraron muy amables y nos invitaron a recorrer la isla. Aceptamos gustosos y los historiadores con los oficiales subimos a una camioneta. Los cadetes lo hicieron en camiones. Acomodados de este modo partimos a Vinapú, el resto arqueológico y arquitectónico más notable de la ínsula.

Vinapú había sido un santuario de regular tamaño, sin duda era muy viejo, pero algo reconstruido. Era todo de piedra volcánica, por lo que tenía una tonalidad plomiza, violácea. La parte reconstruida, enchapada, tenía su fachada hacia el mar. Era fachada de piedra tallada, pulida, encastrada con perfección. A primera vista el muro causaba singular impresión: recordaba los muros incaicos. Incluso tenía las esquinas redondeadas. La fachada me recordó el Cusco, las piedras embutidas me trajeron a la mente el Palacio de Coracora, abogado a Inca Roca, las aristas curvadas del Palacio de Pucamarca, del Inca Túpac Yupanqui. Lo callé, pero siempre pensando en la expedición de este último, le pregunté por él al estudioso capuchino. Lo consideró personaje ajeno a la isla, Pedro Atán, por su parte, ni siquiera lo conocía.

Esa misma mañana visitamos en Aka Hanga la tumba de Hotu Matua, el rey polinesio que llegó a Pascua y la llamó Rapa Nui. La sepultura del rey de los Orejas Cortas era un túmulo de tierra sin señal alguna, pero, la tradición isleña aseguraba que el monarca yacía allí.

En otro momento estuvimos en Vaihú, iniciándose la presencia de los gigantes de piedra. Eran esculturas antropomorfas, de medio cuerpo para arriba, altas, enigmáticas, que tenían a sus costados grandes cilindros de toba colorada que alguna vez coronaron sus cabezas. A estos tocados de piedra roja llamaban los isleños *pukao*, lo que no dejó de llamarme la atención porque *puka*, es colorado en lengua

quechua. Los colosos tenían rostros cadavéricos, hieráticos, no exentos de majestad. Sobre sus constructores nadie sabe nada, solo explican que hubo grandes guerras intestinas y que, consecuencia de ellas, muchos moais fueron derribados, quebrados, enterrados, destruidos.

Mientras recorríamos la isla en los vehículos, vimos varios cercos de piedra para guardar ovejas. Pregunté a Pedro Atán, que viajaba junto a mí, como llamaban en la isla a tales cercas. Me respondió con una sola palabra: *pirca*. El vocablo quechua estaba allí con toda su pureza fonética pero acaso había sido llevado por los chilenos, quienes también lo utilizaban igual que en el Perú: corral de piedras.

Por la carretera apisonada llegamos al Rano Raraku. Mi sorpresa fue indecible cuando vi la falda del volcán sembrada de moais. Sus cabezas gigantes, con las órbitas vacías, miraban al infinito. Las esculturas eran muchas. Trepé la falda del Rano Raraku y me perdí en una asamblea de gigantes. Eran de toba ígnea, material granulado, poroso, oscuro. En el volcán que visitaba estaba el taller donde los esculpían. Había moais en pleno proceso de elaboración. Su hechura había sido interrumpida. Seguí escalando. Las estatuas representaban siempre cabezas humanas, masculinas, delgadas, alargadas, solemnes pero inexpresivas. Sus frentes eran breves, sus narices rectilíneas y aplastadas, sus labios finos y delgados... sus orejas eran largas. Eran rostros pomulosos, con el arco superciliar pronunciado, carecían de cabellera, tenían nuca vertical. Tales rostros más era lo que callaban que lo que decían. Algunas esculturas se prolongaban hasta el pecho, mostrando hombros escuálidos y brazos mal hechos. No todas las estatuas estaban de pie. Repito, las había derribadas, quebradas, sepultadas, destruidas, también hundidas e inclinadas.

Desde lo alto del volcán contemplé casi toda la isla. Me extasié haciéndolo. Tu vieron que gritarme para que volviera a la realidad. Con mi mente llena de pensamientos regresé callado a Hanga Roa. Rapa Nui era Oceanía pero tenía algo de América, algo del Perú. Y esto que aquí escribo y que entonces callé fue lo que pensé cuando estreché la mano despidiéndome de Pedro Atán, el último de los Orejas Largas. ❧

XVIII

El Amazonas

El río Napo

Con el objeto de representar al Perú en la Expedición Francisco de Orellana que el navegante español Vital Alsar Ramírez planeaba sacar del río Coca, Ecuador, el doctor Carlos Peñaherrera del Águila, geógrafo, y el que esto escribe, historiador, fuimos notificados por el Ministerio de Relaciones Exteriores para marchar a la Amazonía y participar en la aventura.

Para tal efecto viajamos en un avión de Aero Perú a la ciudad de Iquitos y de allí a la guarnición militar de Cabo Pantoja en un hidroavión monomotor. Con este último estuvimos a punto de finar, pues volando por la selva que orilla el río Napo topamos tres tempestades sucesivas o la misma tempestad tres veces, y en una de ellas, estando dentro de una gran nube negra cargada de electricidad, perdimos altitud sin sentirlo, saliendo en peligrosa picada sobre una choza de nativos que nos miraban aterrados al tiempo que diez o doce gallinas blancas de su propiedad corrían despavoridas ante el ruido y la sombra del avión. Estábamos a 80 metros de altura y no nos habíamos percatado.

Por fin, llegamos a Cabo Pantoja, donde recibidos por el Coronel Jorge Miranda Guille, jefe militar de la región, fuimos alojados muchos días con la intención de esperar allí a la Expedición Francisco de Orellana. A estas alturas las noticias

eran contradictorias y decepcionantes. Se decía, por ejemplo, que la expedición había sido suspendida hasta nuevo aviso; después vino la novedad de que había sido cancelada. Pero un día, desmintiendo rumores y vaticinios, se presentaron en el horizonte del río tres navichuelos con arboladura el *Cantabria*, el *Quitus* y el *Ana de Ayala* y al frente de ellos el jefe de la expedición: Vital Alsar.

La cañonera *Marañón* de la Armada Peruana encostada en Cabo Pantoja, recibió al navegante en su cubierta y esa tarde, al momento que caía el sol, los dos peruanos fuimos formalmente reconocidos representantes del Perú en la Expedición Francisco de Orellana. Luego pasamos a la cámara de oficiales del buque y allí, entre humo de tabaco y tazas de café, Vital Alsar, a pedido general, relató sus hazañas náuticas: un viaje en balsa al archipiélago de Galápagos (1966) y otros dos, también en balsa, de Guayaquil a Australia (1970 y 1973). Con 43 años de vida el español era un hombre consagrado al océano.

Zarpamos de Cabo Pantoja el domingo 17 de abril de 1977, a eso del mediodía. De este modo fue quedando atrás Cabo Pantoja y nos adentramos en el Napo, con razón llamado el Río de las Islas. Avanzábamos, al remo y a la deriva, bajo un sol abrasador.

Se nos señaló la litera, acomodamos nuestro reducido equipaje, se nos advirtió que las órdenes se obedecían sin chistar y que el trato a bordo era siempre de «tú». Luego salimos a cubierta para familiarizarnos con las costumbres y ubicar los puestos de maniobra. Teníamos 24 horas para aprender, por que cumplidas ellas, seríamos dos tripulantes más en todo iguales al resto.

Nuestros compañeros eran: Andrés, un muchacho mexicano que soñaba con ser navegante solitario; Vicente, otro muchacho español que planeaba montar su propia expedición al Amazonas; y Paco, un catalán que se conformaba con vencer al Atlántico. El capitán era Marc Modena, cincuentón y francés meridional, hombre que en su juventud había unido el Canadá con Inglaterra en una balsa. Nuestra nave era la capitana, pues —según los usos quinientistas— en ella viajaba el Jefe de la Expedición Vital Alsar, a quien correspondía el título arcaico de Capitán General.

Hablando de la embarcación, tendríamos también algunos detalles que ofrecer. Era una lancha-galeón de hasta 12 toneladas y respondía al nombre de *Cantabria* por ser Vital Alsar cántabro de Santander. La nave recordaba un carabelín quinientista y estaba toda construida en madera. Tenía castillo de proa con dos anclas de hierro, cubierta con caseta de caña que oficiaba de comedor, castillo de popa con timón de codaste, y bajo la cubierta el sollado donde se dormía y guardaban los víveres. Dos mástiles con sus escalas de cuerda alcanzaban al barquillo cierto aire de goleta; el delantero era el mayor, tenía su cofa para el vigía y un asta para el pabellón. Por las bordas salían cuatro remos recios y largos, dos por banda, cada uno a cargo de un bogador. La cocina quedaba junto al castillo de proa. El piso estaba lleno de cornamusas para atar las cuerdas. El *Cantabria* medía 10 metros de eslora y 3 de manga, siendo su calado de aproximadamente, 3 pies. El timón de codaste regía los destinos del barquichuelo, pero como ante el viento y la corriente del río resultaba en veces insuficiente, los remos se encargaban de enrumbar su perdida dirección. Este era el barco que —encabezando a sus dos congéneres— iba a salir victorioso del Napo y del Amazonas.

El Napo peruano se contaba a partir del Aguarico y sus aguas terrosas corrían a un promedio de 3 nudos. El río medía 650 kilómetros de largo, oscilando su ancho entre 1.500 y 3.000 metros. Lo navegaban en tiempo de creciente y este era el motivo por el que avanzábamos a la par que grandes árboles a la deriva. Troncos enormes competían con el «Cantabria»; otros se atascaban en su recorrido y formaban palizadas. En seis días vencimos al Río de las Islas, fueron seis días de duro navegar.

El Río Grande

Al Amazonas ingresamos el 23 de abril, a eso de las dos de la tarde. Lo hicimos entre bancos de hierba flotante y manchas de plantas acuáticas de extraordinario

verdor. Las aguas del gran río —hoy reconocido el más grande y caudaloso del mundo— se mostraron movidas y procelosas. El Amazonas era diez veces más largo que el Napo y cinco o siete veces más ancho, pero por el momento postergamos las apreciaciones hidrográficas porque, descorchando una botella de pisco, los peruanos invitamos a un brindis por ese gigante fluvial descubierto por el Perú, desde el Perú y para el Perú.

La vida a bordo se distribuía como sigue. Al toque de campana se despertaban todos a las 6 a.m., entonces terminaba la última guardia nocturna y se servía el desayuno. Se zarpaba levando áncoras y empujándonos con pértigas, luego echábamos mano a los remos y poníamos la embarcación al centro del río. El turno de los bogadores era, aproximadamente, un par de horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Mientras dos o cuatro remaban los restantes llevaban el timón de barra, vigilaban la presencia de muyunas o remolinos, advertían la proximidad de quirumas o palos clavados, prevenían de troncos a la deriva o señalaban el devenir de los palizadales. Pese a todas estas precauciones, encallamos dos o tres veces en bancos de fango y dimos diez o doce vueltas en remolinos migratorios, pero a fuerza de remos volvíamos a retomar velocidad y liberándonos de los obstáculos, continuábamos río abajo festejando ruidosamente nuestro triunfo sobre la Naturaleza. Lorenza, la lora de a bordo, era la que más contenta se ponía y gritaba hasta enronquecer. Cuando la rutina volvía a posesionarse de todos era porque estábamos ejecutando otras tareas: se acomodaban las cuerdas, se alisaban los cabos, se baldeaba la cubierta, se aireaban las provisiones, se hacían labores de carpintería y —un día a la semana— cumplía cada hombre con su turno de cocina. El descanso era, generalmente, luego de almorzar. Entonces, siempre con dos remeros alertas, nos dejábamos llevar a la deriva, gareteando de este modo hasta que un grito de alarma nos hacía correr a los puestos de maniobra. La hora más temida era las 6 de la tarde, pues con el último rayo de luz, teníamos que encostar la embarcación en el sitio donde había de pasar la noche. Encostarla era acoderarla a una orilla y asegurarla con cuerdas a los árboles. Al tiempo de estar ya todos con las pértigas en las manos

y las cuerdas listas, dos de los tripulantes más jóvenes se lanzaban al agua y pugnaban por nadar hasta la ribera. Al barquichuelo a todo esto, se le había hecho virar en redondo y su proa quedaba frente a la corriente, lo que lo frenaba en algo. Pero vencido el punto de inercia retomaba su velocidad, los árboles de la orilla volvían a desfilar cada vez más a prisa y la sensación de angustia dejaba entrever el naufragio. Sí las cuerdas arrojadas a los nadadores no eran atadas prestamente, el barco seguía cobrando más y más velocidad hasta estrellarse con un tronco clavado en el agua o un árbol que emergía del río. Y el golpe en estas circunstancias resultaba terrible pues crujían las cuerdas, se curvaban los mástiles, se rompían las cuerdas, se quebraban los remos, los objetos salían despedidos y los hombres rodaban por el suelo. En ese minuto fatal, siempre había cinco segundos de lucidez para presenciar como Lorenza, la lora parlanchina, describiendo una parábola y desde el palo mayor caía al río gritando histéricamente... Luego nos levantábamos, atábamos el navichuelo lo mejor que podíamos, alguien se lanzaba al agua a rescatar a la lora y todos echaban maldiciones y palabrotas. Puestos en orden, vale decir, lograda la calma, secada la lora, limpio el aire de toda frase mal sonante, se volvía a poner las cosas en su sitio y se improvisaba la cena, se comía con voracidad, se distribuían las guardias nocturnas y nos dormíamos hasta el siguiente amanecer.

Las guardias nocturnas tenían un aliciente especial. Nos advertían que cuidásemos no subieran hormigas gigantes por las cuerdas que nos ataban a la orilla, asimismo que diéramos voces de alerta si algunas serpientes caían en cubierta desde lo alto de los árboles. No tuvimos malas experiencias al respecto, en cambio fuimos testigos de muchas sensaciones hasta allí desconocidas. La lenta natación de los bufeos, la inmersión sonora de los bagres, el croar de los sapos cantores, la posible aparición de un manatí y el pesado desfilar de unos caimanes constituyeron las sorpresas en el agua. En el aire fueron las luciérnagas iridiscentes, las mariposas aleteantes y esmaltadas, los mosquitos integrantes de mil castas y los quirópteros enormes. En la tierra de la orilla se logró advertir el furtivo avanzar de los puercos de monte, sajinos y sachavacas, que quebraban ramas a su paso y abrían trocha para otros cuadrúpedos

menores. Hubo extraños silbidos de serpientes, escasos chillidos de primates y el nervioso masticar de los roedores. Los pájaros de la noche no eran muchos, pero a la luz de esa luna de plata que solo he visto en la Amazonía, las bandadas de murciélagos destacaban sus negros cuerpos contra las estrellas parpadeantes. En realidad las sombras y perfiles fueron pocos comparados con los ruidos de la jungla. Se oía todo. El ruido de la lluvia que caía, el ruido de los truenos que bramaban, el ruido de los vientos que venían, el ruido del temporal que se marchaba, el ruido de los árboles crujientes, el ruido de las ramas desgarradas, el ruido de las hojas volantes y cayentes, también el ruido de la tierra lamida por el río... Si conteníamos la respiración para escuchar mejor, también oíamos los latidos de nuestro corazón extasiado. Las guardias nocturnas fueron muchas, pero cada una tuvo su especial encanto.

La comida fue cosa aparte. Se comió de todo, en especial plátanos y yucas. Escasó la carne, pero pescábamos bagres del río, animalejo de cráneo chato y facciones de batracio que adornaba su frente con antenas y tentáculos. A la ingestión de estos peces renunciaron muchos por una razón cultural: estaban acostumbrados a comer pescado con espinas pero no espinas con pescado. No pudimos arponear un solo paiche ni atrapar una tortuga, los monos fueron los grandes ausentes del viaje y, por tanto, de la olla. Abundaron, en cambio los frutos extraños: algunos marcadamente dulces, otros incómodamente amargos, habiéndolos igualmente de magnífica presentación pero que carecían de sabor. Hubo asimismo miel silvestre.

Algo anecdótico ocurrió un miércoles que yo tenía a mi cargo la cocina. Pasó caminando la lora por un cordaje que corría sobre la olla de sopa y dejó caer su excremento. Para ser breve, acertó. Mis escrúpulos afloraron con intensidad. Debía confesar lo ocurrido y dejar a todos sin sopa o callar y servir el plato como si no hubiera pasado nada. En el primer caso la frustración iba a ser muy grande pues todos habían remado horas y el apetito era apremiante. Me decidí por lo segundo, confiando en que el último hervor de la sopa matara los microbios, bacterias, bacilos y virus. Pero al momento de servir, en la fila de comensales y a su turno, se presentó Carlos Peña Herrera con su plato vacío. Yo lo obvié y le dije con energía: «A ti, no».

Y seguí sirviendo la sopa. Mi amigo lo tomó a mal, se molestó y llegó a increparme: «¿Qué te he hecho yo para que me niegues la sopa?» Le dije que le hablaría luego y seguí distribuyendo el almuerzo. Diez minutos después recién pude hablar con mi amigo y le conté la verdad. Entonces fue que calmado, sonriente y agradecido comió solo frejoles, que era el segundo plato del almuerzo.

De las tres comidas del día la más pintoresca era la cena. La hacíamos en la caseta de cañas que oficiaba de comedor, a la luz de un lamparín de gasolina que atraía a todo tipo de insectos. De este modo llegaban al comedor la diminuta manta blanca, mosquitos succionadores, moscas iridiscentes, voraces zancudos, negros avispones, rechonchos abejorros y la sin par mantis religiosa, el insecto más grande que me ha sido dado conocer. También acudían las arañas y tejían sus telas en las cercanías de la luz para atrapar a los pequeños e incautos voladores. Sin embargo, los infaltables a la comida nocturna fueron los grillos y saltamontes. Venían en cantidad y no se quedaban quietos hasta acabar flotando en la sopa. Nos acostumbramos tanto a su presencia, que al final los apartábamos a la orilla del plato, casi con cariño, y continuábamos ingiriendo el caldo caliente salpicado de fideos.

Los cubiertos y los platos se lavaban tarde, mal y nunca. En todo caso se cumplía con lavarlos en el único cubo de a bordo. El cubo en cuestión servía también para sacar agua del río, echárnosla encima a manera de ducha, baldear la cubierta recalentada por el sol y, asimismo, para lavar la ropa sucia; y no era solo ropa sucia en muchos casos, sino ropa sucia de individuos que estaban sufriendo una tenaz epidemia de hongos cutáneos.

La bebida también tenía su historia. Se bebía agua pero podía alternarse con limonada agriada por el calor ambiental. Una y otra brotaban de cerrados recipientes conllevando en el curvado chorro moscas, mosquitos, gorgojos y pequeñas cucarachas. Agua y limonada se bebían en unos jarritos de hierro enlosado que colgaban sobre la mesa de comer. Los jarritos no gozaban de higiene mayor, porque también servían para enjuagarse la boca, hacer gárgaras y, por la noche, para que alguno guardase furtivamente su dentadura postiza en el interior de uno de ellos.

El Río Negro

En medio del paisaje y del ambiente que hemos visto transcurrió toda la navegación. Al remo y a la deriva, otras veces abarloados, progresamos por el Río Grande de las Amazonas como lo hicieron los aventureros del siglo XVI. Enfrentamos los temidos temporales en los que el río se enfurecía y la selva se angustiaba, las serenas calmerías de calor terrible, también los días intermedios de niebla y opacidad. Pero nuestros barquichuelos seguían navegando y la corriente nos iba acercando al mar. Pasamos de este modo por Leticia, puerto colombiano, y Tabatinga, primer puerto brasileño al que siguieron las ciudades de Tefé —a orillas de un lago hermosísimo— y Coarí, de gran tráfico mercantil. Tocamos naturalmente, en otros puntos que pecaron de primitivos, no solo alejados de la civilización sino carentes de vida humana, mas el río, siempre el río, fue el personaje principal.

Así cruzamos frente a la desembocadura del Purús, también ante la del Río Negro. Por este último empezamos a subir. Sus aguas eran negras de verdad y el sol estaba en su ocaso. La oscuridad de la noche fue mayor y todo se confabuló con las tinieblas. Largas horas gastamos en seguir surcando el río ennegrecido hasta que, habiendo subido varios kilómetros en su negrura, apareció encendida y luminosa la ciudad de Manaos con sus edificios elevados y letreros luminosos, sus multitudes algarábicas y su policromía tropical... Personalmente no corrí el riesgo de incurrir en alegría: en Manaos, los peruanos, teníamos orden de despedirnos de la Expedición Francisco de Orellana y de sus amigables integrantes, de terminar con esa vida de aventura, de siempre navegar hacia el nacimiento del sol... Todo ello terminaba allí... Por eso es que no me alegré de ver Manaos desde la airada proa del *Cantabria*.

Mi presencia en la Expedición me permitió muchos reencuentros con las crónicas y documentos antiguos. En primer lugar comprobé, con no poca satisfacción, que mis cálculos cronológicos sobre el viaje de los «amazonautas» eran exactos. No hubo nada que corregir en ellos. También adquirí una noción muy clara sobre lo

que habían sido los «bergantines» y su desplazamiento fluvial. Finalmente aprecié que había tres personajes vinculados tempranamente a la selva nuestra: el Inca Túpac Yupanqui, su primer explorador, el capitán Francisco de Orellana, hallador del Río Grande, y Lope de Aguirre, su segundo navegador. Era una trilogía difícil de equiparar: el emperador avezado, el capitán desleal y el orate sanguinario. Eran hombres muy disímiles, pero la verdad es que todos habían hecho lo suyo para que una parte de la selva amazónica terminara siendo peruana. ☞



En la Antártida, febrero de 1988, con dos costillas de ballena y unas vértebras que luego adornaron su oficina de la PUCP.



4 de enero de 1988. Antes de zarpar en el Callao, con sus hijas Laura Sofía y Rosa María.

XIX

La Antártida¹

El viaje

Lunes, 4 de enero de 1988. El *Humboldt*, acoderado en la Base Naval del Callao, se mecía suavemente. Era su día de zarpe a la Antártica llevando la Primera Expedición Científica. Pasamos [...] ante no menos de diez buques de la Armada surtos en la bahía, todos con su pabellón al tope y tripulaciones formadas. Saludaban al *Humboldt* que partía al austro, pero también rendían honores al Presidente de la República, aunque no estaba esto en lo programado. Se avanzó hacia el cabezo de la isla de San Lorenzo —la Shina de los navegantes mochicas, la isla de los Lobos de los marinos españoles—, pero no se llegó a doblarlo, porque a las 12:30 del día, estando ya lejos del puerto, se detuvo la nave. Aquí se despidió el Presidente, bajó con su comitiva y acompañantes navales por la banda de estribor, y pasó a una lancha que le tenía preparada

¹ José Antonio del Busto no llegó a escribir este capítulo para su libro de memorias personales. La enfermedad le impidió cumplir con el propósito de redactar el relato sobre la expedición a la Antártida. No obstante, el autor publicó en 1989, en el Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, un libro titulado: *Los peruanos en la Antártida*, en el que narra los pormenores del viaje al «continente blanco». En atención al respeto a la pluma y la redacción que debemos al maestro del Busto, hemos creído conveniente ofrecer aquí pasajes de ese trabajo, por cierto, seleccionando los más representativos. Véase: Busto Duthurburu, José Antonio del, *Los peruanos en la Antártida*. Lima, Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 1989.

la Marina. También se ubicó allí el Comandante Jorge Brousset Barrios, quien nos alcanzaría más adelante. Sonó la sirena del *Humboldt*, arreciaron los motores y el barco y el barco tornó a ponerse en movimiento. [...] estábamos ya en la Primera Expedición Científica Peruana al continente austral.

El continente

Viernes 22 de enero de 1988. Sería la una de la madrugada cuando pasamos Bahía Desolada y el canal O'Brien para ingresar al canal Ballenero. El mar, que estaba picado desde ayer por la tarde, se puso más inquieto, lo que ocasionó movimiento en el buque, corriéndose las cosas de su sitio, cayendo los libros de las mesas y cambiando las sillas de ubicación. Varios científicos se levantaron para asegurar sus instrumentos y alguno, asustado, preguntó si el mar era siempre así. Se le tranquilizó diciéndole que algunas veces era peor.

Desde temprano —igual que ayer al doblar la península Brunswick y al navegar el canal Cockburn— hizo fuerte niebla en las partes altas, perdiéndose la grandiosidad de las montañas pero conservándose la visibilidad del derrotero. Son de singular hermosura los glaciares o ventisqueros que lucen grietas azuladas con sectores proclives al ocre y al rosado. El hielo azul turquesa es el más antiguo, tiene cientos o miles de años y está duro como el acero. Es frecuente que de estas lenguas gélidas inmensas se desprendan trozos de hielo que terminan flotando en el mar. Al verlos alguien creyó que se trataba de los primeros hielos antárticos, arrastrados tempranamente hasta allí, pero pronto se le sacó del error.

Pasamos la frontera chileno-argentina, a las nueve y media de la mañana, minuto más, minuto menos. La soledad magallánica parecía el preludio de la soledad polar. Ahora las crestas con nieve se ven también a estribor. El cielo sigue gris, no hay atisbos de sol. En este paisaje poco alegre apareció Ushuaia, una urbe asentada

en la falda de un nevado. No parece una gran ciudad, pero es una ciudad, y eso la convierte en la ciudad más austral del planeta. Alberga cerca de 30,000 habitantes, está detrás de una península y se enclava en una pequeña bahía, tranquila por añadidura. Pasamos tan lejos de ella, y además, tan rápido, que todo lo que se puede añadir sería exageración o fantasía. Al sur está la isla Navarino y hacia el este la bahía Mejillones. Aparece luego puerto Williams, con casitas amarillas de techo rojo, iglesia torreada y edificios verdes. Se trata de una base naval. La avistamos a las doce y quince y pasamos frente a ella a las doce y treinta.

A las cuatro y quince de la tarde entramos al paso Drake, llamado así en honor al corsario inglés que llegara a las costas del Perú y luego diera la segunda vuelta al mundo. El movimiento del *Humboldt* hizo notar que estábamos en el temido tramo marino, encrucijada de vientos y corrientes por no decir reñidero constante del Atlántico con el Pacífico.

Sábado, 23 de enero de 1988. El continente antártico que íbamos a visitar medía 14 millones de kilómetros cuadrados, conformando con ellos una superficie igual a la de Estados Unidos y México. Los dos tercios de su perímetro estaban con hielo permanente y en invierno este hielo duplicaba su extensión al congelarse el mar. El mar congelado llegaba hasta el paralelo 70 y la capa de hielo formada sobre él podía tener de dos a seis metros de grosor. Por este motivo se llamaba a la Antártida el Continente Pulsante, pues crecía su superficie helada de marzo a noviembre y decrecía de noviembre a marzo.

Podía añadirse que era el continente más elevado del mundo, llegando a soportar una masa de hielo de 4,800 metros de espesor, promediándose a este espesor en 2,700 metros. El peso del hielo era tal que había hundido en mucho al continente. Era un hielo de 18,000 años o más, que reconocía su origen en la última glaciación.

La Antártida es el más frío de los continentes [...], por lo demás, es el lugar más seco de la tierra. Lluvia hasta 200 kilómetros tierra adentro, el centro del continente solo recibe nieve en forma de copos que luego se convierte en hielo y los hielos en

glaciares. Puede parecer paradójico, pero la Antártida y el desierto del Sahara son iguales en precipitación pluvial: cinco centímetros cúbicos de agua al año por metro cuadrado. Las tormentas de nieve son fortísimas. Logran anular la visibilidad. También el cuerpo pierde calor y hay que abrigarlo para evitar su congelamiento. No se puede tener la mano desnuda a la intemperie, pues duele de frío y, precisamente, cuando deja de doler es que ha empezado a congelarse.

Domingo 24 de enero de 1988. [...] todo se dispuso para que a eso del mediodía se efectuase la primera cala de krill. Se hizo al sur oeste de la isla O'Brien, cerca de la isla Elefante. Lo cierto fue que localizada por el ecosonda la mancha de crustáceos, se lanzó la red y luego se dio la orden de sacarla. La red cayó vacía y salió con casi cien kilos de krill como una masa rojiza y goteante, bullente y pletórica de vida, pero poco a poco los crustáceos se dejaron de mover, muriendo la mayor parte por la presión ejercida por ellos mismos. A todo esto nevaba suavemente y cantidad de aves volaban sobre la popa del buque, apeteciendo un festín.

Se sacaron ejemplares para todos. Una gran parte se envió a los laboratorios, otra se llevó al comedor. Allí, los animalitos eran observados también empíricamente. Cada comensal tuvo el suyo, y el análisis no pudo ser más directo. Era el krill un crustáceo rojizo, en mucho parecido al camarón fluvial, pero sin tenazas. Tenía el largo de un dedo meñique y la mitad del grosor de éste. Poseía céfalo-tórax y abdomen. La cabeza era diminuta, con ojos protuberantes y negros. Exhibía bigotes y antenas, amén de catorce brazos articulados y flexibles dirigidos hacia delante para captar el fitoplankton, su alimento principal, y diez pares de patas peludas nacidas del abdomen.

Lunes 25 de enero de 1988. La tierra se va acercando. Hay playas pedregosas, promontorios oscuros, montañas de duro perfil. Ya se ve a los hombres en la base. Nos hacen señas, quieren indicarnos el mejor lugar para desembarcar. A las tres y cuarenta y cinco de la tarde pusimos el pie en la isla. Sentimos crujir la arena húmeda y gruesa bajo nuestras botas. ¡Estábamos en la Antártida representando al Perú!

Viernes 5 de febrero de 1988 (La isla del Rey Jorge). Hoy, a las diez y media de la mañana —en pleno estrecho de Bransfield, centro de nuestras operaciones—, el Comandante Brousset hizo comunicar por altavoz que se habían cumplido los objetivos de los programas de investigación y que el éxito había coronado todos nuestros esfuerzos; por tanto, agradecía a todos los científicos su labor y anunciaba, que prácticamente, podía darse por cumplida la misión de la Primera Expedición Científica a la Antártida. Todos nos sentimos triunfadores y una sensación de general satisfacción embargó el alma de los expedicionarios. En síntesis: volveríamos con la misión cumplida, nadie se podía dar por defraudado.

Domingo 7 de febrero de 1988. Retornamos a tierra a las tres de la tarde y concluimos la labor. A las cuatro, habiendo ya sol fuerte, se comenzó a dismantelar el campamento y, previo canto del Himno Nacional, se arrió el Pabellón. Este fue nuestro último día en la isla del Rey Jorge, la que, igual que el primero, seguía luciendo imponente. Nos alejábamos de ella y estaba por caer el sol. El glaciar estaba hermoso, las montañas señeras, la ensenada quieta y la bahía inmensa. El espectáculo era magnífico. Entonces fue que, a pedido del teniente Coronel Sánchez Ayala, puse nombres incaicos a los más- visibles accidentes del paisaje. A la bahía del Almirantazgo se le bautizó la bahía de los Incas, a la ensenada del campamento la ensenada de los Auquis, al glaciar gigante la barrera Pachacútec, a la montaña menor Huayna Cápac y a la más altiva Túpac Yupanqui. De este modo quedó el campamento Machu Picchu enclavado entre nombres indios del viejo Perú. Perduren o no los nombres, eso es cosa de los mapas.

Lunes 8 de febrero de 1988. Llegamos a Jubany (base argentina) a eso de las tres de la tarde, desembarcando casi inmediatamente. Como empezó el buque a navegar y yo estaba tan conforme de partir así, pretendiendo ver cómo se alejaba del archipiélago de las Shetland y del continente helado, salí de la Cámara de Oficiales. Eran las diez y la penumbra ganaba terreno. En la cubierta de popa, donde ahora

me encontraba, soplaba el viento y salpicaba el mar. El buque se movía y los montes oscilaban al tiempo que se iban haciendo pequeños. El barco navegaba veloz en su afán de vencer millas. Ya casi no había luz. Pero miré hacia lo alto y ví al Pabellón peruano que flameaba, que flameaba en dirección a tierra, que flameaba como si quisiera decir algo. Las banderas dicen mucho, pero no hablan. Sin embargo, entre el ruido del mar y los silbidos del viento, me pareció oír que la mía afirmaba: ¡volveremos!

El tornaviaje

Sábado 20 de febrero de 1988 (Valparaíso). Amaneció nublado. Desde el buque se ve Valparaíso como si le hubiera antepuesto un tul; su parte alta, sencillamente, no se ve. El tráfico de lanchas se ha reducido al mínimo. Recién a las diez y cuarenta y cinco empezamos a movernos, atracando en el muelle con facilidad.

Después del almuerzo, como era mi propósito, salí a caminar a Valparaíso. Anduve por sus calles empinadas, sus hermosos miradores y sus parques de ciudad presentación. Pero entre todos los parques tenía interés especial por uno, la Plaza de la Victoria, hecha para perennizar el triunfo chileno de 1879. Voces locales me dijeron con anticipación, no vaya, le va a resultar desagradable, terminará volviendo cabizbajo, dolido... No les hice caso y marché hacia la conmemorativa plaza. La hallé con facilidad y confieso que, sin haberla visto antes, le encontré un aire familiar. Fue lo que recordé haber oído en mi casa a los viejos: los chilenos se llevaron unos leones y una fuente de bronce. Efectivamente, allí estaban las esculturas leoninas y la pila de metal, traído todo como botín de guerra e instalados los felinos sobre pedestales recios. Todo el parque estaba lleno de vegetación y bastante cuidado. No era grande, tampoco pequeño. Pero por encima de estas apreciaciones secundarias, para muchos de nosotros tenía un significado especial. Junto a esa fuente y ante

esos leones habían jugado de niños nuestros abuelos, cuyos padres, por defender a la capital peruana, habían muerto. Porque Lima cayó después de dos batallas: la de San Juan y la de Miraflores. Una la dieron los militares, la otra los restos de ese ejército con los vecinos de la ciudad, y los vecinos fueron viejos, adultos y adolescentes. Me pregunto yo: ¿qué capital de América ha caído con tan heroico preámbulo? La respuesta es muy simple: ninguna.

Reconozco que Chile nos ganó en buena lid. Estaba más preparado. Sus hombres fueron más numerosos y mejor armados que los nuestros; también sus buques, cañones y fusiles eran más y más modernos. Todo eso es mérito de los chilenos y descuido de los peruanos. Lo pienso y no sonrío. Sin embargo, porque aquí hay mucho tiempo para pensar, concluyo que no todo fue tan sencillo. Luego de declararnos la guerra los chilenos se llevaron una sorpresa desagradable, por lo que su presidente Aníbal Pinto tuvo que exclamar abrumado: «nunca debimos comprometernos en la guerra». Frase prematura pero de arrepentimiento. Y todavía faltaba mucho, porque todo no culminó con Angamos. Chile pensó que la guerra duraría cinco meses y terminó durando cinco años. Me vuelvo a preguntar: ¿cuándo duró tanto una guerra en América? No creo exagerar si la respuesta es nunca. Los frutos brillantes de esta conflagración fueron sus héroes. Los tiene Chile y los tiene el Perú: ambos son países de héroes. Mi pregunta es: ¿tiene alguna nación americana tantos héroes como el Perú? La respuesta es: no.

La verdad es que si algo no le falta al Perú, son héroes. Y pueblo que llega al heroísmo es buscador permanente de la gloria. Ahora yo pensaba y sonreía. Hicimos lo que debimos y más de lo que pudimos. Por eso, lejos de retirarme dolido o cabizbajo, esta tarde partí de la Plaza de la Victoria con un sentimiento especial. Si me preguntan qué sentía al momento de regresar, les contestaré con una sola palabra: orgullo.

Martes 1º de marzo de 1998. La noche fue muy larga, pero sobrevino la alborada y luego salió el sol. Un sol conocido y a la hora exacta, tal como estábamos acostumbrados a verle antes de ir a la Antártida. Varias bandadas de gaviotas nos

salieron a recibir y les dimos los saludos de sus congéneres australes. Parece que lo entendieron, porque luego se marcharon contentas y no regresaron más.

Estamos ya ingresando a nuestro primer puerto. Se canta con el alma aquello de «¡Callao, oh querida tierra mía...!» y se estalla mentalmente en los tres clásicos chimpunes. Ya se ven las torres de las iglesias y los torreones virreinales, la Escuela Naval de La Punta [...], asimismo el muelle de la Base repleto de gente. Bulle la sangre y se aprietan los puños, pero también se cierran sin querer los ojos recordando que ha llegado a su fin la aventura antártica. ❧

XX

La Universidad Católica

Los cargos

Mis cargos en la Pontificia Universidad Católica han sido varios. Los más importantes fueron tres decanatos y una dirección. Los decanatos fueron una vez en la Facultad de Estudios Generales, Sección de Letras (1971-1972) y dos veces en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas (1976-1978 y 1978-1980). La Dirección fue la del Instituto Riva-Agüero, escuela de altos estudios de la universidad, la misma que desempeñé por dos períodos (1998-2001 y 2001-2004).

No acepté ser Jefe de Departamento de Humanidades, cargo al que me propusieron tres veces. Sin embargo, en dos oportunidades fui Presidente del Jurado Electoral, una en 1977 y otra en 1984.

Administrativamente comencé como Sub Secretario General de la Universidad y Jefe de su Secretaría (1957-1958) y Sub Secretario del Instituto Riva-Agüero (1955-1956); docentemente fui instructor (1955), Profesor Interino (1956), Profesor Principal (1967) y finalmente Profesor Emérito (1995).

He desempeñado en la Universidad Católica otros cargos menores: Jefe de Publicaciones (1959), Coordinador General de varias comisiones y miembro de comités encaminados a estudiar y mejorar la marcha de la institución. Igualmente he representado a la Universidad, como Delegado, en distintas ocasiones.

Mi cargo de Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas era de mucha tradición. Era la Facultad fundadora. En ella fueron mis predecesores Raimundo Morales de la Torre (1917-1934), Rubén Vargas Ugarte S. J. (1935-1944), César Arróspide de la Flor (1944-1948 y 1954-1957), Mario Alzadora Valdez (1948-1954), José Agustín de la Puente y Candamo (1957-1963), Jorge del Busto Vargas (1963-1969), Luis Jaime Cisneros Vizquerra (1969-1971) y Onorio Ferrero de Gubernatis Veintimiglia (1971-1976). Me sucedió el doctor Franklin Pease García Irigoyen (1980-1984), alumno mío en el Colegio de la Inmaculada y en la Universidad.

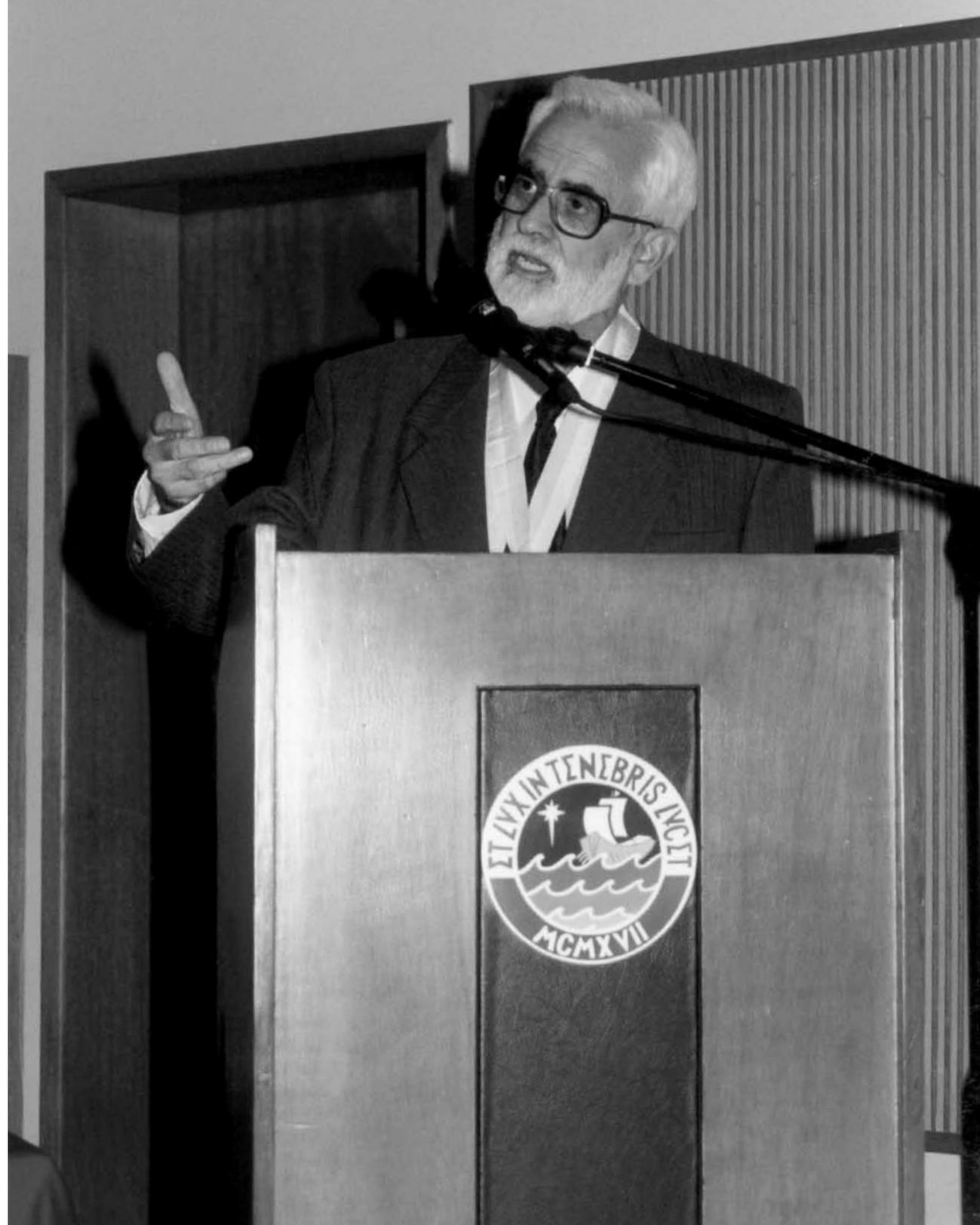
En el Instituto Riva-Agüero, a su vez, fueron mis antecesores: el doctor Víctor Andrés Belaunde (1947-1966), el doctor José Agustín de la Puente y Candamo (1966-1992) y el padre Armando Nieto Vélez S.J. (1992-1998). Me sucedió la doctora Margarita Guerra Martiniere, que también fue alumna mía en la Universidad Católica.

Alma Mater

Todo el tiempo que laboré en la Pontificia Universidad Católica ha sido grato y provechoso en diversos ámbitos. Por eso presento a ella mi reconocimiento y añadiendo que le debo mucho. No solo fue mi gran centro de trabajo sino que, para mí, es mi Alma Mater.

Decir Alma Mater es muy poco, pero también es bastante. Me refiero a mis sentimientos para con la Universidad Católica.

Vivo muy reconocido a los Rectores Fidel Tubino Mongilardi, Felipe E. Mac Gregor Rollino, José Tola Pasquel, Hugo Sarabia Swet, Salomón Lerner Febres y Luis Guzmán Barrón Sobrevilla. De ninguno tengo queja y a todos guardo gratitud, siempre me ayudaron.





1995. Con Teresa y el doctor Salomón Lerner.



Con los doctores Joseph Dager
y Alberto Varillas.

También conservo recuerdos positivos de todos mis colegas en el área de Humanidades, pero de modo especial, por su saber o por su obra —si no por los dos rubros— a Salomón Lerner Febres y José León Herrera (Filosofía), Héctor López Martínez, Percy Cayo Córdova y Oswaldo Holguín Callo (Historia), Beatriz Maucchi Lainez y Alberto Varillas Montenegro (Lengua), Rodolfo Cerrón Palomino (Lingüística), Julián I. Santillana (Arqueología) y Norma Reátegui Colareta (Psicología). Fue un privilegio tenerlos por colegas. Tampoco son ajenos a esta lista César Gutiérrez Muñoz, Carmen Villanueva Villanueva, Juan Carlos Crespo López de Castilla, Luis Deza Bringas, Rogelio Sueiro Cabredo, y entre los administrativos María Luisa Flores y Vigil y Angela Basso Philipón, todos amigos muy cercanos y queridos.

Mi sentimiento afectuoso abarca todo el sector laboral, desde el jefe al portapliegos y desde el Decano al conserje. No he tenido queja de nadie y vivo orgulloso de poder abrazarme con todos.

Estoy en la Universidad Católica hace más de medio siglo y a lo largo de este lapso se han desarrollado en mí tres sentimientos profundos: la lealtad, la perseverancia y la gratitud.

Lealtad, porque siempre trabajé para la Universidad con la dedicación esperada y la seriedad debida.

Perseverancia, porque nunca intenté cambiarme a otro centro de trabajo.

Finalmente gratitud, por el comportamiento institucional hacia mi persona, que siempre ha sido intachable.

Si a todo esto añadimos la instrucción, la formación espiritual, los estudios gratuitos que me ofreció (pues como estudiante fui becado varias veces), las mejoras económicas que me hizo conforme avanzaba en la vida y las ayudas que me brindó en mis enfermedades graves, tendría que darme por altamente satisfecho. También su lema estimuló mi espíritu «Et lux in tenebris lucet».

Sin embargo, eso no es todo. También reconozco su clima cálido y amical, desinteresado y noble. La Universidad Católica no es institución perfecta, porque es institución humana, pero fue para mí un hogar, una familia, un gran centro laboral,

intelectual y anímico. Por eso también le confieso mi adhesión total y la proclamo, sin recortes, mi Alma Mater.

El mestizaje peruano

Dos cosas, entre otras, me enseñó la Universidad Católica que constituyeron verdaderos pilares en mi formación: el Perú esencial —el Perú como Patria, el Perú como Nación y el Perú como Estado— y el mestizaje peruano en su doble faceta: racial o biológica y cultural o espiritual. Gracias a estos dos legados pude hacer una historia unitaria y sin conflicto.

Fue una posición nueva frente al Indigenismo y al Hispanismo: se llamó Peruanismo. No fue fácil. Los indigenistas me sintieron hispanista y los hispanistas, indigenista. Mi posición era firme, no dudé. La corriente peruanista era acertada, equitativa y útil.

Su punto de partida fue el mestizaje peruano. Hace cincuenta años que creo en él, nunca me ha defraudado, es mi brújula histórica. Nadie ha tenido nada que decirme. Irradia comunión entre el pasado, el presente y el futuro.

El Perú, en esto me recuerda a Egipto. Al Egipto camita y al Egipto semita sucedió el Egipto moderno, heredero del Egipto faraónico y del Egipto califal. Egipto fue primero imperio, luego territorio dependiente de Damasco y de Bagdad. Hoy no es imperio ni virreino, pero es el Egipto actual, con una sola historia, conformando una patria, una nación y un estado. Egipto joven a pesar de su vejez, Egipto milenario a pesar de su reciente nacimiento.

En el Perú hay un mestizaje acentuado. Casi todos sus hijos son mestizos. Es un mestizaje bastante rico, real, creciente, indetenible, irreversible, enriquecedor, creador y positivo. Nuestro mestizaje es el encuentro del país consigo mismo. La realización del Perú esencial.

Alguien podrá decir que la cultura peruana es producto de la mezcla de otras dos, la cultura andina y la cultura occidental, y tiene toda la razón. No hay cultura absolutamente original. La cultura occidental, por ejemplo, es mezcla de la greco-latina y de la judeocristiana. Un producto cultural nunca procede de la nada, siempre tiene un antecedente. Las culturas se explican retrospectivamente. Nadie puede predecir su aparición pero sí, una vez surgidas, intuir su futuro. Yo procedo de mis padres, pero soy distinto a ellos, yo soy yo, aunque tenga de los dos. En esto consiste mi personalidad, mi identidad, mi creatividad, mi originalidad.

Sin embargo, este doble mestizaje no es gratuito ni puede quedar a la deriva. Debe ser consciente, aceptado, corregido, protegido y cultivado. No debe ser descuidado, dividido, desvirtuado, envilecido. Debe ser cholo, no chicha. Nuestra identidad es clara: somos mestizos, somos cholos, somos peruanos.

Mi peruanismo es consecuencia del mestizaje. Creo en el mestizaje peruano. Hay motivo para ello, no es postura acomodaticia. El Perú es mestizo no porque yo lo sea, sino porque él lo es, yo soy mestizo. Y soy un mestizo racial y cultural. ☞



1974. Condecoración Orden de Alfonso X El Sabio.

XXI

Membresías y galardones

Las corporaciones

A lo largo de la vida me han abierto sus puertas quince corporaciones académicas. Me obsequiaron de este modo sus Membresías de Número, sus Membresías Honorarias, sus Membresías Correspondientes y sus Membresías Varias.

Como Miembro de Número ingresé a la Academia Nacional de la Historia (25 de enero de 1967) y a la Academia Peruana de Historia Eclesiástica (17 de diciembre de 1996), a la Sociedad Peruana de Historia (1976), al Instituto Nacional José Gabriel Túpac Amaru (1984), al Instituto Nacional Peruano de Historia del Derecho (1989), al Instituto de Estudios Históricos Marítimos (1974) y al Centro de Estudios Histórico Militares (2003). Todas estas corporaciones tienen su sede en la ciudad de Lima.

Como miembro Honorario ingresé a la Academia Peruana de la Lengua Quechua (1983) y a la Academia Peruana de la Lengua Aymara (1984). Sus sedes son las ciudades de Cusco y Puno, respectivamente.

En calidad de Miembro Correspondiente formé parte de la Real Academia Española de Historia (1982), de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina (1981) y de la Academia de la Historia de la República del Ecuador (2003), así como de la Academia de Ciencias de Buenos Aires (1976).

Finalmente como Miembro Emérito pertenezco al Instituto Riva-Agüero (2004), y como Miembro Activo al Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas (1962) y a la Sociedad Geográfica de Lima (1981).

Son en total once instituciones nacionales y cuatro extranjeras, todas relacionadas con mi actividad de historiador.

Si bien de todas guardo gran recuerdo, el más especial corresponde a la Academia Nacional de la Historia del Perú, la institución máxima en su género dentro del territorio nuestro. Fui nombrado el 25 de enero de 1967 y recibido el 17 de noviembre. Fue en la Casa de Pilatos, donde funcionaba el Instituto Nacional de Cultura, a las ocho de la noche. Mi nombramiento decía que ingresaba a la Academia Nacional, «atendiendo a los méritos y demás circunstancias recomendables que distinguen al señor don José Antonio del Busto D. por su consagración a los estudios de historia». El día de mi ingreso pronuncié el discurso titulado El descubrimiento de las Islas del Rey Salomón y me respondió el entonces Presidente de la Academia doctor Guillermo Lohmann Villena. Fue acto solemne, estuvo muy concurrido.

Tuve vínculos especiales con tres de estas corporaciones. Fui Director del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas de 1965 a 1971; Secretario de la Academia Nacional de la Historia de 1979 a 1983; y secretario de la Sociedad Peruana de Historia de 1984 a 1998.

El Premio Nacional de Cultura y otros

El 21 de noviembre de 1968, por Resolución Ministerial número 3225, se me concedió el Premio Nacional de Fomento de la Cultura «Inca Garcilaso de la Vega». Se me entregó en el salón de actos del Instituto Nacional de Cultura por mano de su Director el doctor Antonio Cornejo Polar. Fue el día 26, en Sesión Solemne. También recibió en esa oportunidad el mismo Premio, en la especialidad de Lite-

ratura, mi exalumno y amigo el joven poeta Marcos Martos, futuro Director de la Academia Peruana de la Lengua. La ceremonia estuvo muy concurrida y fue de gran iluminación. Recuerdo de modo especial el gozo de mis padres, que estuvieron allí presentes, acompañados por mi esposa y dos hijas mayores.

El 8 de octubre de 1979 se me condecoró con la Cruz Peruana al Mérito Naval, por Resolución Ministerial del 26 de setiembre. Fue en grado de Oficial y se debió a mi participación en la Historia Marítima. Me impuso la medalla el Ministro de Marina Vicealmirante Carlos A. Tirado, Canciller de la Orden.

Otro galardón de importancia fue la Medalla Cívica de la Ciudad de Lima, concedida el 18 de enero del 2002. Me la impuso el doctor Alberto Andrade Carmona, Alcalde de la Capital.

Asimismo me es grato recordar la Medalla Cívica de La ciudad de Piura (6 de octubre del 2004) y la Medalla Cívica de la Ciudad de Santiago de Surco (16 de diciembre del 2005) así como el título de Cronista Mayor de Barranco, concedido por el Municipio de mi lugar natal en 1993. Esto último fue por haber escrito la Historia y Leyenda del Viejo Barranco y Barranco: personajes de Ayer.

El 11 de octubre del año 2002 hubo un galardón más. Fue una medalla y un diploma, entregados en el Salón Paracas del Swissotel, en San Isidro. Me los concedió la Asociación de Egresados y Graduados de la Pontificia Universidad Católica del Perú y me impuso la medalla el Presidente de la Asociación Alejandro Sakuda Moroma. Aunque encabezé la lista debido al orden alfabético, otros premiados fueron el ingeniero Fernando Giuffra Fontanés, el doctor Guillermo Lohmann Villena, la doctora María Marta Pajuelo Eduardo y el embajador Javier Pérez de Cuellar. Fue en la V Ceremonia de Homenaje a los Ex alumnos Distinguidos.

Dos encomiendas españolas

Hay dos distinciones españolas que guardo con especial aprecio: la Orden de Alfonso X, El Sabio, y la Orden de Isabel La Católica. Ambas se me otorgaron en grado de Comendador.

La encomienda alfonsina se me concedió por el Gobierno español en Madrid. El 16 de setiembre de 1974 me impuso la Medalla e Insignia el Embajador de España Pedro Salvador de Vicente, en su residencia de Barranco, ofreciendo luego una cena con hasta veinte comensales.

La encomienda isabelina me la otorgo el Rey de España en Madrid, el 8 de julio del 2002, por Real Resolución del 24 de junio. Se me concedió también con los honores, distinciones y uso de las insignias pertinentes. Me la impuso el Embajador Carlos Díaz Valcárcel en la residencia de Barranco, quien ofreció seguidamente un vino de honor, pues la ceremonia fue al medio día.

Ambas condecoraciones se me alcanzaron en atención a mis estudios quinientistas referidos al Descubrimiento y Conquista del Perú.

Como la última encomienda me la otorgó el Rey Juan Carlos I de España, aprovecho para contar el día en que le conocí a él y a la Reina Sofía, su esposa. Fue en Madrid, el 20 de octubre de 1989 en el Palacio de la Zarzuela, en una visita colectiva con los miembros de la Ruta Quetzal encabezados por mi gran amigo Miguel de la Quadra Salcedo. Ocurrió de mañana, casi al medio día, en un salón vasto y muy iluminado. Estábamos todos allí cuando —previo anuncio— salió la pareja real y estuvo con nosotros cerca de una hora. El Rey, siempre de pie, era grave, no entablaba conversación duradera, cambiaba constantemente de sitio. Se acercaba a todos los grupos, pero no se detenía demasiado en ninguno. Vestía terno plomo y corbata azul. Se le trataba de Su Majestad, y él, a los demás, de usted. Actuaba con soltura y, aunque grave, tenía carisma, era amable y cortés.

Ella, la Reina, lucía otro estilo dentro del mismo protocolo. Se le veía muy señora y dueña de sí misma. Tenía conversación fluida, se detenía más tiempo a platicar,

incluso contaba anécdotas. Mostraba gran naturalidad y, al saber que mi esposa y yo éramos peruanos, nos habló del Cusco y de su visita a Sacsahuamán. La Reina Sofía, a todos, nos pareció encantadora.

No he conocido otros reyes, pero guardo muy grato recuerdo de los monarcas de España. ❧

XXII

La religión

La formación religiosa

Bautizado el 25 de setiembre de 1932; desde entonces pertenezco a esa Iglesia que es Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana, como rezaba en mi niñez el Catecismo.

Mi padre me enseñó a signarme y mi madre me hizo aprender el Padrenuestro y el Ave María, el Credo y la Salve. Los dos eran creyentes y practicantes. Su hogar siempre siguió una línea moral. El ejemplo de mi padre y los consejos de mi madre me sirvieron toda la vida. Dios los tenga en su gloria, pues mejores no pudieron ser.

Temprano conocí la iglesia. Fue la parroquial de Barranco, mi templo bautismal. Escuché misa desde antes de tener uso de razón y salí de monaguillo en la procesión del Corpus Christi. Tenía entonces cinco años de edad. Lo malo fue que en plena procesión, por cuestión de quitame allá esas pajas, me lié a golpes con otro monaguillo y tuvieron que venir a separarnos.

Ingresando al colegio marista, el hermano Luis —que era el director— preparó un grupo de niños para la Primera Comunión, pero el terremoto del 24 de mayo de 1940 nos impidió hacerla. Por eso, recién pude ser neocomulgante el 20 de junio del año siguiente. Recibí la Hostia de manos de fray Conrado Juaniz, franciscano del convento de Barranco y ca-

pellán del colegio. Fue en la capilla del plantel. Concurrieron a la misma mis padres y mis abuelos. En esa capilla y ese año, recibí el Sacramento de Confirmación. Fue el 12 de octubre, por la mañana. Me confirmó el también franciscano fray Francisco Solano Munte, Obispo de Ayacucho. Fue mi padrino Guillermo Avilés Shepelmann, primo paterno de mi madre.

Por esos días hubo un momento en que, niño como seguía siendo, en la misa del colegio y durante la elevación, vi al Crucificado en la hostia sacerdotal. El «milagro» se repitió tres veces. Callé mi secreto varios días, me sentí privilegiado de Dios, pero no pudiendo guardarlo más tiempo, se lo comuniqué al hermano Luis, el que me había preparado para la Primera Comunión.

El Hermano me miró comprensivo, me sonrió con amabilidad y me condujo a la sacristía de la capilla. Abrió una alacena, sacó una caja de hostias mayores sin consagrar y tomando varias de ellas me las acercó. Todas tenían un crucificado estampado y relievado hecho en molde o a presión. Mi decepción fue grande y mi rostro debió evidenciarlo. Yo no era un privilegiado del cielo. Mas el Hermano entendió la reacción y me dijo bajando la voz: los milagros existen, pero no son tantos como uno cree; el que el pan se convierta en el Cuerpo de Cristo, es milagro de Dios, pero que el Crucificado esté impreso en el pan, es obra del hombre. No me quedó huella negativa de esta dura experiencia, pero sí despertó en mí el espíritu crítico. Nunca he visto un milagro, pero desde entonces tomo con mucho recelo todo lo que pareciera ser supresión del orden natural por permisión divina.

Me dictaban todos los días una clase de religión. Me interesó muchísimo. Me acostumbré a preguntar y a obtener respuestas. De niño fui lector del Catecismo y de adolescente del libro de Apologética. Por entonces leí los cuatro Evangelios y descubrí con especial deleite el Antiguo Testamento. Siempre busqué solucionar mis dudas. Mis profesores las supieron contestar. Excelentes maestros los maristas, nunca insistieron en prácticas exageradas ni en climas subjetivos. Enseñaban sin fanatismos, su pedagogía era lógica y serena. Con ellos aprendí a ser ecuánime en materia de religión y a buscar a Dios serenamente.

Mis lecturas de la Biblia me descubrieron el Pentateuco y en primer lugar el Génesis. El Génesis fue la lectura de mi adolescencia. Me intrigaba el origen del hombre, su expansión, las razas. La creación tuvo para mí un efecto inagotable. El Génesis y su relación con la ciencia se convirtieron en una obsesión. Ello me ubicó tempranamente en un terreno fértil. Entendí la evolución, el deísmo y el teísmo, la aparición del protozoario, de los vegetales y de los animales dentro de las eras Geológicas. Me impresionó el Jurásico y la Teoría de Wegener. Conocí a los prehomínidos, a los homínidos y a los hombres prehistóricos. Me entusiasmó el Pleistoceno. Aprendí a diferenciar al Cromagnon del Neandertal y al Homo Sapiens del Homo Sapiens Sapiens. La evolución darwiniana no estaba reñida con el plan divino. Esta etapa de mi vida fue mi primera gran lección sobre el pasado humano y esta aproximación al pasado, inconscientemente, terminó adentrándome en la historia.

Me detuve primero en la historicidad de Jesús. Leí los cuatro Evangelios auténticos (los sinópticos y el joánico), me parecieron ajenos al error y al dolo. Las imprecisiones históricas eran salvables, explicables, no había contradicción, por el contrario, existía complementación, unificación. Leí también los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de Pedro y Pablo, Santiago, Judas Tadeo y del evangelista Juan. En fin, leí todo el Nuevo Testamento con singular atención, siempre conforme a mi saber y entender, porque no tenía estudios especiales. Empero, mi curiosidad me llevó más allá. Llegué a los Evangelios Apócrifos buscando su relativo valor en los nombres de Melchor, Gaspar y Baltazar, de la Verónica y de Longinos, de Dimas y de Gestas. Me expliqué entonces por qué la Iglesia de Roma no les reconocía veracidad total y pocas veces los utilizaba en refuerzo de la tradición... El asunto religioso no era difícil. El origen histórico del cristianismo era simple, sencillo: se debió a doce pescadores de hombres y al hijo de un carpintero.

Finalmente, recién a estas alturas, apareció mi prójimo, mi «próximo», en la segunda parte del Gran Mandamiento. Me mandaba este: primero Dios, después mi prójimo. Antes debía realizarme, luego servir a mis semejantes. Lo contrario

era incumplir la Parábola de los Talentos. Nadie da lo que no tiene pero, a mayor realización, mayor fruto. Así lo pensé y no me arrepiento. Mis prójimos genéricos son todos los hombres, pero mis prójimos inmediatos los nacidos en el Perú. Mi «proximidad» a éstos me comprometía de modo especial. Eran mis «prójimos» más «próximos». A ellos estaba más ligado por sangre, afinidad y cercanía. La caridad bien entendida debía empezar por casa. Y así, con pocas luces y ninguna duda, solucioné este problema existencial.

Creylene, practicante y pecador

Egresé del colegio inquieto en materia de fe. El claustro universitario, por su parte, estimuló mi espíritu de búsqueda. Tenía hambre de Dios.

Por recomendación de mis catedráticos leí a Aristóteles, a Agustín de Hipona y a Tomás de Aquino en sus obras más representativas. Me descubrí mal lector de filosofías, pero insistí hasta terminar los libros comenzados. Quedé contento mas no saciado. No me fue mejor con los filósofos modernos a partir de Descartes: Kant, Hegel, Schopenhauer. Mi terreno, evidentemente, no era la filosofía.

Por este mismo tiempo profundicé la Historia de la Iglesia y entendí que, aunque de origen divino, era una institución humana. El dogma seguía incólume, mas la continuidad, tampoco rota, presentaba personajes escandalizantes. No existía Juana la Papisa, pero figuraban Teofilacto, Teodora la Mayor, Teodora la Menor, Guido de Toscana, protagonizando esa Edad de Hierro de la Iglesia que resucitó en parte Alejandro VI.

La Historia Universal me presentó otras figuras menos cercanas: Buda, Confucio, Mahoma. Todo esto lo aprecié de lejos, naturalmente, pero con la ayuda de Onorio Ferrero, orientalista de viejo cuño que enseñaba historia con increíble eru-

dición. Gracias a él entendí también a los griegos y romanos, a los egipcios y mesopotamios... Me quedó muy claro que los pueblos fueron evolucionando del animismo al politeísmo, y del politeísmo al monoteísmo. Recuerdo que me detuve en el antiguo Egipto con dos personajes interesantísimos: Moisés y Akhenaton.

Me interesaba una religión no afectiva, en lo posible racional. Quería verlo todo con frialdad científica. Sin duda era exigente, pero me sentía bien así. Desde mi pequeñez pedía grandeza y desde mi ignorancia, sabiduría. Perdonando mi soberbia, Dios me concedió el don de la fe. Acaso yo no quería creer, pero creía.

Mis interrogantes me condujeron entonces a monseñor Luis Lituma Portocarrero, el eclesiástico peruano más docto que he conocido. Piurano huancabambino y Canónigo de la Catedral limense, Catedrático de la Universidad Católica y Doctor en Sagrada Teología, era un talento superior. Había estudiado en la Universidad Gregoriana de Roma donde también fue profesor y en donde conservan en alto su retrato. Nunca pudo escribir obra grande por estar siempre entregado a los encargos de la curia, a las labores docentes y a su ministerio sacerdotal. Leía mucho, tenía las soluciones precisas, conocía a los autores antiguos y modernos, era escriturista y preceptor de Patrística. Fue mi gran mentor en materia de religión, resolvió mis dudas. Estas giraban en torno al pecado original, la Redención y la doctrina de la gracia. Mi fe se robusteció con su trato y palabra, de modo que cuando falleció mi mundo religioso estaba definitivamente resuelto. Fue una regalía haberlo conocido.

Hoy me siento más maduro. He tratado con varones convencidos de otros credos, así mismo con ateos y agnósticos honestos. Me explico su posición, no la justifico. También he descubierto que los judíos ortodoxos son mis hermanos mayores, que los cristianos heterodoxos son mis hermanos menores y que los musulmanes son mis primos carnales. Todos nos inspiramos en el Libro. Respeto a las múltiples creencias y a los hombres de buena voluntad. Confío en que todos nos encontraremos en la cumbre de la montaña. Sin embargo, mi camino es mi camino, me parece el mejor.

Hoy, después de otras experiencias que silencio por ser muy íntimas o no interesar a nadie, creo en Dios y quiero amar a mi prójimo. Pero estoy muy lejos de ser perfecto. No me siento malo, pero tampoco bueno. Por eso me sincero y confieso con humildad: soy creyente, practicante y pecador.

El Dios de mi fe

El Dios de mi fe es el Dios de mi vida. No es el dios máximo de todas las religiones, como quiere la Teosofía ni el dios único de todos los credos monoteístas que predicaban filosofías complacientes. Tampoco es el dios máximo ante los demás dioses ni todo dios es el Dios único y máximo, como cree el Henoteísmo. Mi Dios carece de explicación física. No es la máxima energía sino el Autor de la energía misma. No hay que confundir al Creador con sus criaturas, eso es Panteísmo. Dios tampoco es Teogonía, aunque es Padre y es Hijo; ni necesitamos, para creer en su existencia, de otra epifanía. Nuestro temor a Dios no es teofobia, nuestro culto a Dios sí es latría. El Dios revelado es Teología, el Dios razonado es Teodicea. A Dios se llega por la razón y la revelación, pero, sobre todo, por la fe.

Para mi cerebro Dios es el origen y el centro de todo. Es lo perfecto y es lo santo. Es el Supremo Ser, el Creador, el Hacedor, el Todopoderoso, el Eterno, el Autor. En él se explica todo lo existente por presencia o por ausencia, nada es casual, todo es causal, y Dios oficia de Primera Causa. Los hombres —no en vano hemos sido hechos a su imagen y semejanza— tenemos algo de Dios sin ser dioses: creamos. Los animales y vegetales procrean, el hombre además crea. Somos creadores de nuestras propias obras con mérito o con demérito.

Mi concepción teocéntrica se ha reforzado con el tiempo. Es la única que me convence. Mi Dios, más que el Dios de la razón es el Dios de la revelación. Aun así, no podemos comprenderlo plenamente. En realidad se le intuye, algo se le conoce,

pero es imposible comprenderlo en su totalidad. Algo ayuda la presencia del Universo. Así como hay espacio sin objetos no hay objetos sin espacio y eso significa, para mí, que puede haber Dios sin cosmos pero no cosmos sin Dios.

Dios es indefinible, tautológico. Es el Dios de la Biblia, el Dios de la Iglesia de Roma, el Dios de mi fe. Ese Dios incomprensible que para darse a conocer tuvo que decir: Yo soy el que soy. ☞

XXIII

La jubilación

Lo que siente un jubilado

Después de los trámites usuales me jubilé en 1992. Dejé de acudir diariamente a la Universidad Católica y me quedé con solo el dictado de la cátedra que más amaba: Historia del Perú I. Con esa cátedra comenzó mi vida docente como Catedrático Auxiliar y con esa cátedra concluiría mi vida de profesor universitario. Fui titular de ella desde 1962 y la dicté más de 40 años.

En mi casa me entregué a la investigación. Trabajo, felizmente, me sobraba, pero también, al creermelo desocupado, me comenzaron a llamar para entrevistas, charlas, cursillos y conferencias.

Al jubilado, tiempo es de decirlo, le aflora una mentalidad especial. Aparentemente le sobra el tiempo y corre el riesgo de aburguesar sus costumbres. Por mi parte, seguí levantándome a las 4 de la madrugada, comiendo a mis horas. Sujetándome a lo que siempre había hecho sin permitirme variar. Se apetecía descansar más, levantarme tarde, comer a deshora, pero no me permití licencias. Seguí igual. En realidad no conocía otro estilo de vida. Temía aburrirme, molestar a los míos, incomodar a los demás. Mi rutina me gustaba. De no haberla seguido ya me habría enfermado y muerto.

Sin embargo, no fue así. Pude escribir varios libros, completé investigaciones trucas y empecé algunas nuevas. Me

decían que debía descansar, pero yo no estaba cansado. Sí, le temía al descanso. Una vez más Teresa me comprendió y con ella mis cuatro hijas. Sumergido en el escritorio y rodeado por mi biblioteca, me aislé del mundo a voluntad y a gusto.

Aproveché también para salir con mi esposa más frecuentemente, caminar, llevarla a donde le apetecía, acaso a presenciar películas u obras de teatro en cartelera. Me sentía contento, regalándola. Éramos una pareja que seguíamos conversando. Nunca faltó la comunicación.

Asimismo aumentaron, aunque poco, las visitas a los amigos de Barranco, amistades que tenían 60 o más años de vigencia y seguían tan igual como al principio. Sí tuvieron que sufrirnos más directamente Hernán Alva Orlandini y su esposa Eugenia Ugás de la Torre Ugarte. Los visitábamos cada semana. Eran y somos muy amigos. Conversábamos de cualquier cosa, nos entreteníamos.

Por este mismo tiempo descubrí un factor gratificante. Todavía lo conservo. Es el barrio chino y su calle del Capón. Comencé a visitar todo ese sector y me distraía entrando a sus tiendas, mirando sus escaparates, apreciando las mercaderías recién llegadas de la China y respirando esos olores que, imaginé, debían ser los de Cantón y de Shangay antiguos. Me aficioné a los dulces orientales y como siempre me gustó la comida peruano sinense, acudí a más de un chifa donde —entre gritos de los chinos y humos de la cocina— se preparaban platos agradables. Me detenía a comprar cerdo ahumado y lo llevaba a mi casa. Pero antes veía los jarrones de porcelana, las estatuillas de jade, los objetos de marfil, las pinturas con puentes y pagodas, las telas bordadas con aves exóticas.

Había en la calle del Capón y en su aldea de Paruro cofres de madera de alcanfor y biombos de madera laqueada, prolija cestería de mimbre y cuerdas coloradas de seda. Todo lo veía, nada se me escapaba. Al ocaso se encendían los faroles y empezaba la vida nocturna con sus salones de té iluminados, los chifas con sus viandas bien olientes. Había muchos chinos hablando cantonés, las chinas eran menos y llevaban a sus hijos pequeños en la espalda. De cuando en vez se cruzaba un oriental viejo y venerable, con barba escasa y bigotes caídos. Detrás de vidrios

grasosos se exhibían colgando trozos de puerco, patos deshuesados, pescados secos y camarones aún vivos. Al final había música china como cortina de fondo y esa noche, si era noche de Año Nuevo, estallaban los cohetes luminosos, sonaban roncós los tambores y salía zigzagueante, convulsiva, la Danza del Dragón.

Confieso que todo esto me gustaba y antes casi no había tenido tiempo para poderlo ver. Ahora, jubilado y sexagenario, descubría el mundo de los hombres amarillos y me extasiaba contemplándolo.

Jubilación viene de júbilo y era un tiempo para descansar y hacer lo que se quería. Supe aprovechar mi jubilación y convertirla en jubileo: leía, escribía, caminaba, exploraba, descubría y disfrutaba. Ya no sobraba el tiempo, como temí en un principio; ahora, me faltaba. Pero tampoco se trataba de vivir la vida: había que producir.

La tentación de la política

Cuando me jubilé no faltaron personas que me invitaron a la política. Querían que ingresara a algún partido o movimiento, que fuera congresista y hasta me decían que podía ser Ministro de Educación. No les hice caso. La verdad es que no servía para ser político. Me faltaba convicción y, sobre todo, vocación.

Alguna vez, anteriormente, ya había sucedido. Fue, si mal no recuerdo, por setiembre de 1975. También entonces lo rechacé. Me ofrecieron ser Director del diario «El Comercio». Me sentí muy sorprendido y ajeno al asunto. Recuerdo que alguien entonces me preguntó bromeando: ¿Y qué se siente cuando a uno le hacen tal ofrecimiento? También le respondí en broma: Es como si me hubieran ofrecido ser Arzobispo de Arequipa. Todos nos echamos a reír y el asunto quedó en nada. La negación estaba sobreentendida.

La política siempre me fue lejana. No ajena, pero sí lejana. Amo a mi país pero no a la política. No hubiera sido un buen senador, un buen diputado, un eficaz con-

gresista. Pero reconozco que lo hubiera hecho mejor que muchos de los elegidos. Me daba lástima pensar que algunos aceptaban serlo pensando solo en el dinero, en la figuración o en el poder, en oportunismos y aprovechamientos. Estoy pensando en un legislador que un día me llamó por teléfono y me pidió exigentemente que hiciera o no hiciera algo. Lo desanimé contestándole: «Usted no es fulano de tal, como me dice, porque él es una persona incapaz de hacer esta llamada; usted es un impostor». Nunca más volvió a llamarme.

Gente así le ha hecho mucho daño al Perú. Siempre nos ha faltado premio, castigo y control. Premio para los que se han desempeñado bien, castigo para los que se han desempeñado mal, y control para evitar la corrupción. A los políticos que roban al Perú debían darles doble pena carcelaria y a los uniformados, además, la degradación pública, el cese del sueldo y la prohibición de usar el uniforme. El corolario final sería la inhabilitación definitiva en la política. Porque estos funcionarios que delinquen en sus cargos públicos son la vergüenza de la nación y un pésimo ejemplo para los jóvenes. Pobres infelices, les faltó formación personal, conciencia moral. Son frutos podridos. Mejor estarían muertos que vivos.

Por lo demás, del terreno de la política poco tengo que contar. Conocí y traté a los ex Presidentes de la República doctor José Luis Bustamante y Rivero, general Manuel A. Odría, arquitecto Fernando Belaunde, doctor Alan García, ingeniero Alberto Fujimori y doctor Alejandro Toledo, pero todo quedó en amable conversación. Con el doctor Bustamante y Rivero conversé algo más, cuando hizo el prólogo de la *Historia Marítima*. También recuerdo otro caso relacionado con la política. En Sevilla, el 5 de junio de 1959, almorcé con Víctor Raúl Haya de la Torre que llegó de visita a esa ciudad. Como los anteriores, era un hombre sumamente interesante, poseía un pensamiento superior. A todos traté y en mucho los admiré, pero siempre entendí que yo distaba de ser político y que la política no había sido hecha para mí.

Una última reflexión. Para ser político hay que ser inteligente. Inteligencia no es astucia. Sí puede conllevar cultura y experiencia. No siempre se da esta tripar-

tita comunión. El político más inteligente que he conocido es el Papa Juan Pablo II. Lo vi con mis ojos, lo escuché con mis oídos, lo capté con mi mente, conozco su actuación. La mujer más inteligente que me ha sido dado conocer es Martha Hildebrandt. Creyente él, agnóstica ella, a los dos les tengo por personas coherentes. La inteligencia es fácil de definir: es la facultad que tiene el ser humano para resolver los problemas. Los animales tienen atisbos de inteligencia. Hombres y animales poseen instinto; los vegetales solo acusan sensibilidad pero, que sepamos, no son seres inteligentes ni instintivos. El hombre —repito— es el único mortal que crea y procrea.

Profesor Emérito

Pasaron los años y alguien se acordó de mí, propuso mi nombre y el Consejo Universitario me nombró Profesor Emérito de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se me concedió el emeritazgo el 5 de julio de 1995. El documento decía que se me daba por la «valiosa labor que ha desarrollado y particular dedicación a la Universidad». Me sentí halagado.

La ceremonia de la Imposición de la Insignia fue en el Auditorio de Humanidades, el 10 de noviembre. Acudió bastante gente. Yo solo invité a mi esposa e hijas.

Fue a las 11 de la mañana. Se leyó la resolución del Consejo por el Secretario General y luego hubo tres discursos: el del doctor José Agustín de la Puente, mi Maestro, el del doctor Enrique Carrión Ordóñez, mi colega y condiscípulo, y el del doctor Salomón Lerner Febres, que había sido mi alumno, luego mi colega y entonces era el Rector. Todos los discursos estuvieron cargados de elogios que no es del caso consignar. Los oradores se mostraron amicales, afectivos y generosos. Todavía siento la sensación de gratitud. Finalmente me correspondió el uso de la palabra y creo que no lo hice mal: me refugié en los recuerdos.

Enterado el Congreso de la República de la distinción otorgada, a pedido del congresista Carlos Barbarán Rengifo, me ofreció una Moción de Homenaje el 11 de diciembre de ese año 95. Se encargó de comunicármela Samuel Matsuda Nishimura, tercer Vice Presidente del Poder Legislativo.

De este modo dejé de ser Profesor Principal y pasé a ser profesor Emérito. Fue el último y el mayor de mis ascensos académicos en la Pontificia Universidad Católica del Perú, mi Alma Mater. ☞

XXIV

Rehén de los terroristas

El Día del Emperador

La invitación, en términos parcos y elegantes, decía que con ocasión de conmemorarse el 63 natalicio del Emperador Akihito, el Embajador del Japón Morihisa Aoki y su esposa, ofrecían una recepción en el local de la Embajada. Se llevaría a cabo el martes 17 de diciembre de 1996, comenzaría a las siete de la noche y terminaría dos horas después. La esquila que me invitaba a concurrir en compañía de mi esposa, llegó con muchos días de anticipación y estuvo esperando otros tantos en mi escritorio.

El día señalado, pese a estar resfriado, y algo afebrado, procedí a asistir. Lo hice solo, pues mi esposa se sintió indispuesta. En el hall de la entrada, delante de la escalera, estaba el Embajador con su esposa. Los acompañaban algunos miembros de la Embajada. Saludé, me extendieron la mano sin apretar como suelen hacer los japoneses, hubo las reverencias del caso y seguí primero al patio, después al jardín.

El jardín, como todos los años, era el lugar de la recepción. Se había levantado un gran toldo de color blanco y bajo él lucían las mesas repletas: unas con comida japonesa, otras con comida internacional, en otra mesa estaban los quesos y los vinos, también vasos pequeños para el sake.

Los invitados conversaban en grupos, departían anima-

damente, comían y bebían. El rumor de sus voces opacaba cualquier otro ruido. Cuadro especial brindaban las damas japonesas con sus kimonos de colores. Nadie estaba triste, todos festejaban el Día del Emperador.

De repente nos estremeció una explosión que, personalmente, imaginé coche-bomba. Era fuerte, se sintió cerca. Al estrépito ensordecedor siguió un silencio absoluto. Los hombres se quedaron quietos y las mujeres lívidas, ellos casi no hablaron, ellas, por el contrario, preguntaban nerviosamente. Alguien más sereno explicó que la explosión había sido para llamar la atención y opacar el cumpleaños de Su Majestad Imperial... No había motivo para alarmarse, todo estaba bajo control.

Andábamos en éstas y otras disquisiciones cuando empezó una cruda balacera. Cuarenta o sesenta disparos se cruzaron en el aire. Varios hombres gritaron: ¡Al suelo! Y todos nos precipitamos sobre el césped o las baldosas. Me erguí algo para contemplar lo que seguía mientras todos continuaban inmóviles, y vi pasar corriendo a unos hombres uniformados de azul oscuro, armados con metralletas. Un llauto les cruzaba la frente y, por lo que ellos voceaban, eran terroristas.

En efecto, en medio de frases duras, procaces, daban a entender que eran combatientes del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru y que estaban haciendo eso para liberar a sus compañeros presos en las cárceles de alta seguridad. Los terroristas salieron del lado norte, detrás del bar, y corrían con las armas en la mano cubierto el rostro con un pañuelo rojiblanco. Entraron violentamente al jardín y orillando la residencia se dirigieron donde estaba el Embajador Aoki y su esposa. Pronto apareció éste, ya prisionero, con un altoparlante en la mano, pidió disculpas por lo que ocurría e invocó a la serenidad general, haciendo hincapié en que, aunque presos, éramos invitados del Emperador.

A todo esto ya habían cesado los disparos. Surgió una calma artificiosa. Todos seguíamos quietos en el suelo. Los terroristas tomaron posiciones estratégicas, cerraron las puertas y evitaron que alguien pudiera escapar.

Entonces fue que nos obligaron a ponernos de pie y a entrar al edificio con las manos en la nuca. Las mujeres lo hicieron con los brazos en alto. Llegados al inte-

rior mandaron que todos los hombres nos tendiéramos boca abajo sobre el suelo. Había mucho desorden y aprovechándolo escapé lentamente al segundo piso, pero el terrorista de guardia en los altos me vio llegar y me encañonó, obligándome a sentar en el suelo. Desde allí, sin otra alternativa, pude ver a mi alrededor con más calma. La gente, hombres y mujeres, estaban sentados como yo. Los terroristas nos vigilaban, nadie se podía mover, salvo para ir al baño. Pretextando esto marché a uno que caía sobre la fachada principal de la residencia, lo hice por el dormitorio del Embajador. Había cuatro o cinco mujeres paradas junto a la cama, otras se habían sentado en la alfombra. En la mesa de noche, al lado del lecho había un teléfono de lujo con los cables cortados.

Regresé al hall del segundo piso porque las mujeres gritaban. Gases lacrimógenos llegados desde el exterior habían invadido el edificio y la gente pugnaba por salir, pero el emerretista de la escalera y otros dos que aparecieron lo impedían, antes bien, se pusieron sus máscaras antigases y controlaron la situación. La gente, siempre sentada en el suelo, tosía, lagrimeaba, sufría náuseas, pero nadie consiguió moverse a otro sitio. Se logró que bajaran algunas mujeres descongestionándose algo el ambiente. Se abrieron las ventanas y el aire se llevó los gases lacrimógenos, la gente se tranquilizó y los terroristas se quitaron las máscaras protectoras. Ya no eran necesarias.

A estas alturas las mujeres, se habían sacado prendedores, collares, pulseras y sortijas, sin duda temiendo una requisa y estaban junto a sus maridos, sentados todos en el suelo. Daban la impresión de esperar algo que no llegaba nunca. Los hombres, a decir verdad, estaban serenos, pero no faltaban los indignados. La mayoría, empero, optó por callar y ver.

Empecé a tomar nota de los conocidos. Allí estaban José León Herrera y Luis Peirano, catedráticos de la Católica, también el padre Luis Martínez, capellán de la misma Universidad. Este último, que usaba lentes de contacto, tenía los ojos muy maltratados por los gases lacrimógenos. También estaba otro amigo mío, el poeta Javier Sologuren.

En algún momento se decidió liberar a las mujeres, los enfermos y los ancianos. Tras ellos partieron los cocineros y mozos de bandeja con sus mandiles largos y blancos. Estos salieron uno por uno, veinte en total, todos en fila. Había pasado el último hombre de servicio cuando sentí un empujón y vi salir violentamente a un hombre sin zapatos ni calcetines, sin saco y sin pantalón. Lo hizo con tal ímpetu que sorprendió a los emerretistas de la puerta y se lanzó al jardín, tropezándose, levantándose y escapando entre los camareros que se iban. Resultó ser un marino, edecán del Presidente de la República. Fue muy útil su evasión, pues llevó a sus superiores noticias sobre el armamento que tenían los terroristas. Ermigidio Huertas Loaiza —uno de los jefes emerretistas— se hizo cargo del momento y amenazó con disparar al primero que intentara huir, aunque con ello se hiriera o matara a otros que eran inocentes.

A modo de castigo se nos confinó en el salón de la Embajada. Allí permanecimos, sentados en la alfombra, desde las once de la noche hasta las dos de la madrugada. Mi amigo José León Herrera, filósofo y orientalista, se sentó como un gurú y permaneció así las tres horas. Yo, que de gurú no tengo nada, no sabía ya cómo sentarme para combatir la incomodidad. Me entretuve pensando algunas cosas y llegué a serena conclusión. Estaba prisionero, cautivo de los emerretistas, era a la postre un rehén. Un rehén sin importancia, pero un rehén de verdad. Estaba tranquilo pero también cansado. La fiebre, a lo que entendí, había desaparecido pero afloró mi cansancio, mi fatiga corporal y mental. Nadie sabía qué iba a suceder. Imaginarlo era perder el tiempo. Lo aconsejable era esperar.

A las dos de la madrugada el terrorista apodado El Árabe me tomó los datos personales. Fui destinado al segundo piso, a la habitación que desde entonces se llamó Cuadra H. El terrorista apodado El Palestino se encargó de llevarme hasta allá. Marchó detrás de mí, encañonándome y ordenándome no volver la cabeza. Estaba prohibido de mirar atrás. Quedé allí, en la Cuadra H junto con 27 compañeros. Éramos 28 en total entre médicos, abogados, ingenieros, altos funcionarios de firmas japonesas y profesores universitarios. Las órdenes eran órdenes. Se nos ordenó que nos tendiéramos en el suelo y procediéramos a dormir.

El cautiverio

Conciliar el sueño fue imposible. Mil pensamientos daban vuelta en mi cabeza. Echado en el suelo alfombrado, me sentía incomodísimo. Estaba con terno y corbata, hacía un calor infernal. Todos transpiraban y sus rostros brillaban en la oscuridad. También sus ojos se mostraban relucientes, parpadeantes. Felizmente alguien comenzó a roncar y fue como una invitación, porque luego nos dormimos todos.

Todo el tiempo que dormimos estuvo parado en la puerta un terrorista con su metralleta pronta. Se turnaban cada dos horas. Eran hombres jóvenes y hablaban con acento de la selva. Había asimismo dos mujeres menores de veinte años de edad. Con sus metralletas, también por turnos, cumplían sus guardias, nos vigilaban. En determinados momentos ingresaban los jefes y, pisando sin querer a los dormidos, miraban por la ventana recorriendo las cortinas que antes había hecho cerrar. Terminaban a los francotiradores.

Amanecimos y todo pareció mejor. La luz natural alcanza seguridad a los humanos. Nos sentamos, nos despezamos, miramos a nuestro alrededor para conocer a los compañeros nocturnos. En la puerta, el emerretista de turno nos vigilaba sin curiosidad. Era el miércoles 18 de diciembre.

Algunos se pusieron de pie y pidieron permiso para ir al baño vecino. Al salir del pasadizo el espectáculo era sobrecogedor. Tendría 40 metros de largo y estaba lleno de durmientes. Solo un caballero sesentón estaba despierto. Vicioso del tabaco fumaba desconsideradamente llenando de humo el pasillo. En el baño habían dormido quince personas y las losas del piso les habían dado frío. El cuadro era paradójico. Mientras en la habitación de al lado luchábamos con el calor, en el baño vecino tiritaban de frío.

La gente se lavó como pudo y se arregló el cabello con los dedos: no había jabón, toalla ni peine. El desayuno fue traído del jardín. El reparto fue equitativo: un pan francés para cada cinco personas. Fue lo único salvable porque todo había sido comido por los gatos, roído por las ratas o robado por los gallinazos. En

realidad no teníamos hambre, pero sí la necesidad de comer. Yo, particularmente, me sentía débil.

Desde un comienzo fue elegido jefe de todo el grupo el jesuita Juan Julio Wicth. Éste nos organizó haciéndonos sentar en el suelo, en círculo, y presentarnos siguiendo la dirección de las manijas del reloj. La auto-presentación fue rápida y sencilla, pero se sacó en claro lo siguiente. Predominaban los médicos. Ellos eran Noé Bazán, Nelson García, Sotero Igarachi, Víctor Lucero Rondón, Pedro Mascaro Sánchez, el cardiólogo Miguel Sánchez Palacios, José Untama Medina, Director del Hospital Casimiro Ulloa, y el psiquiatra Enrique Macher Ostolaza. Seguían, siempre en orden cuantitativo, los catedráticos universitarios: Carlos Aquino (San Marcos), José León Herrera, Luis Pacheco y el que esto escribe (Universidad Católica), Estuardo Marrou Loayza, ex-Rector de la Universidad del Pacífico, y Amaro Zavaleta García, de la misma Universidad, quien era Director de Concytec. Los diplomáticos eran dos: Manuel Roca Zela, ex-Embajador del Perú en el Japón, y Edwin Clark de la Puente. Dos también eran los funcionarios del Instituto del Mar: Juan José Castillo Asián y Eduardo Nuñez Hermoza. Casos únicos eran el arqueólogo Luis Watanabe Matsukura, Director del Museo de la Nación; el importador Santiago Jaime; y el citado jesuita Juan Julio Wicht. Seguían los extranjeros: el español Manuel Torrado Bermejo; y los japoneses Masane Kubayashi, Shigemori Sato, Masamori Sugimaro, Maroto Sakiguchi y Tatzuya Shimitzu, todos gerentes o altos funcionarios de las firmas niponas en Lima. Éramos 28 individuos y todos teníamos que vivir y dormir en una habitación de 20 por 25 pies.

El jesuita nos organizó prontamente. Como se necesitaba un delegado ante nuestros captos eligió al ingeniero Amaro Zavaleta García. También se acordó este día crear comisiones de bienestar, pero se dejó su ejecución para algo más adelante. Había otras necesidades urgentes.

Si bien no hubo noticias positivas, tampoco se hizo mucho caso de las alarmistas. Abundaban las conjeturas pero faltaban las evidencias. La mejor nueva asegu-

raba que nos soltarían en pequeños grupos; la peor, que si el gobierno no cedía, se ejecutaría al Canciller Francisco Tudela, exalumno mío, siguiéndolo los jefes de las Fuerzas Armadas y de la Policía que también estaban cautivos.

El jueves 19 de diciembre amaneció sin sol. Una bruma tenue envolvía el jardín, donde bajo los toldos blancos seguía expuesta la comida de la recepción. Ya no acudían los gatos pero sí las ratas y gallinazos.

El desayuno fue media tajada de pan de molde. Como empezó a faltar el agua, se pensó beberla de los tanques de los inodoros. No se llegó a tanto porque la Cruz Roja nos alcanzó bidones llenos de agua destilada. El calor nos hacía beber más y, a más bebida, más deseos de ir al baño.

El baño estaba fatal. Ya no dormían rehenes en él, pero la afluencia de usuarios era tanta que siempre había tres individuos adentro. Uno miccionando, otro defecando y el tercero —un aficionado o alma superior— tratando de desatorar la tina donde también se había llegado a cumplir con la micción con creces. El ingenio improvisó un defecatorio: una caja de cartón, que había sido de galletas, a la que se sumó internamente una gran bolsa plástica. Pero la gente no estaba acostumbrada a defecar con testigos y los usuarios se demoraban, se ponían nerviosos, fracasaban. A los angustiados se les concedió cinco minutos de soledad para que la privacidad facilitara sus necesidades. Empero, había gente que prefería no defecar y eso hizo todo lo que siguió más difícil todavía.

El alarmismo ganó terreno. Se dijo que toda la embajada estaba minada, en especial sus jardines y alrededores. No era cierto. En cambio fue verdad que en el jardín se pusieron cazabobos y en algunas puertas interiores mecanismos sospechosos de incubar una explosión. Se quería que los rehenes no escaparan y, para empezar, que ni siquiera pensarán en ello.

Nadie entre los cautivos tenía una pistola o un teléfono celular. La primera noche se requisaron. Pero ello no fue óbice para que esa mañana del jueves el Cónsul japonés irrumpiera en la Cuadra H y hablara telefónicamente con Tokyo a través del consulado en Lima. Lo hizo en secreto, mientras otro funcionario japonés se

abanicaba en la puerta indicando que el emerretista de guardia no estaba cerca o andaba ocupado. Cuando cesó de abanicarse, señal de peligro, el Cónsul cortó la conversación y ocultó el teléfono celular en su bolsillo. Creemos que no pedía ayuda, simplemente informaba.

Hubo varias personas que sufrieron dolencias. Los cardíacos, los diabéticos, los asmáticos. Gente sana que empezó a sentirse mal fue la que usaba lentes de contacto. Por no lubricarlos en las últimas 48 horas corría el peligro de ulcerarse los ojos.

Los terroristas serían unos diez, incluidas las dos muchachas. Al menos, eso es lo que nos pareció. Su jefe era el «comandante» Ermigidio Huertas Loayza, pero alguien que lo vio hace meses en la televisión española afirmó que era Néstor Cerpa Cartolini, el mando máximo del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Tenía unos 43 años de edad, era recio, no bajo, sí algo grueso. Sus facciones eran las de un mestizo peruano. Rostro trigueño, ojos pardos, pelo negro. Hablaba sin titubeos, sabía lo que decía. Informaba, no amenazaba, pero advertía que a nadie se le ocurriera atacar a un guerrillero —así se llamaban entre ellos— porque culpables e inocentes serían barridos con fuego de metralla para restablecer el orden. Desde un primer momento se mostró el jefe. Fue el primero que ingresó a la Embajada arma en mano. Tenía mucho arraigo entre los suyos. Era líder.

Lo seguían tres «comandantes» subalternos: El Árabe, siempre sonriente, Salvador, siempre molesto, y Tito, que la noche del asalto resultó herido de bala en un tobillo por rebote del proyectil. Tendrían 30 ó 35 años. Los de la plana menor serían cinco, entre ellos los apodados Mexicano y Palestino, incluyéndose también en este grupo a las dos muchachas que nominamos María y Luchita. Todos usaban gorrilla de visera y el rostro cubierto por un pañuelo bicolor, siendo el resto del atuendo un uniforme azul oscuro. Cada uno llevaba metrallera, granadas de mano y puñales. Solo los cabecillas, que recuerde, portaban revólver.

Amaneció el viernes 20 sin nada especial. Cantó el gallo, gimieron las cuculíes, todos nos despertamos de mejor humor. Había motivo para ello. Gracias a la Cruz Roja y a su jefe en Lima Michel Minning, un suizo excepcional, tenemos tres

comidas por día, nos llegan las medicinas solicitadas y nos han hecho entregas de dos barajas y de un juego de ajedrez. También enviamos cortos mensajes escritos a la familia y los recibimos de igual manera. Así me llegó un mensaje de mi mujer, cariñosa como siempre, y otro de mis hijas. La Cruz Roja, para nosotros, tuvo un comportamiento impagable.

También lo tuvo el padre Wicht creando las comisiones de bienestar. Fueron cinco: comida, bebida, limpieza de la habitación, medicinas y baño. Cada turno duraba 24 horas y lo tenían a su cargo dos personas. Asimismo se tomaron precauciones para evitar enfermedades. Como primera medida debíamos andar dentro de la cuadra sin calzado, solo en calcetines, y ponernos los zapatos únicamente para ir al baño.

Este día fue el primero en que se rezó comunitariamente. A pedido de todos el padre Wicht, a las seis de la mañana, cumplió con esta práctica. Nos pusimos de pie, hicimos rueda y él, desde un punto de la circunferencia, oró en voz alta. Fue oración de alabanza, petición y acción de gracias. Solo un Padrenuestro y un Ave María más una reflexión general.

El sábado 21 de diciembre por la mañana temprano, me llegó la ropa limpia y dentro de ella, secretamente, encontré un papelito que decía: «Papá: quédate tranquilo. Todas estamos calmadas y rezando por ti. No te preocupes». Y abajo decía: «Tus hijas». En realidad, era obra de solo la menor de ellas.

A las diez nos visitó el «comandante» Salvador y nos habló del MRTA, esto es, el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Aparte de lo propagandístico de su charla, nos dijo que ellos solo querían favorecer al pueblo peruano y, naturalmente, liberar a sus líderes presos. Luego pasó a relatar cómo había sido el asalto a la Embajada del Japón. Llegaron todos a una casa de la calle adyacente en una ambulancia, disfrazados de enfermeros y enfermeras, incluyendo un enfermo fingido. Como en el barrio había dos clínicas a nadie le extrañó la presencia de la ambulancia ni su presunto personal. Entraron a una casa que estaba vacía, redujeron al guardián y esperaron hasta las 8.20 de la noche. Entonces fue que detonaron la bomba y por un

forado en el muro penetraron a la embajada. Subrayó que todo había sido fruto de un minucioso estudio preliminar y que nada de lo hecho fue improvisado.

Esa tarde pasé por una rara experiencia. Ingresó a la cuadra el terrorista apodado El Palestino y dirigiéndose a mí, me pidió que mirase por la ventana. Debía estar de pie y al centro de la misma. Así lo hice y esperé unos minutos. No hubo ninguna reacción del exterior. Fue para saber si había o no francotiradores en los edificios vecinos. Para mí no era cosa nueva. El día anterior había visto hacer lo mismo con tres médicos de la cuadra.

Por la noche anoté en la hoja de papel que me servía de diario: «Tengo dolor de cabeza y me duele todo el cuerpo. Sufro de esófago de Barret, pero mis síntomas son de catarro. Creo que estoy con fiebre».

La liberación

Desperté afebrado. Mi desayuno, por propia voluntad, fue solo una manzana. Aun así, cumplí con la limpieza de la Cuadra, por corresponderme el turno.

Este domingo 22, a las diez de la mañana, hubo misa en la escalera para que la pudieran ver y oír los del primer y segundo piso. La dijo, sin ornamentos, el padre Wicht. Las hostias y el vino se trajeron del exterior. Sirvió de cáliz una copa y de copón una gran taza japonesa de porcelana. Comulgaron todos los católicos, sin confesión, previa absolución condicionada a confesarse en la primera oportunidad. Participó en la misa junto al improvisado altar, un pastor evangélico japonés. Los pocos rehenes hebreos miraban recogidos desde el pasillo; los budistas y shintoístas asistieron reverentes. Ese día no hubo ateos.

Acabada la misa tenía yo tanta fiebre y dolor de huesos, que me fui a dormir. Descansé dos horas. El doctor Pedro Mascaro me despertó: «estás en lista —me dijo— prepárate a salir». Yo no sabía si estaba dormido o despierto, pero otros me

sacudieron y me puse en pie. Fui a la escalera, me dejó bajar el terrorista de guardia. Entrevisté al Arabe, me dijo que sí, que mi nombre estaba entre los beneficiados. La lista era larguísima, abarcaba 181 personas. Volví a mi habitación, tomé las pocas pertenencias que tenía y torné a la escalera. Al empezar su descenso vi las caras de los que se quedaban: tristes, amables, resignados. Algunos me hicieron una seña con la mano, los más un guiño o un movimiento de cabeza. Recuerdo de manera especial a mi amigo Jorge Gumurcio Granier, Embajador de Bolivia.

A mitad de la escalera me alcanzó el padre Wicht y me dijo: «Te voy a pedir un favor. Como vives cerca, avisa a mi convento de Miraflores que me quedo, pues aunque estoy en lista para salir, considero que más útil soy aquí que afuera. Saldré con el último rehén, si es que llega ese momento». Acepté el pedido, estreché su mano, y seguí bajando la escalera.

Abajo me encontré con Luis Peirano, que me había visto antes afebrado, y con José León Herrera, mis colegas de Universidad. También estaba Luis Watanabe, Director del Museo de la Nación. Nadie se mostraba contento. Todos pensaban en los que se quedaban.

Golpeado por 38 ó 39 grados de fiebre, me senté en el rincón de una sala, me abracé a mi bolsa y me dormí. Cuando desperté eran las tres de la tarde, me estaban ofreciendo el almuerzo. Comí algo, bebí agua y siguió mi sueño solo interrumpido por las falsas alarmas de salida.

Así transcurrió la tarde. Por la oscuridad creciente intuí que había caído el sol. Los terroristas vigilaban por las ventanas. Otros controlaban los seguros de las puertas. Interiormente, varias de ellas presentaban paquetes atados de explosivos, artefactos conocidos como cazabobos, dirigidos a quienes pretendieran escapar. Seguía yo maltrecho y adolorido. Alguien dijo que nos soltarían a las siete de la noche.

Recién me di cuenta de todo. Ningún mueble estaba en su sitio. Inclusive los más pesados habían sido removidos, apilados contra las puertas y ventanas formando barricadas. Estaban unos muebles sobre otros y tras ellos cajas, cajones y bolsas con restos de víveres. El hall junto a la escalera estaba vacío, pero detrás de la puerta de

la calle las mesas y armarios estaban dispuestos en tal forma que, con solo arrimarlos, la puerta era inexpugnable. En otras ventanas los tableros de las mesas oficiaban de baluartes y mampuestos, las cajas de cartón parecían almenas. Había poca luz natural. Ahora predominaban las formas oscuras de los terroristas que, móviles o inmóviles, se dejaban percibir. Unos daban órdenes, otros obedecían. Solo los rehenes estaban quietos y callados.

Se pasó lista con velas. Eran ya las ocho de la noche. Sin luz eléctrica no nos veíamos las caras. Nos reconocíamos por la voz o dando nuestros nombres. Los terroristas estaban nerviosos, miraban a la puerta de calle, tuvimos la impresión de que temían una arremetida de soldados o policías. Muchos rehenes, aburridos, se tendieron a dormir en el suelo alfombrado de la sala y del comedor. Estaban agotados por la espera. Algunos se ponían de pie. Aun en la oscuridad era fácil identificarlos. Los peruanos estaban con los pies separados y movían las manos al hablar, los japoneses tenían los pies juntos y abundaban en reverencias.

A las diez de la noche se nos alertó para salir. Esperamos todavía una hora. Salieron los primeros grupos de cincuenta hombres con quince minutos de intervalo. El primer grupo evacuado permitió que avanzara hacia la puerta el segundo. La espera seguía para los demás. Alguien dijo que había mucha gente afuera. En efecto, se oía bullicio, algarabía. La puerta, casi mecanizada, dejaba salir cincuenta hombres y se volvía a cerrar con llaves y cerrojos. Me correspondió el último grupo con los diez postreros hombres. Cuando por cuarta vez giró la llave y corrieron los cerrojos, la puerta se entreabrió. Se acercó entonces el «comandante» Serpa, siempre con su metralleta, nos estrechó la mano y nos dijo: lamento todas las molestias causadas pero teníamos que hacer esta tarea, no había otro camino. Luego se abrió la puerta del todo y salimos. Cuando tuvimos el cielo por techo estábamos en el jardín. Soplaba alguna brisa. Salimos a la calle por el portón entreabierto del garaje septentrional. Nos encontramos ante una multitud que prorrumpió en aplausos. Estaba enardecida. Suyas eran las voces que se oían dentro del edificio. Entonces fue que las luces nos cegaron. Se prendieron más reflectores

y los flashes de los fotógrafos menudearon. Las luces hirieron nuestros ojos. Los míos vidriosos por la fiebre, no lo pasaron mejor. Mis ojos querían ver mucho y, en realidad, no vieron nada.

Nos encaminaron calle abajo hacia la Clínica Italiana. Ahora estábamos rodeados de policías. Avanzábamos y nos seguían aplaudiendo. No habíamos hecho nada heroico, pero nos recibían como si volviéramos de la guerra. Había euforia nerviosa. Nos subieron a un ómnibus de la Policía Nacional. Los periodistas iluminaban sus ventanas, querían fotos, declaraciones, primicias. Nadie dijo nada. El ómnibus partió precedido por motociclistas policiales. Las primeras calles estaban llenas de gente que ahora agitaban banderas peruanas y aplaudían. Avanzamos con dificultad pero avanzamos. Después de varias vueltas, salimos a la Avenida Brasil y llegamos al Hospital de Policía.

En un patio interior descendimos. Se nos indicó que siguiéramos por unos pasadizos e intempestivamente apareció el Presidente Alberto Fujimori. Lo saludamos, nos saludó, habló poco y nos invitó al examen médico. En otro momento de este recorrido se vio a la señora Susana Higuchi, esposa del Presidente, quien se mostró cariñosa pero apresurada. Nadie quiso ser examinado clínicamente. Todos querían ir a su casa.

Utilizando una ambulancia marchamos a nuestros domicilios. Conmigo iban ocho personas liberadas. Por fin, luego de dejar a varias de ellas, la ambulancia se detuvo frente a mi casa. Eran las doce y treinta de la madrugada del lunes 23 de diciembre.

Bajé y me encontré con muchas caras conocidas. Eran mis viejos amigos de Barranco. Abrazado por ellos ingresé a mi domicilio. Estaba vacío. Mi esposa y mis hijas me habían ido a esperar por la puerta principal del Hospital de Policía y yo había salido por otra. Pero luego se enteraron de esto y volvieron rápidamente a casa. Cuando entraron había más de veinte personas en la sala. Abracé y besé a mi mujer, lo mismo hice con mis hijas. Lo que entonces sentí no tengo obligación de narrarlo. ☞

XXV

El Instituto Riva-Agüero

La casona virreinal



1998. El padre Armando Nieto, S.J., José y el doctor Agustín de la Puente.

El edificio era viejo, de finales del siglo XVIII, probablemente de 1790. Lo decía su trazo, aunque su fachada tenía influencia neoclásica y sus balcones eran ya del siglo XIX.

La fachada, para empezar por la calle, era limeña y de inspiración española. Tenía portón principal y lo coronaba un balconcillo de antepecho superado por un remate barroco. El balconcillo estaba entre dos pináculos. El conjunto era todo de yeso, bastante reconstruido. A los lados del portón había ventanas bellamente enrejadas. Seguía el brevísimo entresuelo con ventanuelas cuadradas y luego el segundo piso con los dos balcones de cajón. Hoy es fachada completa, armoniosa y elegante. Está pintada de rojo guinda, su portada luce blanca y sus balcones oscuros. Termina toda la fachada en una balaustrada muy limeña.

El zaguán es acogedor, tiene lajas de piedra y una reja que, al modo de las cancelas sevillanas, deja ver el patio central. Es reja ancha, de cuatro cuerpos, está entre dos cañones hincados de boca en el suelo, evitando éstos que las ruedas de los carruajes dañaran las aristas del muro.

El patio es señorial con empedrado y senderos, galería balconada en el segundo piso y macetas con flores. Al lado de uno de estos caminos de piedra alcancé a ver los restos del

decorado: fémures de caballo partidos en su parte media e incrustados en el suelo asomando solo sus apófisis.

Pasado el patio se subía unas gradas y se llegaba al atrio. Allí estaba entre columnas de madera la gran puerta del salón y dos ventanales enrejados. El color de los muros era rojo guinda y el de las columnas verde botella.

El salón es amplio, apto para saraos y tertulias, lo que no era óbice para que en su extremo izquierdo estuviera el oratorio antiguo.

La siguiente habitación, también grande, era el comedor, que salía al segundo patio.

La casa era rica en retratos de personajes hechos a pincel, en tallas de madera policromada y en muebles del tiempo viejo. Había otros lienzos que también eran meritorios y crecidos como esos dos del jesuita Diego de la Fuente: San Martín de Tours partiendo su capa con un pobre y San Ignacio de Antioquía devorado por los leones. Entre las tallas estaba una grande de la Virgen sedente con el Niño en brazos, escultura atribuida a Martínez Montañés. Tampoco pasaba inadvertido el salón de los muebles dorados y sus espejos, en el ala diestra, y la capilleja claroscuro con imágenes arcaizantes, en el ala izquierda. La casona tenía algo de museo y es que, evidentemente, era la mejor amoblada que quedaba de la Lima Virreinal.

En esta casa, que fue de los Ramírez de Arellano, nació José de la Riva-Agüero y Osma. Con el tiempo funcionó en ella el Instituto Riva-Agüero (1947) y dentro de él, el Seminario de Historia. Me he detenido en el vetusto edificio, porque tiene para mí especiales recuerdos y significados. Allí cursé mis estudios iniciáticos de historia, allí descubrí que quería ser historiador.

La formación académica

Ingresé al Instituto en 1951. Era la escuela de Altos Estudios de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Me matriculé en el Seminario de Historia y desde entonces pertenezco a él.

Como integrante del Instituto Riva-Agüero primero fui Miembro Investigador (1951), después Miembro Vitalicio (1976), finalmente Miembro Emérito (2004).

Desde un comienzo me correspondió dictar varios cursillos, concurriendo a ellos los alumnos del Seminario y rindiendo prueba final. Recuerdo haber dictado, entre otros, un cursillo sobre los Cronistas, que duró tres meses, y otro sobre la Guerra del Pacífico, que duró dos. Aparte de esto di charlas y conferencias. La tribuna del salón de actos se me hizo familiar.

En el Instituto aprendí el comportamiento académico. La forma de hablar en público, de tratar los temas, de saberlos dar. Conocí a varios profesores extranjeros, leí sus producciones, me actualicé en la bibliografía histórica moderna. Rondé la americanística, me interesé en el mundo hispano americano, pero me incliné al periodo quinientista peruano de modo definitivo.

Mi lenguaje se fue pulimentando, también creció mi forma de ver el mundo. Mi cabeza fue la que más se organizó. Entré a una etapa de pensamiento más alturado, selectivo, propicio a la especialización. Aprendí a utilizar el «nosotros» en vez del «yo». Conversé mucho con el doctor Víctor Andrés Belaunde, el Director del Instituto, las veces que estaba en el Perú. Me sirvió mucho su ejemplo: su forma de pensar, su forma de hablar, su forma de escribir. Nunca fui su alumno, no puedo considerarme su discípulo, pero sí fui muy allegado a él por afinidades del espíritu. Sin pretenderme igualar con su persona, mi modo de pensar comulgaba bastante con el suyo.

Profesores del Instituto fueron por entonces Luis Jaime Cisneros y Jorge Puccinelli, el padre Felipe E. Mac Gregor y Enrique Torres Llosa. Los primeros eran de Lengua y Literatura, los segundos, de Filosofía.

Sin embargo, el que más cerca estuvo de nosotros fue José Agustín de la Puente,

Director del Seminario de Historia. Sus enseñanzas fueron magníficas. Nos libró de ser soberbios, déspotas, pedantes; nos enseñó la medida, el equilibrio, la equidad. Fue el Maestro por antonomasia.

Respecto a mis compañeros, los alumnos del Instituto, guardo grato recuerdo de varios: Carlos Deustua Pimentel (+) y César Pacheco Vélez (+), Armando Nieto Vélez, Raúl Zamalloa Armejo, Pedro Rodríguez Crespo, Sara Hamann Carrillo, Fanny Torero Gamero y Héctor López Martínez. Este último fue el único que se dedicó al siglo XVI. En el Seminario de Lengua y Literatura recuerdo a Beatriz Mauchi Laines, Alberto Varillas Montenegro y Armando Zubizarreta Gabaldoni; en el de Filosofía a Luis Felipe Guerra Martiniere. Estos eran los «muchachos» y «muchachas» de ese entonces.

Todos nos reuníamos en el segundo patio del Instituto. Allí charlábamos y cambiábamos ideas, convergíamos y discrepábamos, pero inconscientemente, aún viviendo en sana competencia, nos apreciábamos mucho.

Por entonces leí bastantes obras, también investigué. Estaba contento, me sentía capaz de escribir artículos, incluso libros. Hice también algunos avances en otro terreno. Cronológicamente fui el primer Bachiller del Instituto (1953) y el segundo Doctor en Historia (1957). Asimismo tuve en propiedad mi primera Cátedra (1956). Mi formación académica, gracias a la Universidad Católica y al Instituto Riva-Agüero, se había realizado.

Director del Instituto

Pasaron los años, cambiaron los tiempos, y resulte elegido Director del Instituto Riva-Agüero. Fue victoria interesante. Gané con 74 votos a favor, uno en contra y otro en blanco. Yo sé quién es la persona que votó en contra, pero no le guardó rencor; estaba en su derecho. En cuanto al voto en blanco, fue mío.

Comencé a gobernar la casona con conocimiento de causa. Todo su personal lo integraban viejos amigos y amigas. Por eso su colaboración fue inmediata. Nunca tuve queja de ellos. Por el contrario, terminamos siendo más amigos. No en vano les caía de sorpresa y terminaba bromeando en su oficina. Eso sí, les prohibí fumar y escuchar música: la música distraía en el trabajo y el fuego podía causar incendios.

Siempre en el Instituto se temió a los incendios. Atendiendo a este sentir general lo primero que hice fue mandar hacer una revisión de las instalaciones eléctricas de la casona. La revisión se extendió después a las cañerías y al estado de los muros húmedos. Se temía no solo a los incendios sino también a los aniegos y derrumbes. Alguna vez, por este motivo, rompimos el suelo para reponer una cañería... y apareció un cañón. Un cañón de avancarga del siglo XVIII. Es el que hoy se exhibe en el patio del Instituto sobre una falsa cureña. Nunca supimos quién lo enterró ni la causa de su ocultamiento.

El Instituto era tranquilo, apacible. Diariamente acudían a él investigadores de toda índole. Pasaban horas hurgando papeles, luego se iban para, al siguiente día, regresar. Se les atendía por la mañana, a partir de las 11, terminando el servicio a las 8 de la noche. Había investigadores extranjeros con el tiempo tan ajustado que ni siquiera salían a almorzar.

Durante mi gestión el Instituto contó con seis Seminarios: Arqueología, Arte y Cultura Popular, Derecho, Filosofía, Historia, Lengua y Literatura. También con cinco unidades de servicios académicos: el Archivo Histórico, la Biblioteca, el Centro de Etnomusicología Andina, el Museo de Arqueología Josefina Ramos de Cox y el Museo de Arte y Tradiciones Populares. Por su parte, las actividades de proyección social aumentaron notablemente. Hubo congresos, coloquios, cursos, cursillos, conferencias, mesas redondas y talleres.

La actividad llegó a su máxima expresión. El Instituto fue en Lima el centro académico de mayor vida y movimiento. Los autores querían presentar sus libros en él, las embajadas nos pedían la tribuna para sus intelectuales visitantes. Incluso se

miró con raro interés a la casona y hubo propuestas para filmar en ella películas de contenido histórico. Esto último no se aceptó.

Hubo producciones y adquisiciones, también investigación.

Ada Arrieta, la Directora del Archivo Histórico, investigó y publicó documentos, llevando a feliz término gran parte del Epistolario de José de la Riva-Agüero, añadiendo exposiciones de papeles raros o nada conocidos. La Biblioteca llegó también a conocer su momento cenital: Greta Manrique Gandolfo, su Directora, tuvo responsabilidad sobre 30.000 volúmenes. Luis Repetto Málaga, por su parte, Director del Museo de Arte y Tradiciones Populares, obtuvo la donación de la Colección Elvira Luza, artesanías de gran valor, y la Colección de Máscaras e Instrumentos Musicales Arturo Jiménez Borja.

A este propósito, quise crear con Luis Repetto el Museo del Atuendo Peruano, pero si bien nos sobraron prendas nos faltaron dos cosas esenciales: el local y el dinero.

La investigación, entre tanto, avanzaba silente, sobre todo en el Seminario de Historia. Se escribieron así, con historiadores jóvenes, la Historia de la Minería en el Perú, la Historia Cronológica del Perú y la Historia del Perú hecha por 24 autores. El Seminario aportó también libros individuales de Margarita Guerra Martiniere, Scarlett O'Phelan Godoy y Carmen Mc Evoy Carreras; Laura Gutiérrez Arbulú, a su vez, logró un libro sobre Lima en el siglo XVI en base a otro equipo de historiadores jóvenes. Igual labor directiva cumplieron Joseph Dager Alva y Carlos Pardo Figueroa con otro libro sobre el Virrey Amat. El Seminario de Historia produjo todo lo que pudo. El Seminario de Arqueología también investigó un libro sobre la Cultura Lima, lo dirigió la Directora del Seminario, Judith Vivar Anaya y Martín Mac Kay.

No puedo decir lo mismo del Seminario de Lengua y Literatura. A comienzos de mi gestión pedí a sus miembros hacer una Historia de la Literatura Peruana en tres tomos...y se negaron por la falta de tiempo. Nadie colaboró. Naturalmente no por dejar de hacer esta obra escribieron otra. Sencillamente, no hicieron nada.

Hecho importante fue la inauguración de la Biblioteca Félix Denegri Luna, lo que recién pudo hacerse luego del fallecimiento de su propietario. Este fue gran

amigo del Instituto y muy colaborador con sus investigadores. Hoy queda, además de 26.000 libros suyos, su cabeza esculpida de bronce y su retrato hecho a pincel.

Uno de mis últimos actos fue mandar pintar la Galería de Directores, encargándose al artista nacional Óscar López Aliaga la confección de tres retratos: el del doctor Víctor Andrés Belaunde, el del doctor José Agustín de la Puente y del padre Armando Nieto Vélez, mis predecesores en el sillón directoral.

Finalmente, al mismo autor pedí pintar el retrato del doctor José de la Riva-Agüero y Osma, que hoy se encuentra en la Dirección de la casona. Gestión aparte fue la del monumento al Benefactor Riva-Agüero, que a sugerencia nuestra erigió la Universidad en el campus universitario. El busto lo hizo el escultor José Antonio Baca Rossi y se ubicó junto a la puerta del rectorado, estando al otro lado el del fundador padre Jorge Dintilhac.

Todo este tiempo nos ayudaron, sucesivamente, dos Secretarios Académicos: Carlos Gálvez Peña y Joseph Dager Alva. El primero fue el gran conservador del Instituto, el segundo el gran ordenador del mismo. A ambos vaya nuestra gratitud sincera. Gratitud especial merece el doctor René Ortiz Caballero, quien fuera Sub Director del Instituto durante los dos periodos que desempeñé su gobierno. Fue Sub Director y asesor jurídico, pero sobre todo amigo leal y eficiente colaborador. Su actuación fue siempre ejemplar, mejor aún, intachable.

Dos periodos, como ya anticipé, estuve de Director del Instituto Riva-Agüero, pues reelegido el año 2001 proseguí hasta el 2004. Ese año me sucedió la doctora Margarita Guerra Martiniere, quien lo hizo acompañada por el doctor José Antonio Rodríguez Garrido, el Sub Director elegido con ella.

Posteriormente, el 10 de diciembre del año 2004, el Consejo Directivo presidido por la doctora Guerra Martiniere, me nombraría Miembro Emérito del Instituto Riva-Agüero. ☞



1998. Con sus dos maestros, Guillermo Lohman y José Agustín de la Puente.

XXVI

Los Maestros

Los Maestros patriarcales

En mi memoria perduran dos genios: Julio César Tello y José de la Riva-Agüero. A los dos conocí, aunque a ninguno traté. Ambos fueron notables estudiosos y —como luego explicaré— mis Maestros ancestrales. Eran ejemplos vivientes de Peruanidad, cada cual a su manera y dentro de su propio estilo.

A Tello lo conocí por 1938. Fue en el Museo de Arqueología que entonces funcionaba en la limeña avenida Alfonso Ugarte. Primero oí hablar de él: era un gran arqueólogo; después apareció en escena. Vestía guardapolvo blanco, tenía facciones muy andinas, era oriundo de Huarochirí. Lo vi hablando con un empleado del Museo, pero bastó para que todos los presentes lo observaran en silencio e, ido él, prorrumpieran en secretos comentarios: era un sabio. Yo nunca había visto un sabio y lo opinado me impresionó. La verdad es que, como arqueólogo, es lo más grande que ha producido el Perú.

A Riva-Agüero lo conocí años después, cuando destruían el templo de la Encarnación. Entonces yo era pre adolescente y estaba en una de mis primeras incursiones solitarias a Lima. Allí, en la calle Cueva, debía de subir al tranvía para volver a Barranco. Pero vi gente en el ya des-

techado templo y atravesé la calle con curiosidad. Encontré más gente todavía y al centro de ella a dos personajes hablando. Se había encontrado la tumba de las fundadoras —Mencía de Sosa y Leonor de Portocarrero— y entre las dos sepulturas una caja con un cráneo: la calavera de Francisco Hernández Girón, el caudillo rebelde esposo e yerno de las fundadoras. Los dos personajes hablaban sobre el caso y lo hacían con dedicación. Posteriormente me enteraría por uno de ellos —Rafael Loredó Mendivil— que el otro era José de la Riva-Agüero. Así me lo comunicó Loredó una década después en el Archivo General de Indias de Sevilla. Riva-Agüero me pareció un hombre muy alto (que no lo era), solemne (que lo era), demasiado pulcro y bien vestido para estar en una demolición.

Ambos personajes —Tello y Riva-Agüero— fueron las lumbreras de su época, los penates señalados, venerados y temidos. No hubo por entonces talentos superiores a ellos. Vivieron coetáneamente, supieron respetarse en forma ejemplar.

Tello era casi indio, quechua parlante y Doctor en Medicina; Riva-Agüero blanco casi puro, cultor del idioma castellano y Doctor en Jurisprudencia. Fueron, entre nosotros, las máximas figuras intelectuales de su tiempo. Su obra es grandiosa, invaluable. El país, a cada uno de ellos, le adeuda un monumento.

Tello descendía de los curacas cobrizos de Huarochirí, Riva-Agüero de los primeros conquistadores españoles. Con el tiempo leí los escritos de ambos y hoy pienso, honestamente, que a ellos dos debo mi creencia sobre el mestizaje espiritual peruano. Por eso los llamo mis Maestros patriarcales, mis Maestros ancestrales, porque ambos inspiraron mi identidad cultural.

Los Maestros generacionales

Hubo otros personajes que tampoco me dictaron clase y a quienes, sin embargo, considero mis Maestros generacionales. A todos traté y todos dejaron huella en mí.

Estos personajes fueron Víctor Andrés Belaunde, Raúl Porras Barrenechea y Luis E. Valcárcel, Rubén Vargas Ugarte, Jorge Basadre, Aurelio Miró Quesada Sosa, Alberto Tauro del Pino y Ella Dunbar Temple. Fueron, por lo general, profesores de la Universidad de San Marcos. De la Universidad Católica, a su vez, recuerdo a Felipe E. Mac Gregor Rollino (que me enseñó Lógica y Ética), Luis Jaime Cisneros (que me dictó Lengua Española) y Javier Pulgar Vidal (que me mostró con generosidad la Geografía peruana). Entre los extranjeros debo recordar a Onorio Ferrero de Gubernatis, mi preceptor de Historia Universal.

No quiero pasar adelante sin mencionar a Luis Alberto Sánchez, quien llegó a Rector de la Universidad de San Marcos. Había sido profesor de mi padre en el Colegio Alemán y, por este motivo, me tenía identificado. Era viejo, autoritario, prácticamente ciego y muy dado a la política. Siempre que lo encontraba me preguntaba: ¿Qué estás investigando? Y cuando yo le contestaba, se despedía diciéndome: Termina ese trabajo, no lo dejes a la mitad. Esto sucedió tres o cuatro veces. El consejo lo conservo y lo practico.

De todos los nombrados recibí enseñanzas. También influencias personales. Fue asistiendo a sus conferencias o clases, reuniones y tertulias, leyendo sus artículos o sus libros. Eran personas muy valiosas.

Víctor Andrés Belaunde era Director del Instituto Riva-Agüero y hombre de notoria personalidad. Inteligente, ingenioso, tenía mucho sentido del humor. Con frecuencia invitaba —a César Pacheco, Carlos Deustua Pimentel, Armando Nieto Vélez, Raúl Zamalloa Armejo, Pedro Rodríguez Crespo, Héctor López Martínez y al que esto escribe— a tomar una taza de té en El Patio, café del Portal de San Agustín. Tenía dichos notables, destacando sus famosos apotegmas. Uno de ellos era: «Los ingleses para gobernar, los alemanes para guerrear, los franceses para

amar, los italianos para vivir, los rusos para sufrir y los españoles para morir». Como jefe era duro, exigente, malgeniado y obsesivo, pero también inteligente y culto. Arequipeño, setentón, abogado, catedrático, autor de libros y orador brillante, llegó a Presidente de la Asamblea de las Naciones Unidas. Me trataba con deferencia y enterado que pretendía resucitar a miles de personajes en mi Diccionario de Conquistadores, me llamaba en público «predecesor del Juicio Universal». Le gustó mucho mi obra Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador y, según me decía, durante una semana fue su libro de cabecera. Murió en 1966. Influyó mucho en mí. Valoré bastante sus consejos.

También recuerdo de manera especial a Raúl Porras Barrenechea. Era brillante. A él debo mi profundización en la temática de la Conquista, el gusto por las buenas letras, la búsqueda de la fluidez sin detrimento de la verdad. Hablar con Porras era aprender, hablar de Porras, enseñar. Era diplomático, abogado y Doctor en Literatura. Bajo, macrocéfalo, de ojos azules y expresión altiva, fue algo apasionado para ser historiador. Tenía coraje oratorio, riqueza verbal, fuerza en sus palabras. Sus clases se llenaban de gente —alumnos y no alumnos—, era experto en cronistas y en los límites del Perú. Estableció un raro binomio entre la verdad y la belleza. Hizo notables descubrimientos referentes a la Conquista. Su obsesión era terminar su libro de Pizarro. No lo terminó, lo ganó la muerte. Antes de morir, estando ya grave, me dijo: «le dejo mi cátedra de Historia del Perú, nunca la descuide, hay que formar a los jóvenes». Falleció en Lima en 1962, y desde entonces dicto la cátedra que recibí de él.

Luis E. Valcárcel era más silente, introvertido, pero muy conocedor de lo andino. Fue mi gran contacto con el Perú antiguo. Significó mi valoración definitiva del Tahuantinsuyo, mi aproximación a la lengua quechua, mi hallazgo del Cusco como capital imperial. Valcárcel se identificaba con la tierra, amaba el Ande y no concebía un Perú sin el indio. Conversé mucho con él. Incluso lo recogía de su casa para acudir a las sesiones de la Academia Nacional de la Historia. También era algo apasionado, pero no lo parecía. La verdad es que corrían tiempos en los que casi no

se podía ser ecuánime. Al final de su vida admitió el mestizaje. Mejor dicho, llegó a creer en un indo-mestizaje andino integrador. Su tesis era ya un sincretismo. Murió en 1987. También era un Maestro.

Entre Porras, hispanista, y Valcárcel, indigenista, ubique mi pensamiento definitivo: el peruanista. A ambos Maestros debo este equilibrio que antes no se veía. El mundo intelectual nuestro, politizado, polarizado, no había tenido otra alternativa que la gran división.

Era como hablar del Este y del Oeste olvidando que existía el Norte.

Los Maestros personales

Tuve tres Maestros personales.

El primer Maestro (y sigue siéndolo) fue el doctor José Agustín de la Puente y Candamo. En el Instituto Riva-Agüero me enseñó a fichar, a ejercer la crítica, a seleccionar las fuentes. Nos dio, a la vez, una formación moderna y clásica. Nos acercó al pasado con cautela, nos enseñó a mirarlo y a recoger su utilidad. Sin más intención que formarnos para futuros profesores de la Universidad Católica, con la mira última de hacernos historiadores peruanos con voz en la cátedra y obra en los libros, nos adentró en el pasado, señalándonos los escollos de ese mar proceloso y cautivante. Y en el Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero, cumplimos nuestra formación.

Los sábados por la tarde y los miércoles al anochecer, nos reuníamos indefectiblemente y —repito— mientras un indio ciego tañía su quena en el zaguán y los bronces de San Agustín y de La Merced sonaban graves, nos enseñó lo que era el mestizaje y todo lo ocurrido desde los albores de la patria milenaria, separando lo andino de lo hispano para luego dárnoslo reunido con el nombre de Peruanidad. Nosotros, por nuestra parte, asumíamos esta formación como un secreto sacerdo-

cio porque, casi podíamos decir, que nos imprimió carácter. A la sombra de lecturas de Herodoto, Tucídides y Plutarco, de Cieza y del Inca Garcilaso, el Maestro nos terminó de cincelar. Ejemplo moral e intelectual, hombre de convicciones firmes, dueño de una rica escala de valores y de una generosidad sin límites, merece que le diga desde aquí: Gracias Maestro.

Mi segundo profesor con halo de maestrazgo fue el doctor Guillermo Lohmann Villena. Él me dictó Historia del Perú I y, más que en Lima, en el Archivo General de Indias de Sevilla, me inculcó la autodisciplina, la puntualidad, el gusto por la erudición, el valor de lo entrecomillado. Me hizo ver que la sal de la Historia era la investigación. Durante tres años que pasé en el Archivo indiano e hispalense, Lohmann me enseñó con su ejemplo y con su obra. Gusté de ese camino y lo seguí. Fue la renuncia a las generalizaciones, a las afirmaciones fáciles y a las verdades de perogrullo. Hallado el dato, relacionado con otros datos, la verdad era casi un axioma. La Historia no es ciencia exacta, pero respecto al pasado es lo más aproximado a la verdad. Eso lo aprendí de Lohmann. Era un gran erudito, sabía muchas cosas. Lo que no supo desde un principio es que también había sido mi Maestro. Murió en Lima, el 14 de julio del año 2005.

El tercero tampoco está presente. Fue mi Maestro a la distancia, también en la cercanía. Me enseñó cómo era y debía ser un catedrático, así como la forma de servir a los demás. Hablo de Jorge del Busto Vargas, primo hermano de mi padre, quien fue el pariente distinto a los demás parientes, el catedrático de la familia. Desde niño lo vi y hablé con él. Posteriormente siempre conversaba conmigo. Lo hacía con claridad y con ese amor a la verdad que lo acompañó toda su vida. Era muy honesto. Como filósofo miraba y comprendía, callaba y concluía. No hablo con devoción familiar. A los que hacemos Historia nos está prohibido ser sentimentales. Pero desde la dureza de mi profesión, yo historiador y él filósofo, debo reconocer que en mucho fue mi más cercano ejemplo. Fue mi último Maestro personal, no tuve ninguno más. ❧

XXVII

Alumnos y exalumnos

Los alumnos

Mis alumnos han sido mayoritariamente universitarios. Los más de la Universidad Católica, pero también de la Universidad de Lima, de la Universidad Femenina y de la Universidad de Piura.

Asimismo he enseñado a los cadetes de la Escuela Militar de Chorrillos, de la Escuela de Aviación de las Palmas y de la Escuela Naval de la Punta; a los aspirantes de la Escuela de Marineros Mercantes del Callao; y a los estudiantes de la Escuela Normal Enrique Guzmán y Valle (Universidad de la Cantuta) y a las estudiantes de la Escuela Normal de San Pedro, de Monterrico, a los alumnos del Seminario de Santo Toribio y a los escolares secundarios del Colegio de la Inmaculada (jesuitas), del Politécnico José Pardo, de Lima, y del Centro Industrial Canadá de Bellavista, entre otros.

A lo largo de cincuenta años he llegado a tener más de 5.000 alumnos, acaso 7.000. A todos he creído darles la instrucción debida y el trato adecuado. No tengo para ellos sino el mejor de los recuerdos. En algún caso han sido alumnos míos, en diferentes momentos, el abuelo, el padre y el nieto. Siempre o casi siempre el alumnado ha sido mixto —hombres y mujeres— pero en determinados centros ha pertenecido a un solo sexo.

Tengo, por lo general, positivas experiencias docentes. No hubo, que recuerde, ninguna situación desagradable de tono mayor con los alumnos. Contratiempos, divergencias, sinsabores, sí los hubo, pero nunca una situación grave. Aun así, cuando hubo faltas mayores, logré que los expulsaran de la Universidad. No me arrepiento. Pero repito, nunca se llegó a faltamientos contra mi persona. Respetos guardaron respetos y eso fue lo que siempre hubo entre nosotros. Agradezco este concierto. Hablándonos de «usted», pero dentro de una cercanía muy grande, el tratamiento de «tú» fue innecesario. El profesor y el alumno, siempre lo he creído, deben de constituir un binomio constructivo.

Enseñé a mis alumnos que debían ser coherentes. Ser coherentes es pensar lo que se cree, decir lo que se piensa y hacer lo que se dice. El incoherente es un hombre a la deriva. Solo es coherente el que sabe lo que quiere.

Les señalé los tres grandes aciertos de la vida para universitarios: el vocacional, el matrimonial y el profesional. El acierto vocacional es descubrir lo que más nos atrae laboralmente para producir más y mejor en bien de los demás. El acierto matrimonial, en el caso de los varones, estaba sujeto a que una mujer les guste, que sea buena, que los comprenda y en el último lugar que los quiera. Y el acierto profesional no es otra cosa que estar contentos con nuestro trabajo, que nuestro trabajo sea nuestro recreo. Si se alcanzan estos tres aciertos, se corre el riesgo de morir feliz.

A todos les alcancé mi versión del Perú. El Perú es una realidad histórica que tiene tres dimensiones distintas: Patria, Nación, y Estado; pero también cinco características: Independiente, Uninacional, Pluricultural, Multilingüe y Mestizo. Independiente porque el Perú es libre y soberano; Uninacional, porque el Perú es uno solo; Pluricultural, porque la Cultura Peruana es producto de la Andina y de la Occidental, también de la africana y asiática; Multilingüe porque hablamos más de sesenta lenguas entre idiomas y dialectos; y Mestizo, porque lo somos en lo racial y cultural. Nuestra identidad es nítida y se plasma en la conciencia nacional. Ésta última consiste en ser peruano, saberse peruano, sentirse peruano y querer seguir

siendo peruano. Eso es lo que se llama identidad.

Por último, a los alumnos que seguían la especialidad de Historia, les alcancé tres pensamientos. Uno era de origen literario, otro de origen filosófico, y el tercero de raíz metodológica. El primero era de Miguel de Cervantes, quien le hacía decir al Quijote en tono aleccionador frente a Sancho: «Toda Historia es buena, con tal que sea verdadera». El segundo pensamiento era el formulado por Parménides de Elea, postulado de profunda simplicidad: «Lo que es, es; lo que no es, no es». El tercero tenía por padre a Tertuliano, quien recomendaba ante el pasado «No reír, no llorar, comprender». Eran tres pensamientos que lindaban en axiomas al propugnar la verdad, la convicción y la serenidad.

No fueron mis alumnos pero tengo en especial recuerdo a los estudiantes de la especialidad de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Me invitaron varias veces; les dicté charlas sobre diversos temas, siempre me trataron muy bien, con respeto y atención. Me sentí como si estuviera en un ambiente conocido. Sin duda me halagaba saber que estaba hablando en la primera Universidad de mi país, en la Universidad decana de América.

Mis alumnos fueron mi motivación laboral. Fui duro con ellos, pero me di todo a ellos. Ellos, a su vez colmaron mi deseo de dar algo, fueron el pretexto de mis libros, los que pulieron mis aristas de docente. Me terminaron de disciplinar, me obligaron a comportarme debidamente, a ser siempre el mismo ante ellos y ante mí. Dicen que me guardan gratitud, les creo, pero si no es mucho afirmar, siento que les estoy más agradecido: sin ellos, me hubiera esforzado menos.

Los exalumnos

En la universidad propendíamos a que nuestros exalumnos tuvieran conocimientos profundos y visiones panorámicas de la realidad, que fueran hombres cultos. Y no era poco pedir, porque hombre culto no es el que sabe muchas cosas o cosas raras.

Hombre culto es el que sabe para qué sabe.

Mis exalumnos constituyen legión. Los he encontrado por todo el Perú, también en otros países de América, incluso en Europa, Asia, África y Oceanía. También estuve con ellos en la Antártida. Suelen ser amables y agradecidos. Y conste que no aprobé a todos. Era generoso desaprobando, pero ellos conocían la ley que los regía: si sabían, aprobaban, si no sabían, desaprobaban.

Los encuentro por doquier. Siempre son muy amables. Algunos se detienen, me saludan, evocamos viejos tiempos. Siempre hay algo que recordar. En las oficinas se levantan, dejan sus escritorios y me salen al encuentro, en la calle no falta el que detiene su automóvil y me invita a subir. Esto no ocurre todos los días, pero algunas veces se da. A todos les vivo muy agradecido, solo sé decir que me alegro con sus triunfos y me apenan sus malos momentos.

Con los exalumnos el profesor pierde la noción del tiempo, el tiempo corre y el profesor no se percata de ello. Pero el profesor envejece y los exalumnos empiezan a envejecer. Recuerdo lo que alguna vez me contó el arquitecto Héctor Velarde, excelente profesional y hombre de buen humor. Me dijo que una mañana caminando por el Jirón de la Unión, vio gente agolpada frente al escaparate de una tienda que exhibía novedades. Se acercó y quiso mirar, pero delante de él había un viejo intolerante que se movía, hablaba disparates, incluso discutía con necedad. Lo vio el arquitecto, se compadeció y pensó silenciosamente: no vale la pena llegar a esa edad en tal estado, mejor es morir antes, no quisiera llegar a esto... Pero he aquí que el anciano volvió la cabeza, abrió los ojos, reconoció al arquitecto y lo saludó públicamente con un abrazo al tiempo que exclamaba «¡Maestro!». El viejo decrepito había sido su alumno.

Muchas cosas puedo contar de mis exalumnos; estoy recordando una situación extraña que se dio en una ciudad del interior. Efectivamente, habiendo terminado de comer en un restaurante y disponiéndome a pagar, se acercó el camarero y me dijo: «Señor, ya está cancelado todo, el caballero que estaba en la mesa vecina, expresó que usted había sido su profesor y antes de irse, me dijo que lo invitaba pero

que le guardara el secreto. Le ruego que no me pregunte su nombre, porque no se lo voy a decir». Lo ingrato del caso es que no lo había reconocido, que sigo ignorando quien es y hasta hoy le debo mi agradecimiento.

Puedo añadir, a modo de despedida que he tenido entre mis alumnos a un Presidente de la República, a tres candidatos a la Presidencia, a varios Cancilleres y Ministros, a Congresistas y Embajadores, a incontables altos funcionarios. Sin embargo, también puedo añadir —y ellos lo saben mejor que nadie— que nunca los molesté para pedirles un favor.

Las clases particulares

Mis alumnas particulares fueron diecisiete. Todas mayores de cuarenta años, la mayoría casadas. Eran mujeres cultas pero algunas, por incomprendiones de su época juvenil, se habían visto privadas de los estudios universitarios. Todas eran peruanas, salvo una que era uruguaya, y mostraban verdadera sed de conocimientos respecto al pasado nacional. Tenían mentalidad superior, eran ajenas a frivolidades y muy deseosas de entender nuestra realidad nacional.

Me buscaron a raíz de mi libro *Pizarro* y me pidieron un cursillo sobre la Conquista del Perú. La encargada del mensaje fue María Teresa Tabusso Balestra, a quien conocía por ser condiscípula de mi esposa en el colegio.

Se les dio cita en mi casa. Las recibí un miércoles de junio del año 2004 por la mañana y la primera charla, ese día, fue de 11:30 a.m. a 1 p.m. Las sesiones se repitieron quince miércoles más, estudiándose a la Conquista de cerca y con detenimiento. El cursillo les gustó y, para completar su visión del mundo andino, me solicitaron nuevas charlas sobre el Imperio de los Incas. Estas se impartieron en noviembre del mismo año 2004, con cargo a proseguirlas sobre el Perú esencial y el mestizaje peruano.

Fueron reuniones muy agradables. Duraron año y medio. Las asistentes participaban aportando útiles apreciaciones. Su madurez psicológica me evitaban las reflexiones que sí hacía a la gente joven. Todas llegaron a tener gran confianza y preguntaban con naturalidad, sin timidez ni recelo. En cincuenta años de docente no había tenido este tipo de experiencia. Ellas también hallaron razón de ser a su curiosidad, y todos terminamos muy contentos. Por eso retengo sus nombres con aprecio: Rosario Barrios, Luisa Graña, Ana Teresa Soyer Nash, Verónica Larrauri (Agregada Cultural a su Embajada uruguaya en Lima), María Teresa Conroy, Verónica Clarke Larizbeascoa, Blanca Benavides, Giannina Zar, Gabriela Carreño, Delia Zamalloa, María Luisa Morales Bermúdez, Rosario Calmet, Lizzy Heighes, Gabriela León Prado, Verónica de la Piedra, Cecilia Fernández Stoll y María Teresa Tabusso Balestra, ya citada.

¿Por qué hago hincapié en estas clases particulares? Mayormente, por gratitud. Porque ocurrieron en un momento crucial. Había sido intervenido de las coronarias y, por segunda vez, me había atacado una enfermedad maligna. Mi estado no era el mejor y si bien no llegué a la depresión psíquica, estaba sin fuerzas físicas, débil al punto de tener que pedir licencia en la Universidad y no dictar mi curso de Historia del Perú. Había disminuido mi ritmo investigador, no apetecía salir a la calle, me fatigaba prontamente. La verdad es que la quimioterapia me dejaba postrado de una manera lamentable. Entonces fue que las clases particulares significaron un esparcimiento, una ocupación. El preparar las charlas y dictarlas me distrajo mucho. Por eso recuerdo a las clases particulares con gratitud, pues gracias a ellas me volví a sentir activo y útil al tiempo que me advertían que la vida no había terminado. ❧

XXVIII

Viajes y visitas

Los viajes nacionales

No voy a enumerar mis viajes por el Perú. Han sido incontables. Conozco prácticamente todo el territorio peruano: la Costa, la Sierra y la Selva; el Norte, el Centro, y el Sur. Al Cusco he ido más de quince veces y a Machu Picchu no menos de diez. Me precio de conocer a mi país y a sus habitantes.

Tales viajes me han alcanzado una vivencia realista. El paisaje peruano, además, me ha resultado indeleble: el arenal yunga, la cordillera andina, la selva amazónica. Todo lo aprecio valioso, sugerente. Tengo orgullo de haber nacido aquí y siento satisfacción de saber que aquí seré enterrado.

Mis viajes por el territorio nacional los he efectuado por avión, en barco y en vehículos rodados. También los he hecho en caballo y en mulo. He cruzado abismos en oroya o tarabita, he surcado ríos en piragua o almadía, y he navegado el Titicaca con barcas de totora. El territorio peruano es, sencillamente, imponente. Debe su originalidad a que es extenso, variado y hermoso. Su orografía recuerda a un papel estrujado. Sus pueblos acusan muchos orígenes. Sus lenguas suman setenta. En esta diversidad radica nuestra unidad. Todos sus hombres y mujeres se sienten peruanos.

He sido mudo testigo de la evolución de Lima. A la capital la he visto transformarse y crecer. De 300.000 almas que tenía

cuando nací, hoy alberga siete millones de habitantes. Es una encrucijada de sangres. Dentro del Perú no creo en las naciones, solo hay una, pero sí en las culturas, son diversas.

Cuando hablo del Perú y de su territorio no puedo obviar al doctor Javier Pulgar Vidal. Antes y después de cada viaje hablaba con él. Al partir me señalaba lo que debía conocer y estudiar, al volver me tomaba cuenta de lo visto y observado. Nunca fui su alumno, pero él fue mi secreto preceptor de Geografía. Amó al Perú sobremanera y le descubrió sus ocho regiones naturales.

En mis viajes por el Perú gusté de la soledad. En este caso era excelente consejera. No padecía viajando solo. En algunos viajes extrañaba la presencia de mi esposa o de mis hijas, pero como la mayoría de ellos eran de trabajo, estudio o aventura, solía hacerlos solo. Reconozco que era viajero huraño, no necesariamente asocial, pero con frecuencia la soledad me seducía. En la soledad me sentía acompañado por mis pensamientos. Era soledad interna y externa. Más siempre entendí que era un hombre y que aceptaba mi condición de gregario. Gustaba estar solo, pero no me disgustaba departir con los demás.

Departiendo, precisamente, conocí a la gente provinciana. La encontré sana, buena, trabajadora, pero también descontenta. Estaba dolida por el poco caso que se le hacía. La sierra se sentía pospuesta, la selva relegada. Además, como siempre, faltaba premio, castigo y control. Los gobiernos sufrían amnesia respecto a sus promesas, los líderes estaban desprestigiados. A estos últimos, en un tono que parecía admirativo pero que en realidad era burlón, los llamaban los «increíbles». Sin querer recordaba la frase de Lincoln: «Se puede engañar a parte de la gente parte del tiempo, pero no se puede engañar a toda la gente todo el tiempo». Sin embargo, por otro lado, también las provincias acusaban gruesos defectos: la envidia, la improvisación, la ignorancia, el aprovechamiento ilícito, la coima. La gente no confiaba en el Poder Judicial, se sentía olvidada del Poder Legislativo e ignorada por el Poder Ejecutivo. Las promesas de los políticos habían sido vanas, incumplidas. La solución estribaba en la justicia, la educación, el civismo. El camino era la descentralización y el primer

paso la desconcentración. Sin embargo, la culpa también era de los provincianos: había desidia para cambiar las cosas. No era cuestión de seguir igual. Debían educar a los hijos para que fueran más que sus padres.

Los actuales departamentos se originan en las antiguas intendencias y las provincias en los más antiguos corregimientos hechos sobre los antiquísimos señoríos incaicos y preincaicos. Por eso el mundo indígena es tan variado. El territorio lo conquistaron los Incas, con Túpac Yupanqui principalmente, y después los españoles, con Francisco Pizarro. Ése es el origen del actual mapa del Perú. Pero eso también —sumados los negros, los amarillos y los aceitunados— explica nuestra esencia mestiza. Con la mezcla de razas y culturas aparece nuestra identidad.

Los peruanos somos iguales pero también distintos. Distinto es un hombre de Puno a un hombre de Piura, uno de Loreto a uno de Arequipa. Y, sin embargo ninguno es más peruano que el otro. En eso somos iguales. Pero somos diversos porque venimos de diferentes grupos raciales y, sobre todo, culturales. Somos diferentes y somos iguales. En esto consiste el milagro de la unidad peruana: Los hombres de todos los departamentos y de todas las provincias forman la Peruanidad. Somos y hemos sido siempre unidos. Los movimientos separatistas, si lo fueron, no pasaron de ser superficiales, fugaces, anecdóticos. Nunca nos hemos querido separar. Somos peruanos, nos sabemos peruanos, nos sentimos peruanos y queremos seguir siendo peruanos. Hay unidad, hay continuidad y hay identidad. En eso se cimenta nuestra conciencia nacional.

Un paréntesis oportuno a propósito de mis viajes por el territorio nacional. Fácil me sería callar lo que sigue, pero prefiero decirlo: soy partidario de la pena de muerte. Hay delitos que al margen del Decálogo y de los Derechos Humanos no merecen el perdón social. Con esto no contradigo mis principios religiosos y morales, por el contrario, los aplico. El amor a mi prójimo me exige preservarlo de otros prójimos. Los buenos no tienen por qué ser víctimas de los malos. El traidor a la Patria, el que roba al Estado, el violador de niños, el secuestrador alevé, el asesino perverso, el traficante de menores, deben ser desaparecidos. La justicia puede equivocarse y

condenar a un inocente, pero en este caso la culpable es la justicia. Que no se equivoque, que sea acertada, que sea eficaz. Matando a los verdaderos culpables se evitan males futuros. Dejarse de cobardías sensibleras y de conveniencias políticas. No se conoce un solo caso en que un condenado a muerte sea un reincidente delictivo. Y esto que aquí defiendo —la pena de muerte— también rece para mí, para mi hijo y para mi nieto. Cierro el paréntesis.

Mis viajes por el territorio nacional terminaron de abrirme los ojos sobre la grandeza del Tahuantinsuyo. El Tahuantinsuyo tenía el especial encanto de ser el único imperio autóctono e histórico surgido en el mundo al sur de la línea ecuatorial. Fuimos los primeros en afirmarlo. Tiahuanaco y Huari eran Imperios autóctonos pero carecían de historia; el Brasil, a su vez, fue imperio histórico pero un Imperio trasladado, no fue autóctono. El Tahuantinsuyo de los últimos Incas, para nosotros, siempre fue un Imperio y su soberano un Emperador. Imperio porque avasalló muchos reinos, Emperador porque el Inca fue «rey de reyes». Faltarían las palabras Imperio y Emperador en la lengua quechua, pero ambos conceptos existían, coexistían, eran una realidad. Igual ocurría con los Faraones nilóticos. No habrían sido, según algunos, emperadores. Pero para nosotros Faraón e Inca son sinónimos de Emperador. Lo mismo rige para el Gran Khan de los Tártaros y el Negus o Preste Juan de Etiopía. Volviendo a los Faraones e Incas, rigieron imperios vertebrados por la geografía: Egipto tuvo al Nilo, el Tahuantinsuyo a la Cordillera de los Andes. Si Menfis y Tebas, capitales del Bajo y Alto Egipto, centraron el culto solar, también lo hizo el Cusco, capital de las Cuatro Partes del Mundo.

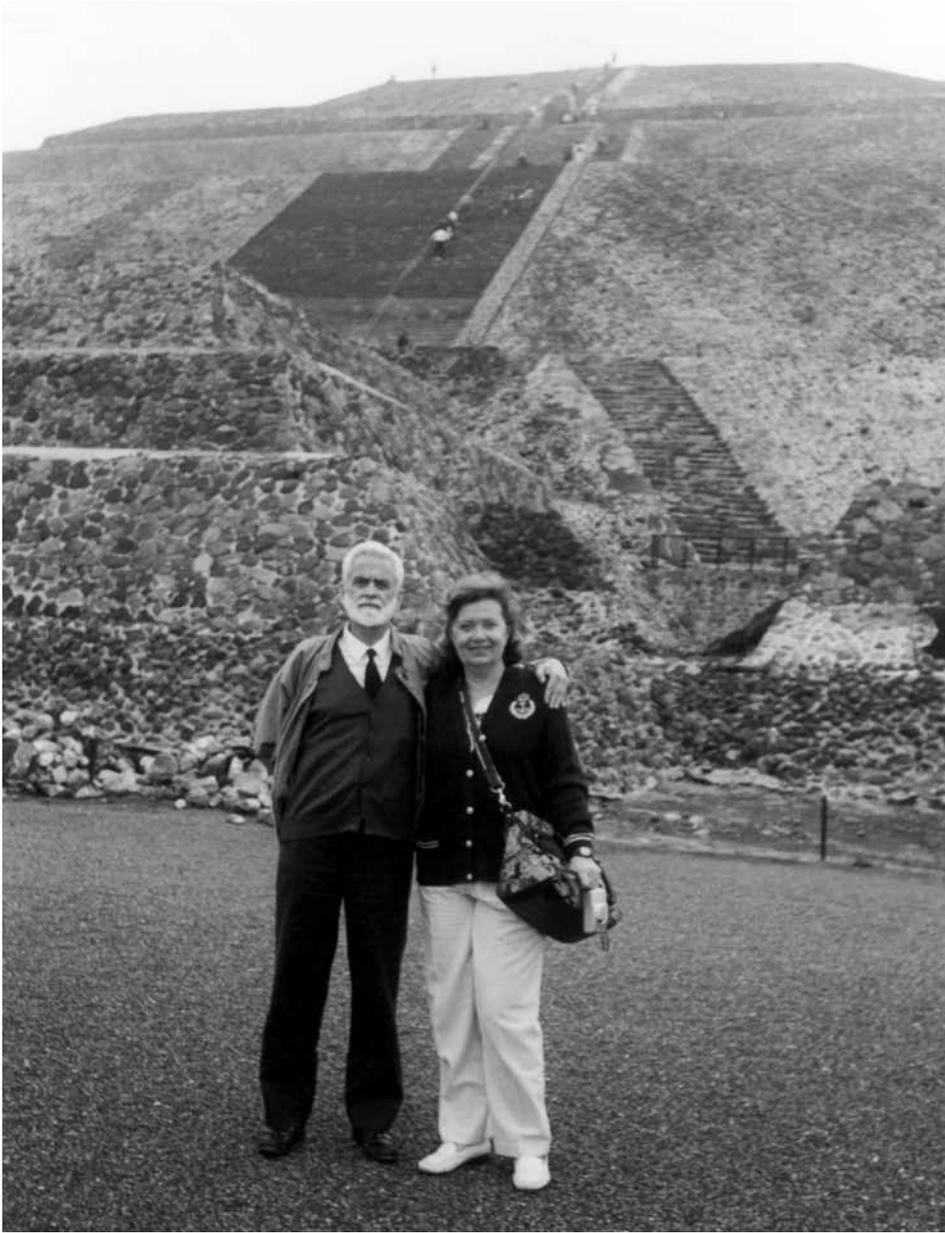
Los viajes internacionales

No han sido pocos, pero tampoco muchos. Mis estadias en el exterior fueron más cortas que largas. Siempre o casi siempre he viajado por motivos de investigación,

cursillos o conferencias. No he sido asiduo a congresos. Preferí los viajes de aventura. Llegué a conocer así los seis continentes del globo. El lugar donde más tiempo he vivido ha sido en España.

Empecemos por América. Recuerdo especialísimo es mi experiencia mexicana. Fue el año 2000. Invitados Teresa y yo por mi gran amigo Guillermo Soto Moreno y su esposa Carmen, nos alojaron en su casa y, de paso, nos llevaron a conocer Toluca, Cuernavaca, Tlaxcala, Querétaro y Guanajuato. La invitación fue integral, cálida por añadidura: a «Willy» y a mí nos unían décadas de amistad vieja. En México me impresionaron tres sitios prehispánicos: Teotihuacán por sus pirámides, Tula por sus atlantes y Cacaxtla por su antigüedad. Del periodo virreinal me impactaron sus iglesias, los altares barrocos, sus pinturas y esculturas. México —la antigua Nueva España desdoblada en Nueva León, Nueva Vizcaya y Nueva Galicia— en mucho se parece al Perú. Es más poblado y pujante, se nota la presión poblacional. Su evolución es similar. Primero fue Imperio, luego Virreino, hoy es República. Posee una historia hermosa y rica; también por haber sido metrópoli, ha sufrido despojo territorial. Sorprenden empero dos cosas: su aversión a la figura de Hernán Cortés y la manera de disimular el mestizaje. México, en América, es el país mestizo por excelencia, pero no lo quiere reconocer: prefiere engañarse sintiéndose indio. El mestizaje, sin embargo, se evidencia en la raza y en la cultura, también en el culto a la Virgen de Guadalupe, que es historia virreinal con el indio Juan Diego, símbolo de la Independencia con el cura Hidalgo y devoción nacional, la mayor del continente. Conocí, por cierto, la imagen original muy de cerca. Añado a este asunto el que en la capital mexicana me re-encontré con el ingeniero José Aste Tosmann, también barranquino del tiempo viejo, autor de un asombroso descubrimiento en los ojos de la Virgen de Guadalupe, vale decir, en la imagen original. Es hallazgo interesantísimo. Vale la pena indagar en qué consiste.

En América del Sur recuerdo de un modo especial al Ecuador y a Bolivia. El Ecuador es muy parecido al Perú: costa, sierra y selva, norte, centro y sur. Me ad-



Agosto de 2000. Teotihuacán, México.



Febrero de 1999. Isla de Pascua con Teresa.

miró su gente, tenía las mismas virtudes y los mismos defectos que nosotros los peruanos. Estuve en Quito, ciudad hermosa (evoco sus templos de la Compañía y de San Francisco), pero también en Ibarra, Otavalo, Ambato, Riobamba, Cuenca, Loja y Zamora. Conocí el Chimborazo (6.310 metros de altura), pero más me impresionó el Cotopaxi (5.943 metros) por una motivación subjetiva: al Cotopaxi lo vi varios días desde el comedor de la hacienda San Agustín de Callo, recinto de piedra admirablemente incaico. Sus hornacinas de piedra eran de rara perfección geométrica, de una pureza superior. También visité Ingapirca, gran santuario del Sol. Me ocurrió lo mismo que con el Chimborazo y el Cotopaxi, más me impactó el pétreo comedor, obra del Inca Túpac Yupanqui, a lo que pude entender. Es de un acabado apabullante. Muy simpática mi visita al Ecuador, alguna vez el Chinchaysuyo nórdico del mundo quechua.

Igual puedo decir de Bolivia, antaño el Collasuyo, región que visité también con ánimo historicista. Actualmente no posee artísticas iglesias coloniales ni mayores ruinas incaicas, sin embargo, el lago Titicaca fue el origen de los Incas y núcleo del Imperio Tiahuanaco. Curioso Imperio el tiahuanacota. Es Imperio histórico pero sin pasado conocido. Se debe casi exclusivamente a la arqueología. No se le conoce el nombre de un solo emperador, únicamente sus siglos expansivos y territorio ocupado. Empero, su importancia es superior. Abarcó el Perú meridional, Bolivia occidental, Chile septentrional y el noroeste argentino. Pocas veces —otra excepción es Huari, en Ayacucho— hemos conocido un Imperio histórico sin historia, pero gracias al Collasuyo los peruanos podemos decir que el antiguo Perú albergó a tres Imperios: Tiahuanaco, Huari y el Tahuantinsuyo. Y los tres tuvieron que ver con el lago Titicaca.

Volviendo a mi realidad continental, en América conocí —además de México— Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile, Bolivia, Argentina, Paraguay, Brasil, y los Estados Unidos de Norteamérica. Lugares no independientes que también visité fueron Jamaica, Bermudas y Bahamas, asimismo Aruba y Curazao. En América del Sur solo me ha falta-

do conocer el Uruguay, en América Central, Guatemala, Honduras, el Salvador y Costa Rica, y en América del Norte el Canadá. Alaska y su blanco territorio la he avistado desde el aire. Fue espectáculo impresionante.

En Europa he estado en España, Portugal, Francia, Italia, Alemania, Holanda y Bélgica; en África, en Marruecos y Cabo Verde; y en Oceanía en Tahití, Samoa, Nueva Caledonia, Australia, Nueva Zelanda y Pascua. Con mi presencia en la Antártida conocí el sexto continente.

He navegado. Para no ser marino de profesión tengo miles de millas recorridas. He vivido cerca de un año en el mar. Conozco las tormentas y las calmerías, el clima tórrido o equinoccial, el del Trópico de Capricornio y el polar del Antártico. Viajar por el océano tuvo para mí una seducción especial. Me hubiera encantado, repito, haber integrado la expedición Kon Tiki en 1947 con Thor Heyerdahl a Oceanía. El mar me atrajo mucho. Nací frente a él, me gusta sobremanera.

Todo esto hizo que aprovechara de un modo especial mi experiencia marinera. La puse al servicio de la historia: conforme navegaba, investigaba, o constataba lo por mí ya investigado.

En mis viajes por el Atlántico —océano que he cruzado en barco seis veces— siempre tuve presente los cuatro viajes de Cristóbal Colón, incluso seguí el itinerario de uno de ellos, el Tercero, con la Ruta Quetzal en 1989. También historié cronológicamente la travesía de Hernando de Soto la vez que fue al descubrimiento de la Florida en 1538. Más fructíferas fueron mis navegaciones por el Pacífico. No solo reconstruí los tres Viajes al Perú hechos por Francisco Pizarro —1524, 1526 y 1530— sino también el viaje descubridor de las Islas Galápagos por el Obispo fray Tomás de Berlanga en 1535. Posteriormente lo hice con las dos expediciones de Álvaro de Mendaña a Oceanía: la de 1567, que le permitió descubrir las Islas Salomón, y la de 1585, que le alcanzó el archipiélago de las Marquesas. En el Pacífico austral estudié, cuando fui a la Antártida, el viaje de Pedro Sarmiento de Gamboa, la vez que navegó el Estrecho maga-

llánico de Levante a Poniente en 1580, y el de Gabriel de Castilla quien, zarpa-do del Callao, fue el marino que más se acercó al Polo austral a comienzos del siglo XVII. Asimismo me interesó el viaje de Isabel Barreto de Castro entre las Marquesas y las Filipinas, viaje que reconstruí con la ayuda del historiador franciscano Celsus Kelly. También tuve experiencia en la navegación fluvial. Remonté el Orinoco y conocí la Orinoquía, descendí el Amazonas y conocí la Amazonía. En este último río, que recorrí al remo y a la deriva, reconstruí el viaje descubridor de Francisco de Orellana en 1542 y el viaje redescubridor de Lope de Aguirre en 1560 y 1561.

Sin embargo, de todos estos viajes exploratorios, han dejado en mí singular huella, los dos que hice en la Isla de Pascua, por otro nombre Rapa Nui. Uno fue en 1967, a bordo del Independencia, transporte de la Armada Peruana; el otro ya en avión, fue en 1999. Ambos viajes me sirvieron para cimentar una teoría: el descubrimiento histórico de Oceanía por el príncipe Túpac Yupanqui.

La visita a Rapa Nui

De todos los viajes efectuados con mi esposa, ninguno ha sido más exótico, apartado y colorido que el que hicimos a Rapa Nui, la remota isla de Pascua. Situada al centro del Océano Pacífico, era famosa por sus moais, gigantescos monolitos de piedra volcánica que existen en toda la isla. No se conoce su antigüedad, tampoco a sus misteriosos autores. Digamos algo más.

Pascua, «la isla más solitaria del mundo», está a 4.054 Kilómetros de Tahití y a 3.600 de Valparaíso, mide 180 Kilómetros cuadrados y su altura máxima es de 507 sobre el nivel del mar. Posee praderas semiplanas, suaves lomajes y varios volcanes apagados. Su clima es marino y tropical: caluroso en febrero, lluvioso en julio, frío en agosto. La leyenda apunta que descubrió la ínsula el rey polinesio Hotu

Matua por el año 500 de nuestra era, quien la llamó Te Pito Te Henua: «ombligo del mundo». La redescubrió para Occidente el holandés Jacabo Roggeven, quien la denominó Pascua, por haberla hallado el 6 de abril de 1722, domingo de Pascua de Resurrección. Llamaba la atención la frecuencia de adoratorios (ahu), los restos de casas-bote (hare paenga), y los gallineros de piedra (hare moa). Sin embargo, repetimos, lo más sorprendente eran los moais, grandes estatuas de toba volcánica que suman más de 300 y están esparcidas por el territorio isleño. No se sabe quién los hizo, unos dicen que los «Orejas Largas», otros que los «Orejas Cortas», lo cierto es que en los siglos XVI y XVII fueron derribados, enterrados o destruidos por causa de las guerras intestinas. Hoy Pascua no pasa de 3.000 habitantes, la mayor parte nativos, viviendo los dos tercios de esta población en la capital: Hanga Roa. Volvamos a nuestro viaje.

El lunes 22 de febrero de 1999 partimos de Lima, hicimos escala en Santiago de Chile, y llegamos a Pascua a las once de la noche. Nos alojamos en la pensión que ofrecía un matrimonio nativo, se llamaba Pensión Erika. Caímos rendidos por el sueño.

El martes temprano, en un vehículo alquilado, partimos a recorrer la costa entre la capital y el volcán Rano Raraku, donde se tallaron las esculturas que hemos dicho; por la tarde estuvimos en la playa de Anakena, hermosa, apacible, una de las tres de arena fina, pues las demás son rocosas; y al crepúsculo otra vez en Hanga Roa, conocimos la iglesia. Admiramos en su interior sus singulares esculturas de madera oscura dictadas por el arte polinesio y la imaginación insular. Destacaban el Crucificado, la Virgen con el Niño, San José con el Niño, el Corazón de Jesús (de mirada muy enérgica), San Francisco de Asís, San Sebastián (con cabeza de pájaro) y San Miguel Arcángel (venciendo a un demonio rarísimo). Tales esculturas merecen un estudio especial. Son tallas creadas en la isla y que en otra parte del mundo no se vuelven a encontrar.

El miércoles recorrimos el interior del territorio. Por doquier aparecían los moais. Por la tarde visitamos el volcán Rano Kao, presenciando la visión imponente de su cráter convertido en laguna y totoral. Estuvimos también en la ciudadela

ceremonial de Orongo y desde ella avistamos los islotes de Motu Kao Kao, Motu Iti y Motu Nui, vinculados al ritual del Hombre Pájaro. Terminamos en Vinapú, evocación fidedigna de los muros incaicos del Cusco, en especial del Palacio de Inca Roca en su parte posterior.

El jueves nos bañamos en el mar de Pea y el viernes por la noche asistimos a una sesión de bailes polinésicos, que resultó de muy buen ver, luciéndose los muchachos y muchachas nativos.

El sábado 27 salimos de madrugada y llegamos hasta Hanga Hoonu, en la bahía de La Perousse, regresando a Tongariquí para ver la salida del sol. Fue un espectáculo único. Salió el astro rey entre los quince moais gigantes y alineados a lo largo de 200 metros. Todo se tiñó de rojo ígneo. Fue impresionante.

El domingo por la noche fuimos a Te Pito Kura, a conocer los aerolitos redondos, asistiendo de paso a una sesión de magia polinésica llevada a cabo por dos mujeres nativas.

Finalmente el lunes 1 de marzo entramos a las cuevas de Ana Kai Tangata, luego estuvimos en el volcán Aroi, almorzando en Anakena y pasando el resto de la tarde en Vinapú, entre las piedras que me hablaban del Cusco. Fue el último día, pues el martes 2 viajamos a Santiago, y el sábado 6 llegamos a Lima.

Mi visita a Pascua, en esta ocasión, fue fugaz, secreta, interesada. Buscaba la huella del príncipe Túpac Yupanqui, a su vuelta del descubrimiento histórico de Polinesia por 1465. En el relato del cronista Pedro Sarmiento de Gamboa —seguido también por los cronistas Murúa y Cabello de Balboa— se dice que el príncipe había arribado a dos islas: Ahuachumbi y Ninachumbi. En mi interpretación una era Mangareva, donde aún se habla del rey Tupa que llegó del oriente en balsas a vela; y la otra Pascua o Rapa Nui. Mi búsqueda no fue infructuosa. Encontré las ruinas de Vinapú, que ya conocía, pero descubrí la leyenda de la doncella Uho y el nombre del príncipe quechua convertido en Mahuna. Te Ra: Hijo del Sol. Por eso, a mi regreso a casa, compuse un trabajo que titulé Túpac Yupanqui, Descubridor de Oceanía, No fue una impronta emocional. Era una investigación añeja. Desde

1967 que visité por primera vez Pascua, tenía la inquietud y venía reuniendo datos, treinta y tres años después recién pude plasmarla en un libro.

Una cosa más. Con el libro no he solucionado todo mi problema. También me pregunto si los «Orejas Largas» eran «Orejones» del Cusco y los «Orejas Cortas» los polinesios nietos del rey Hotu Matua. Porque las antiguallas de Pascua son confusas y su cronología tampoco acusa claridad, amén de que hay exámenes hematológicos que nos dicen que los isleños tienen tres orígenes raciales: los polinesios, los melanesios y los ándidos o hijos del Ande. Una última interrogante: ¿El Hombre Pájaro de la leyenda es el vástago de la doncella Uho y del Hijo del Sol, vástago que viajó a la isla materna con perfil ornitomorfo?. ☞



XXIX

El atardecer

La Cátedra de Historia del Perú

A la muerte del doctor Raúl Porras Barrenechea en 1962, le sucedí en su cátedra de Historia del Perú I. Fue deseo suyo y el Consejo Superior lo ratificó. Desde entonces soy el titular del curso y su profesor más antiguo.

Consistía el curso en historiar todo lo importante ocurrido en el país desde la aparición del hombre en el Ande hasta el final del Virreinato; el doctor José Agustín de la Puente dictaba Historia del Perú II, que abarcaba desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico. Los dos cursos se complementaban. No eran lecciones eruditas, eran versiones formativas.

Más de cuarenta años dicté el curso como titular, habiendo sido en él desde Auxiliar de Cátedra hasta Profesor Emérito. A lo largo de este tiempo hice un nuevo programa. El curso ya no se centraría en los cronistas ni en los límites territoriales, sino en una visión cronológica que mostrara el pasado peruano con sus aciertos y desaciertos. Por causa de su contenido y de sus frutos, Historia del Perú I ha sido el curso que más he apreciado en mi vida universitaria.

Sus temas eran variados. Tenía cinco momentos: Hombres Primitivos, Culturas Pre Incaicas, el Imperio de los Incas, la Conquista y el Virreinato. Eran cinco partes que se desdoblaban en temas.

Así, los Hombres primitivos —épocas Lítica y Arcaica— se dividían en cazadores nómadas, horticultores seminómadas y sedentarios. Las Culturas eran Chavín, Vicús, Pucara, Paracas, Nasca, Moche, Virú, Recuay, Cajamarca y Lima; Tiahuanaco y Huari; Chimú, Chachapoyas, Chancay, Chincha, Chanca, Huanca y Lambayeque, que era la más antigua, pero solo se estudiaban las principales (Chavín, Paracas, Nasca, Moche, Tiahuanaco, Huari y Chimú). Del Tahuantinsuyo se hablaba bastante más, por haber sido los Incas Sinchis, Reyes y Emperadores y haber creado el único Imperio histórico al sur de la línea ecuatorial en toda la redondez del globo. Se estudiaban sus clases sociales (realeza, nobleza, pueblo) la organización política y administrativa, la religión, la economía y las conquistas militares, el ayllu y varios tópicos más. Para la Conquista recurrí al libro Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador, pero no por eso dejaba de ver a la sociedad española que produjo a los conquistadores (hidalgos y villanos, estos últimos divididos en cristianos viejos, judíos y moros); hablaba también del viaje a las Indias, de las armas ofensivas y defensivas, de los cuadrúpedos bélicos (caballos y perros), de la guerra mágica y de la guerra mística. Tenía expectación la clase sobre la captura del Inca en Cajamarca y asimismo todo lo relativo a su muerte. El Virreinato trataba de la administración central (el Rey, el Consejo de Indias y la Casa de la Contratación) y de la administración local (el Virrey, la Audiencia, el Cabildo, el Corregidor y el Intendente), cerrándose el curso con la rebelión de José Gabriel Túpac Amaru y conceptos esenciales sobre el mestizaje racial y el mestizaje cultural, y una visión del Perú como patria, nación y estado.

Más de ocho lustros dicté este curso, pudiendo palpar sus resultados. No era una historia difícil ni espinosa. Se dictaba sin deificar ni satanizar. Era un curso peruanista, vale decir, una historia unitaria y sin conflicto.

Las amistades

Mis amigos conforman cuatro grupos: los amigos del colegio, los amigos del barrio, los amigos de la universidad y los amigos que proceden del trato social diario o de intereses superiores.

Los amigos del colegio son los más antiguos. Los veo y trato hasta hoy, seguimos juntos en las buenas y en las malas. Están vivos Carlos Alberto García San Martín y Ernesto Farragut Alfaro; están muertos Ticiano Muñoz Chocano, Hernán Arizola Tirado y Leonidas de la Cuadra y de la Villa. Todos nos conocimos en 1940, al iniciar el Primer Año de Primaria. A ellos se añadieron con el tiempo Manuel Gutiérrez Mendoza y Carlos Pimentel Cubas. Todos fueron mis amigos más cercanos en la etapa escolar. No vamos a entrar en pormenores. El afecto que nos unió o que nos une es, sencillamente, irremplazable. Baste decir que, en los mejores casos, sumamos más de trece lustros de amistad. No tenemos queja los unos de los otros. La amistad ha sido y sigue siendo perenne.

Mis amigos del barrio de Domeyer ocupan el segundo lugar en antigüedad. Los conocí en 1942 y ellos son Manuel Vignale Zegarra, Guillermo Soto Moreno, Jorge Luna Cárdenas, Humberto Galindo Chapman y Luis García Antaleón (+). Con los años se sumaron Alfredo Parra Morote, José Luis Crespo Flecha (+), Carlos Montoya Paz, Tulio Chiappe Guerra, Fernando Calvo Huaquilla y Mario Villa Accinelli (+). También pertenecen a mi mundo de esos años las entonces chiquillas del barrio Cecilia Luna Cárdenas, Rosa Auza Noriega, Rosa Bamberger Luna, Olga Bamberger Luna (+), Esperanza Romero Accinelli, Sofía Aservi Basanta y Aurora Romero Ferreccio. A ellas se sumaron posteriormente, en calidad de cónyuges, María Lake de Vignale, Carmen Boggio de Soto, Marcela del Castillo de Luna, Milka Molina de Parra y Gloria Portillo de Villa (+). Todos y todas llenan el rincón de mis más entrañables recuerdos. Los momentos que pasamos juntos fueron, y siguen siendo, de los mejores que he vivido. Digo esto porque, amigos y amigas, nos seguimos reuniendo hasta doce veces al año. Tenemos un almuerzo mensual. Es, por su turno,

en la casa de cada uno. Dicho almuerzo lo costeamos entre todos, es el secreto de la continuidad. Hace cuarenta años que lo hacemos. Es caso único. No conozco otro similar. A estos mis amigos y amigas del barrio de Domeyer los aprecio mucho. Se identifican con mi infancia y adolescencia, con la amistad inalterable, con el Barranco que me vio nacer.

Los amigos de la universidad fueron más numerosos. Están en todos los centros universitarios donde trabajé. Ciñéndome a la Universidad Católica, donde ubico a la mayoría, recuerdo a dos de manera especial: a Rodolfo Cerrón Palomino, lingüista y estudioso de las lenguas andinas, y a Beatriz Maucchi Lainez, catedrática de Lengua Española. Ambos son grandes maestros: el primero excelente investigador, la segunda, excelente profesora. Sean ellos los que representen a todos los demás. Intencionalmente callo el nombre de los restantes colegas —mayores, coetáneos y más jóvenes— porque no quiero herir a ninguno con una omisión involuntaria o una valoración disminuida. Tampoco puedo poner el nombre de todos porque sería una lista demasiado larga. Fueron mis compañeros de labor. Con ellos se dieron mis entendimientos y malentendidos. En casi todos los casos privó una línea que debo interpretar honesta, sincera y bien intencionada. Por eso, y por bastante más, les digo aquí: gracias por haber sido mis colegas; aprendí mucho de ustedes.

Los amigos del cuarto grupo, valga la paradoja, no constituyen agrupación. Están dispersos. Se debe al trato cotidiano, aficiones comunes o ideales culturales. Con todos existió un aprecio superior. Es el caso de Carlos Deustua Pimentel (+), especialista en el siglo XVIII, de Pedro Rodríguez Crespo, historiógrafo de nota, de Alberto Varillas Montenegro, estudioso de la literatura decimonónica, de Raúl Zamalloa Armejo, agudo crítico, de César Gutiérrez Muñoz, archivero medular, también el de Hernán Alva Orlandini y de su esposa Eugenia Ugás de la Torre Ugarte. En la casa de estos últimos, hace años, pasamos tertulias inolvidables los miércoles a partir de las 8 de la noche. Hernán Alva fue el autor intelectual de la Biblioteca Hombres del Perú, logrando con ello alcanzar la primera gran cohesión de intelectuales nuestros, algunos muy importantes y casi todos con obra conocida.



Los amigos de Barranco. De pie: José Antonio del Busto, Jorge Luna, Guillermo Soto, Fernando Calvo, Manuel Vignale y Humberto Galindo. Delante: Carlos Montoya y Alfredo Parra.

Las tertulias fueron notables, asistiendo a ellas jóvenes y viejos. Significaron el despertar de ingenios tempranos y el crepúsculo de talentos atardecidos. Fue la primera colección hecha por escritores peruanos con la sola excepción de un extranjero. En síntesis: 47 autores, 80 biografías, cuatro series y 40 volúmenes. Presentaron las series José Agustín de la Puente Candamo (1964), Víctor Andrés Belaunde (1964), Carlos Cueto Fernandini (1964) y Jorge Basadre (1966).

Otro amigo especial fue y es Héctor López Martínez, gran conocedor de crónicas quinientistas y erudito en Tauromaquia. Ha sido la única persona con la que he podido departir a mis anchas sobre la Conquista del Perú. Conoce a los conquistadores por sus nombres y apellidos, hechos de armas y trayectoria en las Guerras Civiles. Experto en Diego Centeno y Francisco Hernández Girón, también lo es sobre el mundo taurino peruano. A este respecto tuve el gusto de presentar su libro Plaza de Acho, historia y tradición en el Congreso de la República, Sala Raúl Porras Barrenechea, la noche del 11 de noviembre del 2005. Es la visión más completa de la fiesta brava en Lima.

Carlos Deustua Pimentel fue el eje cohesionador de varios de los aquí nombrados —Rodríguez, Zamalloa, López Martínez— reuniéndonos en su casa y agasajándonos con cenas. Teresa Landázuri, su esposa, se esmeraba en ofrecernos postres hechos por ella. El motivo podía ser la víspera de una festividad o la realización de un acontecimiento famoso. En su casa, por ejemplo, recibimos varias veces el Año Nuevo y el 28 de Julio. También, en función televisada, presenciamos la llegada del hombre a la luna. Recuerdo este último episodio. Fue la noche del 20 de julio de 1969. Todos estábamos sentados, quietos, nadie osaba hablar. Se vio a Neil Armstrong bajar la escalerilla, pisar la superficie y dejar su huella en el polvo lunar. Fue noche histórica.

Se animaron también las soledades con amigos tampoco nuevos. Nos invitaron a cenar muchas veces, a Teresa y a mí, Bernardo Regal y Rosa Gastelumendi, Julio César Cotler y Patricia Stewart, Daniel Martínez y María Jesús Rodríguez. Igualmente lo hicieron las hoy viudas Teresa Landázuri de Deustua y Gladys Benavides

de Cayo. Fueron cenas amicales, divertidas, generosas y llenas de buena fe. Amigos desinteresados, solo interesados en seguir siendo amigos y compartir buenos ratos. Son mis amigos de la edad madura, compañeros de mi vejez. Otros amigos recordables son Enrique Deluchi Pereira, en cuya granja de Manchay pasamos momentos muy agradables, y Lola Soto de Vargas, preocupada siempre por nuestra salud.

De mis amigos en el extranjero recuerdo principalmente a dos: Miguel de la Quadra Salcedo, español, y Javier González Echenique, chileno. El primero es periodista de renombre internacional, fundador de la Ruta Quetzal y hombre ligado al espíritu de aventura. Fue arponeador de ballenas en el Océano Pacífico y luchó a brazo partido con una boa en el Ecuador. Lo conocí en el Amazonas, en 1977, y desde entonces nos guardamos una amistad superior. El segundo, ya fenecido, fue Director de la Biblioteca Nacional de su país y Presidente de la Academia Nacional de la Historia de Chile. También fue amigo de excepción. Honestos y leales, de conductas intachables, son los mejores amigos que he tenido más allá de las fronteras del Perú.

Punto aparte son mis parientes. Todos se portaron bien y yo, asimismo, creo me porté igual con ellos. Los Del Busto y los Duthurburu han sido primos de gran cercanía. Nos une la sangre, el cariño y el recuerdo. No son necesariamente los primos carnales, también son los primos segundos, aquellos que tenemos un bisabuelo en común. No heredamos grandes bienes, pero sí un sentido de familia sólido y duradero, para muchos envidiable. Mis parientes son numerosos. Todos, repito, excelentes. Soy el mayor de mi generación y he tenido más tiempo para conocerlos y apreciarlos. Por esta peculiaridad, y solo por ella, resulto el mejor de los testigos.

Cudillero

Pese a haber viajado seis veces a España, nunca había estado en Asturias y menos en Cudillero, portezuelo gracioso y colorido en una quebrada que antaño alojó a

un riachuelo. Era un lugar muy original, pesquero, y su estampa se reproducía en grabados y sellos de correo como expresión del pintoresquismo paisajista. Mi interés radicaba en que de Cudillero era y había salido el primer Del Busto que llegó al Perú. Los Del Busto eran de Asturias, donde ya un hidalgo llamado «Sancho Pérez de el Busto», allá en el siglo XV, fue el primero en usar el apellido.

Llegué a Cudillero, con mi esposa, la noche del 19 de setiembre del 2001 y al siguiente día, con la primera luz, salí a recorrer el pueblo. El lugar, repito, era hermoso. Sus calles retorcidas y ascendentes llevaban hasta el Humilladero, donde un Crucificado medieval se dejaba ver dañado por la intemperie. En la parte baja estaban las barcas de los pescadores y en un ángulo esquivo la iglesia parroquial advocada al Apóstol Pedro. El pueblo, donde no era extraño escuchar música de gaitas, tenía gran movimiento, comercios dedicados a labores náuticas y en general un ambiente pescador y marinero: redes, anzuelos, anclas y calabrotos de hierro.

Encaminé mis pasos al Ayuntamiento. Quería conocer a Juan Álvarez del Busto, quien era no solo el erudito local sino que —hombre inteligente y culto— estaba reconocido en Asturias y en España autoridad en la historia y evolución de Cudillero. Era el Cronista Oficial del puerto.

En el Ayuntamiento pregunté por su persona y me señalaron una oficina, entré a ella y, en efecto, en su escritorio que era el único de la habitación, estaba él. Me presenté dándole la mano y, más o menos, le dije lo siguiente: Mi nombre es José Antonio del Busto, soy peruano, historiador, y he venido a Cudillero porque de aquí salieron por 1780 los Del Busto cuyo apellido llevo. Mi visitado me miró con sorpresa, el encuentro era inesperado y mis palabras eran extrañas. Se puso de pie, cobramos conciencia del momento y se inició una conversación sobre nuestro posible origen común. Fue muy atento, pero también cauto. Coincidimos en que podíamos ser parientes, todo parecía indicarlo, pero era algo que se tenía que probar. Mostró entonces interés en llevarme a la casa de su señora madre, para que ella me conociera. Salimos del Ayuntamiento, subimos por la calle principal y en una casa de dos pisos —no grande pero sí bien puesta— salió a recibirnos la señora Concepción del

Busto viuda de Álvarez. Entramos. En la sala, en un muro, estaba en un pequeño cuadro el escudo de los del Busto: fue el testigo de la entrevista. La conversación duró media hora, aproximadamente. Ambos, madre e hijo, fueron muy amables conmigo. No nos reconocimos parientes pero sí posibles deudos. Luego me despedí, me acompañaron hasta la puerta, salí a la calle y me dirigí al hotel.

En la conversación quedó en claro que Andrés del Busto, el primero que pasó al Perú —mi cuarto abuelo— era nieto de Alonso del Busto, el Viejo, y de María de Valdés. Alonso del Busto, el Viejo, que vivió entre los siglos XVII y XVIII, fue el que, de su peculio, reconstruyó la iglesia de San Pedro, templo parroquial de Cudillero, obra que mandó hacer en nombre suyo y de su mujer. Estos serían en definitiva los datos que abrirían la puerta a la verdad.

Meses después, ya en mi casa del Perú, recibí un lujoso libro de casi 400 páginas. Se titulaba Cudillero Mágico y su autor era Juan Álvarez del Busto, el cual escribía en la portada, a modo de dedicatoria: «Para José Antonio del Busto Duthurburu, en la confianza de que este libro le sirva para conocer un poco más la tierra de sus antepasados. Con la admiración y sincero afecto del autor, pariente y amigo». Y añadía en una carta: «En la página 43 del libro hablo de Alonso del Busto y de su esposa María de Valdés, propietarios de una vivienda en la calle del Contorno. Pues bien, esa vivienda la heredó años después mi abuelo materno, Vicente del Busto y posteriormente mi madre, que luego la vendió. Pienso que es una prueba más de nuestro parentesco».

De que éramos antiguos en la tierra asturiana, lo éramos, no en vano se había dicho:

*Antes que la voz de Dios
fiziera el mundo a su gusto,
ya Asturias lo era Asturias
y los Del Busto, Del Busto. ❧*

XXX

Los libros

Los libros personales

El protagonismo me interesó poco. No busqué la figuración social, por ser frívola, ni la figuración económica, porque mi meta no era ser rico. Mi vanidad fue bibliográfica. Fue vanidad, no soberbia. Quise escribir muchos libros. Escribirlos no para el aplauso presente —que me importaba nada—, sino para la información futura, que me importaba mucho. Lo que yo había investigado lo miraba con simpatía. Significaba haberle dado forma a lo aprehendido y quería verlo todo junto, sistematizado. Por eso escribí mis libros. Fue un legado personal a quienes tenían mis propias inquietudes, a los que en el mundo se interesaban por lo que a mí me interesó.

Cada libro, que escribí lo hice con mucho cariño. Hoy suman más de cincuenta (sin contar a los folletos) y constituyen para mí, repito, un conjunto muypreciado.

Mis libros éditos o publicados se dividen en dos: los que me tienen por autor único y los que me tienen por coautor. Los primeros son 43, los segundos suman una decena.

Los publiqué con la Universidad Católica, la Universidad de Lima y la Universidad de Piura. Editores particulares fueron Andrés Carbone Obradovich, Gerente de la Librería Studium, Boris Romero Accinelli, Gerente de la Editorial Brasa,

y Hernán Alva Orlandini, Gerente de la Editorial Universitaria. También me publicaron libros el Congreso de la República y la empresa estatal Petroperú.

Mi primer libro fue *El Conde de Nieva, Virrey del Perú*, publicado en 1963. Mi producción ha sido calificada de prolífica y puede ser cierto, porque desde que publiqué mi primer volumen siempre he estado trabajando otro libro. Esto me permitió sacar varios libros, entregarlos a la imprenta y verlos después en los escaparates de las librerías. Ninguno fracasó, todos se vendieron y algunos de ellos llegaron a alcanzar siete y ocho ediciones. Mi puntualidad agradó a los editores. Tenía especial cuidado, conforme a los contratos, en cumplir con las fechas de entrega de los originales concluidos. También solía devolver a tiempo las pruebas que se me daban para corregir (entonces eran las galeras) y ello evitaba obstáculos e inconvenientes.

Mis libros se podían dividir en textos escolares, textos universitarios, obras especializadas y trabajos eruditos.

Los textos escolares abarcaron los pedidos por el Ministerio de Educación para el Primer, Segundo y Tercer Año de Media en el curso de Historia del Perú. También hice un texto sobre el Perú contemporáneo para el Cuarto Año, y una *Historia de la Cultura Peruana* para el Quinto. Cubrí de este modo, con cinco volúmenes, toda la Educación Secundaria.

Los textos universitarios fueron varios. Recuerdo de modo especial a cuatro de ellos: el Perú Preincaico, el Perú Incaico, la Conquista del Perú y la Pacificación del Perú. A todos precedió La Tesis Universitaria manual de propedéutica que tuvo entonces generosa acogida y seis ediciones.

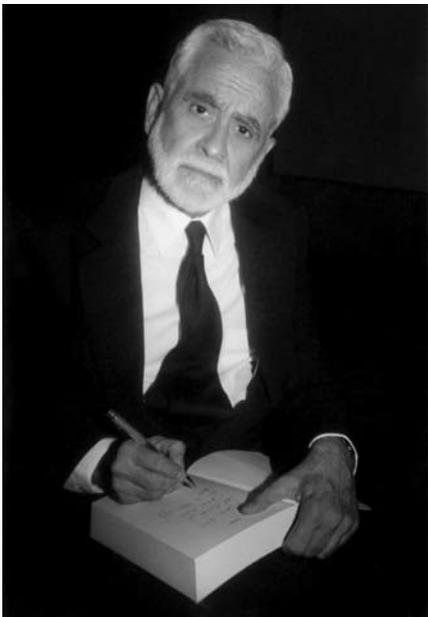
Algo anecdótico sucedió con otro libro que escribí para los alumnos de mi cátedra de Historia del Perú, libro que tuvo singular resonancia: *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*. Alguna vez llegó a manos del arquitecto Fernando Belaunde Terry, siendo ya Presidente de la República, y le gustó su visión mestiza. Me hizo entonces un obsequio especial. Mandó cortar una estaca de la Higuera de Pizarro, existente en el Palacio de Gobierno, y me la envió con un Edecán. La agradecí y sembré en el jardín de mi casa, prendió y floreció. La estaca se hizo árbol y, a partir



En el Congreso de la República, el día de la presentación del libro *Los negros en el Perú*. De izquierda a derecha: Percy Cayo Córdova, Octavio Santa Cruz, Martha Hildebrandt, José Antonio del Busto y José Agustín de la Puente.



2002, autografiando ejemplares de *Pizarro*.



de entonces, todos los años degusto los frutos de esa higuera que, dice la tradición, sembró Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador.

Los textos especializados fueron más numerosos y estuvieron referidos mayormente a la Historia Marítima del Perú. Fueron varios, repito, incluyéndose en ellos algunos manuales como la Breve Historia de los Negros del Perú, que publicó el Congreso de la República con una amable presentación de Martha Hildebrandt.

Los textos eruditos, finalmente, estuvieron representados por el Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú, que en varios volúmenes concluí y entregué en 2006 a la Universidad Católica. También puedo poner aquí al *Pizarro* (dos volúmenes) y al *Túpac Yupanqui* (dos volúmenes) que publicara Petroperú.

Hubo algo que sorprendió a algunos psicólogos, mis amigos, y es que escogiera para mis biografías a personajes tan disímiles. Es el caso de Pizarro y Túpac Yupanqui, guerreros a carta cabal, y de Martín de Porras y Rosa de Lima, figuras del santoral. Sin embargo, escribí sus vidas sin proyección personal. Eso no fue óbice para que alguien en el Perú me llamara «pizarrólatra» y algún otro en España, «indianófilo». Menos mal que a nadie se le ocurrió identificarme con santo alguno, pero más gracias debo dar a que no descubrieran que también he biografiado a Lope de Aguirre, el Fuelle Caudillo de los Maraños, porque de saberlo me han podido tildar de orate definido, esquizoide anestésico y larvado criminal. Todo tiene su pro y su contra.

La crítica, para conmigo, siempre fue positiva. Mis libros, por no incurrir en generalidades ni en exageraciones, terminaron ganando un respeto interesante. El público los acogió y, hoy por hoy, todas sus ediciones están agotadas.

Como autor he quedado satisfecho. No me arrepiento de ninguno de mis libros. Todos me han alcanzado momentos muy agradables en su investigación, en su publicación y en sus resultados. Si hubo errores, se rectificaron, si hubo aciertos, se ratificaron. En todos mis libros di mi opinión con franqueza. No se me puede acusar de tendencioso. Convencido, sí, tendencioso, no.

Como coautor participé en varias obras. Que yo recuerde serán unas diez. Cuatro de ellas hice por encargo de la Universidad Católica. Son las guías turísticas de la Colección Cuatro Suyos: Ica, Arequipa, La Libertad y Ayacucho. Las hice con mis exalumnos Rafael Sánchez Concha Barrios, Juan Luis Orrego Penagos y Sandro Patrucco Núñez Carvallo. Viajamos mucho para poderlas escribir. Los recuerdos son anecdóticos y divertidos.

Mis artículos, en diarios, revistas, obras de homenaje y publicaciones diversas deben de rondar los cien; la verdad es que no he llevado la cuenta. Reseñas solo he hecho una, no pienso hacer más. En materia de prólogos hice varios. Él que más recuerdo es uno sobre el pisco peruano. Me lo solicitó el editor Germán Coronado Vallenas, Gerente de la Editorial Peisa, y resultó, a decir de muchos, un prólogo agradable.

Siempre quise escribir libros. Son como la prolongación de la vida. Los libros, como los hijos varones, conservan el apellido de sus progenitores. Sin embargo, los libros viven más que los hijos. Los hijos duran, los libros perduran.

Dicen que los libros traen amigos y enemigos. Amigos intelectuales abundaron, gané muchos, pero enemigos, lo que se llama enemigos, no los tuve. Personas que no comulgaban con mis ideas, las hubo, pero opositores directos, tenaces, incisivos en diarios, revistas u otro género de publicaciones, no. Y es que nunca me inmiscuí en polémicas, discusiones espectaculares o controversias inútiles. Mis escritos no culpaban y por ende no ofendían. Yo tenía mi línea trazada. Dejaba a los demás que dijeran lo que quisieran, los respetaba, pero la misma libertad les exigía para conmigo. Además, yo poseía muchos documentos inéditos, fruto de mi investigación archivística. Eso me hacía dueño de datos desconocidos. Mis respuestas podían ser inesperadas. En más de una caso no había respuesta a mis respuestas. Eso no impidió que también cometiera errores y me los señalaran. Cuando lo hacían aceptaba la corrección. Solo pedía que me probaran mi error. Si lo probaban, reconocía mi yerro, lo analizaba y lo corregía en la siguiente edición. No bastaba que dijeran que lo dicho por mí era «imposible». Eso no era científico. Tampoco aceptaba que invocaran «los últimos descubrimientos». Tenían que citarlos. En síntesis, trabajé

con tranquilidad, sin adversarios, solo con críticos serios. Y así llegamos hasta hoy, siempre con mi principio parmenidiano: lo que es, es, lo que no es, no es. Ese aforismo incontrastable, me libró de apasionamientos.

Los libros dirigidos

Por libros dirigidos señalo a aquellos que, con equipos de investigadores especializados, se hicieron bajo mi dirección. Yo era el jefe de la investigación y controlaba el desarrollo de la obra hasta su ingreso a la imprenta. Son diez lo casos en los que desempeñé esta labor, los mismos que a continuación enumero:

1. *Historia General del Perú*. Lima, Editorial Brasa, 1994 (9 tomos).
2. Colección *Forjadores del Perú*. Lima, Editorial Brasa, 1994 (30 tomos).
3. *Guía Turística del Departamento de Ica*. Lima, 1995.
4. *Guía Turística del Departamento de Arequipa*. Lima, 1995.
5. *Guía Turística del Departamento de La Libertad*. Lima, 1996.
6. *Guía Turística del Departamento de Ayacucho*. Lima, 1997.
7. *Historia de la Minería en el Perú*. Lima, 1999.
8. *Historia de Piura*. Lima, 2004.
9. *Cronología del Perú*. Lima, 2006.
10. *Historia del Perú*. Lima (inédita).

Todo comenzó con una serie para niños titulada *Grandes Personajes para Pequeños Lectores*, integrada por 20 volúmenes diminutos cuyos autores fueron alumnos sobresalientes de la Facultad de Letras de la Universidad Católica. Fue la entusiasta coordinadora de esta colección la alumna Laura Tepper de Kristal.

En la *Historia General del Perú* colaboraron Peter Kaulicke, Roger Ravines, Fer-

nando Silva Santisteban, Guillermo Lohmann Villena, Eusebio Quiroz Paz Soldán, José Agustín de la Puente Candamo, Margarita Guerra Martiniere y Jorge Cornejo Polar, casi todos Académicos y todos catedráticos y autores consagrados.

En la Colección *Forjadores del Perú* hubo mayor número de coautores: Nicole Bernex Weiss, Ricardo Cantuarias Acosta, Enrique Carrión Ordoñez, Percy Cayo Cordova, Joseph Dager Alva, Eduardo Dargent Chamot, Carlos Deustua Pimentel, Luis Deza Bringas, A. Fernández Fernández, Ricardo González Vigil, Margarita Guerra Martiniere, Lourdes Leiva Viacava, Manuel Marzal Fuentes, Sandra Negro Tua, René Ortiz Caballero, Jorge Ortiz Sotelo, José de la Puente Brunke, Claudio Ramírez Alzamora, Roger Ravines, Antonio San Cristóbal Sebastián, Lizardo Seiner Lizárraga, José Valdizán Ayala, Luis Vargas Durand, Alberto Varillas Montenegro, Juan José Vega Bello, Carmen Villanueva Villanueva. Todos eran catedráticos universitarios o exalumnos distinguidos de la especialidad de Historia.

Las Guías Turísticas, ya se dijo, se hicieron con la participación de los jóvenes catedráticos Rafael Sánchez Concha Barrios, Juan Luis Orrego Penagos y Sandro Patrucco Núñez Carvallo.

La *Historia de la Minería en el Perú* se llevó a cabo con un equipo de historiadores jóvenes del Instituto Riva-Agüero. Fueron ellos: Susana Aldana Rivera, Joseph Dager Alva, Carlos Gálvez Peña, Margarita Guerra Martiniere, Carmen Mac Evoy Carreras, Scarlett O'Phelan Godoy, José de la Puente Brunke, Francisco Quiroz Chueca, Paul Rizo Patrón Boylan, Miriam Salas Olivari y Lizardo Seiner Lizárraga.

Igual ocurrió con la *Cronología del Perú* la que se hizo con los esfuerzos de: Susana Aldana Rivera, Inés del Águila Ríos, Cristóbal Aljovin de Losada, Víctor Carbonell V., Mercedes Cárdenas Martín, Lucénida Carrión, Joseph Dager Alva, Carlos Gálvez Peña, Grover Espinoza Ruiz, Margarita Guerra Martiniere, Fernando Janssen Frasson, Humberto Leceta Gálvez, Carmen Mc Evoy Carreras, Arnaldo Mera Avalos, Juan D. Mogrovejo Rosales, Juan Luis Orrego Penagos, Carlos Pardo-Figueroa Thays, José de la Puente Brunke, Francisco Quiroz Chueca, Paul Rizo Patrón Boylan, Miriam Salas Olivari, Lizardo Seiner Lizárraga y Teresa Vergara Ormeño.

Con la *Historia del Perú*, concluida pero aún inédita, los autores fueron asimismo los investigadores del Instituto Riva-Agüero.

La *Historia de Piura*, finalmente, tiene un mérito singular. Es la única historia departamental hecha en su totalidad por autores hijos del departamento, egresados de la Universidad de Piura o docentes en dicha casa de estudios. Es exclusivamente una obra de la Universidad de Piura y tuvo por Coordinador al Profesor Jorge Humberto Rosales Aguirre. Fueron sus autores Nadia Yanina Correa Gutiérrez, Laurence Chunga Hidalgo, Jorge Pável Elías Lequernaqué, Julissa Gutiérrez Rivas, Danitza Julissa Núñez Peña, Rosa Elena Peña Pozo, Ruth Magali Rosas Navarro, Gleydi Sullón Barreto y Víctor Velezmoro Montes.

Los libros inéditos

Libros inéditos son aquellos que, redactados y concluidos, están aún sin publicar. En mi caso, no pasan de tres: *Marchas y Navegaciones en la Conquista del Perú*; *Reseña Cronológica del Arte Virreinal Peruano*; y *Apuntes sobre el Arte Virreinal en el Perú*.

A su vez, están en proceso de elaboración, pero todavía no concluidos, otros tres: *Historia del Perú*; *José Gabriel Túpac Amaru*; y *La Rebelión de Manco Inca*.

Las *Marchas y Navegaciones en la Conquista del Perú* constituyen una simbiosis del tiempo y del espacio. Trata este libro sobre las progresiones, día a día, de las principales expediciones terrestres de los conquistadores españoles Francisco Pizarro, Diego de Almagro, Sebastián de Belalcázar, Hernando de Soto, Pedro de la Gasca y Martín Hurtado de Arbieta, o sus expediciones marítimas, como la del Obispo fray Tomás de Berlanga, y fluviales como las de Francisco de Orellana y Lope de Aguirre, Juan de Salinas y Juan Álvarez Maldonado. Es obra que constituye una fusión entre la Historia, la Geografía y la Cronología.

Los *Apuntes sobre el Arte Virreinal en el Perú* presentan una visión compendia-

da de la producción artística en el Perú durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. Abarca los más variados tópicos, como serían: Arquitectura (barroca, rococó y neoclásica), Escultura (capitalina y cusqueña), Pintura (Escuela Limeña y Escuela Cusqueña, pintura en vidrio, pintura decorativa y miniatura, también pintura popular), Retablería (prebarroca, barroca, rococó y neoclásica), Entalladura (lacearía, artesonado, viguería, sillerías de coro, facistolos, púlpitos, cajoneras y tribunas), Ebanistería (la evolución de los muebles, en general), Platería (religiosa, doméstica y campera), Grabado (seiscentista y dieciochesco, principalmente), Oratoria (sagrada y profana), Teatro (autores, piezas, actores y locales), Música (litúrgica y proselitista, erudita y popular) y Danza (autóctona, europea y africana).

La *Reseña Cronológica del Arte Virreinal Peruano*, a su vez, nos habla —año a año— del devenir estético a lo largo de casi tres siglos (1532-1824). Se ocupa del nacimiento y muerte de los artistas notables, de sus obras principales, de las fechas en que se hicieron y de los lugares donde se encuentran. Es un recuento al modo de los anales.

Ambos trabajos —los *Apuntes* y la *Reseña*— se reunieron en un solo volumen, a pedido de Rafael Tapia Rojas, Director Ejecutivo del Fondo Editorial del Congreso de la República, bajo el título de *Semblanza del Arte Virreinal Peruano* y, debo entender, están próximos a publicarse.

La *Historia del Perú* en un solo tomo, abarca desde la aparición del hombre en el territorio peruano hasta el año 2.000. Obedece a un orden cronológico y pretende ser una obra resumida de toda la historia nacional. Es un libro de consulta, con apreciaciones críticas y utilidad inmediata.

José Gabriel Túpac Amaru es una biografía que reúne todo lo investigado en torno a la figura del Precursor y a su gesta reivindicadora. Puede resultar una obra voluminosa.

La Rebelión de Manco Inca, finalmente, es la historia del gran rebelde, aprovechándose la documentación no publicada del Archivo de Indias y que obra en nuestro poder. No abarca a los Incas de Vilcabamba. Se centra en todo lo ocurrido en 1536, tanto en el Cusco como en Lima y llega hasta 1544, año de la muerte del Héroe. ❧

XXXI

El Diccionario de Conquistadores

Las crónicas

El *Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú* —la obra más erudita que he producido— se debió a tres tipos de fuentes: las crónicas peruleras del siglo XVI, las probanzas o informaciones de servicios del Archivo General de Indias, y los litigios y testamentos encontrados en varios lugares.

Mi especialización en el siglo XVI trajo consigo el estudio de las crónicas. A las crónicas, últimamente, han tratado de desprestigiar gratuitamente. Fue una moda que asumieron con ligereza muchos investigadores jóvenes. Felizmente hoy no se piensa así. Las crónicas debían su nombre a Cronos (el Titán hijo de Urano y padre de Zeus, el Saturno de los romanos), el gran regidor del tiempo. Lo crónico tenía vigencia presente y pasada, el cronista era un historiador en ciernes, acaso un historiador consagrado que no dejaba de ser cronista. Las crónicas que se refieren al Perú quinientista son varias y variadas, pasan de 30, sin contar las croniquillas. Los cronistas, sin embargo, admiten una tajante división: los testigos de vista, como Francisco López de Jerez, y los testigos de oídas, como Juan Díez de Betanzos.

La presencia de las crónicas es esencial para estudiar la Conquista y el Incario, también la colonización. No se puede aceptar a fardo cerrado todo lo que afirman o niegan las cró-

nicas: hay que conocerlas, hay que leerlas, hay que interpretarlas. Las crónicas sirven para buscar la verdad y sistematizarla, pero también para conocer el pensamiento quinientista. Sin esto último las crónicas son inoperantes, no sirven. El pensamiento quinientista es básico.

A la crónica se le debe estudiar con frialdad y libertad para hallar su veracidad. Al leerla no debemos incurrir en apasionamiento, ligereza, fantasía o confusión. Las crónicas dan mucho pero no ofrecen todo. Las ciencias auxiliares de la Historia son las encargadas de facilitar la solución.

El cronista, a su vez, admite varias apreciaciones. Hay que saberlo ubicar, descubrir sus virtudes y defectos. Una rápida clasificación nos los muestra de manera inequívoca. El cronista es de ocasión (como Cristóbal de Mena) o de vocación (como Pedro Cieza de León); gratuito (Juan Ruiz de Arce) o asalariado (Pero Sancho de la Hoz); faccioso (Alonso Enríquez de Guzmán) o ajeno a banderías (Pedro Pizarro); nominado (Diego Fernández, apodado el Palentino) y anónimo (el autor de la Relación del Sitio del Cusco); firmante (Agustín de Zárate) o disfrazado (Pedro Gutiérrez de Santa Clara); temprano (Pascual de Andagoya) o tardío (fray Reginaldo de Lizárraga); prosista (Miguel de Estete) y/o versificador (¿Diego de Silva?); culto (Miguel Cabello de Balboa) o inculato (Alonso Borregán); español (casi todos los cronistas) o extranjero (Girolamo Benzoni); el soldado (Diego de Trujillo), el eclesiástico (fray Gaspar de Carvajal o los dos Cristóbal de Molina) y el letrado (Juan Polo de Ondegardo y Hernando de Santillán); el blanco o europeo (casi todos), el indio o americano (Titu Cusi Yupanqui y Felipe Huamán Poma) y el mestizo (Blas Valera, Garcilaso); el pre-toledano (Cristóbal Calvete de la Estrella), el toledano (Pedro Sarmiento de Gamboa) y el post-toledano (Joseph de Acosta y Bernabé Cobo). Finalmente está el cronista general (fray Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera) y el particular (todos los demás). Escapan a esta clasificación, por ser de otro rubro historicista, los cronistas de convento: fray Juan Meléndez, dominico; fray Diego de Córdova y Salinas,

franciscano; fray Antonio de la Calancha y fray Bernardo de Torres, agustinos, así como el todavía inédito fray Diego de Mondragón, mercedario.

El cronista, pues, no es un equivocado, un falsario, un fantasioso, sino un hombre que —errado o no— quiso dar un testimonio y, además, lo dio. En nosotros está el conocerlo, estudiarlo e interpretarlo, acaso también el desmentirlo. Todas estas crónicas y sus autores nos han servido para investigar el Diccionario Histórico Biográfico que hemos mencionado.

También hemos recurrido a las que llamamos croniquillas. Es un diminutivo, no despectivo en este caso, que tiene que ver con la corta extensión del escrito. Son las relaciones menores de acontecimientos no principales. Se deben en mucho a la escasez del papel y al temor de su autor a ser descubierto. Es el caso de algunas cortas relaciones referidas a la Amazonía. Son sus autores principales Gonzalo de Zúñiga y Pedro de Monguía, Alvaro de Acuña y Custodio Hernández, entre otros, porque los escritos de Francisco Vásquez, Toribio de Ortiguera y fray Pedro Simón son de envergadura mayor y, por ende, dejan de ser croniquillas.

Crónicas y croniquillas forman parte de la cronística peruana de las centurias XVI y XVII. El Siglo de Oro de las crónicas peruleras se da entre 1532 y 1637, aproximadamente.

Las probanzas de servicios

La probanza o información de servicios era un documento probatorio que se hacía ante la autoridad competente, civil o militar, y que consistía en un interrogatorio o cuestionario de preguntas sobre lo que el pretendiente deseaba probar. Por eso se llamaba probanza, también información porque los testigos informaban.

La probanza se hacía siempre ante un escribano. Eran tiempos en los que no abundaba el papel, tampoco la tinta de añil en el tintero de cuerno; lo único que

abundaba era la pluma del escribidor. Esta era de cóndor en la sierra, de alcatraz en la costa y de paujil en la selva. El viento oficiaba de secante, otras veces la arenilla.

En el Archivo General de Indias hemos trabajado cientos de probanzas. Cada probanza es un documento especial. Los testigos dicen la verdad, la dicen a medias o, sencillamente, mienten, la falsean. Si con las crónicas hay que tener cuidado, con las probanzas hay que tener más cuidado todavía. Hay muchos testigos falsos, también puede ser doloso el interrogatorio. La amistad en muchos casos, equivale a complicidad. Sin embargo, aplicándose el análisis riguroso, cruzándose los testimonios, se logra alcanzar lo cierto.

El problema se hace grave con los homónimos. Es terrible seguirle la pista al conquistador Juan Pérez. Hay decenas con este nombre, y a todos hay que identificar. Si la crónica es una relación general hecha por un cronista, la probanza es una relación particular hecha por varios testigos. La probanza, empero, ilumina los rincones oscuros de las crónicas, las complementa y refuerza: fija personajes, puntualiza episodios, aclara fechas. Las probanzas muestran la conducta soldadesca, con sus grandezas y poquedades, ambiciones y crueldades.

La información de servicios, luego de la crónica, es muy utilizada en nuestro Diccionario. Los testigos son hombres cultos, semicultos o incultos. Estos últimos no saben leer ni escribir. Tampoco saben firmar, otros lo hacen por ellos o ellos mismos se confían a su señal o rúbrica, garabato salvador para los analfabetos. Están exonerados de firmar los invidentes —«ciegos de la vista corporal»—, los lisiados —mancos y tullidos— y los enfermos graves, agonizantes en su mayoría. Por las probanzas se puede colegir el número aproximado de los firmantes y no firmantes, pero esto no está señalando el número de los alfabetos y analfabetos.

En las probanzas se descubre no solo a los pretendientes, gestores del documento, sino también a los testigos: sus lugares de nacimiento, sus edades aproximadas, su paso al Nuevo Mundo, sus entradas contra indios, su conducta en las Guerras Civiles, las heridas ganadas en la lucha, incluso la actuación de sus perros y caballos. No es ajeno a la probanza el monto del botín y su reparto, la compra y venta de

esclavos y cabalgaduras, la vigencia de las deudas, también las pérdidas por juego, verdaderas heridas económicas debidas a los dados y barajas.

La probanza, en fin, es como una crónica individual, en pequeño, que solo abarca a un individuo. Es documento que debe leerse con espíritu de criba, sin aceptación excesiva, con advertencia plena. Si la crónica posee encanto general, la probanza tiene color, olor y sabor particulares. La probanza es más cierta que engañosa. Predominan las verdades. Aun así, volvemos a lo mismo, hay que saberlas interpretar.

Litigios y testamentos

Si la crónica es la visión genérica y la probanza la visión específica, los litigios judiciales y las disposiciones testamentarias pertenecen a la vida privada del conquistador. En el litigio el individuo se aferra a los bienes terrenales, en el testamento se acerca a los bienes celestiales. Así piensa el conquistador perulero en el siglo XVI.

El litigio es la pugna legal sobre un derecho o un bien. Hay ambición, apasionamiento, se quiere ganar. No importa demasiado si la causa es justa o injusta. Lo importante es vencer, acrecentar el patrimonio, mostrar al mundo que uno tenía la razón. Los litigantes con frecuencia se ciegan, estimulan su amor propio, despiertan una dormida dignidad, aflora totipotente el orgullo. Ambas partes creen poseer la justicia, se pierde la ecuanimidad. Los juicios legales entre los conquistadores tratan todo esto, pero los papeles —olvidándonos de su legalidad— nos alcanzan noticias desconocidas. Son pormenores que hablan de casas, heredades, campos de sembradura, esclavos, ganados, negocios, industrias, inversiones y tráfico de mercaderías. Un litigio de esta naturaleza es algo importante para una y otra parte. Como decíamos más arriba, el conquistador se aferra a los bienes terrenales.

Distinto es el testamento. Un litigio judicial puede tener varios cuadernillos, expedientes y aún legajos; para un testamento bastan tres o cuatro páginas.

El testamento es la última voluntad. Es una extraña mezcla de lo que se quiere, de lo que puede y de lo que se debe hacer. Acaso es un balance de la vida, un ajuste de cuentas consigo mismo. Hay propósito de enmienda, deseo de justicia y caridad. El testador encomienda su alma a Dios, a la Virgen y a los santos, perdona agravios, reconoce hijos, condona tributos, cancela deudas, devuelve bienes ajenos y bendice los propios para que, con la bendición suya y del cielo, los disfruten sus herederos. Se liman diferencias conyugales, se agradece a la esposa, se mejora a los hijos y hasta hay dadivosidades con los indios del repartimiento. En ocasiones —acaso por los escrúpulos lascasianos— afloran extraños sentimiento, remordimientos y apetencias de equidad, y es necesario ampliar con una última disposición, un codicilo, los buenos propósitos. A veces un codicilo resulta insuficiente y es necesario hacer dos o tres.

El testamento es documento íntimo, secreto, casi privado. El conquistador puede haber sido un ambicioso, un asesino, un lujurioso, pero en el trance de muerte pide perdón. Si antes dio la carne al diablo, ahora ofrece los huesos a Dios.

El Diccionario Histórico Biográfico de los Conquistadores del Perú es fruto de las crónicas, de las probanzas, de los litigios y de los testamentos, pero también ha utilizado otras fuentes que, aquí, no es del caso mencionar. Elaborar el Diccionario costó medio siglo. Tuvo muchos interregnos. Las necesidades de la vida nos llevaron frecuentemente a otros campos, pero siempre regresamos a éste que, entendemos, encarnaba un desafío especial. ❧

XXXII

Decepciones y recuerdos

Frustraciones y dolencias

No todo fue felicidad en la vida, también tuve frustraciones. No fueron dolorosas, pero sí me hicieron ver que hay deseos inalcanzables. Varias son mis frustraciones principales, pero empezaremos por tres: una es biológica, otra es académica, la tercera intelectual. Hay más, pero las otras las veremos luego.

Mi primera frustración, la mayor, fue no haber tenido un hijo varón. Todo lo que deposité en su existencia no lo podría decir aquí. Pero téngase por seguro que con un hijo varón me habría realizado más completamente. Dios quiso que nunca naciera, Él sabrá por qué así lo dispuso.

En segundo lugar estaría el título de Amauta. Ambicioné ganarlo, nunca lo alcancé. Con más de cincuenta libros publicados —varios republicados ocho veces— y todos referidos al Perú, pensé tener posibilidades para merecer el amautazgo, pero no fue así. Algunos, en cambio, debido a sus relaciones amicales, terminaron siendo Amautas. Es otra frustración, aunque inferior a la primera.

La tercera es no haber podido dar pie a que se escribiera la Historia de la Literatura Peruana cuando fui Director del Instituto Riva-Agüero. No la iba a dirigir, no estaba capacitado para ello, pero sí la iba a ver desarrollar y llegar a feliz

término. Convoqué a los literatos. No la quisieron hacer. Alegaron no tener tiempo. Se negaron todos de plano. Acaso faltó dinero. Lo cierto es que no se hizo. Tampoco otra obra hicieron. Hubo falta de visión y exceso de poco empeño. Habrían sido tres tomos con cuatro índices completos: onomástico, bibliográfico, temático y toponímico. Alguien recogerá el guante y hará realidad el proyecto.

También fue un menoscabo a mi entusiasmo el que no se pudieran continuar las Guías Turísticas de las Colección los Cuatro Suyos. Llegaron a salir las de Ica, Arequipa, La Libertad y Ayacucho, pero por exceso en los precios y defectos en la venta se tuvieron que interrumpir. Iba a ser una serie de 24 volúmenes, uno por Departamento.

La siguiente frustración tiene doble sabor: a juventud y a vejez. La expongo, aunque pueda parecer extraña. Es no haber podido participar, en 1947, en la expedición Kon Tiki con Thor Heyerdahl. Era imposible, tenía entonces catorce años, estaba demasiado joven; hoy, 2006, que su nieto Olaf Heyerdahl pretende repetir su hazaña en otra expedición, tengo 73 años y soy demasiado viejo. Total, nunca pude hacer el viaje a Oceanía en balsa.

Otra frustración también se refiere a un viaje: no haber llegado a la China. El país sinense siempre tuvo embrujo para mí. Era el origen de la seda, de la porcelana, de la pólvora y de la imprenta, del arroz y del papel. En la historia de la humanidad representaba un enigma. Yo quería conocer a la China y admirar su antigüedad, beber su pasado misterioso. Tampoco se pudo lograr. Es cuestión de resignarse.

Estas son mis principales frustraciones. Las he podido silenciar pero, para no fingir o exagerar mi bienestar terreno, las señalo como metas no alcanzadas en mi vida.

Algo que no debió suceder y sucedió, fue el distanciamiento con mi hermano. Fue en 1991, a raíz de la muerte de mis padres. Me vi obligado a hacerlo para evitar mayores males. No me pesa. Fracados todos los intentos de solución, lo mejor era matar un parentesco que no cumplía su misión fraterna. Fue acertada medida. Dios lo sabe.

Después de las frustraciones vinieron las enfermedades. El cáncer apareció en mí a causa de un mal conocido como esófago de Barrett. Nació la displasia leve, siguió la displasia moderada, finalmente la severa. Surgió el tumor maligno. Había necesidad de hospitalizarme: estaba canceroso. Entonces vivíamos frente al mar, en un departamento en Miraflores, calle de las Acacias, número 110. En las noches se me ausentaba el sueño y lo buscaba sentándome en el balcón. Desde allí contemplaba el océano y sus olas brillantes de espuma. Hacía mucho ruido, no cesaba de bramar. También veía en el cielo a la luna y sus estrellas. Me daba pena ser testigo de todo aquello y para mis adentros me decía: si tengo que morir no veré ni escucharé más el mar, tampoco podré contemplar a la luna, las estrellas... Y me compadecía de mí mismo, cosa que no me había ocurrido antes. Finalmente me embargaba la melancolía, por tener que dejar a mi esposa y a mis hijas. Fueron momentos duros.

Algo hubo, sin embargo, que me consoló en esos días de tribulación. Fue el saber que todo mi mal comenzaba, se cumplía y terminaba en mí. Peor hubiera sido que afectara a mi mujer, a una hija, o a algún nieto.

Yo seguía cada vez más débil. Había bajado 34 kilos en mi peso y no había forma de poderlos recuperar. La posibilidad de operarme era la única solución viable y eso fue lo que ocurrió.

Me operaron el 22 de abril de 1997. Fue en la Clínica San Felipe. Entré al quirófano entre salvas de artillería: fue la tarde en que las tropas gubernamentales tomaron por asalto la embajada del Japón, mataron a los terroristas y liberaron a los últimos rehenes. Me operó el doctor Eduardo Barbosa Bezada. Me extirparon la parte baja del esófago y la parte alta del estómago. El cirujano resultó excelente.

Volví a mi casa flaco, débil, sin ánimo de trabajar. Un mes estuve en reposo viendo en el televisor las corridas de toros de las ferias de España. Luego me puse de pie y me dieron otra mala noticia: me había recrudecido el esófago de Barret.

Por recomendación de mi gastroenterólogo el doctor Raúl León Barúa, mi esposa —mediante un préstamo de la Universidad Católica— me llevo a los Estados

Unidos. Allí, en Tennessee, en un lugar llamado Knoxville, me sometí a una intervención con rayos Laser para evitar un nuevo cáncer. Mi retorno al Perú fue complicado. Por causa de los rayos Laser y de los medicamentos no podía exponerme a la luz solar y tuve que viajar con la cabeza, la cara y las manos cubiertas. En el avión nadie quería sentarse junto a mí. Creían que era leproso. Lo cierto es que así llegué a Lima y aquí terminé de curarme.

Seis años viví libre de todo mal. Al cabo de este tiempo comencé a sufrir de las coronarias. Acudí al Hospital Edgardo Rebagliati, donde era socio fundador del Seguro Social del Empleado. Me interné en medio de múltiples trámites. Me operaron el 16 de enero del año 2005. En plena operación sufrí un infarto al miocardio y luego un derrame pleural que me duró varios meses. Por lo demás, quedé bastante bien. Las coronarias, con tres puentes artificiales, no me volvieron a molestar.

A través del derrame pleural que sufrí se me descubrió un alto índice tumoral. Sometido a exámenes fue forzosa una nueva intervención quirúrgica para obtener una muestra directa. El diagnóstico de la biopsia, fechado en la Clínica San Felipe el 8 de agosto del 2005, fue contundente: «neoplasia maligna consistente con adenocarcinoma». Lo firmaba el doctor Javier Arias Stella. La tumoración era en el mediastino. El mal se extendía al esófago, estómago y pulmón derecho. Yo estaba ya más curtido. Reaccioné estoicamente: si hay que vivir, se vive, si hay que morir, se muere. Hoy, que leo estas líneas, me parecen petulantes y hasta histriónicas, pero entonces pensé así. Me puse en manos del doctor Carlos Vallejos Sologuren y de sus ayudantes los doctores Fernando Zuazo Casanova y Henry Gómez Moreno. Entonces fue que me dieron seis sesiones de quimioterapia. Las sesiones se repitieron cada veintidós días. El primer día del tratamiento no sentía nada, el segundo algo y los seis siguientes los pasaba mal. Débil, sin ánimo, con solo 50 kilos de peso, únicamente apetecía estar en la cama y dormir. Tenía que ponerme atento para no incurrir en mal humor. Quería no ser motivo de sufrimiento a los míos, tampoco gravoso a mi familia y, en cambio, seguir siendo útil hasta donde fuera posible. Lo demás no estaba en mí. En estas circunstancias fue que empecé a escribir mis *Memorias*.

Pachacamac

Suyarina Huasi se llamaba el pequeño fundo en el que escribí mis *Memorias*. Su nombre, en quechua, significaba Casa de la Esperanza. Quedaba en el valle de Pachacamac que nacía en la cordillera y terminaba en el mar.

Suyarina Huasi medía solo una hectárea. Rodeada de un muro de barro —tapial le dicen en el campo— era un predio verde en todo su interior. No mostraba muchas flores, aunque las tenía coloradas y amarillas, pero abundaban los pájaros, alguno muy pequeños y de encarnado color: los petirrojos.

El campo albergaba a cuatro vacas que daban leche fresca y mugían al atardecer. La tierra ofrecía más que frutas hortalizas, sobresaliendo sus berenjenas, rábanos y lechugas, acelgas, zanahorias y nabos así como coliflores y zapallos de acentuado sabor. Alguna vez hubo un par de gansos, siempre se pensó en panales de abejas, nunca hubo conejos ni cuyes. Tres perros oficiaban de guardianes diurnos y nocturnos.

De día por lo general calentaba el sol, de noche se sentía algún frío. Constantemente había calma, salvo antes del ocaso, momento en el que los pájaros se posesionaban de los árboles y buscaban sus nidos para pernoctar. El resto del tiempo pertenecía al silencio. Este era tan grande que se escuchaba el paso del viento.

En el fundo Teresa y yo nos refugiábamos cortas temporadas. Dos y tres días a la semana, no más, tiempo en el que ella cultivaba sus vegetales y yo escribía mis *Memorias*. En invierno había olor a tierra húmeda, en verano a polvo de secadal. No lejos corría el río arrastrando piedras entre diciembre y marzo, época de su mayor caudal. Al oriente estaba el cerrillo Pan de Azúcar, con perfiles de volcán. Era el Apu o dios tutelar de la comarca. Tendría 500 metros de altura. Decían que pasado el río, al otro lado del cerrillo, estaban las ruinas antiguas de un templo advocado a la Luna. Nunca llegué hasta allí.

Suyarina Huasi fue el lugar donde recuperaba mis fuerzas luego de la quimioterapia que atacaba mi mal. Allí Teresa me curaba y atendía. Así, superando los malos momentos, podía seguir escribiendo con más naturalidad. El pequeño

fundo se adquirió a finales del año 2003 y lo frecuentamos desde el siguiente. Fueron días de mucha paz. Los aires del valle son de los mejores que he respirado: unas veces vienen de la sierra, otras proceden del mar, siempre traen aliento de vida.

De noche, con luna llena, Suyarina Huasi era un espectáculo superior. Recuerdo a Suyarina Huasi, en el valle de Pachacamac, por sus noches de plenilunio, sus lechuzas plateadas y el concierto de los grillos.

Mis memorias

Como lo expresé al principio, nunca pensé escribir estas memorias. Jamás se me ocurrió. Empero, hubo algunas personas que me invitaron a hacerlo. Fueron mayormente alumnos y exalumnos, también hubo amigos. Entre los primeros estuvo Raúl Higuera Lira, entre los segundos Jorge Rosales Aguirre y Fernando Flores Zúñiga, entre los terceros Óscar Mavila Marquina, Catedrático de Lengua Española, y su tío el Vicealmirante Guillermo Faura Gaige. Otros simpatizantes de la idea fueron Hernán Alva Orlandini y su esposa Eugenia, amigos de muchos lustros, en cuya casa comenté el proyecto.

Estimulado por estas personas comencé a escribir. Empecé por el esquema, seguí por los primeros capítulos y subcapítulos, continué por todo lo demás. Lo último fue el título definitivo, pues la idea medular del mismo ya existía: *Memorias*.

El esquema lo inicié en mi casa de Miraflores, pero donde verdaderamente lo cumplí fue en el pequeño fundo familiar de Pachacamac. Allí me di a reunir recuerdos y a ordenar papeles. Dos años me llevó sistematizar y redactar. Mis recuerdos, felizmente, obedecían a una memoria cultivada; los olvidos se superaron con el diario que desempolvé. Toda esta labor efectuada en el campo, me ofreció un conjunto de hechos capaz de transmitir mensaje.

Las de Pachacamac fueron tardes apacibles. El silencio y la soledad del campo propiciaban las evocaciones. La amante compañía de mi esposa tiñó de afecto mi diaria ocupación. El sol caía detrás de los cerros, se oía correr el agua del río, el viento cimbraba los eucaliptos. Bajo un cielo de arboles yo escribía. La verdad es que me distraía. Estaba entusiasmado.

No fue fácil de redactar. Por tratarse de casi una autobiografía, era el protagonista principal y eso me creaba escrúpulos que no tenía en mis trabajos de Historia: la subjetividad, la madurez, la franqueza, la humildad. Más por otro lado había sido tan feliz y vivía tan satisfecho, que me era imposible disimular mis entusiasmos. Por fin terminé el trabajo —que no fue fácil, repito— y lo titulé como dice el encabezamiento: *Memorias de un Historiador*.

Algo habrá en estas *Memorias* que le pueda servir a alguien, que lo anime o lo desanime, que lo haga actuar o no actuar. El mensaje puede ser de acción o de omisión. Lo cierto es que hubo intención dadivosa y ánimo de escribir algo útil cuando ya casi no tenía deseos de hacer nada. Era una época especial. Me sentía mal, seguía enfermo, pensaba que más adelante no había mucho tiempo para seguir escribiendo... pero me quedaba un camino: luchar. No iba a sanar nunca, pero sí prolongar mi vida. ☞

XXXIII

El ocaso

La etapa postrera

Ser viejo es ingresar a la senectud y la senectud es la declinación de la vida. El viejo no puede hacer lo que hace el joven, ni siquiera lo que hace el adulto. Pero sabe valorar. Conoce. No hay que ser tintorero para apreciar que un paño está bien teñido.

La vejez posee limitaciones. Los niños tienen usos, los adolescentes costumbres, los adultos hábitos y los viejos manías. La manía obedece al ahorro de energía y tiempo, propende al menor desgaste. Esto no es el elogio de la manía, pero sí su explicación.

Ser viejo equivale a que a uno lo tomen en cuenta de modo especial o no lo tomen en cuenta en absoluto. Pero el viejo tiene experiencia y este era el secreto del consejo de ancianos. La vejez irradia sabiduría.

Una ventaja más tiene la vejez, que no se encuentra en la juventud ni en la madurez. Los problemas no son tan graves ni grandes como parecían. Se reducen en número y en intensidad. Todo o casi todo muestra tener alguna solución. La tremebundez de la vida disminuye, se descubre la lógica, la coherencia, la naturalidad. Los amores y odios pudieron ser exagerados, inmerecidos, equivocados. Sobre todo los odios, que suelen ser más intensos que los



Con Teresa y su nieta Floriana, hija de Anabela. José Antonio está afectado por la quimioterapia.

amores. Otras veces recién se alcanza la exacta dimensión. Nada fue tan grave. Todo tuvo, mal que bien, su solución. La duda pierde terreno, se aminoran las culpas, crecen las inocencias, se consolidan las verdades. El hombre de 38 se ríe de los problemas del de 28 y el septuagenario de los problemas del sexagenario, pero para superar los problemas de cualquier edad faltan todavía diez años y el viejo no sabe si los vivirá. El viejo siempre piensa que su vida será corta. Un año más es un año menos.

No hay que desesperarse. Es la edad en la que se suele hablar de médicos y medicinas, de enfermedades y curaciones. Pero también es la edad en la que forzosamente se debe morir. No incurramos en la angustia de los emperadores chinos que finaron persiguiendo el «elixir de la vida» ni en las ansias de los medievales europeos buscando la Fuente de la Eterna Juventud. La vejez es la vejez y tras ella siempre está la muerte.

La muerte es algo singular. Cuando se es joven, se le teme mucho, se quiebra sin percatarnos el plan de la prosecución de la especie. Cuando se es maduro ya no se le teme tanto, salvo por el porvenir de la familia: hay amores que antes no existían. Y cuando se es viejo ocurre algo así como decirse: algún día tiene que suceder; para morir nacemos. Son tres momentos bien definidos pero, la verdad sea dicha, hablando de los casos normales, en ninguno de ellos alguien apetece morir. El instinto de conservación prima sobre el de la perpetuación biológica. El amor, a su vez, se adapta elásticamente a estos tres momentos: el primero es filial, luego conyugal, finalmente paternal.

Sin embargo a la vejez hay que saberla mirar. El caso es como el del optimista y el pesimista ante un vaso con agua hasta su mitad. Para el optimista será medio vaso lleno, para el pesimista, medio vaso vacío. Igual es la vejez.

El viejo, en mucho, intuye el futuro pero no siempre lo puede propiciar o impedir. Al viejo le sobra experiencia y al joven le falta. Pero el joven cree al viejo débil, incapaz, apocado, ignorante, y se lanza a actuar confiado en sí mismo, acaso también para demostrar que sus mayores no tenían la razón. Es como tirar viejos y

jóvenes por los extremos de una cuerda. No preocuparse por esto: siempre ganan los jóvenes, solo que al momento del triunfo los jóvenes son ya viejos.

La vejez es dura, repito, hay que saberla llevar, mas no por eso deja de ser dura. Dicen que en la vejez siempre duele alguna parte del cuerpo; el día que no te duele nada es porque estás muerto. Es broma, tampoco es verdad.

Lo cierto es que en la vejez se siente más frío, más soledad, el tiempo se dilata, los deseos se adormecen, predomina la razón. Se come poco, se bebe menos, se habla lo necesario, se ama sin pasiones, se vive sin premuras. También hay frustraciones. Son irreversibles, crueles. Siempre que se habla de frustraciones seniles me viene a la memoria el Evangelio de San Juan cuando afirma: «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías (la túnica) e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras».

La alegría de ser viejo

Sin embargo, vejez no es sinónimo de tristeza, también existe la alegría de la senectud. Porque la vejez tiene su encanto propio.

Ser viejo, desde otra perspectiva, significa que también te cedan el paso, te cedan el asiento, te cedan la palabra, te cedan el momento. La vejez tiene, a la larga, un lugar preferencial. Es haber llegado a una edad a la que muchos quisieron arribar y no pudieron.

El viejo, en algo, se siente vencedor del tiempo. Recuerda con serenidad los logros y con frialdad los yerros. Se ha vivido a gusto la existencia. Si se volviera a nacer, se volvería a ser el mismo. En mi caso esto no significa que mi vida fue perfecta ni digna de imitación. Es mi vida y solo eso. Tampoco da para más y menos para servir de ejemplo. Pero he vivido, me siento realizado. Me solazo con mis recuerdos sin dejar de ser realista. Sigo parmenidiano.

Me refiero, como se podrá apreciar, más que al triunfo del vivir al placer de haber vivido. La tarea está cumplida. Es la hora de abrazar a los hijos, de acariciar a los nietos, de besar con cariño y gratitud a la esposa. La vejez es una edad en la que se puede decir no con autoridad máxima y sí con conocimiento pleno. Ya no hay falacias ni tentaciones, no se puede alegar ingenuidad ni ignorancia. En la vejez todo es visible como un paisaje apreciado desde lo alto de la montaña sagrada. Se disfruta de la paz. Se recuerda mucho, también se olvida y se perdona. Hemos gozado y hemos sufrido, pero eso es precisamente vivir. Vivimos luchando y queremos morir sirviendo.

Hicimos lo que quisimos, lo que pudimos, lo que debimos —acaso algo más o algo menos—, pero no nos quedamos inmóviles. Hicimos lo que entonces creímos que era lo mejor. El hombre es la vida y sus circunstancias. El viejo observa, no se altera, no se angustia. Y concluye que, en este mundo, es un premio mayor la vejez. La vejez bien llevada, por así decirlo, es un anticipo del paraíso.

Satisfacciones, como se comprenderá también las he tenido. Han sido varias y de distinta dimensión, pero —aparte de las que me ha alcanzado mi familia y el entorno cotidiano—, tengo algunas que me resultan esenciales. Diciéndolo de otra manera, he llegado al final satisfecho por cuadruplicado. En efecto, estoy satisfecho de ser hombre, de ser peruano, de ser católico y de ser historiador.

Satisfecho de ser hombre, porque de haber sido mujer no habría podido hacer mucho de lo que hice, sobre todo en materia de viajes, expediciones y aventuras; de ser peruano, porque me es imposible pensar en otra nacionalidad; de ser católico, porque el catolicismo responde a todas mis interrogantes mientras no se trate de Misterios; y de ser historiador, porque ello significó mi realización vocacional, la razón de mi vida. En síntesis, muero definido, cimentado, convencido y realizado.

Lo dicho no es mucho, pero valga como confesión humilde y no como afirmación soberbia. Por ello, pensando sobre todo en los jóvenes, les deseo mis cuatro satisfacciones —a cada cual en su terreno— porque en mucho forman parte de la felicidad personal sin perjuicio de los demás.

Descendamos a lo cotidiano. Mi vejez se vinculó últimamente a dos cosas hasta entonces ajenas: la gorra de visera y el bastón. La gorra la comencé a usar en 1999, el bastón el año 2005.

Mis gorras eran azules, marrones o plomas. Son de lana en invierno y de lona en verano. Todas de confección nacional. Me abrigan cuando hace frío y me protegen cuando hay sol.

El bastón lo necesité más. Fue luego de mi operación a las coronarias. Se me hinchaban los pies y tuve que comprarme zapatos más grandes. Como no tenía el dominio pleno de los zapatos nuevos, tropezaba con el primer desnivel de la acera y caía con riesgo de fracturarme un hueso. Para evitarlo me conseguí un bastón liviano, barato, de madera, fácil de utilizar. Era un bastón común y corriente, pero me daba seguridad. Llegué a tener trece bastones iguales con su regatón de goma. Usaba solo uno, los demás descansaban al lado del bastón rojizo de mi padre y del bastón negro de mi abuelo. Me gustaba verlos juntos. Sumaban quince en total. Logré sin quererlo una pequeña colección, casi inútil por lo inoperante, pero agradable en su conjunto. ¡Cosas de viejo!

Premunido de ambos adminículos salía a caminar por Miraflores. Terminaba visitando a mis nietos Doménico y Stéfano, también a mi nieta Erika, los únicos que tenía entonces. Los primeros estuvieron varias veces a punto de matarse propinándose bastonazos, mi nieta, más sutil y bromista, me escondía el bastón para luego vérmelo buscar.

Los nietos y las nietas son otra distracción de los viejos. Visitarlos es agradable pues no existe mayor responsabilidad, de modo que cuando la cosa empieza a ponerse difícil, el abuelo se marcha y se acabó el problema. Es que en la vejez no hay paciencia. Me decía un viejo más viejo que yo: «dos alegrías dan los nietos cuando nos visitan el día domingo: una es cuando llegan, la otra cuando se van». Y es que su actividad normal es demasiada para los muy mayores. En la vejez, repito, no hay paciencia para con la primera edad. Entendámonos. La primera edad es la infancia, la segunda la de los adultos y la tercera la de los viejos. En esta última, insisto, hay mucha intolerancia.

El viejo quiere las cosas aquí y ahora. No admite tardanzas ni imperfecciones. Dicen que hay una cuarta edad. Se da cuando el viejo riñe con sus nietos a causa de los juguetes: él también quiere jugar. Esta etapa aún no la conozco.

Una última confidencia. Ya sé que soy viejo, que tengo cáncer, que ese mal va a proseguir; que nunca hice fortuna; que cada día estoy más solo; que se me acerca el morir. Sin embargo, la confidencia es esta: soy un viejo feliz.

El final de la vida

Todo, salvo la divinidad, tiene un principio y un final. Y el final de esta vida es la muerte. A la muerte, cada vez más próxima, la veo con cierta familiaridad. No en vano he corrido peligro de morir cuatro veces. Pero todavía estamos aquí, seguimos viviendo. Y es que el hombre, que yo sepa, no quiere morir nunca, salvo en situaciones desesperadas o patológicas. El instinto de conservación me incita a seguir. Empero, siempre hay una voz que me repite al oído como a los césares romanos: «Recuerda que eres mortal».

La verdad es que estoy próximo a ser octogenario y para morir nacemos. A la muerte no le temo de una manera especial, pero le temo. Es un paso natural, un trago amargo. Moriré cuándo y cómo sea, mas no deseo morir de enfermedad larga y dolorosa. Si me atacara una dolencia cruel y terminal, desde ahora repudio a la eutanasia. Hay derecho para nacer pero no para finar. En todo caso, acepto la distansia o morir sin métodos artificiales que me prolonguen inútilmente la vida. La eutanasia es moralmente ilícita, la distansia, lícita.

Vivo con serenidad estos últimos años y trato a la muerte de tú. Llevo vida sosegada, hago lo que todavía debo y puedo hacer. Investigar fue la pasión de mi vida y puse a la investigación al servicio de mi país y de mis compatriotas. Seguir investigando es mi mayor deseo.

Estoy en lo que se llama el ocaso de la vida. No me he abandonado, tengo la mentalidad del combatiente. Lucho porque me avergüenza no hacerlo, pero la enfermedad no siempre me alcanza fuerzas para seguir ufano. Hay días en que estoy extenuado.

Mientras tanto, siguen corriendo mis tardes crepusculares. Tardes largas, augurales, impregnadas de ilusión, pues cuando cae el sol, sueño. Sueño despierto, lúcido, pero sueño con toda libertad. Y, valgan verdades, sueño con lo que siempre pensé y enseñé. Sueño con un Perú justo, ordenado, unido, honesto, solvente, trabajador, sano, fuerte, grande y feliz. Esos son mis sueños, no tengo pesadillas.

Hemos llegado al final de la jornada. Falta poco para terminar el camino. No sé si se trata de días, de meses o de años. Ya no tomo en cuenta los lustros. Pero en el tiempo que falta quisiera retener algunas cosas que considero necesarias. Aparte del amor de los míos —que lo doy por descontado— no pido mucho. Nunca he pedido demasiado. Parafraseando al poeta podría decir: una cama en qué yacer, una silla en qué posar, una mesa en qué escribir, un libro para leer y un Cristo para rezar. ❧

Historia de un rostro

